



JEAN BRICMONT

IMPERIALISMO HUMANITARIO

El uso de los Derechos Humanos para vender la guerra

PRÓLOGO DE NOAM CHOMSKY / PREFACIO DE FRANÇOIS HOUTART

EL VIEJO TOPO

JEAN BRICMONT

IMPERIALISMO HUMANITARIO

**El uso de los Derechos Humanos para vender la
guerra**

Prólogo de

Noam Chomsky

Prefacio de

François Houtart

Traducción de A. J. Ponziano Bertoucini

EL VIEJO TOPO

Impérialisme humanitarie by Jean Bricmont

© 2005 by Jean Bricmont

Published by arrangement with Pierre Astier & Associés Literary Agency

All rights reserved

Edición propiedad de Ediciones de Intervención Cultural/El Viejo Topo

Diseño: Miguel R. Cabot

Revisión técnica: Isabel López Arango

ISBN: 978-84-96831-83-4

Depósito legal: B-35.189-08

Imprime Novagràfik

Impreso en España

Digitalización: GAFF



INDICE

[PRÓLOGO Noam Chomsky](#)

[PREFACIO A LA EDICIÓN FRANCESA](#)

[PREFACIO A LA EDICIÓN INGLESA](#)

[INTRODUCCIÓN](#)

[PODER E IDEOLOGÍA](#)

[El control ideológico en las sociedades democráticas](#)

[EL TERCER MUNDO Y OCCIDENTE](#)

[Anexo](#)

[INTERROGANTES A LOS DEFENSORES DE LOS DERECHOS HUMANOS](#)

[La cuestión de las prioridades entre tipos de derechos](#)

[Los ARGUMENTOS DÉBILES Y FUERTES EN LA OPOSICIÓN A LA GUERRA](#)

[Los argumentos débiles](#)

[Argumentos fuertes:](#)

[1. La defensa de la ley internacional](#)

[2. Una perspectiva antiimperialista](#)

[ILUSIONES Y MISTIFICACIONES](#)

[Los fantasmas “antifascistas”](#)

[La ilusión europea](#)

[La cuestión del internacionalismo](#)

[¿Firmar peticiones?](#)

[EL ARMA DE LA CULPABILIZACIÓN](#)

[Apoyar a X](#)

[El “ni-ni”](#)

[La retórica del “apoyo”](#)

[PERSPECTIVAS, PELIGROS Y ESPERANZAS](#)

[Otra visión del mundo es posible](#)

[Salir del idealismo](#)

[Observatorio del imperialismo](#)

[¿Y la esperanza?](#)

[BIBLIOGRAFÍA](#)

PRÓLOGO

NOAM CHOMSKY

El concepto de “imperialismo humanitario” acuñado por Jean Bricmont capta de manera sintética un dilema que afrontan los dirigentes y la comunidad intelectual de Occidente a partir del derrumbe de la Unión Soviética. Desde el inicio de la Guerra Fría existió una justificación que se aducía de manera refleja cada vez que se apelaba a la fuerza y el terror, la subversión y el estrangulamiento económico: esas acciones se realizaban para defenderse de lo que John F. Kennedy llamó “la conspiración monolítica y despiadada” que tenía su cuartel general en el Kremlin (o algunas veces en Beijing), una fuerza del mal absoluto consagrada a extender su brutal dominio por todo el planeta. La fórmula servía para casi cualquier caso imaginable de intervención, con independencia de los hechos. Pero una vez desaparecida la Unión Soviética, o cambiaban las políticas o se buscaban nuevas justificaciones. Muy pronto se hizo evidente cuál sería el curso que se tomaría, y ello ayudó a entender mejor lo sucedido antes y las bases institucionales de la política.

El fin de la Guerra Fría desató un impresionante torrente de retórica destinado a asegurarle al mundo que Occidente podría al fin consagrarse a su tradicional entrega a la libertad, la democracia, la justicia y los derechos humanos, libre ya del obstáculo que suponía la rivalidad entre las superpotencias, aunque hubo algunos —los llamados “realistas” en el terreno de la teoría de las relaciones internacionales— que advirtieron que “si le concedemos al idealismo un casi predominio absoluto en nuestra política exterior” estaríamos yendo demasiado lejos y podríamos vulnerar nuestros intereses.¹ Conceptos como los de

“intervención humanitaria” y “responsabilidad de proteger” pronto se convirtieron en rasgos sobresalientes del discurso político occidental, del que comúnmente se afirmaba que establecía una “nueva norma” en las relaciones internacionales. El milenio terminó con un despliegue extraordinario de autocomplacencia por parte de los intelectuales de Occidente, fascinados con la idea del “nuevo mundo idealista empeñado en poner fin a la inhumanidad”, que había entrado en una “fase noble” en su política exterior con un “halo de santidad”, ya que por primera vez en la historia un estado se consagraba a “principios y valores” nacidos únicamente del “altruismo” y el “fervor moral”; un estado que era el líder de los “estados ilustrados”, y que, por tanto, estaba en libertad de usar la fuerza allí donde sus dirigentes “lo creyeran justo”. Y esta es sólo una pequeña muestra del diluvio desencadenado por respetadas voces liberales.²

Surgen de inmediato varias preguntas. Primero, ¿concuerda esta auto-imagen con el historial previo al fin de la Guerra Fría? Si no es así, ¿qué motivos habría para pensar que se le concedería de súbito al idealismo “un predominio casi absoluto en nuestra política exterior”, o incluso algún grado de predominio? ¿Y cómo cambió en realidad la política una vez desaparecida la superpotencia enemiga? Una pregunta previa es la de si tales consideraciones deberían plantearse.

Existen dos puntos de vista acerca de la significación de un historial. El profesor de relaciones internacionales Thomas Weiss, uno de los más distinguidos estudiosos proponentes de las “nuevas normas”, expresa con claridad la actitud de quienes las celebran. Weiss ha escrito que un examen crítico de ese historial no es sino “alharaca e invectivas contra la política exterior históricamente perversa de Washington”, y que por tanto, resulta “fácil ignorarlo”.³

Una posición contraria es la de que las decisiones políticas emanan en lo sustancial de estructuras institucionales, y que dado que estas se mantienen estables, el examen del historial proporciona valiosa información acerca de las “nuevas normas” y sobre el mundo contemporáneo. Esa es la posición que adopta Bricmont en su estudio de “la ideología de los derechos humanos” y es también el que adoptaré aquí.

Razones de espacio impiden hacer un recuento cabal de ese historial, pero sólo a manera de ilustración, atengámonos al gobierno Kennedy, en el extremo liberal de izquierda del espectro político, que contó con un número inusual de intelectuales liberales en cargos entre cuyas atribuciones estaba la elaboración de políticas. Durante esos años se invocó la fórmula usual para justificar la invasión a Vietnam del Sur en 1962, con lo que se sentaron las bases de uno de los grandes crímenes del siglo XX. A esas alturas, el régimen clientelar impuesto por los Estados Unidos ya no lograba controlar la resistencia interna alimentada por un terrorismo de estado de enormes proporciones, que había costado la vida a decenas de miles de personas. De ahí que Kennedy enviara a la fuerza aérea de los Estados Unidos para empezar a bombardear sistemáticamente a Vietnam del Sur, que autorizara el uso del napalm y de las armas químicas para destruir las cosechas y la vegetación, y que diera inicio a los programas que llevaron a millones de campesinos sudvietnamitas a barrios marginales en las ciudades o a campamentos cercados con alambre de púas para “protegerlos” de la resistencia sudvietnamita a la que apoyaban, como bien sabía Washington. Todo en nombre de la defensa contra los dos Grandes Demonios: Rusia y China, o “el eje sino-soviético”.⁴

En los dominios tradicionales de la potencia estadounidense, la misma fórmula llevó a Kennedy a modificar la misión de los militares latinoamericanos: de la

“defensa hemisférica” —un remanente de la Segunda Guerra Mundial— pasaron a la “seguridad interna”. Las consecuencias fueron inmediatas. Según Charles Maechling —quien encabezó la planificación de la contrainsurgencia y la defensa interna durante toda la presidencia de Kennedy y los primeros años de la de Johnson— la política de los Estados Unidos dejó de ser de tolerancia “con la rapacidad y la crueldad de los militares latinoamericanos” para ser de “complicidad directa” con sus crímenes, de apoyo a “los métodos de los escuadrones de exterminio de Heinrich Himmler”.

Un caso decisivo fue el de los preparativos emprendidos por el gobierno de Kennedy para un golpe militar en Brasil que derrocaria al gobierno pálidamente socialdemócrata de Goulart. El golpe planeado, que se realizó poco después del asesinato de Kennedy, llevó al gobierno el primero de una serie de regímenes de Seguridad Nacional que desataron en todo el continente una ola represiva prolongada con las guerras terroristas de Reagan, que devastaron la América Central en los ochenta. Con la misma justificación, la misión militar de Kennedy que visitó Colombia en 1962 le aconsejó al gobierno de ese país apelar a “las actividades paralimitares, terroristas y/o de sabotaje contra conocidos partidarios del comunismo”, acciones que “contarían con el respaldo de los Estados Unidos”. En el contexto latinoamericano, la frase “conocidos partidarios del comunismo” se aplica a dirigentes sindicales, sacerdotes que organizan a los campesinos, activistas de derechos humanos, en realidad a cualquiera que aspire a un cambio social en sociedades violentas y represivas. Esos principios fueron velozmente incorporados al entrenamiento y las prácticas de los militares. El respetado presidente del Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos de Colombia y ex ministro de Relaciones Exteriores, Alfredo Vasquez

Carrizosa, escribió que el gobierno Kennedy “se las ingenió para transformar nuestros ejércitos regulares en brigadas de contrainsurgencia, integrando la nueva táctica de los escuadrones de la muerte” con lo que dio inicio a lo que “actualmente se conoce en América Latina como la doctrina de la Seguridad Nacional... no un sistema de defensa contra el enemigo externo, sino el medio de hacer de la institución militar el amo y señor de la jugada... con el derecho a luchar contra el enemigo interno, como plantearan la doctrina brasileña, la doctrina argentina, la doctrina uruguaya y la doctrina colombiana: es el derecho a combatir y exterminar a trabajadores sociales, sindicalistas, hombres y mujeres que no apoyan el estado de cosas y que se asume que son extremistas comunistas. Y puede ser cualquiera, incluidos los activistas de derechos humanos como yo mismo.”

En el año 2002, una delegación de Amnistía Internacional que tenía la misión de proteger a los defensores de los derechos humanos en todo el planeta comenzó su actividad con una visita a Colombia, país escogido por su terrible historial de violencia con respaldo del estado contra esos valientes activistas, así como contra los dirigentes sindicales, de los cuales ha sido asesinado en Colombia un número mayor que en todo el resto del mundo, para no hablar de campesinos, indígenas y afrocolombianos, las víctimas más propiciatorias. Como miembro de la delegación tuve la oportunidad de reunirme con un grupo de activistas de derechos humanos en el hogar fuertemente custodiado de Vásquez Carrizosa en Bogotá, escuchar sus terribles historias, y posteriormente recoger testimonios en el lugar de los hechos: fue una experiencia estremecedora.

La misma fórmula bastó para justificar la campaña de subversión y violencia que puso a la Guyana recién independizada bajo la férula del cruel dictador Forbes Burnham. Se invocó también para explicar las campañas

emprendidas por Kennedy contra Cuba después de la fracasada invasión de Bahía de Cochinos. En su biografía de Robert Kennedy, Arthur Schlesinger, el eminente historiador liberal y asesor de Kennedy, plantea que el presidente le asignó a su hermano Robert la tarea de “desatar todas las furias de la tierra” sobre Cuba, y que éste la hizo su primera prioridad. La campaña terrorista se prolongó al menos hasta los años noventa, aunque en su último período el gobierno estadounidense no llevó a cabo las operaciones terroristas directamente, sino que se limitó a darles apoyo y a proporcionar refugio a los terroristas y sus jefes, entre ellos al notorio Orlando Bosch, y a Luis Posada Carriles, quien se ha reunido recientemente con aquel en territorio estadounidense. Los comentaristas han tenido en este caso el buen gusto de no recordarnos la Doctrina Bush: “quien les ofrece amparo a los terroristas son tan culpables como los propios terroristas” y deben ser tratados, en consecuencia, con bombardeos e invasiones. Esa doctrina, señala Graham Allison, especialista en relaciones internacionales de Harvard, “ha revocado de manera unilateral la soberanía de los estados que les brindan refugio a terroristas” y “ya se ha convertido en una norma *de facto* de las relaciones internacionales”... con las usuales excepciones.

Documentos internos de la época de Kennedy y Johnson revelan que una preocupación central en el caso de Cuba era su “exitoso desafío” a políticas estadounidenses que se remontan a la Doctrina Monroe de 1823, la cual declaraba (aunque aún no se pudiera entonces llevar a la práctica) el control de los Estados Unidos sobre todo el hemisferio. Se temía que el “exitoso desafío” cubano, en especial si estaba acompañado por un exitoso desarrollo independiente, alentara a otros, sometidos a condiciones similares, a seguir un camino parecido, lo que constituye la versión racional de la teoría del dominó, un rasgo persistente de la elaboración

de políticas. Por esa razón, revelan los documentos, era necesario castigar severamente a la población civil hasta que derrocaria al gobierno transgresor.

Esto es sólo un ejemplo de unos pocos años de intervencionismo durante el gobierno más liberal que han tenido los Estados Unidos, justificado ante la opinión pública en términos de la defensa. La historia más general es muy semejante. La dictadura rusa justificaba con pretextos similares el despiadado control que mantenía sobre la aherrojada Europa Oriental.

Los motivos para apelar a la intervención, la subversión, el terror y la represión son claros. Patrice McSherry los resume con mucha precisión en el más detallado estudio académico realizado sobre la Operación Cóndor, la coordinación terrorista internacional establecida con apoyo estadounidense en el Chile de Pinochet: “los militares latinoamericanos, normalmente con el apoyo del gobierno de los Estados Unidos, derrocaron gobiernos civiles y destruyeron otros centros de poder democrático de sus sociedades (partidos, sindicatos, universidades y sectores constitucionalistas de las fuerzas armadas) precisamente cuando la orientación de clase del estado estaba a punto de cambiar o atravesaba ya un proceso de cambio mediante el cual se traspasaba poder del estado a sectores sociales que no formaba parte de las élites... Impedir esas transformaciones del estado constituía un objetivo clave de las élites latinoamericanas, y los funcionarios estadounidenses lo consideraron, además, un interés vital de seguridad nacional.”⁵

Resulta fácil demostrar que lo que se denomina “intereses de seguridad nacional” sólo guarda una relación incidental con la seguridad de la nación, aunque sí tiene un estrecho nexo con los intereses de los sectores dominantes del estado imperial y con el interés general del estado de garantizar la

obediencia.

La sociedad estadounidense es inusualmente abierta. De ahí que no exista ninguna dificultad para documentar los principios básicos de su estrategia global a partir de la Segunda Guerra Mundial. Incluso antes de que los Estados Unidos se incorporaran a la guerra, algunos planificadores y analistas de alto nivel habían llegado a la conclusión de que el país debía hacerse de “un poder incuestionado” en el mundo de la posguerra, y dar pasos para garantizar “la limitación de todo ejercicio de la soberanía” por parte de otros estados que pudiera interferir con sus planes globales. Seguidamente reconocían que “el principal requisito” para alcanzar esos fines era “la rápida ejecución de un programa de rearme completo”, que entonces como ahora era un componente central de “una política integral para alcanzar la supremacía estadounidense en los terrenos militar y económico”. En ese tiempo, las ambiciones se limitaban al “mundo no alemán”, que debía organizarse bajo la égida de los Estados Unidos como una “Gran Área” que incluyera el hemisferio occidental, el antiguo imperio británico y el Lejano Oriente. A partir de los triunfos rusos sobre los ejércitos nazis desde de Stalingrado se hizo cada vez más evidente que Alemania sería derrotada, de modo que los planes se ampliaron para incluir la mayor porción de Eurasia que fuera posible.

Una versión más extrema de esa gran estrategia invariante es la de que no se puede tolerar ningún desafío al “poder, la posición y el prestigio de los Estados Unidos”, como le informara a la American Society of International Law el prominente estadista liberal Dean Acheson, uno de los principales arquitectos del mundo de la posguerra. Hablaba en 1963, poco después de que la crisis de los misiles llevara al mundo al borde de la guerra nuclear. La doctrina del segundo Bush, que produjo una protesta inusual en los

círculos más convencionales, no introdujo muchos cambios importantes en esas concepciones básicas. Las protestas tenían menos que ver con el contenido de la doctrina que con su estilo soberbio y su arrogancia, como señalara la Secretaria de Estado de Clinton, Madeleine Albright, que conocía muy bien la doctrina de Clinton, que era muy similar.

El derrumbe de la “conspiración monolítica y despiadada” llevó a un cambio de tácticas, pero no de lo fundamental de la política. Los analistas políticos lo entendieron con mucha claridad. Dimitri Simes, importante directivo del Carnegie Endowment for International Peace señaló que las iniciativas de Gorbachov “liberarían la política exterior norteamericana de la camisa de fuerza que le impusiera la hostilidad entre las superpotencias”.⁶ Identificó tres componentes fundamentales de esa “liberación”. En primer lugar, los Estados Unidos podrían traspasarle costos de la OTAN a sus competidores europeos, que es una manera de evitar lo que constituye una preocupación tradicional de los Estados Unidos: que Europa quiera seguir un rumbo independiente. Segundo, se podría poner fin a “la manipulación de los Estados Unidos por naciones del Tercer Mundo”. La manipulación de los ricos por los pobres que nada merecen ha sido siempre un serio problema, especialmente agudo en lo que toca a la América Latina, que durante los cinco años anteriores había transferido al Occidente industrial ciento cincuenta mil millones de dólares, además de cien mil millones por concepto de fuga de capitales, lo que representaba veinticinco veces el monto total de la Alianza para el Progreso y quince veces el del Plan Marshall. Esa gigantesca hemorragia forma parte del complicado sistema mediante el cual los bancos occidentales y las élites latinoamericanas se enriquecen a costa de la población de la América Latina, que carga con la “crisis de la

deuda” resultante de esas manipulaciones. Pero gracias a la capitulación de Gorbachov, los Estados Unidos ahora pueden negarse a “las injustificadas demandas de asistencia del Tercer Mundo” y adoptar una posición más firme al enfrentarse a los “desafiantes deudores del Tercer Mundo”.

El tercer y más significativo componente de la “liberación”, prosigue Simes, es que la desaparición de la “amenaza soviética... hace más útil el poderío militar de los Estados Unidos como instrumento de su política exterior... contra quienes contemplan la posibilidad de amenazar importantes intereses norteamericanos”. Las manos de los Estados Unidos ahora estarán “libres” y Washington podrá sacar provecho de “un mayor recurso a la fuerza militar en caso de una crisis”.

El gobierno del primer Bush dejó en claro de inmediato su interpretación del fin de la amenaza soviética. Pocos meses después de la caída del muro de Berlín, el gobierno hizo pública una nueva Estrategia de Seguridad Nacional. En el frente interno, llamaba a fortalecer “la base industrial de la defensa” mediante la creación de incentivos “para la inversión en instalaciones y equipos, así como en investigación y desarrollo”. La frase “base industrial de la defensa” es un eufemismo para aludir a la economía basada en la tecnología de punta, uno de cuyos pilares fundamentales es el dinámico sector estatal, que socializa los costos y los riesgos y termina por privatizar las ganancias, en ocasiones décadas después, como ocurrió en el caso de los ordenadores e Internet. El gobierno está totalmente al cabo de que la economía estadounidense se encuentra muy lejos del modelo de libre mercado que proclama la doctrina y que se impone a quienes son demasiado débiles para impedirlo, un tema tradicional de la historia económica examinado recientemente con mucha agudeza por el experto en economía internacional Ha-Joon Chang.⁷

En el terreno internacional, la Estrategia de Seguridad Nacional de Bush reconocía que “las demandas más probables de uso de nuestras fuerzas militares pueden no tener que ver con la Unión Soviética, sino con el Tercer Mundo, donde es posible que se requieran nuevas capacidades y enfoques”. Los Estados Unidos deben centrar su atención en “amenazas de un menor perfil como el terrorismo, la subversión, la insurgencia y el tráfico de drogas, [que] amenazan de nuevas maneras a los Estados Unidos, sus ciudadanos y sus intereses”. “Las fuerzas tendrán que habituarse al medio riguroso, la limitada inmadura de las bases y las significativas dimensiones territoriales que encuentran a menudo en el Tercer Mundo”, y “El entrenamiento, así como la investigación y el desarrollo” tendrán que “armonizarse más con las necesidades de los conflictos de baja intensidad”, en primerísimo lugar la contrainsurgencia en el Tercer Mundo. Salida Rusia de la escena, el mundo “ha evolucionado de un ‘medio en que abundaban las armas’ [Rusia] a un medio en que abundan los objetivos [el Sur]”. Los Estados Unidos enfrentarán “amenazas de un Tercer Mundo cada vez más capaz”, continuaban los planificadores militares.

En consecuencia, explicaba la Estrategia de Seguridad Nacional, los Estados Unidos deben mantener un enorme sistema militar y la capacidad de desplazar sus fuerzas rápidamente a cualquier lugar del planeta, un sistema que depende en primer lugar de las armas nucleares, que, explicaban los planificadores de Clinton, “proyectan su sombra sobre cualquier crisis o conflicto” y permiten un libre uso de las fuerzas convencionales. El motivo ya no es la desaparecida amenaza soviética, sino “la creciente sofisticación tecnológica de los conflictos en el Tercer Mundo”. Ello es especialmente cierto en el Medio Oriente, donde “las amenazas a nuestros intereses” que han exigido

una participación militar directa “no se pueden achacar al Kremlin”, a pesar de lo que se afirmó durante décadas, pero que ya no resulta útil seguir proclamando tras la desaparición de la Unión Soviética. En realidad, “la amenaza a nuestros intereses” siempre ha sido el nacionalismo autóctono. Ese hecho algunas veces se admitió, como cuando Roben Komer, el arquitecto de las Fuerzas de Despliegue Rápido (posteriormente denominadas Comando Central) del presidente Carter, destinadas fundamentalmente al Medio Oriente, declaró ante el Congreso en 1980 que su papel más probable no consistiría en defenderse de un (muy improbable) ataque soviético, sino enfrentar la intranquilidad nacional y regional, en particular el “nacionalismo radical”, que ha sido siempre una preocupación de primer orden en cualquier lugar del mundo donde se manifiesta.

El término “radical” pertenece a la misma categoría que el de “conocidos partidarios del comunismo”. No significa *radical*; significa *fuera de nuestro control*. De ahí que en aquel momento Iraq no fuera radical. Por el contrario, Sadam siguió siendo un amigo y aliado privilegiado hasta mucho después de haber perpetrado sus más horrendas atrocidades (Halabja, al-Anfal y otras) y hasta después del fin de la guerra con Irán, para la cual recibió un apoyo sustancial del gobierno Reagan, entre otros. A tenor de esas cálidas relaciones, en 1989 el presidente Bush invitó a ingenieros nucleares iraquíes a visitar los Estados Unidos para recibir un entrenamiento avanzado sobre el desarrollo de armas nucleares, y a inicios de 1990 envió una delegación senatorial de alto nivel a Iraq para que le transmitiera sus saludos personales a su amigo Sadam. La delegación estaba presidida por el líder de la mayoría en el Senado, Bob Dole, posteriormente candidato republicano a la presidencia, e incluía a otros destacados senadores. La delegación

transmitió los saludos personales de Bush, le aconsejó a Sadam que no hiciera caso de las críticas que podía oír provenientes de algunos sectores de la irresponsable prensa norteamericana, y le aseguró que el gobierno haría todo lo posible para poner fin a esas infortunadas prácticas.

Pocos meses después Sadam invadió Kuwait, haciendo caso omiso de las órdenes recibidas, o quizás entendiendo mal algunas señales ambiguas del Departamento de Estado. Ese fue un verdadero crimen, e inmediatamente se transformó de amigo respetado en encarnación del mal.

Resulta instructivo examinar la reacción a la invasión de Sadam a Kuwait, tanto la indignación retórica como la respuesta militar, que fue un golpe demoledor para la sociedad civil iraquí, pero que dejó sólidamente en pie la tiranía. Los sucesos y su interpretación son muy reveladores de las continuidades de la política después del derrumbe de la Unión Soviética, y de la cultura intelectual y moral que sustenta las decisiones de política,

La invasión de Sadam a Kuwait en agosto de 1990 fue el segundo caso de agresión ocurrido tras el fin de la Guerra Fría. El primero fue la invasión de Bush a Panamá pocas semanas después de la caída del muro de Berlín, en noviembre de 1989. La invasión fue poco más que una nota al pie de una historia larga y sórdida, pero exhibió algunas diferencias con ejercicios previos de su tipo. Una diferencia básica fue la explicada por Elliot Abrams, quien era entonces un alto funcionario encargado de los asuntos del Cercano Oriente y el Norte de África, y que ahora, bajo el segundo Bush, se ocupa de “promover la democracia”, especialmente en el Medio Oriente. Haciéndose eco de Simes, Abrams señalaba que “los sucesos de Moscú han disminuido las posibilidades de que una pequeña operación llegue a convertirse en un conflicto entre las superpotencias”.⁸ El uso de la fuerza, como ocurrió en Panamá, es más factible que

antes, gracias a la desaparición de la contención soviética. Un razonamiento similar era perceptible en las reacciones ante la invasión iraquí a Kuwait. De haber existido la contención soviética, es bastante improbable que los Estados Unidos y Gran Bretaña se hubieran arriesgado a enviar fuerzas tan numerosas al desierto y a conducir las operaciones militares como lo hicieron. El objetivo de la invasión a Panamá era secuestrar a Manuel Noriega, un matón de segunda que fue trasladado a Florida y condenado por tráfico de drogas y otros delitos cometidos, en lo fundamental, cuando formaba parte de la nómina de la CIA. Pero se había vuelto desobediente: por ejemplo, no había apoyado con suficiente entusiasmo la guerra terrorista de Washington contra Nicaragua, así que había que deponerlo. Ya no se podía invocar la amenaza soviética como se hiciera tradicionalmente, así que la invasión se definió como una acción defensiva de los Estados Unidos contra el narcotráfico hispano, que estaba abrumadoramente en manos de los aliados colombianos de Washington. Mientras ocurría la invasión, el presidente Bush anunció la concesión de nuevos créditos a Iraq para alcanzar “el objetivo de aumentar las exportaciones estadounidenses y colocarnos en una mejor posición para tratar con Iraq sobre su historial de derechos humanos...”, de modo que el Departamento de Estado contestó las escasas averiguaciones que realizó el Congreso sin aparente ironía. Los medios de comunicación prefirieron, sabiamente, guardar silencio.

Los agresores victoriosos no investigan sus propios crímenes; de ahí que el costo en vidas humanas de la invasión de Bush a Panamá no se conozca con precisión. No obstante, parece ser que fue considerablemente más mortífera que la invasión de Sadam a Kuwait unos pocos meses después. Según algunos grupos de derechos humanos panameños, el bombardeo norteamericano al barrio popular

de El Chorrillo y otros objetivos civiles dejó un saldo de varios miles de muertos entre los habitantes pobres de la ciudad, muchos más que el costo estimado en vidas humanas de la invasión a Kuwait. El asunto carece de interés para Occidente, pero los panameños no olvidan. En diciembre del 2007, Panamá volvió a declarar un día de duelo nacional para conmemorar la invasión estadounidense: en los Estados Unidos la fecha no mereció ningún comentario.

También ha desaparecido de la historia el hecho de que el mayor temor de Washington cuando Sadam invadió Kuwait era que imitara la invasión estadounidense a Panamá. Colin Powell, entonces jefe del Estado Mayor Conjunto, alertó que Sadam “se retirará, [después de instalar] un títere en el poder. Todo el mundo árabe se sentirá feliz”. Por el contrario, cuando Washington realizó una retirada parcial de Panamá después de dejar instalado a un títere en el poder, los latinoamericanos estuvieron lejos de sentirse felices. La invasión despertó una gran indignación en toda la región, tanto que el nuevo régimen fue expulsado del Grupo de los Ocho, integrado por democracias latinoamericanas, con el argumento de que Panamá era un país ocupado militarmente. Washington estaba absolutamente consciente, señaló Stephen Ropp, quien se dedica a estudiar Latinoamérica, de que “cuando se retirara el manto protector de los Estados Unidos se produciría un rápido derrocamiento por vías civiles o militares de Endara y sus seguidores”, o dicho de otra manera, del régimen de banqueros, hombres de negocios y narcotraficantes instalado en el poder por la invasión de Bush. Hasta la Comisión de Derechos Humanos de ese propio gobierno declaró cuatro años después de la invasión que el derecho a la autodeterminación y la soberanía del pueblo panameño seguía siendo vulnerado por “la ocupación de un ejército extranjero”. El temor a que Sadam copiara la

invasión a Panamá parece haber sido el motivo fundamental de que Washington bloqueara los esfuerzos diplomáticos e insistiera en ir a la guerra, con una casi total cooperación de los medios de comunicación y, como es tan a menudo el caso, con un desprecio absoluto a la opinión pública, que en vísperas de la invasión se manifestaba abrumadoramente a favor de la celebración de una conferencia regional que mediara en la confrontación, además de analizar otras importantes cuestiones del Medio Oriente. Esa era en esencia la propuesta de Sadam en ese momento, aunque sólo quienes leían publicaciones disidentes marginales o realizaban investigaciones por su cuenta estaban al tanto.

La preocupación de Washington por los derechos humanos en Iraq se volvió a revelar espectacularmente poco después de la invasión, cuando Bush autorizó a Sadam a aplastar una rebelión chiíta en el sur del país que probablemente lo habría derrocado. La lógica oficial fue bosquejada por Thomas Friedman, quien se desempeñaba entonces como el principal comentarista de asuntos diplomáticos del *New York Times*. Washington aspiraba al “mejor de los mundos posibles”, explicaba Friedman: “una junta iraquí sin Sadam Hussein, que gobernara con puño de hierro” y que restaurara el *statu quo ante*, cuando “el puño de hierro [de Sadam]... mantuvo unido a Iraq, para satisfacción de Turquía y Arabia Saudita, aliados ambos de los Estados Unidos”... y, claro, del líder de Washington. Pero ese final feliz resultó irrealizable, así que los amos de la región tuvieron que conformarse con la segunda opción: el mismo “puño de hierro” que habían respaldado siempre. Alan Cowell, veterano corresponsal del *Times* en el Medio Oriente, comentaba que los rebeldes habían fracasado porque “muy pocos fuera de Iraq querían que ganaran”: los Estados Unidos y “los miembros árabes de su coalición” llegaron al “criterio sorprendentemente unánime de que

fueran cuales fuesen los pecados del dirigente iraquí, éste les inspiraba a Occidente y a la región mayores esperanzas que las víctimas de su represión de que el país conservara la estabilidad”.

El término “estabilidad” se emplea aquí en su sentido técnico más usual: subordinación a la voluntad de Washington. Por ejemplo, no hay ninguna contradicción en la afirmación del comentarista liberal James Chance, ex director de *Foreign Affairs*, de que los Estados Unidos se propusieron “desestabilizar un gobierno marxista libremente electo en Chile” porque “estaban empeñados en lograr la estabilidad” (con la dictadura de Pinochet).

Desaparecido el pretexto soviético, el historial de intervenciones criminales continuó más o menos como antes. Un indicador útil es el de la ayuda militar. Como bien saben los estudiosos, la ayuda estadounidense “ha tendido a encaminarse de manera desproporcionada hacia gobiernos latinoamericanos que torturan a sus ciudadanos... hacia los violadores más o menos flagrantes de los derechos humanos fundamentales en el hemisferio”. Eso incluye la ayuda militar, es independiente de las necesidades y no se interrumpió durante el período de Carter (Lars Schoultz, renombrado académico especialista en el tema de los derechos humanos en América Latina). Estudios más abarcadores realizados por el economista Edward Herman encontraron una correlación similar en el nivel global, y sugirieron una posible explicación. Herman descubrió que, como era de esperar, existe una correlación entre la ayuda y la mejoría del clima para las inversiones. Esa mejoría a menudo se alcanza asesinando a sacerdotes y sindicalistas, masacrando a campesinos que intentan organizarse, poniendo bombas a los medios de prensa independientes, etc. El resultado, entonces, es una correlación secundaria entre ayuda y violación flagrante de los derechos humanos.

De ahí que sería erróneo llegar a la conclusión de que los dirigentes de los Estados Unidos (al igual que sus contrapartes en todo el planeta) prefieren la tortura; de lo que se trata es de que es asunto de poca monta cuando se le compara con valores más importantes. Esos estudios son anteriores al gobierno de Reagan, cuando ya no valía la pena plantearse la cuestión, porque las correlaciones eran más que obvias.

El mismo patrón de comportamiento se mantuvo después del fin de la Guerra Fría. Fuera de Israel y Egipto, que constituyen una categoría aparte, el mayor receptor de ayuda norteamericana al final de la Guerra Fría era El Salvador, donde, al igual que en Guatemala, se practicó la más extrema violencia terrorista durante los horrendos años de Reagan en la América Central, casi enteramente atribuible a las fuerzas del terrorismo de estado armadas y entrenadas por Washington, como han documentado a partir de entonces varias Comisiones de la Verdad. El Congreso le impidió a Washington conceder una ayuda directa a los asesinos guatemaltecos. Fueron efusivamente alabados por Reagan, quien, no obstante, tuvo que volverse hacia una red terrorista internacional de estados intermediarios para salvar ese obstáculo.

En El Salvador, sin embargo, los Estados Unidos pudieron librar una guerra terrorista sin verse contrariados por esas molestias. Un objetivo principal fue la Iglesia Católica, que había cometido un grave pecado: comenzar a tomarse en serio el Evangelio y adoptar la “opción preferencial por los pobres”. Por tanto, tenía que ser destruida mediante la violencia, con el respaldo de los Estados Unidos y un fuerte apoyo del Vaticano. La década comenzó con el asesinato en 1980 del arzobispo Romero mientras oficiaba en la misa, pocos días después de que le enviara una carta al presidente Carter en la que le suplicaba que suspendiera la ayuda a la

junta asesina, ayuda que “agudizará sin duda la injusticia y la represión en contra del pueblo organizado, que muchas veces ha estado luchando porque se respeten sus derechos humanos más fundamentales”. La ayuda pronto fluyó, despejando el camino para “una guerra genocida de exterminio contra la población civil indefensa”, como la describiera el sucesor del arzobispo Romero. La década terminó con la Brigada Atlacatl de tropas de élite, armada y entrenada por Washington, volándoles los sesos a seis importantes intelectuales latinoamericanos y sacerdotes jesuitas, después de hacerse de un sangriento historial con las víctimas usuales. Nada de lo anterior penetra en la conciencia de la élite occidental, habituada a aceptar la excusa de la “actuación errónea”.

Cuando Clinton ascendió a la presidencia ya se había alcanzado un acuerdo político en El Salvador, así que el país perdió su posición de principal receptor de ayuda militar estadounidense. Fue reemplazado por Turquía, donde se llevaba a cabo entonces una de las peores atrocidades de los noventa contra la duramente oprimida población kurda. Decenas de miles de personas fueron asesinadas, tres mil quinientos pueblos y aldeas resultaron destruidos, un número enorme de refugiados huyó de la zona (tres millones, según análisis realizados por organizaciones kurdas de derechos humanos), grandes zonas fueron devastadas, se encarceló a disidentes, la tortura más feroz y otras atrocidades se convirtieron en cosa de todos los días. Clinton proporcionó el 80% de las armas que se utilizaron para perpetrar esos salvajes crímenes, incluido equipamiento de punta. Sólo en 1997, Clinton envió a Turquía más ayuda militar que durante todo el período de la Guerra Fría, cuando aún no había comenzado la campaña de contrainsurgencia. Los medios de comunicación y los comentaristas, salvo contadísimas excepciones, guardaron

silencio.

En 1999 el terrorismo de estado había alcanzado sus objetivos en lo fundamental, así que Turquía fue sustituida como principal receptora de ayuda militar por Colombia, que tenía, con mucho, el peor historial de derechos humanos del hemisferio, dado que los programas de terror coordinados entre el estado y los grupos paramilitares e inaugurados por Kennedy, ya habían tenido un costo estremecedor en términos de vidas humanas.

Mientras tanto, otras grandes atrocidades siguieron siendo objeto de un apoyo irrestricto. Una de las más tremendas fue la imposición de sanciones a los civiles iraquíes después de la demolición en gran escala de Iraq por los bombardeos de 1991, que también destruyeron estaciones eléctricas e instalaciones de agua y de alcantarillado, lo que constituye una efectiva variante de la guerra biológica. El horrendo impacto de las sanciones británico-estadounidenses, formalmente llevadas a la práctica por las Naciones Unidas, despertaron tanta preocupación en la opinión pública que en 1996 se introdujo una modificación humanitaria: el programa “petróleo por alimentos”, que le permitía a Iraq usar las ganancias de sus exportaciones petroleras para paliar las necesidades de su sufrido pueblo. El distinguido diplomático internacional Denis Halliday, primer director del programa, dimitió en señal de protesta al cabo de dos años, y declaró que el programa era “genocida”. Fue reemplazado por otro distinguido diplomático internacional, Hans von Sponeck, quien también dimitió a los dos años y denunció que el programa violaba la Convención de Ginebra. La renuncia de von Sponeck se vio seguida de inmediato por la de Jutta Burghardt, quien estaba a cargo del Programa de Alimentos de las Naciones Unidas y que se unió a la protesta de Halliday y von Sponeck. Para mencionar sólo una cifra, “Durante el período de vigencia de

las sanciones, esto es, entre 1990 y el 2003, se produjo un marcado incremento de la mortalidad infantil, de 56 por mil niños menores de cinco años a inicios de los noventa a 131 por mil a principios del nuevo siglo”, y “es fácil entender que ello se debió a las sanciones económicas” (von Sponeck). Las masacres en esa escala no abundan, de modo que admitir esta habría resultado difícil desde un punto de vista doctrinal. En consecuencia, se realizaron enormes esfuerzos para culpar de la situación a la incompetencia de las Naciones Unidas, “el fraude más colosal que haya conocido la historia” (*Wall Street Journal*). El fraudulento “fraude” salió a la luz rápidamente; resultó que Washington y un grupo de empresas estadounidenses eran los mayores culpables. Pero las acusaciones eran demasiado valiosas como para permitir que se desvanecieran.

Halliday y von Sponeck contaban con numerosos investigadores en todo el territorio iraquí, lo que les permitió saber más acerca del país que cualquier otro occidental. A ambos se les impidió el acceso a los medios de comunicación estadounidenses durante el período de preparación para la guerra. El gobierno Clinton también le impidió a von Sponeck presentar un informe sobre los efectos de las sanciones entre la población ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que era técnicamente el responsable de la cuestión. “A ese hombre de Bagdad se le paga para que trabaje, no para que hable”, explicó James Rubin, portavoz del Departamento de Estado. Los medios de comunicación estadounidenses y británicos obviamente están de acuerdo. El informe cuidadosamente documentado de von Sponeck sobre el impacto de las sanciones británico-estadounidenses se publicó en el 2006 y fue recibido con un resonante silencio.⁹

Las sanciones devastaron la sociedad civil: fueron responsables de la muerte de miles de personas al tiempo

que fortalecían al tirano, lo que obligó a la población a volverse hacia él para sobrevivir, y probablemente lo salvaron de sufrir el destino de otros asesinos y torturadores en masa que recibieron hasta el final de sus cruentos gobiernos el apoyo de los Estados Unidos, Gran Bretaña y sus aliados: Ceausescu, Suharto, Mobutu, Marcos, y toda una galería de rufianes a la que constantemente se añaden nuevos nombres. La calculada negativa a darles una oportunidad a los iraquíes de decidir su destino por ellos mismos mitigando el estrangulamiento provocado por las sanciones, como recomendaban Halliday y von Sponeck, elimina todo vestigio de justificación a la invasión que puedan urdir los apologistas de la violencia de estado.

También a todo lo largo de los noventa se prolongó, sin modificaciones, el fuerte apoyo británico-estadounidense al general Suharto de Indonesia, “el tipo de hombre que nos gusta”, como anunciara jubiloso el gobierno Clinton al recibirlo en Washington. Suharto había sido un favorito de Occidente desde que asumiera el poder en 1965 y encabezara una “pasmosa carnicería” que constituyó “un rayo de luz en Asia”, como informara el *New York Times*, al tiempo que alababa a Washington por mantener oculto su papel crucial en los acontecimientos para no poner en una posición embarazosa a los “moderados indonesios” que tomaron el poder. La reacción general en Occidente tras la carnicería fue de evidente euforia, aun cuando la CIA comparó los crímenes cometidos a los de Hitler, Stalin y Mao. Suharto puso a disposición de Occidente la explotación de las riquezas del país, se hizo de uno de los historiales de derechos humanos peores del mundo y, además, ganó el campeonato mundial de la corrupción, al superar ampliamente a Mobutu y otros favoritos de Occidente. Colateralmente, en 1975 invadió la antigua colonia portuguesa de Timor Oriental, donde llevó a cabo uno de los

crímenes más horrendos de fines del siglo XX, ya que liquidó aproximadamente a una cuarta parte de la población y asoló el país. Desde el primer momento contó con un apoyo diplomático y militar decisivo de los Estados Unidos, al que se sumó Gran Bretaña en 1978 durante el peor momento de las atrocidades, mientras que otras potencias occidentales también trataban de sacar algún provecho de la situación brindándole su apoyo al virtual genocidio que tenía lugar en Timor Oriental. El envío de armas estadounidenses y británicas y el entrenamiento de las unidades de contrainsurgencia más feroces se mantuvo sin cambios durante todo el año 1999, cuando las atrocidades indonesias volvieron a experimentar una escalada mucho más terrible que todo lo que ocurría en Kosovo en ese mismo momento, previo a los bombardeos de la OTAN. Australia, que contaba con la información más detallada acerca de las atrocidades que estaban teniendo lugar, también participó activamente en el entrenamiento de las unidades de élite más asesinas.

En abril de 1999 se produjo una serie de masacres especialmente brutales, como la de Liquica, en la que fueron asesinadas al menos sesenta personas que habían buscado refugio en una iglesia. Los Estados Unidos reaccionaron de inmediato. El almirante Dennis Blair, comandante de la flota estadounidense en el Pacífico, se reunió con el general Wiranto, jefe del ejército indonesio, que había supervisado las atrocidades, y le garantizó el apoyo y la asistencia estadounidenses, a la vez que le proponía el envío de una nueva misión norteamericana para el entrenamiento de las tropas. Ese fue uno de varios contactos sostenidos en la época. Fuentes eclesiales muy fidedignas estimaron que de febrero a julio se asesinó entre tres mil y cinco mil personas.

En agosto de 1999, en un referendo organizado por las Naciones Unidas, la población votó por abrumadora mayoría

a favor de la independencia, lo que constituyó un notable acto de valentía. La reacción del ejército indonesio y sus asociados paramilitares consistió en destruir Dili, la capital del país, y hacer huir a cientos de miles de sobrevivientes a las montañas. Los Estados Unidos y Gran Bretaña no se sintieron impresionados. Washington alabó “el valor de años de entrenamiento ofrecido en los Estados Unidos a los futuros jefes militares indonesios, y los millones de dólares concedidos a Indonesia en concepto de ayuda militar”, según informó la prensa, e instó a seguir ese mismo curso de acción en Indonesia y en el resto del mundo. Un importante diplomático nombrado en Yakarta explicó sucintamente que “Indonesia es importante y Timor Oriental no”. El 9 de septiembre, cuando todavía humeaban las ruinas de Dili y la población expulsada de la ciudad moría de hambre en las montañas, el Secretario de Defensa William Cohen reiteró la posición oficial de los Estados Unidos de que el ocupado Timor Oriental “es responsabilidad del gobierno de Indonesia, y no queremos arrebatársela esa responsabilidad”.

Pocos días más tarde, sometido a una intensa presión internacional e interna (buena parte proveniente de influyentes medios católicos de derecha), Clinton les informó discretamente a los generales indonesios que el juego había terminado, y estos se retiraron de inmediato, permitiendo que una Fuerza de Paz de las Naciones Unidas, encabezada por Australia, entrara al país sin ninguna oposición. La moraleja no puede ser más clara: para poner fin a la agresión y el virtual genocidio del cuarto de siglo precedente no había necesidad de bombardear Yakarta, o imponer sanciones, o, en realidad, hacer nada que no fuera dejar de participar activamente en los crímenes. Es imposible, sin embargo, admitir esa moraleja, por evidentes razones de doctrina. Pasmosamente, esos acontecimientos han sido reconstruidos como un notable éxito de la

intervención humanitaria de septiembre de 1999, lo que constituye una evidencia de las seductoras “nuevas normas” adoptadas por los “estados ilustrados”. Es imposible no plantearse la pregunta de si un estado totalitario podría lograr algo comparable.

El historial británico era aún más grotesco. El gobierno laborista siguió enviándole aviones Hawk a Indonesia hasta el 23 de septiembre de 1999, dos semanas después de que la Unión Europea impusiera un embargo, tres días después del desembarco de las Fuerzas de Paz australianas, mucho después de que se revelara que esos aviones habían vuelto a volar sobre Timor Oriental, esta vez como parte de la operación de intimidación previa al referendo. Bajo el gobierno del Nuevo Laborismo, Gran Bretaña se convirtió en el principal suministrador de armas a Indonesia, a pesar de las fuertes protestas de Amnistía Internacional, los disidentes indonesios y las víctimas timorenses. Las razones las explicó Robín Cook, el Secretario de Relaciones Exteriores y autor de la nueva “política exterior ética”. Los envíos de armas no eran incorrectos porque “el gobierno está comprometido con el mantenimiento de una fuerte industria de defensa, que es un componente estratégico de nuestra base industrial”, igual que en los Estados Unidos y otros países. Por razones similares, el Primer Ministro Tony Blair aprobó posteriormente la venta a Zimbabwe de piezas de repuesto para los cazas británicos Hawk empleados por Mugabe en una guerra civil que le ha costado al país decenas de miles de vidas. Aun así, la nueva política ética era mejor que la de Thatcher, cuyo Ministro de Compras para la Defensa, Alan Clark, declaró que “Mi responsabilidad es con mi pueblo. En realidad no me preocupa demasiado lo que un grupo de extranjeros le hace a otro.”¹⁰

Es contra este trasfondo, del cual apenas se han mostrado algunos ejemplos, que el coro de admirados

intelectuales de Occidente se felicitaba a sí mismo y a sus “estados ilustrados” por haber dado inicio a una nueva e inspiradora era de intervenciones humanitarias, guiados por el principio de “la responsabilidad de proteger”, consagrados únicamente a “principios y valores”, inspirados por el “altruismo” y el “fervor moral” y liderados por un “nuevo mundo idealista empeñado en poner fin a la inhumanidad”, ahora en una “fase noble” de su política externa con un “halo de santidad”.

El coro autolaudatorio generó también un nuevo género literario, dedicado a vituperar a Occidente por no responder adecuadamente a los crímenes cometidos por otros (y a evitar escrupulosamente cualquier referencia a sus propios crímenes). Se le alabó por su coraje y su osadía. Pocos se permitieron percibir que una obra comparable habría sido cálidamente recibida por el Kremlin de la época previa a la perestroika. El ejemplo más prominente fue el sumamente alabado y ganador del Premio Pulitzer *“A Problem from Hell”: America and the Age of Genocide*, de Samantha Power, del Carr Center for Human Rights Policy de la Kennedy School en la Universidad de Harvard. Resulta injusto decir que Powell evita mencionar todos los crímenes de los Estados Unidos. Menciona unos pocos al pasar, pero los explica como derivados de otras preocupaciones. Power plantea, sin embargo, un caso claro: Timor Oriental, donde, escribe, Washington “miró hacia otro lado” al autorizar la invasión, proporcionándole de inmediato a Indonesia nuevo equipamiento de contrainsurgencia; haciendo “totalmente inefectivo” todo intento de las Naciones Unidas por detener la agresión y las matanzas, como recordó con orgullo el embajador ante las Naciones Unidas, Daniel Patrick Moynihan, en las memorias de sus años en la organización mundial; y brindándole a continuación un apoyo diplomático y militar decisivo durante el siguiente cuarto de

siglo de la manera que brevemente se ha descrito.

En resumen, después de la caída de la Unión Soviética, las políticas no han experimentado más que modificaciones tácticas. Pero se necesitaban nuevos pretextos. La nueva norma de las intervenciones humanitarias se ajusta muy bien a los requisitos. No había más que hacer a un lado el vergonzoso historial de crímenes previos tildándolo de irrelevante para entender sociedades y culturas que habían experimentado muy pocos cambios y disfrazando la realidad de que esos crímenes siguieron cometiéndose igual que antes. Se trata de una dificultad que se presenta con frecuencia, aun cuando no de manera tan urgente como después de la desaparición del pretexto de rutina. La reacción usual es atenerse a una máxima de Tácito: “El crimen, una vez expuesto a la luz pública, no tiene más recurso que la audacia”. No se niegan los crímenes del pasado y el presente; sería un grave error abrir esa compuerta. Por el contrario, hay que borrar el pasado e ignorar el presente mientras marchamos hacia un glorioso porvenir. Esa es, lamentablemente, una justa imagen de los rasgos fundamentales de la cultura intelectual de la era postsoviética.

Aun así, resultaba imprescindible encontrar, o al menos inventar, unos pocos ejemplos que ilustraran la nueva magnificencia. Algunas opciones fueron verdaderamente sorprendentes. Una, que se invoca regularmente, es la intervención humanitaria de mediados de septiembre de 1999 para rescatar a los habitantes de Timor Oriental. El término “audacia” es demasiado modesto para reflejar esa acción, pero no encontró mayores dificultades a su paso, lo que corrobora una vez más lo que Hans Morgenthau, el fundador de la teoría del realismo en las relaciones internacionales, denominara en cierta ocasión “nuestra aquiescencia conformista con quienes están en el poder”. No

hay por qué detenerse en ese logro.

Se intentó poner algunos otros ejemplos, también impresionantes por su audacia. Uno de los favoritos fue la intervención militar que ordenara Clinton en Haití en 1995, que es cierto que puso fin al terrible reino de terror desatado por un golpe militar que derrocó en 1991 al primer presidente democráticamente electo de Haití, Jean-Bertrand Aristide, pocos meses después de su toma de posesión. Para sostener esa imagen, sin embargo, ha sido necesario suprimir ciertos detalles inconvenientes. El gobierno del primer Bush dedicó sustanciales esfuerzos a socavar el odiado régimen de Aristide y preparar el terreno para el golpe militar que se esperaba. Después, le brindó su apoyo de inmediato a la junta militar y sus opulentos seguidores, violando así el embargo impuesto por la OEA, o, como prefirió describir los hechos el *New York Times*, “afinando” el embargo para que las compañías estadounidenses quedaran exentas, todo en bien del pueblo haitiano. Durante el gobierno de Clinton creció el comercio con la junta y se autorizó ilegalmente a Texaco a suministrarle petróleo. Texaco era la opción más natural. Fue Texaco quien le suministró petróleo al régimen de Franco a fines de los treinta, en violación del embargo decretado y de las leyes norteamericanas, mientras Washington fingía no saber lo que informaba la prensa de izquierda, para confesar más tarde discretamente que, por supuesto, siempre lo había sabido.

En 1995 Washington sintió que la tortura a los haitianos ya se había prolongado lo suficiente, y Clinton envió a los marines a derribar a la junta y reponer el gobierno electo, pero al precio de unas condiciones que no podían sino destruir lo poco que quedaba de la economía haitiana. El gobierno reinstalado en el poder se vio obligado a aceptar un estricto programa neoliberal que eliminaba toda barrera a

las exportaciones y las inversiones norteamericanas. Los arroceros haitianos son bastante eficientes, pero no pueden competir con el muy subsidiado agronegocio estadounidense, y fueron llevados a una ruina previsible. Un pequeño negocio haitiano bastante exitoso comercializaba pollo troceado. Pero a los norteamericanos sólo les gusta la carne blanca, de modo que los grandes conglomerados estadounidenses que distribuyen pollo troceado querían deshacerse de las demás partes del pollo vendiéndolas a precio de dumping en otros países. Lo intentaron en México y Canadá, pero esas son sociedades funcionales capaces de impedir un dumping ilegal. A Haití se la había obligado a la indefensión, así que hasta esa pequeña industria resultó destruida. La historia continúa, con detalles aún más feos que no es necesario reseñar aquí.¹¹

En resumen, Haití sigue un modelo conocido, y constituye una ilustración especialmente vergonzosa del mismo, si se tiene en cuenta que los haitianos han sido torturados primero por Francia y después por los Estados Unidos, en parte como castigo por haberse atrevido a ser el primer país libre de hombres libres del hemisferio.

Otros intentos de justificación no corrieron mejor suerte, hasta que, al fin, Kosovo vino al rescate en 1999 y abrió las compuertas. El torrente de retórica autolaudatoria se convirtió en una inundación incontrolable.

El caso de Kosovo tiene, obviamente, una gran significación en el sostén de la autoglorificación que alcanzó un *crescendo* a fines del milenio, y en la justificación del derecho occidental a la intervención unilateral. No resulta sorprendente, entonces, que exista una estricta línea partidista a la hora de hablar de los bombardeos de la OTAN a Kosovo.

Vaclav Havel fue el encargado de expresar con elocuencia la doctrina tras el fin de esos bombardeos. Una

importante publicación intelectual estadounidense, la liberal de izquierda *New York Review*, se volvió hacia Havel en busca de “una explicación razonada” de por qué se debía apoyar los bombardeos, para lo cual publicó con el título de “Kosovo and the End of the Nation-State” (Kosovo y el fin del estado-nación, 10 de junio de 1999) su discurso ante el Parlamento canadiense. Para Havel, señalaba la publicación, “la guerra en Yugoslavia marca un hito en las relaciones internacionales: esta es la primera vez que los derechos humanos de un pueblo —los albaneses kosovares— han sido inequívocamente puestos en primer lugar”. El discurso de Havel comenzaba subrayando la significación y la importancia extraordinarias de la intervención en Kosovo. Ella apuntaba a la posibilidad de que por fin estuviéramos inaugurando una era verdaderamente ilustrada que sería testigo del “fin del estado-nación”, que ya no sería “la culminación de la historia de cada comunidad nacional y su mayor valor”, como ocurriera en el pasado. La intervención en Kosovo revelaba que los “esfuerzos esclarecidos de varias generaciones de demócratas, la terrible experiencia de dos guerras mundiales... y la evolución de la civilización, al fin han llevado a la humanidad a reconocer que los seres humanos son más importantes que el estado”.

La “explicación razonada” de Havel sobre el por qué de los bombardeos era la siguiente: “hay algo que ninguna persona razonable puede negar: esta es probablemente la primera guerra que no ha sido declarada en nombre de ‘intereses nacionales, sino de principios y valores... [La OTAN] lucha debido a su preocupación por la suerte de otros. Lucha porque ninguna persona decente puede hacerse a un lado para contemplar los asesinatos sistemáticos de individuos dirigidos por un estado... La alianza ha actuado a partir del respeto por los derechos humanos, como dictan la conciencia y los instrumentos legales. Este es un precedente

importante para el futuro. Se ha dicho claramente que no resulta permisible asesinar personas, expulsarlas de sus hogares, torturarlas y confiscar sus propiedades.”

Palabras conmovedoras, a las que, sin embargo, habría que hacerles algunas correcciones. Para mencionar sólo una, sigue siendo no solamente permisible, sino obligatorio, no sólo tolerar esas acciones, sino contribuir masivamente con ellas, garantizando así que alcancen nuevas cumbres de encono —en el seno de la OTAN, por ejemplo— y, por supuesto, llevarlas a cabo uno mismo cuando se hace necesario.

Havel era un comentarista de cuestiones internacionales particularmente admirado desde 1990, cuando habló ante una sesión conjunta del Congreso inmediatamente después de que sus colegas en la disidencia fueran brutalmente asesinados en El Salvador (y de la invasión estadounidense a Panamá, con sus muertes y su destrucción). Recibió una atronadora ovación por alabar al “defensor de la libertad” que había armado y entrenado a los asesinos de los seis importantes intelectuales jesuitas y a decenas de miles de otras personas, encomiándolo por haber “entendido la responsabilidad que emana” del poder e instándolo a seguir poniendo “la moral por encima de la política”, como hiciera con las guerras terroristas de Reagan en la América Central el apoyo a Sudáfrica mientras el régimen de ese país asesinaba a un millón y medio de personas en naciones vecinas y muchos otros hechos gloriosos. La columna vertebral de nuestras acciones debe ser la “responsabilidad”, instruía Havel al Congreso: “responsabilidad con algo mayor que mi familia, mi país, mi compañía, mi éxito”.

El discurso fue acogido con éxtasis por los intelectuales liberales. Haciéndose eco del respeto y la aclamación generales, los editores del *Washington Post* declaraban que las loas de Havel a nuestra nobleza eran una “evidencia

fehaciente” de que este país es “una fuente fundamental” de “la tradición intelectual europea”, dado que la “voz de su conciencia” había hablado “de modo conmovedor sobre las responsabilidades que se deben unas a otras las potencias grandes y pequeñas”. En el extremo liberal de izquierda, Anthony Lewis escribió que las palabras de Havel nos recordaban que “vivimos en una era romántica”. Una década más tarde, todavía en el borde exterior de la disidencia, Lewis se sintió conmovido y persuadido por los argumentos que Havel “planteara de manera elocuente” a propósito del bombardeo de Serbia, que eliminaban cualquier duda que aún pudiera quedar acerca de la causa de Washington y la aparición de “un hito en las relaciones internacionales”.

La línea partidista ha sido celosamente vigilada. Para citar unos pocos ejemplos actuales, en ocasión de la independencia de Kosovo el *Wall Street Journal* publicó que policías y tropas serbias habían sido “expulsadas de la provincia por la campaña de bombardeos aéreos dirigida por los Estados Unidos [en 1999], cuyo objetivo era impedir el brutal intento del dictador Slobodan Milosevic de expulsar a la mayoría étnica albanesa de la provincia” (25 de febrero del 2008). Francis Fukuyama instó en el *New York Times* (17 de febrero del 2008) a que “como resultado de la debacle de Iraq” no olvidáramos la importante lección aprendida en los noventa de que “los países poderosos como los Estados Unidos deben emplear su fuerza para defender los derechos humanos o promover la democracia”: la evidencia crucial es que “la limpieza étnica emprendida contra los albaneses en Kosovo sólo se detuvo gracias al bombardeo de Serbia por parte de la OTAN”. Los editores del liberal *New Republic* escribieron que Milosevic “se propuso pacificar [Kosovo] mediante el empleo de sus armas preferidas: las expulsiones masivas, las violaciones sistemáticas y los asesinatos”, pero que, afortunadamente, Occidente no toleró el crimen “y así,

en marzo de 1999, la OTAN comenzó una serie de bombardeos” para poner fin a “la matanza y el sadismo”. “La pesadilla tuvo un final feliz por una sencilla razón: Occidente empleó su poderío militar para salvarlos” (12 de marzo del 2008). Los editores añadían que “Habría que tener el corazón de un funcionario del Kremlin para no conmoverse con las escenas que se vieron en Pristina, la capital de Kosovo” durante las celebraciones de “un adecuado y justo epílogo al último crimen masivo del siglo XX”. En términos menos exaltados, pero convencionales, Samantha Power planteaba que “las atrocidades cometidas por Serbia, por supuesto, provocaron que la OTAN entrara en acción”.

Los ejemplos aislados pueden llevar a error, porque la doctrina se acepta con virtual unanimidad y considerable pasión, o tal vez “desesperación” sea una palabra más exacta. La referencia al “funcionario del Kremlin” de los editores del *New Republic* es muy justa, aunque en un sentido que no es el que pretendían. Los escasos intentos por sacar a colación la incontrovertible y bien documentada historia desencadenan rabietas impresionantes, cuando no son sencillamente ignorados.

Esa historia es inusualmente rica, y los hechos presentados por impecables fuentes occidentales son explícitos y coherentes, y están ampliamente documentados. Las fuentes incluyen dos importantes compilaciones de documentos realizadas por el Departamento de Estado que se hicieran públicas para justificar los bombardeos, y un copioso conjunto de documentos de la OSCE, la OTAN, la ONU y otras. Incluyen también una investigación realizada por el Parlamento británico. Y, muy notablemente, los muy instructivos informes de los miembros de la Misión de Observadores de la OSCE en Kosovo, creada durante el cese al fuego de octubre negociado por el embajador

estadounidense Richard Holbrooke. Los observadores rindieron sus informes regularmente desde el lugar de los hechos a partir de unas pocas semanas después del cese al fuego hasta el 19 de marzo, cuando fueron retirados (a pesar de las objeciones serbias) como parte de los preparativos para los bombardeos del 24 de marzo.

El historial documental es tratado con lo que los antropólogos denominan “negación ritual”.¹² Y hay buenas razones para ello. La evidencia, que resulta inequívoca, hace volar en pedazos la línea partidista. La tan repetida afirmación de que “las atrocidades cometidas por Serbia, por supuesto, provocaron que la OTAN entrara en acción” es el reverso total de la inequívoca realidad: las acciones de la OTAN provocaron las atrocidades serbias, tal como se esperaba.

Los documentos occidentales revelan que Kosovo antes de los bombardeos era un lugar sórdido, aunque no, lamentablemente, si nos atenemos a los estándares internacionales. El año antes de la intervención de la OTAN, se informó de la muerte de unas dos mil personas. Las atrocidades se distribuían entre las guerrillas del Ejército de Liberación de Kosovo (UCK por sus siglas en albanés) que atacaban desde Albania y las fuerzas de seguridad yugoslavas (República Federativa de Yugoslavia-RFY). Un informe de la OSCE resume la situación: el “ciclo de confrontación puede describirse en líneas generales” como una serie de ataques de la UCK contra policías y civiles serbios, “una respuesta desproporcionada de las autoridades de la RFY”, y “nueva actividad de la UCK”. El gobierno británico, que era el elemento más “halcón” de la alianza, le atribuye la mayor parte de las atrocidades cometidas en el período que nos interesa a la UCK, que en 1998 había sido calificada por los Estados Unidos como “una organización terrorista”. El 24 de marzo, fecha en que comenzaron los

bombardeos, George Robertson, entonces Ministro de Defensa británico y posteriormente Secretario General de la OTAN, informó en la Cámara de los Comunes que hasta mediados de enero de 1999, “[el Ejército de Liberación de Kosovo) ha sido responsable de más muertes en Kosovo que las autoridades serbias”. En *A New Generation Draws the Line* escribí, después de citar la declaración de Robertson, que debió haberse equivocado; dada la distribución de las fuerzas, su evaluación no resultaba creíble. No obstante, la investigación llevada a cabo por el Parlamento británico reveló que su evaluación resultaba confirmada por el Secretario de Relaciones Exteriores Robin Cook, quien informó a la Cámara el 18 de enero de 1999 que la UCK “ha cometido más violaciones del cese al fuego, y hasta este fin de semana había causado más muertes, que las fuerzas de seguridad [yugoslavas]”.¹³

Robertson y Cook se referían a la masacre de Racak, ocurrida el 15 de enero, en la cual se reportaron cuarenta y cinco muertos. Los documentos occidentales no revelan ningún cambio notable desde la masacre de Racak hasta la retirada de los observadores de la Misión en Kosovo el 19 de marzo, de modo que incluso sumando las cifras de la masacre (y dejando a un lado las preguntas acerca de lo ocurrido), si las conclusiones de Robertson y Cook eran válidas en líneas generales a mediados de enero, lo siguieron siendo hasta el anuncio de los bombardeos de la OTAN. En uno de los pocos estudios serios que ha tenido en cuenta estos hechos, la detallada y reflexiva obra de Nicholas Wheeler, se calcula que los serbios fueron responsables de quinientas de las dos mil muertes reportadas en el año que precedió a los bombardeos. Por su parte, Robert Hayden, un especialista en los Balcanes que dirige el Center for Russian and East European Studies de la Universidad de Pittsburgh, señala que “las bajas entre los civiles serbios durante las tres

primeras semanas de la guerra superan las bajas de ambas partes ocurridas en Kosovo en los tres meses que condujeron a la confrontación, y, sin embargo, se asume que en esos tres meses se produjo una catástrofe humanitaria.”¹⁴

Los órganos de inteligencia estadounidenses informaron que la UCK “quería obligar a la OTAN a intervenir en su lucha por la independencia provocando atrocidades de parte de los serbios”. La UCK estaba armándose y “dando pasos muy provocadores en un intento por lograr que Occidente interviniera en la crisis”, y para ello confiaba en una reacción brutal de los serbios, comentaba Holbrooke. El entonces líder de la UCK, Hashim Thaci, ahora Primer Ministro de Kosovo, le informó a un grupo de investigadores de la BBC que cuando la UCK había matado a varios policías serbios, “sabíamos que también poníamos en peligro vidas de civiles, un gran número de vidas”, pero que la predecible venganza serbia hacía que esas acciones valieran la pena. El jefe militar supremo de la UCK, Agim Ceku, se jactaba de que la victoria de la OTAN también era un triunfo de la UCK, porque, “después de todo, fue la UCK la que logró que la OTAN entrara en Kosovo” llevando a cabo ataques con el fin de provocar una reacción violenta.

Así siguieron las cosas hasta que la OTAN inició los bombardeos, sabiendo que era “enteramente predecible” que la RFY respondiera con acciones violentas en el teatro de operaciones, declaró a la prensa el General Wesley Clark; antes les había manifestado a los más altos funcionarios del gobierno de los Estados Unidos que los bombardeos provocarían grandes crímenes, y que la OTAN no podría evitarlos. La realidad confirmó las predicciones de Clark. La prensa informó que “Los serbios comenzaron su ataque contra los baluartes del Ejército de Liberación de Kosovo el 19 de marzo”, cuando se retiró a los observadores como parte de los preparativos para el inicio de los bombardeos,

“pero esos ataques se intensificaron el 24 de marzo en la noche, cuando la OTAN empezó a bombardear Yugoslavia”. El número de los desplazados internos, que había disminuido, volvió a elevarse a doscientos mil después de la retirada de los observadores. Previamente a los bombardeos, y durante dos días después de su inicio, la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) no dio datos sobre los refugiados. Una semana después del inicio de los bombardeos, la ACNUR comenzó a tabular el flujo de refugiados diariamente.

En resumen, los jefes de la OTAN estaban totalmente al cabo de la calle de que los bombardeos no eran una respuesta a las enormes atrocidades cometidas en Kosovo, sino su causa, exactamente como se previera. Aún más, en el momento en que se iniciaron los bombardeos había dos propuestas de arreglo diplomático del conflicto en la mesa de negociaciones: la propuesta de la OTAN y la propuesta de la RFY (silenciada en Occidente casi sin excepción). Tras setenta y ocho días de bombardeos se llegó a un compromiso entre ambas, lo que sugiere que habría sido posible un arreglo pacífico del conflicto, que habría evitado los terribles crímenes cometidos como reacción prevista a los bombardeos de la OTAN.

La acusación contra Milosevic por crímenes de guerra en Kosovo, hecha durante los bombardeos de la OTAN, no intenta desmentir ese hecho. La acusación, sustentada en informes de inteligencia norteamericanos y británicos, se atiene a los crímenes cometidos durante los bombardeos de la OTAN. Sólo hay una excepción: la masacre de Racak en enero. “Importantes funcionarios del gobierno Clinton se sintieron horrorizados e indignados”, escribe Samantha Powers repitiendo la historia convencional. Resulta muy difícil creer que los funcionarios de Clinton se hayan sentido horrorizados o indignados, o incluso que les haya

importado. Aun si no se toma en cuenta su apoyo previo a crímenes mucho más terribles, basta considerar su reacción a las masacres ocurridas en Timor Oriental poco después — por ejemplo, en Liquica, que fue un crimen más horrendo que el de Racak— que llevaron a los mismos funcionarios de Clinton a incrementar su participación en la carnicería que se estaba produciendo.

A pesar de sus conclusiones sobre la distribución de las muertes, Wheeler apoya los bombardeos de la OTAN con el argumento de que se habrían producido atrocidades aún mayores si no se hubieran llevado a cabo. En otras palabras, su argumento es que al bombardear sabiendo que ello provocaría atrocidades, la OTAN prevenía atrocidades. El hecho de que esos sean los argumentos más convincentes que puedan elaborar analistas serios nos dice mucho acerca de la decisión de llevar a cabo los bombardeos, sobre todo si recordamos que había dos propuestas de arreglo diplomático y que el acuerdo que se alcanzó después de los bombardeos era un compromiso entre ambas.

Hay quienes han tratado de reforzar esos argumentos esgrimiendo la Operación Herradura, un supuesto plan serbio para expulsar a los albaneses kosovares. La jefatura de la OTAN no conocía el plan, como testificara el General Clark, y sólo por eso ya no resulta relevante; el uso criminal de la violencia no puede justificarse con algo descubierto posteriormente. Se ha aducido que el plan fue, probablemente, una invención de los órganos de inteligencia, pero eso tampoco tiene ninguna relevancia. Es casi seguro que Serbia tenía esos planes de contingencia, como otros muchos estados, incluidos los Estados Unidos, que tienen planes de contingencia que erizan los pelos, incluso para el caso de posibilidades remotas.

Un intento aún más sorprendente para justificar los bombardeos de la OTAN es afirmar que la decisión estuvo

influida por los sucesos de Srebrenica y otras atrocidades de principios de los noventa. Si se acepta ese argumento, hay que inferir que la OTAN debía haber llamado a bombardear Indonesia, los Estados Unidos y Gran Bretaña, ante las atrocidades mucho mayores que cometieran en Timor Oriental —que constituyen sólo una pequeña parte del historial criminal norteamericano y británico— y que estaban experimentando una nueva escalada cuando se adoptó la decisión de bombardear a Serbia. Un último intento desesperado por aferrarse a una brizna de hierba es decir que Europa no podía tolerar las atrocidades previas a los bombardeos tan cerca de sus fronteras, aun cuando la OTAN no sólo toleró, sino que apoyó resueltamente durante esos mismos años atrocidades mucho peores en el propio seno de la OTAN, como ya se ha señalado.

Aun sin revisar el resto de ese lamentable historial, resulta difícil pensar en un caso en que la justificación para apelar al empleo de la violencia criminal sea tan endeble. Pero la justicia y la nobleza sin mácula de las acciones se ha convertido, comprensiblemente, en una cuestión de fe: ¿qué otra cosa podría justificar el coro autolaudatorio que acompañó el fin del milenio? ¿Qué otra cosa podría aducirse para sustentar las “nuevas normas” que autorizan al idealista Nuevo Mundo y sus aliados a hacer uso de la fuerza allí donde sus líderes “lo creen justo”?

Hay quienes han especulado sobre los verdaderos motivos de los bombardeos de la OTAN. El distinguido especialista en historia militar Andrew Bacevich rechaza todas las razones humanitarias alegadas y sostiene que la intervención en Bosnia y los bombardeos de Serbia tenían la intención de garantizar “la cohesión de la OTAN y la credibilidad del poderío norteamericano”, así como “reforzar la primacía estadounidense” en Europa. Otro respetado analista, Michael Lind, ha dicho que “un objetivo estratégico

sumamente importante de la guerra de Kosovo fue el de darle seguridades a Alemania para que no elaborara una política de defensa independiente de la alianza atlántica, dominada por los Estados Unidos”. Ninguno de los dos autores fundamenta sus conclusiones.¹⁵

No obstante, sí hay información, y proviene de los más altos niveles del gobierno Clinton. Strobe Talbott, responsable de la diplomacia durante la guerra, escribió el prólogo de un libro sobre el conflicto escrito por su colega John Norris. Talbott escribe que quienes quieran saber “cómo veíamos y cómo experimentábamos los acontecimientos en aquel momento quienes estábamos involucrados” en la guerra deben consultar el relato de Norris, escrito “con la inmediatez que sólo puede transmitir quien ha sido testigo de buena parte de las acciones, ha entrevistado largamente y en profundidad a muchos de los participantes cuando conservaban aún frescos sus recuerdos y ha tenido acceso a buena parte de los documentos diplomáticos”. Norris plantea que “fue la resistencia de Yugoslavia a sumarse a las tendencias más generales de reforma política y económica —y no la difícil situación de los albaneses kosovares— lo que mejor explica la guerra de la OTAN”. Que el motivo de los bombardeos de la OTAN no puede haber sido “la difícil situación de los albaneses kosovares” ya lo evidenciaban los numerosos documentos occidentales. Pero resulta interesante escuchar, proveniente del más alto nivel, que el verdadero motivo de los bombardeos fue que Yugoslavia era un solitario bastión europeo de oposición a los programas políticos y económicos del gobierno Clinton y sus aliados. No hay que decir que esta importante revelación también se excluye del canon.¹⁶

Aunque la “nueva norma de intervenciones humanitarias” no resiste el menor examen, se sostiene en pie

al menos un vestigio de ella: “la responsabilidad de proteger”. En un artículo en que aplaudía la declaración de independencia de Kosovo, el comentarista liberal Roger Cohen escribió que “en un nivel más profundo, la historia del pequeño Kosovo es la de un concepto nuevo de soberanía y una nueva apertura del mundo” (*International Herald Tribune*, 20 de febrero del 2008). Los bombardeos de la OTAN a Kosovo demostraron que “los derechos humanos trascienden las estrechas prerrogativas de la soberanía estatal” (citando a Thomas Weiss). Ese logro, continúa Cohen, se vio ratificado por la Cumbre Mundial del 2005, que adoptó la “responsabilidad de proteger” (conocida por las siglas R2P), que “legalizó la idea de que cuando un estado demuestra ser incapaz o no estar dispuesto a proteger a su pueblo, y comete crímenes contra la humanidad, la comunidad internacional tiene la obligación de intervenir, si fuera necesario, y como último recurso, haciendo uso de fuerzas militares”. En consecuencia, “un Kosovo independiente, reconocido por las principales potencias occidentales, es, en efecto, el primer fruto importante de las ideas que sustentan la R2P”. Cohen termina: “La apertura del mundo es una tarea lenta, pero continúa su marcha, de Kosovo hasta Cuba”. Así se reivindican los bombardeos de la OTAN, y el “nuevo mundo idealista empeñado en poner fin a la inhumanidad” que ha llegado verdaderamente a una “noble fase” en su política exterior con un “halo de santidad”. Según el profesor de derecho internacional Michael Glennon, “La crisis de Kosovo ilustra... la nueva disposición de los Estados Unidos a hacer lo que considera correcto, con independencia de las normas del derecho internacional”, aunque pocos años después se adaptó el derecho internacional a la posición de los “estados ilustrados” mediante la adopción del R2P.

De nuevo surge un ligero problema: esos molestos

hechos. La Cumbre Mundial auspiciada por las Naciones Unidas y celebrada en septiembre del 2005 *rechazó* explícitamente la pretensión de las potencias de la OTAN de que tienen derecho a hacer uso de la fuerza para una supuesta protección de los derechos humanos. Muy por el contrario, la Cumbre reafirmó “que las disposiciones pertinentes de la Carta [que prohíben explícitamente las acciones de la OTAN] resultan suficientes para enfrentar todo tipo de amenazas a la paz y la seguridad internacionales”. La Cumbre reafirmó también “el mandato del Consejo de Seguridad para ordenar acciones coercitivas con el fin de mantener y restablecer la paz y la seguridad internacionales... en concordancia con los propósitos y principios de la Carta”, y el papel de la Asamblea General a ese respecto “de acuerdo con las disposiciones pertinentes de la Carta”. Por tanto, sin la autorización del Consejo de Seguridad, la OTAN no tiene más derecho a bombardear Serbia que el que tenía Sadam Hussein a “liberar” Kuwait. La Cumbre no le concedió un nuevo “derecho de intervención” a estados individuales o alianzas regionales, por razones humanitarias o cualquier otro motivo.

La Cumbre se adhirió a las conclusiones emitidas el diciembre del 2004 por un Panel de alto nivel de las Naciones Unidas en el que participaron muchas personalidad destacadas de Occidente. El Panel reiteró los principios de la Carta relativos al uso de la fuerza: puede ser empleada legalmente sólo previa autorización del Consejo de Seguridad, o al amparo del Artículo 51, para defenderse de un ataque armado, hasta que el Consejo de Seguridad actúe. Cualquier otro empleo de la fuerza constituye un crimen de guerra, de hecho, es el “crimen internacional supremo” del que se derivan todos los males que se produzcan como resultado de él, para decirlo como lo expresara el Tribunal de Nuremberg. El Panel llegó a la

conclusión de que “el Artículo 51 no requiere ni extensión ni restricción de su alcance tal como este se ha entendido durante largo tiempo... no debe ser ni reescrito ni reinterpretado”. Presumiblemente con la guerra de Kosovo en mente, el Panel añadió que “Para quienes sientan impaciencia ante esa respuesta, la contestación debe ser que en un mundo en el que abunda la percepción de potenciales amenazas, el riesgo para el orden global y para la norma de no intervención sobre la cual sigue teniendo su base es demasiado grande para admitir la legalidad de acciones preventivas unilaterales, a diferencia de las acciones con un respaldo colectivo. Permitirle actuar a uno es permitírsele a todos.”

Resulta difícil pensar en un rechazo más explícito de la posición adoptada por los autoproclamados “estados ilustrados”.

Tanto el Panel como la Cumbre Mundial apoyaron la posición del mundo no Occidental, que había rechazado con firmeza “el supuesto ‘derecho’ a la intervención humanitaria” en la Declaración de la Cumbre del Sur celebrada en el 2000, seguramente con los recientes bombardeos de la OTAN a Serbia en mente. Esa ha sido la reunión de nivel más alto celebrada por el antiguo Movimiento de Países No Alineados, y representa al 80% de la población mundial. Fue ignorada casi por completo, y las escasas y breves referencias a sus conclusiones en lo relativo a las intervenciones humanitarias produjeron algo cercano a la histeria. De ahí que Brendan Simas, profesor de relaciones internacionales de la Universidad de Cambridge, en un artículo publicado en el *Times Higher Education Supplement* (25 de mayo del 2001) expresara su indignación por la “extravagante y acrítica reverencia ante los pronunciamientos de la llamada ‘Cumbre del Sur del Grupo de los 77’ celebrada...;en La Habana!, una chusma

irresponsable en cuyas filas están conspicuamente representados asesinos, torturadores y ladrones”, tan diferentes a las personas civilizadas que han sido sus benefactoras en los últimos siglos y que casi no pueden controlar su ira cuando se produce una breve alusión, sin más comentarios, a la percepción que tienen del mundo las víctimas tradicionales, una percepción que fue después firmemente avalada por el Panel de alto nivel de la ONU y la Cumbre Mundial de la ONU, en explícita contradicción con los interesados pronunciamientos de los apologistas del uso de la violencia por parte de Occidente.

Por último cabría preguntarse si existen realmente las intervenciones humanitarias. No escasean las indicaciones de su existencia. Esas indicaciones se dividen en dos categorías: la primera son las declaraciones realizadas por muchos dirigentes. Resulta muy fácil demostrar que prácticamente todo uso de la fuerza se justifica con una retórica exaltada acerca de las nobles intenciones humanitarias que la provocan. Algunos documentos de contrainsurgencia japoneses proclaman con elocuencia la intención de Japón de crear un “paraíso terrenal” en un Manchuria independiente y en el norte de China, donde Japón sacrifica generosamente su sangre y sus riquezas para defender a la población de los “bandidos chinos” que la aterrorizan. Como se trata de documentos internos, no hay razón alguna para dudar de la sinceridad de los asesinos y torturadores en masa que los produjeron. Quizás incluso consideremos la posibilidad de que el emperador japonés Hirohito fuera sincero al manifestar en su declaración de capitulación de agosto de 1945 que “Le declaramos la guerra a los Estados Unidos y a Gran Bretaña debido a Nuestro sincero deseo de lograr la auto-preservación de Japón y la estabilización del Asia Oriental, y estaba muy lejos de Nuestras intenciones violar la soberanía de otras naciones o

emprender una ampliación territorial”. Los pronunciamientos de Hitler cuando desmembró Checoslovaquia no fueron menos nobles, y fueron aceptados sin ningún cuestionamiento por los líderes de Occidente. Sumner Welles, el confidente íntimo de Roosevelt, le informó al presidente que el Pacto de Munich “constituye una oportunidad para que las naciones del mundo establezcan un nuevo orden mundial cuyas bases sean la justicia y la ley”, en el cual los “moderados” nazis desempeñarían un papel central. Resultaría difícil encontrar una excepción a las declaraciones de intenciones virtuosas, incluso entre las pronunciadas por los más horrendos monstruos.

La segunda categoría consiste en las intervenciones militares que han tenido efectos positivos, fueran cuales fueren sus motivos: no se trata exactamente de intervenciones humanitarias, pero al menos se aproximan parcialmente a ese ideal. En este caso también hay ejemplos. Los más significativos con mucho de la segunda posguerra ocurrieron en los setenta: la invasión de la India a Pakistán Oriental (hoy Bangladesh), que puso fin a una enorme masacre; y la invasión vietnamita a Camboya en diciembre de 1978, que derrocó a los Jemeres Rojos justo en el momento en que las atrocidades llegaban a su punto máximo. Pero estos dos casos se excluyen del canon por razones de principio. Esas invasiones no fueron realizadas por Occidente, y, por tanto, no sirven para dejar sentado el derecho de Occidente a usar la fuerza en violación de la Carta de las Naciones Unidas. Y lo que es aún más decisivo: ambas intervenciones fueron recibidas con una vigorosa oposición por “el nuevo mundo idealista empeñado en poner fin a la inhumanidad”. Los Estados Unidos enviaron portaviones a aguas indias para amenazar a los transgresores. Washington apoyó la invasión china cuyo

objetivo era castigar a Vietnam por el crimen de poner fin a las atrocidades de Pol Pot, y, junto a Gran Bretaña, asumió inmediatamente el apoyo diplomático y militar a los Jemeres Rojos. El Departamento de Estado llegó a explicarle al Congreso por qué apoyaba a los restos del régimen de Pol Pot (Kampuchea Democrática) y a los agresores indonesios que cometían crímenes comparables a los de Pol Pot en Timor Oriental. La razón para adoptar esa extraordinaria decisión era que la “continuidad” de una Kampuchea Democrática gobernada por el régimen de los Jemeres Rojos “incuestionablemente” la hacía “más representativa del pueblo camboiano que el Fretilin [la resistencia de Timor Oriental] del pueblo timoreño.” Esa explicación no se hizo pública y ha sido borrada de una historia convenientemente purgada.

Quizás puedan descubrirse unos pocos casos de intervenciones humanitarias. No obstante, existen razones de peso para asumir seriamente la posición adoptada por la “chusma imprudente” y reafirmada por la auténtica comunidad internacional al más alto nivel. Su contenido central fue expresado y aprobado unánimemente por el Tribunal Internacional de Justicia en uno de sus primeros fallos, en 1949: “El Tribunal no puede sino considerar el supuesto derecho de intervención como la manifestación de una política de fuerza similar a la que ha dado pie en el pasado a los más graves abusos, y que no puede, sean cuales fueren los defectos de la organización internacional, encontrar un lugar en el derecho internacional...; por la naturaleza misma de las cosas, [la intervención] estaría reservada para los estados más poderosos, y podría llevar fácilmente a viciar la propia administración de justicia”. Ese juicio no elimina “la responsabilidad de proteger”, siempre que se interprete a la manera del Sur, el Panel de alto nivel de las Naciones Unidas y la Cumbre Mundial de la ONU.

Sesenta años después hay pocos motivos para poner en tela de juicio el dictamen del Tribunal. Es obvio que el sistema de las Naciones Unidas tiene graves defectos. El peor es el papel desproporcionado que desempeñan los principales violadores de las resoluciones del Consejo de Seguridad. La manera más efectiva de violarlas consiste en vetarlas, y el derecho al veto es un privilegio de los miembros permanentes. Desde que las Naciones Unidas se salieron de su control hace cuarenta años, los Estados Unidos son, con mucho, el país que más resoluciones ha vetado sobre un amplio número de temas; su aliado británico es el segundo, y nadie más se aproxima siquiera a ellos dos. No obstante, a pesar de ese y otros graves defectos del sistema de las Naciones Unidas, el actual orden internacional no ofrece alternativa mejor que la de encomendarle “la responsabilidad de proteger” a las Naciones Unidas. En el mundo real, la única alternativa, como bien explica Bricmont, es el “imperialismo humanitario” de los estados poderosos que reivindican el derecho al uso de la fuerza porque “lo creen justo”, con lo que, como era dable esperar, vician con mucha frecuencia “la propia administración de justicia”.

PREFACIO A LA EDICIÓN FRANCESA

FRANÇOIS HOUTART

La obra de Jean Bricmont expresa la revuelta moral de un hombre de ciencia preocupado por las guerras contemporáneas y por la forma en que son legitimadas. Bricmont se atreve a mirar de otra manera el discurso destinado a conquistar la adhesión de los pueblos y de los individuos y lleva a cabo una labor de desmixtificación.

En efecto, la defensa de los derechos humanos, el deber de intervención humanitaria, la lucha contra el terrorismo se invocan hoy para justificar una ingerencia unidireccional que llega hasta el punto de preconizar la guerra preventiva. Pero, en realidad, debajo de estos argumentos éticos se ocultan unos imperativos políticos y económicos. En Sri Lanka, después del tsunami, la ayuda humanitaria ha ido acompañada de la aceleración de una serie de medidas neoliberales. En Iraq, la ocupación del país es inseparable de la privatización de la economía, de la hegemonía del capital exterior y de los privilegios acordados a las empresas transnacionales de los Estados Unidos.

De un modo aún más general, es el imperialismo el que dirige este tipo de iniciativas. La presencia en Iraq, que no es obviamente algo ajeno al control de los recursos petrolíferos, se inscribe en una estrategia más global, extensible a toda el Asia central. Es un hecho emparentado con la extensión de las bases militares de Estados Unidos por África y América Latina, y con el encuadramiento de Rusia o de China.

Ahora bien, dichas ingerencias vienen impuestas por los intereses de los más fuertes. Occidente se encastilla en sus valores para imponer su orden al resto del mundo. No hay más remedio que sonreír cuando otros responden con los

mismos argumentos, cuando Cuba condiciona la apertura de sus cárceles a los europeos a que éstos hagan lo mismo con las suyas, o cuando el mariscal Mobutu, por otra parte actor complaciente de las políticas económicas de las potencias capitalistas, pero no desprovisto de sentido del humor, se proponía enviar una misión congoleña para verificar si los derechos humanos eran respetados en la comuna flamenca de Fourons, en Bélgica.

Jean Bricmont cita abundantemente los ejemplos de Yugoslavia, del Congo, de Iraq o de Afganistán, que son los lugares actuales de las políticas de ingerencia. Estas políticas se cobran millones de vidas humanas, pero se mantiene la buena conciencia mediante un discurso moralizante. A ello podrían añadirse otras iniciativas complementarias, como la protección de la democracia o la lucha contra la pobreza, tan apreciada por el Banco mundial y coreada por los jefes de Estado que, el año 2000, en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York, decretaron la puesta en marcha del programa *Millenium*, destinado a reducir a la mitad la pobreza extrema antes del año 2015.

La defensa de los grandes principios caracteriza a todas estas tomas de posición. En el discurso de los neoconservadores americanos, asume incluso aspectos mesiánicos. Ahora bien, los principios solamente tienen validez situados en su contexto, va se trate de los derechos humanos, de la democracia, de la ayuda humanitaria, de la reconciliación o de la lucha contra la pobreza. Su afirmación abstracta y en un sentido absoluto, cuando las prácticas económicas, sociales y políticas contradicen su aplicación, los transforman en simple ideología, es decir, en una lectura explicativa y justificatoria de las relaciones sociales existentes.

El trabajo de Jean Bricmont revela la dimensión semántica de las luchas sociales. Lo que él dice respecto a la

justificación de las guerras se inscribe en un conjunto todavía más vasto, el de la mundialización de las relaciones económicas del capitalismo, lo que Pablo González Casanova, el sociólogo mexicano, antiguo rector de la Universidad Nacional de México, calificaba de “neoliberalismo armado”. Cuanto mayor es la violencia, más se incrementa la producción ideológica. Es todo el aparato conceptual lo que se transforma. Hoy, el Banco Mundial o el FMI hacen una auténtica loa de la sociedad civil, de la democracia participativa o de la justicia social, utilizando de este modo las nociones surgidas en el ámbito de las resistencias populares e intelectuales para transformar el sentido de las mismas y ponerlas al servicio de sus propias políticas.

El conjunto de estas intervenciones y su justificación se construyen, por supuesto, sobre la base de problemas reales. Existen violaciones de los derechos humanos, catástrofes naturales, hambrunas, pobreza extrema, terrorismo, pero su solución sirve de pretexto a la realización de otros objetivos y al despliegue de un discurso ético que tiene una función ideológica.

Conviene sacudir las conciencias y denunciar las políticas. Es esta una tarea ética que no puede separarse de los análisis políticos y económicos, a menos que uno pretenda mantenerse milagrosamente al margen del conflicto. Jean Bricmont nos ayuda a salvar este obstáculo.

PREFACIO A LA EDICIÓN INGLESA

Dos tipos de sentimientos inspiran la acción política: la esperanza y la indignación. El presente libro es en gran medida producto de esta última, pero el propósito de su publicación es alentar la primera. Un breve y subjetivo repaso de la evolución política de las últimas dos décadas podría explicar el origen de mi indignación.

El colapso de la Unión Soviética puede compararse con la caída de Napoleón. Ambos fueron el producto de grandes revoluciones cuyos ideales una y otro simbolizaron, acertada o equivocadamente, y a los que ambos defendieron con mayor o menor efectividad al mismo tiempo que los traicionaban de diversas maneras. Si sus naturalezas eran complejas, las consecuencias de sus respectivas caídas fueron relativamente simples y condujeron al total triunfo de la reacción, con los Estados Unidos cumpliendo hoy análogo papel que el de la Santa Alianza hace casi dos siglos¹⁷. No es necesario ser un admirador de la Unión Soviética (ni de Napoleón) para hacer tal afirmación. Mi generación, la de 1968, pretendía superar las deficiencias del sistema soviético, pero sin duda no intentaba dar el enorme salto hacia atrás que realmente aconteció y al cual, la abrumadora mayoría, tan fácilmente se ha adaptado¹⁸. Una discusión sobre las causas de esos fracasos requeriría varios libros. Básteme decir que por muy diversas razones, algunas de las cuales serán tratadas en lo que sigue, yo no he evolucionado como la mayoría de mi generación y he conservado lo que definiría como mis ilusiones juveniles, al menos algunas de ellas.

Por tal motivo, cuando en 1999 comenzó la guerra de Kosovo, me encontré totalmente aislado. A la derecha, había

todavía algunos *realpolitikers* que no encontraban razones suficientes para que Francia librara una guerra contra Serbia y menos aun para complacer a Alemania y a EEUU. Pero en la izquierda, el concepto de intervención humanitaria fue aceptado casi unánimemente, aun por organizaciones que habían conservado etiquetas revolucionarias, ya fuesen trotskistas, comunistas o anarquistas. Todavía hoy (agosto de 2006), el movimiento contra la ocupación de Iraq es débil y la oposición a la amenaza de guerra contra Irán es más débil aún.

Como reacción a todo esto, en 1999 comencé a escribir textos que se difundieron principalmente por Internet, siendo a veces publicados aquí o allá. Pero dado que esos textos eran frecuentemente polémicos y estaban relacionados con acontecimientos específicos, decidí, en parte como respuesta a diversas objeciones surgidas en el transcurso de los debates, reunir en un libro mis argumentos contra el intervencionismo occidental y sus justificaciones humanitarias. Este libro fue escrito inicialmente para un público europeo, pero habiendo vivido y trabajado en los Estados Unidos, estoy convencido de que también será de interés para el público estadounidense, por dos razones: primero, porque aporta una visión de lo que acontece en Europa, especialmente en los círculos progresistas y ecologistas tan frecuentemente idealizados por la izquierda estadounidense; y segundo, porque las debilidades ideológicas de los movimientos de oposición a las guerras imperiales son las mismas a ambos lados del Atlántico.

Un lector de la edición francesa de este libro me comentó que le había parecido una crítica de la izquierda, pero que no estaba hecha desde un punto de vista derechista, y considero que es una acertada descripción de lo que pretendí hacer. Podríamos decir que lo que aquí intento es hacer una modesta contribución a la reconstrucción

ideológica de la izquierda. Todo el mundo admite que la izquierda está debilitada y, según mi opinión, en parte está débil porque no ha sabido hallar una respuesta intelectual adecuada a la ofensiva ideológica desencadenada por la derecha después de la caída del comunismo y, por el contrario, ha interiorizado cabalmente los argumentos esgrimidos por la derecha en el transcurso de esa campaña. En este prefacio desearía hacer algunas observaciones respecto a cómo los argumentos desarrollados en este libro encajan dentro de esa perspectiva más amplia que podríamos denominar una reconstrucción intelectual de la izquierda.

Históricamente, se podría considerar que la “izquierda” representa tres tipos de combate:

- Por el control social de la producción, abarcando desde la defensa de los trabajadores hasta el establecimiento de diferentes formas de propiedad no privada de los medios de producción.
- Por la paz, contra la hegemonía, el imperialismo y el colonialismo.
- Por la defensa de la democracia, de los derechos del individuo, de la igualdad de género, de las minorías y del medio ambiente.

Por supuesto, es perfectamente posible estar “a la derecha” en una de esas categorías y “a la izquierda” en otra. En particular, buena parte de la derecha moderna defiende “el libre mercado”, es decir, la propiedad privada de los medios de producción, mientras que asume posiciones moderadamente “de izquierda” en la tercera de las categorías arriba mencionadas. Por otra parte, la derecha aislacionista, libertaria o “realista” a menudo asume posturas bastante antiimperialistas al mismo tiempo que, en otros puntos, mantiene enfoques extremadamente opuestos a los de la izquierda. Además, está la diferencia entre la vieja izquierda,

que abarca no sólo al movimiento comunista sino a gran parte de la izquierda hasta mediados de la década de 1960, que enfatizaba los dos primeros aspectos mientras que subestimaba y a veces ignoraba por completo el tercero, y la “nueva izquierda”, que centraba su atención en el tercer aspecto, con frecuencia en detrimento de los dos primeros.

Aun reconociendo la validez de las críticas que la nueva izquierda le hacía a la vieja izquierda, es posible llegar a la conclusión de que, en ciertas cuestiones, el bebé fue arrojado con el agua de la bañera. En lo relativo al primer punto, el control social de la economía, el movimiento contra la globalización auspiciada por las multinacionales ha iniciado una recuperación de su naturaleza original. Pero si nos centramos en el tema de este libro, la reacción a la hegemonía y al imperialismo, esa renovación sigue siendo débil, pese a que la guerra en Iraq confirma la clase de desastres que produce la política intervencionista.

Simplificando, podríamos decir que la nueva izquierda, ante el intervencionismo occidental, ha tendido a oscilar entre dos actitudes:

- aquella que yo denomino el imperialismo humanitario, que se asienta excesivamente en la idea de que nuestros “valores universales” nos dan el derecho y hasta nos obligan a intervenir en cualquier lugar y que cuestiona poco o nada las guerras imperiales. La crítica a tales ideas es aquí nuestro tema central.
- el relativismo cultural, es decir, la idea de que no hay tal cosa como una postura moral con valor universal, en cuyo nombre se pueda juzgar objetivamente a otras sociedades y culturas (o a la nuestra).

Este segundo posicionamiento conduce, en principio, a la oposición a las guerras, pero me parece difícil de defender por más que el propósito de este libro no sea cuestionar sus

fundamentos¹⁹. Nuestra intención es esbozar una tercera posición, que rechaza el intervencionismo al mismo tiempo que acepta como deseables los objetivos que éste procura alcanzar.

En verdad, el origen de este debate se remonta al comienzo de la era colonial: cuando los primeros europeos llegaron a países lejanos descubrieron “costumbres bárbaras”: sacrificios humanos, castigos crueles, mujeres con sus pies deformados con vendajes y cosas por el estilo. Las violaciones a los derechos humanos, la ausencia de democracia o la situación de las mujeres en los países musulmanes son la versión contemporánea de aquellas costumbres bárbaras. Y, confrontados ante este fenómeno, en Occidente ha habido tres clases de reacción. Una, la del relativismo, que niega que haya una pauta objetiva y universal que permita juzgar como bárbaras a tales costumbres. Otra, la del imperialismo humanitario, que utiliza el cuestionamiento de esas costumbres para legitimar nuestras intervenciones, guerras e interferencias. Y finalmente, el punto de vista que defendiendo aquí, que sin vacilación admite la naturaleza bárbara de tales costumbres, pero que considera que nuestras intervenciones provocan (mucho) más daño que beneficios, incluso en relación a la declarada intención de hacer retroceder la barbarie. Esta posición resalta que hay una considerable cantidad de “barbarie” en nuestros países “civilizados”, especialmente cuando interactúan con otros países. Dado que el debate, especialmente en América del Norte, con demasiada frecuencia se centra en la oposición entre “relativistas culturales” e “imperialistas humanitarios”, esta tercera posición tiene pocas opciones de ser tenida en consideración y, mucho menos, comprendida como debiera serlo. Espero que este ensayo, aun cuando no consiga que el lector se adhiera a ese modo de ver las cosas, al menos logre que esta

otra perspectiva sea tenida en cuenta en el debate.

Otro problema es que, después de la caída del comunismo, amplios sectores de la izquierda han perdido cualquier sentido de dirección o de propósito, llegando a renunciar completamente al mismísimo concepto de progreso histórico. Para rebatir adecuadamente esa postura se necesitaría otro libro, pero algunas observaciones sobre la historia del siglo XX pueden ilustrar sobre qué líneas avanzar.

El 1º de julio de 1916 comenzó la batalla del Somme; sólo ese día los británicos sufrieron más de 50.000 bajas, de las que 20.000 fueron muertes. La batalla continuó durante cuatro meses, provocando cerca de un millón de bajas entre ambos bandos; la guerra se prolongó otros dos años. En el verano de 2006, el ejército israelí suspendió sus ataques sobre el Líbano después de perder cerca de un centenar de soldados. La mayoría de la ciudadanía estadounidense se volvió contra la guerra en Iraq antes de que se llegase a los 3.000 soldados muertos. Estos datos sugieren un cambio considerable en la mentalidad occidental y ese rechazo a morir masivamente “por Dios y por la Patria” es un progreso evidente en la historia de la humanidad. Desde el punto de vista neoconservador, sin embargo, tal fenómeno es signo de decadencia. Más aun, desde su perspectiva, uno de los aspectos positivos del actual conflicto es que serviría para fortalecer la fibra moral del pueblo estadounidense, preparándolo para “morir por una causa”²⁰. Pero, hasta ahora, no ha funcionado. Gente más realista, los especialistas del Pentágono por ejemplo, han intentado reemplazar las oleadas de carne de cañón humana por bombardeos “estratégicos” masivos. Tal cosa da resultado de tanto en tanto; al menos en Kosovo y Serbia tuvo éxito al lograr situar en el poder a clientes prooccidentales. Pero claramente no es suficiente en los casos de Iraq, Afganistán,

Palestina o el Líbano. Lo único que funcionaría, en un sentido muy especial, por supuesto, serían las armas nucleares y el hecho de que esas armas sean la última esperanza militar de Occidente no deja de ser algo verdaderamente estremecedor.

Para situar esta observación en un contexto más amplio, los occidentales no siempre reconocen que el acontecimiento más importante del siglo XX no fue ni el ascenso y la caída del fascismo ni la historia del comunismo, sino la descolonización. Habría que recordar que, hace aproximadamente un siglo, los británicos podían prohibir el acceso a un parque a “perros y chinos”. Y que, por supuesto, buena parte de Asia y de África estaban bajo control europeo. América Latina era formalmente independiente, pero bajo la tutela de Estados Unidos y Gran Bretaña, siendo rutinarias las intervenciones militares. Todo este escenario se colapso durante el siglo XX mediante guerras y revoluciones; probablemente, el principal efecto duradero de la revolución rusa haya sido el considerable apoyo brindado por la Unión Soviética a los procesos de descolonización. Tales procesos liberaron a cientos de millones de personas de una de las más brutales formas de opresión. Es este un progreso fundamental en la historia de la humanidad, similar a la abolición de la esclavitud entre los siglos XVIII y XIX.

No obstante, lo cierto es que el sistema colonial cedió paso al sistema neocolonial y que la mayoría de países descolonizados han adoptado, por lo menos hasta el momento, un modelo capitalista de desarrollo. Esto proporciona cierto consuelo a los excolonialistas (y desvanece las expectativas de la izquierda occidental que se oponía al colonialismo). Pero tales sentimientos pueden reflejar una falta de comprensión de la naturaleza del “socialismo” en el siglo XX y del significado histórico del

período actual. Hasta 1914, todos los movimientos socialistas, ya fuesen libertarios o estatistas, reformistas o revolucionarios, percibían al socialismo, es decir, la socialización de los medios de producción, como una etapa histórica que supuestamente sucedería al capitalismo en las sociedades occidentales relativamente desarrolladas que tuvieran un estado democrático, un sistema educativo eficiente y una cultura básicamente liberal y secular. Todo esto se desvaneció con la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa. Después de estos acontecimientos, los aspectos libertarios del socialismo se desvanecieron, gran parte del movimiento socialista europeo fue siendo incorporado al sistema capitalista y su sector más radical, los comunistas, identificaron al socialismo con todas aquellas políticas que el sistema soviético adoptase. Pero ese modelo poco tenía que ver con el socialismo según se lo entendía antes de la Primera Guerra Mundial. Sería mejor entenderlo como un intento (con frecuencia afortunado) de ponerse a la par de Occidente, tanto cultural como económica y militarmente y por cualquier medio disponible. Sucedió lo mismo con las revoluciones posteriores a la soviética y con los movimientos de liberación nacional. En una primera aproximación, podría decirse que todos los pueblos del Tercer Mundo, o mejor dicho sus gobernantes, han tratado de “ponerse a la par”, ya fuese con medios “socialistas” o “capitalistas”.

Pero si aceptamos esta interpretación, toda la historia del siglo XX puede leerse de manera muy diferente a la del discurso dominante que asegura que “el socialismo fue ensayado y fracasó en todas partes”. Lo que se ensayó y verdaderamente triunfó (casi) en todas partes fue la emancipación del dominio occidental. Ese hecho trastocó un centenario proceso de hegemonía y expansión europea sobre el resto del mundo. El siglo XX no habrá sido el siglo del

socialismo, pero sí lo ha sido del antiimperialismo. Y es probable que ese proceso continúe a lo largo del siglo XXI. Casi continuamente, el Sur se ha ido fortaleciendo, sólo con algunas etapas de retroceso; según esta interpretación, el período inmediato al colapso de la Unión Soviética sería una etapa de regresión.

Todo esto tiene consecuencias importantes tanto para el movimiento occidental por la paz como para la antigua cuestión del socialismo. Hay algo de verdad en el concepto leninista de que los beneficios del imperialismo corrompen a la clase obrera occidental; no sólo en términos exclusivamente económicos (mediante la explotación de las colonias), sino también mediante el sentimiento de superioridad que el imperialismo ha implantado en la mentalidad occidental. No obstante, esto está cambiando por dos razones. Por un lado, la “globalización” implica que Occidente se ha vuelto más dependiente del Tercer Mundo: no sólo importamos materias primas o exportamos capitales, sino que dependemos de su mano de obra barata, trabajamos aquí o en las fábricas orientadas a la exportación de aquellos países; “transferimos” capital del Sur al Norte a través del “pago de la deuda” y de la evasión de capitales, e importamos un número cada vez mayor de ingenieros y científicos.

Más aun, la “globalización” significa que hay cada vez menor relación entre la población de EEUU y sus élites o sus capitalistas, cuyos intereses están cada vez menos vinculados a los de “su” país. Si la ciudadanía reaccionará adhiriéndose a alguna fantasía proimperialista como el Sionismo Cristiano o la “guerra contra el terrorismo” o si, inversamente, intensificará la solidaridad con los países emergentes del Sur, es uno de los grandes desafíos del futuro.

Por otra parte, el ascenso del Sur implica que ya no

existe una relación de poder militar que permita a Occidente imponer su voluntad; el fracaso de EEUU en Iraq sirve para ilustrar este hecho con total nitidez. Sin duda existen otros métodos para ejercer presión: el chantaje económico, los boicots, la compra de elecciones, etc. Pero también se están poniendo en práctica medidas neutralizadoras de tales hábitos y nunca debemos olvidar que una relación de fuerzas es siempre, en *última instancia*, militar. ¿De qué otro modo se consigue que la gente pague sus deudas, por ejemplo?

El gran error de los comunistas fue el de fusionar dos conceptos de “socialismo”: el anterior a la Primera Guerra Mundial y el modelo de crecimiento rápido practicado en la Unión Soviética. Pero la situación actual plantea dos cuestiones diferentes para las cuales hay dos formas diferentes de “socialismo” como respuesta. Una es hallar vías de desarrollo en el Tercer Mundo, o hasta una redefinición de lo que se entiende por “desarrollo”, que no coincidan con el modelo capitalista ni con el soviético. Pero ese es un problema que debe ser resuelto en América Latina, Asia o África. En Occidente el problema es diferente: no sufrimos de la falta de satisfacción de las necesidades básicas que encontramos en los demás sitios (sin duda, muchas necesidades básicas no están satisfechas, pero eso es más un problema de distribución o de voluntad política que uno de producción o de posibilidad). Aquí el problema consiste en definir un futuro postimperialista para las sociedades occidentales, o sea un estilo de vida que no dependa de una insostenible relación de dominación sobre el resto del mundo. Si se quiere llamar “socialismo” a ese modelo es una cuestión de definición, pero deberá incluir la dependencia de recursos energéticos renovables, una forma de consumo que no dependa de la importación masiva y un sistema educativo que proporcione la cantidad de personas cualificadas que el país necesite. Queda por verse si todo esto es compatible con

el sistema de propiedad privada de los medios de producción y con un sistema político en gran parte controlado por los propietarios de dichos medios.

Vemos aquí un claro vínculo entre la lucha por la paz y la lucha por la transformación social, pues cuanto más pacíficamente vivamos con el resto del mundo menos creeremos en nuestro sumamente ilusorio poderío militar y menos temeremos a las “amenazas” constantes; dispondremos de más posibilidades para diseñar y poner en práctica un orden económico alternativo. Es una gran tragedia que entre los Verdes, al menos entre los Verdes europeos, ese vínculo haya sido ignorado durante las guerras de Kosovo y de Afganistán, que la mayoría de ellos apoyaron por razones humanitarias. Igual de trágico es que en Estados Unidos prácticamente no haya habido oposición a la guerra contra Iraq y que la ciudadanía sólo recientemente se haya opuesto a la guerra en gran medida debido a la efectividad de la resistencia iraquí. Como intento demostrar en este libro, eso se debe en parte a las tergiversaciones ideológicas que se propagaron en las filas de la izquierda durante el período de reconstrucción ideológica imperial posterior al fin de la guerra de Vietnam. La izquierda debe primero aclarar sus ideas y luego tratar de explicar al resto de nuestras sociedades que debemos adaptarnos a una inevitable pérdida de hegemonía. Pero el mayor obstáculo ante tal empresa es lo que aquí defino como imperialismo humanitario. Pese a ello, no veo ninguna otra alternativa real para Occidente, salvo retroceder al espíritu de la batalla del Somme, sólo que esta vez pertrechados con armas nucleares.

Reconocimientos

Deseo agradecer a Francis McCollum Feeley, profesor de

Estudios Norteamericanos en la Universidad Stendhal de Grenoble, por darme la ocasión de expresar una primera versión de las ideas aquí desarrolladas, durante un coloquio por él coordinado en enero de 2002 en su centro de investigaciones, el Centre d'Études des Institutions et des Mouvements Sociaux Américains (CEIMSA)²¹. Gracias a Julie Franck, Edward S. Herman, Anne Morelli, Marie-Ange Patrizio y Alan Sokal por haber leído y aportado comentarios a las versiones preliminares de este texto. Agradezco en especial a Diana Johnstone por su valiosísima ayuda y constante apoyo durante la preparación de este libro. Por supuesto, eso no implica que todos ellos estén plenamente de acuerdo con lo que aquí se dice.

INTRODUCCIÓN

“Parece evidente, por la actitud del mundo capitalista hacia la Rusia Soviética, la de la Entente hacia los Imperios Centrales y la de Inglaterra hacia Irlanda y la India, que no hay grado de crueldad, perfidia o brutalidad del que vayan a abstenerse los actuales detentadores del poder si se sienten amenazados. Si para desalojarlos fuese necesario nada menos que el fanatismo religioso, serán ellos los principales responsables del mal resultante. [...] Hacer la transición con el menor derramamiento de sangre, preservando al máximo todo aquello que tiene valor en nuestra actual civilización, es un arduo problema. [...] Desearía poder creer que su solución se vería facilitada por un cierto grado de moderación y sentimientos humanos por parte de quienes disfrutaban de injustos privilegios en el mundo actual.”

BERTRAND RUSSELL ²²

Para explicar el tema y el propósito de este libro, permítaseme comenzar describiendo un encuentro reciente con un destacado representante del movimiento ecologista belga, una mujer situada en la extrema izquierda del movimiento. Le recordé que en los años ochenta, en el punto álgido de la Guerra Fría, cuando su movimiento comenzaba a tomar forma, sostenía la idea de una defensa civil no violenta; a continuación le pregunté cómo era que los ecologistas habían llegado a adoptar una postura tan diferente en la actualidad, por ejemplo ante la guerra en Kosovo o dentro de la Unión Europea. Me respondió que hacía tiempo que habían abandonado el pacifismo y que ella misma deseaba ver una intervención en África para poner fin a las violaciones masivas que allí se estaban cometiendo.

En el transcurso de la discusión posterior, manifestó su opinión de que deberíamos intervenir para proteger a los palestinos y que se tendría que haber librado una guerra preventiva contra Hitler en los años treinta. Habiendo participado en decenas de debates privados y públicos en Bélgica, Francia, Suiza e Italia desde que comenzasen las nuevas guerras estadounidenses (Yugoslavia, Afganistán, Iraq)²³, he observado repetidamente este tipo de reacción, incluso, y especialmente, en sectores de la izquierda (ecologistas, socialdemócratas, trotskistas, etc.). Sin lugar a dudas, una de las características del discurso dominante, desde la derecha hasta la izquierda, y yendo aun más lejos hasta ambos “extremos”, es que la ética política actual está dominada por lo que podría definirse como el imperativo intervencionista. Aquí en Europa se nos exhorta a defender los derechos de las minorías oprimidas de remotos lugares (Chechenia, Tíbet, Kosovo, Kurdistán) sobre los que por regla general sabemos bastante poco; protestar por la violación de los derechos humanos en Cuba, China o Sudán, reclamar la abolición de la pena de muerte en Estados Unidos, proteger a las mujeres de la persecución en los países musulmanes, apoyar la resistencia palestina o quizás salvar la selva amazónica. El derecho de intervención humanitaria no sólo es ampliamente aceptado, sino que con frecuencia se ha convertido en un “deber de intervención”. Se nos dice que es urgente crear tribunales internacionales para juzgar diversos crímenes cometidos dentro de las fronteras de estados soberanos. Se dice que el mundo se ha convertido en una aldea global y que debemos involucrarnos en todo lo que suceda en cualquier parte. La sabiduría de aquellos que pretenden “cultivar su propio jardín” es considerada anacrónica y reaccionaria. La izquierda es aun más propensa a ese discurso que la derecha, a la que acusa de egoísmo, y fantasea creyendo que es así como se

mantiene viva la gran tradición del internacionalismo proletario y la solidaridad con los republicanos españoles o con las luchas anticoloniales. También la denuncia de supuestos regímenes antidemocráticos puede considerarse una manera de evitar repetir los “errores del pasado”, como cuando algunos sectores de la izquierda se abstuvieron de denunciar los crímenes cometidos por la Unión Soviética o tardaron en reconocer la naturaleza criminal de un autoproclamado movimiento revolucionario del Tercer Mundo, como lo fuera el de los Jemeres Rojos liderados por Pol Pot (que desencadenaron asesinatos masivos desde que tomaron el poder, en 1975, hasta que fueron derrocados por una intervención vietnamita que, irónicamente, fue reprobada por Estados Unidos).

“Estados Unidos es una nación en guerra. [...] Bajo la dirección del Presidente, venceremos a los adversarios en el momento, el lugar y del modo que escojamos...” Así comienza un reciente informe del Pentágono sobre la estrategia de defensa nacional de Estados Unidos²⁴. Más adelante, se lee que el liderazgo de Estados Unidos en el mundo continúa generando “malestar, un grado de resentimiento y resistencias” y que deberá enfrentarse a aquellos que emplean “la estrategia de los débiles, como los foros internacionales, los procesos judiciales y el terrorismo” (*¡gracias por la mezcla!*).

Este conjunto de ideas es bastante confuso y uno de los fines principales de este libro será intentar clarificar ciertos conceptos. Es más, opino que esa confusión es el principal obstáculo para construir un movimiento efectivo de oposición a las guerras imperiales. Prácticamente no hubo oposición a la guerra contra Yugoslavia en 1999, el paradigma de guerra “humanitaria”, y otro tanto con la guerra en Afganistán. Es bien cierto que hubo grandes manifestaciones, únicas en la historia y sin duda

enormemente alentadoras, contra la invasión de Iraq. Pero ha de admitirse que tan pronto como la administración Bush proclamó la victoria, al menos la opinión pública occidental se desactivó considerablemente, a pesar de que en Iraq continúan los combates y no parece que vayan a disminuir.

Mientras tanto, a partir de las manifestaciones de 1999 en Seattle, ha surgido un nuevo movimiento “altermundista” o por la justicia global que se está desarrollando a través de diversos foros sociales. Su atención se ha centrado especialmente en las consecuencias económicas del neoliberalismo, tanto en el Sur como en el Norte de nuestro planeta. También ha demostrado interés en los aspectos políticos y mediáticos de las estrategias de dominación. Pero ha prestado relativamente poca atención al aspecto militar y menos aún a los factores ideológicos que legitiman las acciones militares. Pero toda relación de dominación es esencialmente militar y siempre necesita de una ideología que la justifique.

La ideología de nuestra época, al menos cuando se trata de legitimar la guerra, ya no es el cristianismo, ni “la responsabilidad del hombre blanco” de Kipling ni la “misión civilizadora” de la República Francesa, sino un determinado discurso sobre los derechos humanos y la democracia, combinado con una particular representación de la Segunda Guerra Mundial. Ese discurso justifica las intervenciones occidentales en el Tercer Mundo en nombre de la defensa de la democracia y los derechos humanos o contra los “nuevos Hitler”. Ese discurso y esa representación son lo que debe ser cuestionado para lograr constituir una oposición radical y sólida contra las guerras actuales y futuras.

La batalla de las ideas, librada con un razonamiento riguroso y desmitificador, es esencial para fortalecer la acción política. En Francia, después del fin de la etapa descolonizadora y la guerra de Vietnam, se desencadenó una

importante ofensiva ideológica a través de los medios de comunicación que encabezaron los autodenominados “nuevos filósofos”²⁵ y que favoreció que el sector más eminente de la *intelligentsia* francesa pasase de la romántica simpatía con el Tercer Mundo a un alineamiento cada vez mayor con los posicionamientos de Estados Unidos. Ante los conflictos actuales, es necesario un muy completo arsenal intelectual para hacer frente a la retórica y los argumentos del adversario. Nos enfrentamos a los efectos de una campaña de treinta años, bien financiada y publicitada mediante libros, filmes, cursos y argumentos que los medios de comunicación repiten una y otra vez.

Dado que el discurso intervencionista es presentado como un discurso ético, es principalmente en el campo de la ética que debe ser confrontado. Tal cosa no implica que los hechos no tengan importancia, son enormemente importantes, o que el debate se sitúe en el nivel de los “valores”, sino que aquí el propósito esencial no es aportar nuevos hechos. Las consecuencias de la política exterior de Estados Unidos son cada vez más perceptibles, en gran medida gracias al trabajo de autores estadounidenses. Lo que sin embargo se echa en falta es una reflexión sistemática sobre lo que esos hechos implican en relación a nuestras responsabilidades morales y políticas.

Antes de abrir el debate, permítaseme hacer ciertas advertencias y prevenir posibles malas interpretaciones. Ante todo, debo admitir que no tengo los medios para *demostrar* mi hipótesis, es decir, que las ideas que yo cuestiono no sólo están muy extendidas sino que constituyen la ideología dominante en nuestra época. Que cite a tal o cual autor que defiende tales ideas, como hago de tanto en tanto, no constituye ninguna prueba. Sólo un profundo estudio sociológico, para cuya realización carezco de medios, podría establecer los hechos. La lectura de

publicaciones “intelectuales” y mis conversaciones con miembros de organizaciones progresistas y movimientos pacifistas me han convencido de que la supuesta necesidad de defender los derechos humanos por medios militares constituye el caballo de Troya ideológico del intervencionismo occidental dentro de los movimientos que en principio se oponen a él; pero no reivindico mi capacidad para *demostrar* tal cosa. Algunas de mis afirmaciones son más conjeturas que certidumbres, que mi condición de individuo aislado sin apoyo institucional no me permite confirmar y ni siquiera estudiar con mayor dedicación. No obstante, espero que esta discusión de ciertas ideas sea de interés aun para quienes no están convencidos, como yo lo estoy, de su peso y relevancia.

Por otra parte, los lectores no encontrarán aquí ningún análisis, o al menos ningún análisis en profundidad, de las causas internas del imperialismo, sean económicas o de cualquier otra naturaleza. Utilizaré el término “imperialismo”, pero sin otorgarle una connotación científica, sino para designar las políticas coloniales o neocoloniales de Occidente en el Tercer Mundo. En efecto, aun cuando esa expresión ha caído más o menos en desuso, me parece mucho más adecuada que la palabra “imperio” que, según viene siendo utilizada por Negri, Hardt y sus discípulos, parece referirse a una indefinida entidad que no se sustenta en el poder de ningún estado en particular.

Tengo muchas razones para evitar embarcarme en un análisis “profundo” del imperialismo. Baste decir que, por una parte, los fenómenos humanos son tan complicados y combinan tantos factores que un escepticismo razonable, como corresponde a toda actitud científica, puede conducirnos a poner en duda que sea posible analizarlos de un modo verdaderamente científico (y no meramente proclamando que están avalados por la ciencia). Sin duda,

siempre es posible seleccionar hechos suficientes y centrarse en determinadas variables como para dar la impresión de haber llegado a una verdadera explicación de este o aquel aspecto de la sociedad o de la historia, pero la remarcable ausencia de predicciones acertadas más allá del simple sentido común y la rápida obsolescencia de tales explicaciones tienden a reforzar mi escepticismo. Por otra parte, poco se sabe de los seres humanos, especialmente de las motivaciones humanas, como para que seamos capaces de responder a ciertos interrogantes básicos como ¿hasta qué punto es el ser humano un *homo economicus*, calculando y actuando de acuerdo a sus intereses y a los de su clase social y hasta qué punto está dominado por pasiones “irracionales” (desde un estricto punto de vista económico), como la religión, el nacionalismo o la sed de poder? Ante la ausencia de respuestas a estos interrogantes, el verdadero origen de las guerras y el papel que desempeñan los factores económicos es bastante difícil de definir.

Desear el enriquecimiento personal es relativamente razonable; a Marx, que heredó la psicología racionalista de los economistas ortodoxos británicos del siglo XVIII, ese enriquecimiento le parecía un objetivo natural de las acciones políticas del ser humano. Pero la psicología moderna ha profundizado mucho más en el océano de la insania sobre el que flota, insegura, la frágil barca de la razón humana. El optimismo intelectual de una época pasada ya no es posible para quien hoy estudia la naturaleza humana. Pero influye en el marxismo haciendo a los marxistas rígidos y arbitrarios en su enfoque de la vida de los instintos. Una muestra destacada de esa rigidez sería la concepción materialista de la historia.

BERTRAND RUSSELL, *The Practice and Theory of
Bolchevism*,
Spokesman, p. 85

Volviendo a las posibles malas interpretaciones, habría que comenzar destacando que las posiciones “tercermundistas” o la simple crítica a Occidente son presentadas cada vez con mayor frecuencia como basadas necesariamente en alguna clase de relativismo moral o cultural; en otras palabras, basadas en la idea de que es imposible realizar juicios moralmente objetivos o, lo que es más o menos lo mismo, en la noción de que su validez está en relación directa con la cultura que las ha generado.

Muchos críticos de las políticas imperiales aceptan esas premisas. Pero no son aplicables aquí. Es perfectamente posible criticar las políticas estadounidenses desde una perspectiva filosófica y conceptual universalista y hasta liberal (en el sentido político clásico del término), en la tradición de la Ilustración. Escritores como Hobson²⁶, Twain, Russell o, actualmente, Chomsky, son ejemplos de esa actitud. Se puede también señalar que criticar a Occidente en nombre de los mismos valores que supuestamente encarna, como yo intento hacer aquí, es más sencillo y más radical que hacer una crítica relativista que exigiría un debate filosófico preliminar para rechazar toda posibilidad de un juicio objetivo de valores.

En especial, las críticas aquí contenidas a la utilización ideológica de los derechos humanos de ningún modo cuestionan la legitimidad de las aspiraciones contenidas en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948. Se puede estar de total acuerdo con determinados principios morales y al mismo tiempo denunciar el modo en que son mal utilizados en la práctica. La moral no sólo es una cuestión de principios; en las relaciones humanas, como en el discurso político, la evocación de principios bien puede ser una forma de hipocresía, del mismo modo que la automortificación por crímenes de los cuales uno no es responsable (los del pasado, por ejemplo) puede servir para

obtener indulgencia sobre aquellos de los que uno sí es responsable. Compararía mi postura respecto a los derechos humanos con la de los cristianos de izquierda que aceptan las enseñanzas cristianas pero critican la manera en que son aplicadas, incluso por la misma Iglesia, para justificar a los poderes dominantes. En relación a los derechos humanos, el papel de la Iglesia lo desempeñan los principales gobiernos occidentales, los medios de comunicación y los intelectuales, así como ciertas ONG y movimientos progresistas.

Otra mala interpretación a ser evitada surge del hecho de que cada vez más se considera que toda oposición a las guerras imperiales debe basarse en estrictos principios pacifistas o en una filosofía de la no violencia. Pero esa filosofía sólo resulta relevante cuando se discute cómo reaccionar ante un *ataque*. No hay necesidad de asumir tal postura no violenta cuando lo que se critica son las guerras de agresión, como las recientemente libradas por Estados Unidos. Sería interesante discutir sobre el pacifismo y la defensa no violenta, pero son aspectos que caen fuera del propósito de este libro.

Definir con precisión ciertos términos utilizados de modo más o menos polémico contribuiría a evitar que las controversias desdibujen el razonamiento aquí expuesto. Para comenzar, el término “Occidente” es utilizado para designar un área geográfica e histórica (Estados Unidos y Europa) pero principalmente servirá para enfatizar la falla ideológica existente entre ese área y el resto del mundo. Un estudio detallado de las reacciones populares espontáneas después de los atentados del 11 de septiembre sería suficiente para ilustrar este punto. Si yo dijese, en el mundo árabe, que en lugar de atacar a Iraq sería mejor mantener controlada a la “entidad sionista” (utilizando esta expresión) o, en América Latina y gran parte de Asia, que la peor manera de afrontar el conflicto yugoslavo fue permitir que

Estados Unidos explotase esa tragedia para legitimar su derecho a intervenir unilateralmente, no provocaría demasiadas protestas desde ningún sector del espectro político. En cambio, cualquiera que haga tales afirmaciones en Europa o Estados Unidos sería rápidamente sofocado por un coro de voces indignadas gritando “Stalin”, “Pol Pot”, “antisemitismo” o “antiamericanismo”, proveniente de todos los sectores políticos. Esta diferencia de reacción ilustra claramente la amplitud y profundidad de la brecha existente.

Aquello que llamo la “ideología de los derechos humanos” será definida detalladamente en el capítulo 4, pero esencialmente designa la idea de que los estados occidentales tienen el derecho, o el deber, de intervenir en los asuntos internos de otros estados, en nombre de los derechos humanos. Utilizaré el término “defensores de los derechos humanos” de manera polémica, para designar abreviadamente a quienes se podría llamar los “defensores autoproclamados de los derechos humanos” o “quienes principalmente fundamentan su acciones políticas en la ideología de los derechos humanos”.

Finalmente, cuando se critica a un poder y sus mecanismos de legitimación, se puede tanto denunciar la *hipocresía* de ese discurso como las *consecuencias* en términos humanos del ejercicio de ese poder. Son dos cosas diferentes, aun cuando un poder con un discurso constantemente hipócrita difícilmente vaya a producir resultados positivos. Pese a que, como intento demostrar, la hipocresía cala mucho más profundamente de lo que los críticos acostumbran a reconocer, ese no es el punto esencial de mi argumento, que se centra principalmente en las *consecuencias* del imperialismo.

LOS EGIPCIOS RICOS DE EL CAIRO SE REGODEAN CON LOS ATAQUES
MIENTRAS COMEN BIG MACS

Situado entre una tienda de relojes Rolex y un concesionario de coches BMW, el restaurante (McDonald's) está lleno de estudiantes universitarios ricos,

vestidos con ropas de marcas estadounidenses y conscientes de los miles de millones de dólares que EEUU ha concedido a Egipto en concepto de ayuda exterior. Es la clase de sitio donde uno esperaría encontrar simpatías por la causa estadounidense. Pero oigamos lo que dicen.

Sentada bajo un cartel en el que se lee “McWings, crujientes y deliciosos”, Radwa Abdallah, una estudiante de 18 años, explica que se alegró cuando supo que miles de estadounidenses habían muerto en los ataques terroristas contra el World Trade Center y el Pentágono. “Todo el mundo lo celebró”, dice Ms. Abdallah mientras sus amigas ríen. “Por las calles, la gente hacía sonar las bocinas, festejando que al fin Estados Unidos había recibido lo que verdaderamente se merecía”.

Su compañera de estudios, Raghda El Mahrouqi, agrega: “Sólo espero que hubiese muchos judíos en esos edificios”. Sherihan Ammar, una estudiante de medicina con elaborado maquillaje y enfundada en una estrecha camiseta, resume sus sentimientos de este modo: “Los Estados Unidos estaban demasiado seguros de sí mismos”, afirma con gesto despectivo. (...) Un recorrido por la capital de Egipto, uno de los principales aliados de EEUU en Oriente Medio y el mayor país musulmán receptor de ayuda exterior estadounidense, demuestra que árabes educados, relativamente ricos y aparentemente americanizados, expresan abiertamente su alegría por la carnicería perpetrada en Estados Unidos. (...) Pese a que todos los gobiernos árabes excepto Iraq han condenado los ataques sufridos por EEUU, la idea que prevalece aún entre quienes se horrorizaron por las matanzas acontecidas en Nueva York y Washington es que éstas poco se diferencian de las que Estados Unidos ha infligido a iraquíes, palestinos, sudaneses y otros pueblos musulmanes (...)

En Marrakech, las reacciones han sido algo más moderadas. Aun en países claramente alineados con Occidente como Marruecos, una nación muy distante del conflicto entre Israel y Palestina, que en algún momento aspiró a integrarse en la Comunidad Europea, muchas voces no ocultan su admiración por los terroristas. En una tienda de oportunidades en Er Rachidia, una aldea barrida por la arena en el umbral del Sahara, las primeras imágenes de televisión del World Trade Center envuelto en humo fueron saludadas con gritos de aprobación. “Por supuesto que nos alegra”, afirma el propietario mientras invita a un grupo de extranjeros a pasar y ver las noticias. En Marrakech, el centro de la industria turística marroquí, las reacciones fueron algo más moderadas. “Lo sucedido es algo terrible para todos los afectados”, dice Abdou Hamaoui, un ingeniero de 29 años, mientras bebe una Schweppes de limón en el Café Glacier de la plaza central de la ciudad vieja. “Pero el gobierno estadounidense se lo merecía”. (...)

A poca distancia, en la terraza de una cafetería, Ahmed Ahmad Tarif, un estudiante de administración de 21 años, luce una camiseta Nike. La compró, dice, porque es de buena calidad, pero cree que “Estados Unidos apoya el racismo y se opone a la libertad y la democracia”. Su compañero de estudios, Ahmed Hussein, con gafas y un fino bigote, reflexiona durante unos segundos

cuando se le pregunta sobre la asistencia económica estadounidense a Egipto. “El dinero que recibimos de Estados Unidos y el odio que sentimos por ese país son cosas diferentes y no hay por qué mezclarlas”, dice finalmente.

YAROSLAV TROFIMOV, *Wall Street Journal*, 18 de septiembre de 2001.²⁷

Mi finalidad principal es poner en cuestión la buena conciencia que prevalece en Occidente y las convicciones ideológicas que la sustentan, y abrir un debate en el seno de los movimientos pacifistas, ecologistas y progresistas; no pretendo en absoluto establecer cualquier tipo de “teoría”. Si lo que realmente pretendemos es una política de paz, debemos comenzar por comprender al otro, incluso al “enemigo”, sobre todo si sus reacciones son agresivas o irracionales. La “guerra sin fin” contra el terrorismo no tiene aspecto de ser simplemente una guerra de conquistas rápidas y alegres. Y si los estados occidentales poderosos continúan siendo blanco de ataques terroristas, podríamos permitirnos temer que “la frágil barca de la razón humana” no flotará demasiado tiempo “sobre el océano de la insania”. A menos que aceptemos cambiar radicalmente de perspectiva en lo concerniente a nuestras relaciones con el resto del mundo.

PODER E IDEOLOGÍA

Toda vez que dictadores, monarcas, jefes, aristócratas, burócratas o colonialistas ejercen su poder sobre otros, necesitan una ideología que les justifique. Casi siempre tal justificación se deriva de la misma fórmula: cuando A ejerce su poder sobre B, lo hace por “su propio bien”. En resumen, el poder siempre se presenta como altruista. En 1815, tras la derrota de Napoleón, el zar de Rusia, el emperador de Austria y el rey de Prusia firmaron una declaración conjunta encuadrada en el contexto de su Santa Alianza. En ella, Sus Majestades pretendían justificar sus reglas de conducta “sobre las verdades sublimes contenidas en la eterna religión de Cristo nuestro Salvador”, así como en los principios “de su santa religión, preceptos de justicia, de caridad y de paz”, y comprometiéndose a comportarse “con sus subditos como un padre con sus hijos”. Durante la guerra de los Boers, el primer ministro británico, Lord Salisbury, declaró que esa era “una guerra por la democracia” y que “no buscamos ni minas de oro ni territorio”. Bertrand Russell, citando esas afirmaciones comentó que “los extranjeros cínicos, no obstante, nos acusan de habernos apropiado de las minas de oro y de territorio...”²⁸. Hitler, por su parte, libró sus guerras para proteger a las minorías (alemanas) y para defender a Europa del bolchevismo.

En plena guerra de Vietnam, el historiador estadounidense Arthur Schlesinger describió la política de EEUU en ese país como parte de “nuestro programa general de buena voluntad internacional”²⁹. Al acabar esa guerra, un comentarista liberal (en el sentido estadounidense del término) escribía en el *New York Times* que: “Durante un cuarto de siglo, los Estados Unidos han estado intentando

hacer el bien, fomentar la libertad política y promover la justicia social en el Tercer Mundo”. Pero, al hacerlo “hemos ido más allá de nuestros recursos morales y hemos caído en la hipocresía...”³⁰. Es sumamente difícil encontrar un poder abiertamente cínico; los individuos que viven al margen de la sociedad, como los miembros de las bandas y las mafias, sin duda nos proporcionan los mejores ejemplos.

Pero esta cuasi universalidad del altruismo en el discurso legitimador es lo que precisamente debería despertar nuestro escepticismo. Es remarcable que sea exactamente eso lo que sucede en la vida cotidiana: las declaraciones altruistas son habitualmente recibidas con escepticismo y se nos recomienda tener en más cuenta los actos que las palabras; exactamente lo contrario de lo que suele ser habitual en la vida pública.

GENTE DE BUENA VOLUNTAD

Nos comprometemos a hacer todo lo posible para no caer en tentaciones perniciosas, especialmente la arrogancia y el odio a los extranjeros, hacia las que frecuentemente suelen deslizarse las naciones en guerra. Al mismo tiempo, solemnemente y con una sola voz decimos que es crucial para nuestra nación y sus aliados ganar esta guerra. Combatimos para defendernos, pero creemos que también luchamos para defender esos principios universales de derechos humanos y dignidad humana que son la mayor esperanza de la humanidad.

Algún día esta guerra acabará. Cuando eso suceda, y en ciertos aspectos aun antes de que acabe, nos aguarda la gran tarea de la reconciliación. Esperamos que esta guerra, al detener un ilimitado mal global, permita la posibilidad de una comunidad mundial basada en la justicia. Pero sabemos que sólo los pacificadores en cada una de nuestras sociedades pueden asegurar que esta guerra no haya sido en vano.

Queremos especialmente que nos oigan nuestros hermanos y hermanas de las sociedades musulmanas. Os lo decimos honradamente: No somos enemigos, sino amigos. No debemos ser enemigos. Tenemos mucho en común. Hay tantas cosas que debemos hacer juntos. Vuestra dignidad humana, no menos que la nuestra, vuestros derechos y oportunidades para una buena vida, no menos que los nuestros, son las cosas por las que creemos estar luchando. Sabemos que algunos de vosotros no confiáis en nosotros y también sabemos que nosotros, los estadounidenses, somos en parte responsables de esa desconfianza. Pero no debemos ser enemigos. Deseamos profundamente unirnos a vosotros y a toda la gente de buena voluntad para juntos alcanzar

una paz justa y duradera.

Por qué estarnos luchando: Una carta desde Estados Unidos. Este texto, justificando la invasión de Afganistán, fue firmado por sesenta intelectuales, entre los que destacaban Francis Fukuyama, Samuel Huntington, Daniel Patrick Moynihan y Michael Walzer. El texto completo en inglés está disponible en <http://www.americanvalues.org/html/wwff.html>. Hasta el momento, los “hermanos y hermanas” musulmanes no han dado muestras de estar impresionados por semejante despliegue de altruismo.

El control ideológico en las sociedades democráticas

La ideología es especialmente importante en las sociedades democráticas, en las que puede convertirse en la forma principal de control social. La ideología dominante es muchísimo más poderosa en los Estados Unidos, con su libertad de expresión, de lo que llegó a ser en la Unión Soviética, donde el obvio monopolio de la expresión política, reforzado por la represión, propició un escepticismo generalizado. En sociedades más autocráticas, se mantiene a la gente en el lugar que se quiera mediante el temor. En una sociedad donde la gente es libre de manifestarse y de votar, el control de “corazones y mentes” necesita ser mucho más profundo y más constante.

En nuestras sociedades, el reforzamiento de la ideología dominante está en manos de lo que se ha dado en llamar el clero secular³¹, por analogía con el clero religioso de las sociedades tradicionales. Ese clero tradicional se presentaba como el intermediario entre lo humano y lo divino y legitimaba el poder de los estratos sociales dominantes mediante la apropiada interpretación de la voluntad divina. Al hacerlo, se aseguraba su propia posición social privilegiada bajo la protección del poder temporal.

Con la Ilustración y las revoluciones democráticas en Europa, el papel de la religión como justificadora del poder se ha ido desdibujando. Las declaraciones de Lord Salisbury invocando la democracia que citábamos anteriormente

tienen una resonancia más contemporánea que las de la Santa Alianza invocando la religión. Aun alguien tan ostentosamente religioso como George W. Bush no justifica sus guerras principalmente en nombre de la religión, sino en nombre de la democracia y los derechos humanos. Merece la pena destacar que a sus partidarios en Europa a menudo les resulta embarazosa su faceta religiosa, prefiriendo que se ciña estrictamente al discurso por los derechos humanos.

BUSH Y LA OPOSICIÓN LEAL

El 10 de enero de 2006, en su discurso ante los Veteranos de las Guerras en el Exterior, el presidente George W. Bush se declaró receptivo a las “críticas honestas” que cuestionaban el modo en que estaba librándose la guerra y a la “oposición leal” que señalaba los errores de su administración. Pero calificó de irresponsables a los “críticos partidistas que denuncian que hemos actuado en Iraq motivados por el petróleo o por Israel o porque engañamos al pueblo estadounidense” al igual que los “derrotistas que se niegan a ver aquello que es correcto.”

El actual clero secular está constituido por los creadores de opinión, los filósofos mediáticos y una gran variedad de académicos y periodistas. Son ellos quienes en gran medida monopolizan el debate público, conduciéndolo en determinadas direcciones y fijando los límites de lo que puede decirse, pero aparentando siempre que se trata de un libre intercambio de ideas. Uno de los mecanismos de reforzamiento ideológico más comunes consiste en centrar el debate en los *medios* empleados para conseguir los fines supuestamente altruistas que defienden quienes están en el poder, en lugar de preguntarse si los fines declarados son los verdaderos o si aquellos que buscan tales fines tienen derecho a hacerlo. Para poner un ejemplo reciente: se planteará si los Estados Unidos tienen suficientes medios e inteligencia para imponer la democracia en Oriente Medio o, eventualmente, si el precio a pagar (la guerra) no es demasiado alto. Tales discusiones no harán otra cosa que reforzar la idea de que las intenciones proclamadas (liberar a los pueblos, propagar la democracia) son el verdadero

propósito, mientras que las consecuencias menos nobles, como el control del petróleo o el fortalecimiento de la hegemonía estadounidense (globalmente) e israelí (localmente) no son más que efectos colaterales de una generosa empresa.

Para quienes detentan el poder, es muy importante centrar el debate público dentro de los estrechos límites de si los medios y las tácticas son o no efectivas, soslayando el cuestionamiento de la naturaleza y la legitimidad de los fines y las estrategias. En una sociedad autocrática tales debates no estarían permitidos. En nuestras sociedades son, sin lugar a dudas, de gran utilidad. La izquierda “respetable” juega un papel fundamental en este proceso de legitimación al centrar el debate en el primer tipo de cuestiones (medios y efectividad) y marginando al segundo (la naturaleza y legitimidad de los fines). Por el contrario, podemos anticipar que cualquier análisis de poderes pretéritos o antagonicos, como el Imperio Romano, Napoleón o la Unión Soviética, incluirá una visión crítica de sus mecanismos de legitimación sin conceder valor alguno a sus declaraciones de principios. Es sólo cuando se habla de *nuestras* sociedades *actuales* que tal interpretación es considerada banal.

Otro mecanismo ideológico utilizado frecuentemente por la izquierda respetable es la denuncia ritual de los sistemas de adoctrinamiento “totalitarios”, casi siempre con la religiosa referencia a Orwell, y enfatizando particularmente aquellos rasgos característicos diferentes a los nuestros. Esto fomenta la noción de que los mecanismos para el control y la manipulación de las mentes pueden encontrarse en cualquier parte, excepto en nuestras sociedades.

Por otra parte, cuando los críticos con este sistema, como los comunistas en el pasado, sostienen que no se diferencia de los sistemas totalitarios, son fácilmente

refutados pues la simple libertad para manifestar esas críticas supuestamente demuestra que son diferentes. Ese tipo de crítica sólo contribuye a dificultar la comprensión de cómo el control ideológico funciona aquí y ahora, dando la impresión de que los únicos mecanismos de adoctrinamiento son aquellos que no se encuentran en nuestras sociedades.

Es importante destacar que ideología no equivale a mentira. Los miembros del clero secular frecuentemente creen en lo que dicen. Es más, esa interiorización de la ideología es esencial para que logren ser eficaces. Esto se confirma al contrastar su discurso con el de aquellos que simplemente defienden una ideología en la que no creen.

Cuando se trata de individuos que poseen un poder real, sea político o económico, la cuestión es algo más complicada, pero aun así la hipótesis del cinismo generalizado no es plausible. La ideología tiene la ventaja de permitir a la gente vivir en un confort mental en el que pueden evitar hacerse demasiadas preguntas. Esto significa que criticar la falta de sinceridad de quienes están en el poder o de los integrantes del clero secular debe hacerse con precisión: el problema no es que estén mintiendo o que estén ocultando sus verdaderos fines, sino que espontáneamente adoptan una visión sesgada del mundo y de la historia que les permite aprovecharse de su situación de privilegio con absoluta consciencia. Es este un fenómeno que puede observarse en la vida cotidiana: las proclamas altruistas y la adhesión a determinados valores van a menudo acompañados de un análisis de la realidad que hace posible identificar los intereses personales con los imperativos morales. La genuina sinceridad no es simplemente una cuestión de creer en lo que uno dice, sino preguntarse honestamente si las acciones que uno emprende sirven realmente a los nobles fines que supuestamente nos guían. Desafortunadamente, no hay nada nuevo en todo esto y

aquellos que critican la actual organización social, de un modo u otro, tienen mucho en común con Blaise Pascal o Jonathan Swift cuando criticaban la injusticia y la hipocresía de las sociedades en las que vivían.

Por muy banal que pueda parecer esto, no deja de ser importante pues implica que las representaciones ideológicas del mundo, al no ser simples mentiras, pueden tener consecuencias imprevistas y, a veces, cuando son defendidas con el suficiente fanatismo, llegar a ser perjudiciales para los mismos poderes a los que supuestamente legitiman. Todavía es prematuro decir si el ataque estadounidense a Iraq es un ejemplo de esa situación, pero tanto la invasión alemana a la Unión Soviética en 1941, como la obstinada guerra de EEUU en Vietnam, ambas con la idéntica finalidad de “liberar a los pueblos del comunismo”, son ejemplos claros de la búsqueda de fines ideológicos que han acabado en desastre.

EL TERCER MUNDO Y OCCIDENTE

Con el final del proceso de descolonización, la idea de un conflicto entre el Tercer Mundo y Occidente fue siendo paulatinamente considerada como pasada de moda, especialmente en el discurso dominante entre nosotros. Éste enfatiza que el Tercer Mundo no está unido y que muchos de sus dirigentes (y la oposición interna a esos dirigentes) han abandonado su nacionalismo de antaño y se han convertido en liberales y prooccidentales. No obstante, el conflicto sigue existiendo, al menos de forma latente, del mismo modo que los conflictos de clase pueden asumir formas más o menos antagónicas según el período histórico. Hay conflictos relacionados con los intercambios comerciales, la deuda externa y el abastecimiento de materias primas, conflictos que pueden desembocar en enfrentamientos abiertos como las guerras del Golfo. Más aun, tanto en América Latina como en el mundo musulmán (independientemente de las grandes diferencias entre esas dos regiones), la visión de las relaciones entre “nosotros” y “ellos” es completamente diferente de la nuestra. Por lo general, se considera que esa visión tiene su origen en el fanatismo o en la envidia, especialmente en el caso de los musulmanes.

Comencemos entonces resumiendo lo que podría reprocharse de las intervenciones occidentales en el Tercer Mundo desde un punto de vista universalista, sin retroceder hasta el comercio de esclavos en África y otros horrores del colonialismo, sino centrándonos principalmente en las políticas llevadas a cabo a partir de 1945, en especial por los Estados Unidos.

Son ellas las que han dotado al imperialismo con su

modalidad neocolonial. Los países permanecen formalmente independientes, pero se echa mano de cualquier tipo de coerción para mantenerlos bajo el dominio occidental. Si examinamos objetivamente tales políticas seríamos capaces de encontrar la respuesta a esa famosa pregunta posterior al 11-S: “¿Por qué nos odian?” Seríamos así capaces de entender por qué puede ser perfectamente natural, si no “odiarnos”, al menos odiar las políticas llevadas a cabo por nuestros gobernantes. Tal vez así comprenderíamos que, de estar en lugar de ellos, nosotros también sentiríamos lo mismo.

UN EJEMPLO PELIGROSO

Estados Unidos apoyó la brutal dictadura somocista en Nicaragua durante más de cuarenta años. El pueblo nicaragüense, liderado por los sandinistas, derrocó ese régimen en 1979 mediante una impresionante revolución popular. Los sandinistas no eran perfectos... Pero eran inteligentes, racionales y civilizados. Se propusieron crear una sociedad estable, decente y pluralista. Se abolió la pena de muerte... Más de 100.000 familias recibieron títulos de propiedad de sus tierras. Se construyeron dos mil escuelas. Una importante campaña de alfabetización redujo notablemente el analfabetismo en el país. Se estableció la gratuidad de la educación y de la atención sanitaria. Se redujo la mortalidad infantil. La poliomielitis fue erradicada. Estados Unidos denunció estos logros como una subversión marxista-leninista. Según la opinión del gobierno estadounidense, se estaba sentando un peligroso precedente...

Finalmente, Estados Unidos logró acabar con el gobierno sandinista. Llevó varios años y una considerable resistencia, pero las presiones económicas y 30.000 muertos consiguieron minar el espíritu del pueblo nicaragüense. Estaban agotados y nuevamente hundidos en la pobreza. Los casinos volvieron al país. Se acabaron la educación y la atención sanitaria gratuitas. Las empresas volvieron con ánimo de venganza. La “democracia” había prevalecido. Pero tal “política” no se limitó exclusivamente a América Central. Fue aplicada en todo el mundo... Estados Unidos apoyó, y en muchos casos fomentó, gran parte de las dictaduras militares de derecha que surgieron después del fin de la Segunda Guerra Mundial. Me refiero a Indonesia, Grecia, Uruguay, Brasil, Paraguay, Haití, Turquía, Filipinas, Guatemala, El Salvador y, por supuesto, Chile... Cientos de miles de muertes estremecieron a esos países... Lo que allí acontecía, no sucedía. No importaba. No era de interés. Los crímenes de Estados Unidos han sido sistemáticos, constantes, atroces, implacables, pero muy poca gente habló de ellos...

Creo que, a pesar de las enormes dificultades que existen, una firme determinación, inquebrantable, sin vuelta atrás, como ciudadanos, para definir

la auténtica verdad de nuestras vidas y nuestras sociedades es una necesidad crucial que nos afecta a todos. Es, de hecho, una obligación. Si una determinación como ésta no forma parte de nuestra visión política, no tenemos esperanza de restituir lo que casi hemos perdido —la dignidad como personas.

HAROLD PINTER, Discurso de agradecimiento del
Premio Nobel de literatura 2005

Los costes del imperialismo occidental sobre el Tercer Mundo pueden dividirse en cuatro diferentes categorías.

1. Víctimas directas

Para comenzar, consideremos las guerras libradas por Estados Unidos. Han tenido como resultado millones de muertos, especialmente en Corea, Indochina, América Central e Iraq. A ese recuento hay que sumarle las víctimas de sus protegidos: Suharto, Mobutu, Pinochet, los regímenes militares de Argentina, Guatemala y Brasil, los grupos rebeldes apoyados por Estados Unidos y Sudáfrica en Angola y Mozambique y, finalmente, Israel. Es lo que William Blum, antiguo funcionario del Departamento de Estado denomina “el holocausto estadounidense”³². La expresión puede resultar chocante, pero lo que debería ser más chocante aun es la relativa indiferencia ante estos crímenes y el hecho de que rara vez sean percibidos como el resultado de una política sistemática. El impacto de las tragedias de Ruanda o de Hiroshima sobre la conciencia pública se debe sin duda a que ambas carnicerías acontecieron en un lapso breve de tiempo. Pero si un sistema de dominación produce muerte y sufrimientos semejantes de forma regular ¿acaso es menor el horror? ¿No debería sorprendernos que en el mundo posterior a 1945, donde el racismo fue oficialmente desacreditado y abolido, gentes que se consideran a sí mismas civilizadas hayan asesinado a tantas personas a las que no consideraban suficientemente civilizadas? El sistema estadounidense de dominación no es el primero en provocar tantas muertes. Pero a diferencia de los sistemas anteriores, el

estadounidense continúa en funciones y nosotros podemos oponernos a él, aunque nada podamos hacer ya por las víctimas del pasado.

2. Asesinar la esperanza

Sin embargo, el verdadero problema es mucho más profundo. Para utilizar un eufemismo, consiste en una pérdida de oportunidades para el Tercer Mundo. Hoy día el lema “otro mundo es posible” es reivindicado por los sectores críticos a la globalización económica. Pero si eso es cierto hoy ¿por qué no lo fue ayer? Intentemos imaginar un mundo así. Un mundo en el que el Congo, Cuba, Vietnam, Brasil, Chile, Iraq, Guatemala y muchos otros países hubiesen podido desarrollarse sin la constante interferencia occidental. Un mundo en el que los movimientos laicos de los países árabes hubieran continuado modernizando el Medio Oriente, sin tener que afrontar el doble obstáculo de la agresividad del sionismo “moderno” y del oscurantismo feudal, apoyados ambos por las potencias occidentales. Un mundo en el que el apartheid hubiera sido erradicado mucho antes, evitando los desastres y las guerras que provocó.

Evidentemente, semejante “otro mundo” no sería un paraíso sobre la tierra. Habría sin duda guerras civiles, masacres y hambrunas. Pero Occidente tampoco es un paraíso y lo fue aún menos durante toda su etapa de modernización, con niños trabajando en las minas, semiesclavos trabajando en las colonias y decenas de millones masacrados en las dos grandes guerras civiles europeas, a las que llamamos guerras mundiales. No obstante, resulta difícil creer que la situación no sería mejor si los países del Tercer Mundo hubiesen tenido la ocasión de buscar sus propias vías de desarrollo, en lugar de estar sometidos a líderes impuestos por Occidente. Comparemos, en términos de inteligencia, humanidad y honestidad, los líderes que “ellos” produjeron y aquellos que Occidente

apoyó en su contra: Arbenz y los dictadores guatemaltecos, Sukarno y Suharto, Lumumba y Mobutu, los sandinistas y Somoza, Goulart y los generales brasileños, Allende y Pinochet, Mandela y el apartheid, Mossadegh y el Sha, y hoy, Chávez y los golpistas venezolanos³³.

Podríamos también imaginar la influencia positiva que las políticas de salud pública y reforma agraria podrían haber tenido en otros países pobres si esos experimentos, no sólo en China y Cuba sino por ejemplo en Guatemala a principios de los años cincuenta, no hubieran tenido que afrontar la permanente hostilidad de Occidente. Si reflexionamos sobre eso, por más que sea imposible hacer un cálculo preciso, llegaríamos a la conclusión de que la obstrucción occidental a esas medidas progresistas no ha costado millones, sino centenares de millones de vidas destruidas por el hambre, las enfermedades y la pobreza. Para citar un ejemplo simple, en 1989 los economistas Jean Drèze y Amartya Sen calcularon que, partiendo de condiciones básicas similares, China y la India siguieron diferentes vías de desarrollo y que la diferencia entre los sistemas sociales de los dos países (especialmente en lo concerniente a la atención sanitaria) dieron como resultado 3,9 millones de muertes anuales suplementarias en la India. Eso significa que “la India genera más cadáveres cada ocho años que los que China generó durante las grandes hambrunas de 1958-1961”. Por supuesto, las hambrunas chinas son atribuidas al comunismo, pero a nadie se le ocurriría atribuirle las muertes suplementarias en la India al capitalismo o a la democracia³⁴.

En Cuba la esperanza de vida es seis años mayor que en el resto del continente. La mortalidad infantil es cuatro veces menor que la media continental. Si América Latina presentase los mismos resultados que Cuba, se salvarían las vidas de 285.000 niños por año³⁵. Tan solo en América Central hay 7,5 millones de niños trabajadores³⁶. En todo el continente hay 40 millones de niños

abandonados³⁷. Se calcula que hay 120.000 niños forzados a ejercer la prostitución³⁸. Todas esas situaciones no se encuentran en Cuba, donde todos los niños van al colegio.

MARC VANDEPITTE, De kloof en de uitweg. Een dwarse kijk op ontwikkelingssamenwerking (*La brecha y la salida. Una visión sombría de la cooperación al desarrollo*), Antwerp, EPO, 2004, pág. 55.

Permítaseme aclarar que la crítica hecha aquí es independiente de todo lo que se pueda pensar del colonialismo clásico. Éste ha sido aun más violento que el imperialismo contemporáneo. Pero indirectamente contribuyó a difundir los conocimientos médicos y científicos, así como ciertas ideas liberales y democráticas en lugares donde no se las conocía. Eso no quiere decir que tal difusión de ideas justifique las decenas de millones de muertes provocadas por el colonialismo, ni que la difusión de esos conocimientos no hubiese sido posible de otro modo. Lo que cabe especificar aquí es que la situación actual es completamente diferente. Con demasiada frecuencia las políticas de Estados Unidos han estado dirigidas contra aquellos movimientos que eran esencialmente “modernizadores”; por ejemplo, los que surgieron a partir de la Conferencia de Bandung³⁹ y que sencillamente pretendían que sus sociedades se beneficiasen de las ventajas de la ciencia y, en ciertos casos, de la democracia. Conviene también decir que las políticas de presidentes elegidos democráticamente, como Allende en Chile o Arbenz en Guatemala, no eran mucho más radicales que las adoptadas por los socialdemócratas suecos a partir de 1931 o por los laboristas británicos después de 1945. Pero las primeras debieron afrontar una oposición respaldada desde el exterior mucho mayor que las segundas.

Contra estos movimientos, Occidente con frecuencia ha apoyado las tendencias más feudales y oscurantistas de las sociedades donde aquellos habían surgido, por ejemplo en Angola, Afganistán o Indochina. Finalmente, el simple hecho

de que Occidente se aboque al pillaje de los recursos naturales y a apoyar a Israel al mismo tiempo que se presenta como el campeón de la modernidad y de la Ilustración, sólo sirve para desacreditar estos conceptos, especialmente en el mundo musulmán. El egoísmo y la visión a corto plazo de las políticas occidentales no hacen más que debilitar las ideas universalistas que tan fervientemente dicen defender.

PERO CAMBIAMOS

El imperio estadounidense no es como los del pasado, basado en colonias, conquistas y la responsabilidad del hombre blanco. Ya no estamos en la época de la United Fruit Company, cuando las multinacionales estadounidenses necesitaban de los marines para asegurar sus inversiones de ultramar. El imperio del siglo XXI es una novedad en los anales de la ciencia política, una hegemonía global que se apoya en los mercados libres, los derechos humanos y la democracia, respaldada por el poderío militar más impresionante que jamás se haya visto. Es el imperialismo de un pueblo que recuerda que su país logró su independencia alzándose contra un imperio y que gusta considerarse como el amigo de la libertad en todas partes. Es un imperio que no toma conciencia de que lo es, permanentemente sorprendido porque sus buenas intenciones despiertan resentimientos en el resto del mundo. Pero eso no disminuye su condición de imperio, convencido de que sólo él, en palabras de Herman Melville, es el custodio del “arca de las libertades del mundo”.

MICHAEL IGNATIEFF, “The Burden”, *New York Times Magazine*,
5 de enero de 2003.

¿LO HICIMOS?

Sin duda los apólogos de cualquier otro poder imperial han dicho lo mismo. Si estamos hablando de la cima de la integridad moral y de la inteligencia, veamos a John Stuart Mill, uno de los más destacados intelectuales occidentales. Defendió al Imperio Británico en términos muy similares. Stuart Mill escribió el clásico ensayo sobre la intervención humanitaria que hasta hoy se estudia en las facultades de derecho. Lo que dice es que Gran Bretaña es única en el mundo. No se parece a ningún otro país de la historia. Otros países tienen burdas motivaciones, sólo buscan obtener ganancias y cosas así, pero los británicos sólo obran en beneficio de los demás.

NOAM CHOMSKY, “Telling the Truth about Imperialism”, *International Socialist Review*, noviembre-diciembre de 2003;
disponible en <http://www.chomsky.info/interviews/200311.htm>.

¿O HAY QUE CREER ESTO?

La mano oculta del mercado nunca funcionará sin la ayuda del puño oculto; McDonald's no puede prosperar sin McDonell Douglas, el diseñador del avión

de combate F-15. El puño oculto que mantiene el mundo seguro para las tecnologías de Silicon Valley está formado por el ejército, la fuerza aérea, la armada y el cuerpo de marines de Estados Unidos.

THOMAS FRIEDMAN, *New York Times Magazine*, 28 de marzo de 1999.

3. *El efecto barricada*

La afirmación precedente puede aplicarse también a lo que podríamos llamar el efecto barricada. Cuando los seres humanos se ven atacados tienden no sólo a defenderse sino que lo hacen de forma excesiva e irracional; por ejemplo retrayéndose y aislándose del mundo exterior, lo que a menudo sólo sirve para incrementar los peligros de los que pretenden protegerse. Casi todo el mundo pudo comprender esa tendencia al ver la respuesta estadounidense ante los atentados del 11 de septiembre: dos países invadidos y ocupados, decenas de miles de muertos y, para rematar, la imposición de medidas de seguridad que bordean el absurdo. Pero supongamos que un acontecimiento comparable al 11-S tuviese lugar en territorio estadounidense cada día, durante diez años. ¿Cuál sería la reacción? ¿Cuántos millones de personas hubiesen sido asesinadas en represalia? ¿Qué hubiese sido de las famosas libertades democráticas de las que tanto se enorgullecen los estadounidenses? ¿Cuánta gente hubiese sido arrojada sin ningún tipo de juicio a uno de esos sitios que Amnistía Internacional define como el “Gulag estadounidense”, Guantánamo y otros campos similares? El número total de víctimas provocado por esa hipotética cadena de acontecimientos sería comparable a la pérdida de vidas humanas sufrida por la Unión Soviética durante la Segunda Guerra Mundial o las de la guerra civil que se desencadenó con la revolución de octubre de 1917, cuando la contrarrevolución fue apoyada mediante la intervención de las potencias occidentales⁴⁰.

Sin embargo, durante todo el período de la Guerra Fría, muy pocos en Occidente comprendieron que gran parte de

la política soviética, incluso el control sobre Europa oriental, lejos de pretender ser agresiva y buscar la hegemonía mundial, era por el contrario excesiva y chapucera defensivamente. Si consideramos el temor a una nueva agresión occidental y comparamos esa política con las guerras estadounidenses posteriores al 11-S, podríamos llegar a definirla como moderada. El riesgo de una agresión occidental, aunque no era tan grande como lo veían los líderes soviéticos después de 1945, fue no obstante más real que el peligro del comunismo para la Europa de esa época o el peligro islámico al que hoy se recurre. Lo mismo puede decirse de la manía antiespionaje y de la represión que se desencadenó en la URSS. En el discurso occidental dominante, esos males eran atribuidos a una sola causa interna: el “estalinismo”. Pero nadie puede saber qué hubiese sucedido si la Unión Soviética no se hubiese visto embarcada en el horror de la guerra civil y no se hubiese sentido obligada, muy lúcidamente, a ponerse a la par de Occidente en lo industrial y lo militar, en el espacio de una década, para afrontar la amenaza del nazismo. Difícilmente podría esperarse que una sociedad sometida a tal violencia lograra convertirse en un modelo de humanismo, moderación y democracia.

El discurso de izquierda sobre la Unión Soviética, especialmente por parte de trotskistas, anarquistas y la mayoría de los comunistas contemporáneos, frecuentemente es incapaz de reconocer ese aspecto en su empeño por denunciar el “estalinismo”. Pero, dado que el estalinismo podría considerarse en gran medida una reacción ante las agresiones y las amenazas externas (sigamos imaginando, como punto de comparación, un 11-S diario en Estados Unidos durante diez años), tal denuncia es una forma perniciosa de defensa del imperialismo, pues adopta una postura revolucionaria.

Sé por experiencia que la respuesta habitual a tales objeciones es decir que esos factores “no lo explican todo” y que no se puede “justificar lo injustificable”, o sea, el estalinismo. Encontramos reacciones similares cuando se señala que el modo especialmente revanchista en que acabó la Primera Guerra Mundial, mediante el Tratado de Versailles⁴¹, es uno de los orígenes del nazismo, o si uno sugiere que quizás los ataques terroristas de Nueva York, Madrid o Londres tengan relación con las políticas de Occidente en Iraq y Palestina. Analicemos tales objeciones.

En lo relativo a lo que es o no “justificable”, debemos optar entre dos actitudes fundamentalmente opuestas en materia de ética. Una de ellas, que podríamos denominar “religiosa” aun cuando no siempre surja de la noción de un dios personal y que enfatizan tanto los “nuevos filósofos” franceses como los discursos de George W. Bush, es que tanto el Mal como el Bien existen y se confrontan de por sí, es decir, independientemente de cualquier circunstancia histórica. Los “chicos malos”, Hitler, Stalin, Osama Bin Laden, Milosevic, Sadam, etc., son demonios que surgen de la nada, efectos sin causa. Para combatir al Mal la única solución es movilizar el Bien, armarle, hacerle salir de su letargo, lanzarle al asalto del Mal. Es la filosofía de la buena conciencia perpetua y de la guerra sin fin.

La concepción opuesta, “laica” o “materialista”, pretende situar a las tragedias y los crímenes, grandes o pequeños, dentro de la cadena de causas y efectos. No se trata de negar la libertad humana, es decir, la libertad de escoger entre lo bueno y lo malo, sino mas bien dejar de lado la aparentemente incontestable pregunta de si los seres humanos somos o no “realmente” libres —y si lo somos, en qué circunstancias— y pensar que es sólo comprendiendo las causas y actuando sobre ellas como lograremos combatir los efectos (el “mal”). Esta concepción es hoy día casi

universalmente aceptada, en Europa al menos, en lo que concierne a la criminalidad ordinaria. Pero dista mucho de serlo cuando se trata de tragedias históricas o de relaciones entre estados. Sin embargo, la legislación internacional y gran parte de los esfuerzos a favor de la paz están vinculados a esta filosofía. También tiene el mérito de favorecer la modestia y el espíritu crítico y, en lo concerniente a nuestro tema, a preguntarse qué es lo que, en la política occidental, provoca la desesperanza y las reacciones violentas. Esto es mucho mejor que alzar los brazos al cielo y acusar al Mal cuando suceden acontecimientos inesperados.

En lo relativo al comentario “pero eso no lo explica todo”, sería sin duda absurdo ver al estalinismo, el nazismo o el terrorismo islámico *únicamente* como resultado de acciones externas como la guerra civil, el Tratado de Versalles o la ocupación de Palestina e Iraq. Todos esos fenómenos sociales tienen causas complejas y ningún análisis realmente científico sería capaz de determinar cuáles son las más importantes. Sin duda, hay factores internos. En el caso de la reacción estadounidense al 11-S o si hubiese una cadena de atentados semejantes, entre esos factores internos destaca un sentimiento de buena conciencia mucho mayor que en la mayoría de los otros países.

El discurso dominante (al menos en Estados Unidos y en sus aliados) presenta la reacción estadounidense como “normal”, considerando los peligros, mientras que la reacción de la Unión Soviética en el pasado, o la del mundo musulmán en la actualidad, son presentadas como irracionales y desconectadas de cualquier tipo de amenaza. Pero todos los seres humanos tienen reacciones defensivas excesivas y no pocos deseos de venganza. Si quisiéramos ser honestos, lo primero que deberíamos hacer es ver a los

demás de la misma manera en que nos vemos a nosotros mismos.

LA POLÍTICA OCCIDENTAL ANTE LA REVOLUCIÓN RUSA

Cada fracaso de la industria, cada reglamento tiránico provocado por una situación desesperada es utilizado por la Entente para justificar su política. Si un ser humano carece de comida y de bebida se debilitará, perderá la razón y acabará muriendo. En general, tal cosa no es considerada una buena razón para matar a la gente de hambre. Pero en lo concerniente a las naciones, la debilidad y las luchas son consideradas moralmente reprochables y supuestamente justifican los castigos complementarios... ¿Deberíamos sorprendernos porque las grandes declaraciones de sentimientos humanitarios por parte de los ingleses son recibidas con frialdad en la Rusia soviética?

BERTRAND RUSSELL, *The Practice and Theory of Bolchevism*,
Spokesman, 1995, pág. 55

Actualmente, los occidentales, sobre todo los más belicosos, se jactan de haber ganado la Guerra Fría, más a menudo atribuyéndola a la intransigencia estadounidense en la era Reagan que a las políticas europeas de compromiso, como la *Ostpolitik* de Willy Brandt, y con la esperanza de que una actitud intransigente similar les reportará una victoria en la actual “guerra contra el terrorismo”. Pero también podría pensarse que la relativa incapacidad del sistema soviético para reformarse a sí mismo proviene precisamente de ese permanente sentimiento de estar amenazado, sentimiento éste alimentado por la agresividad de Occidente. Los “conservadores” dentro de ese sistema podrían argumentar que el liderazgo de Stalin tuvo como resultado la victoria, la paz y la seguridad. Si bien es cierto que el sistema acabó colapsándose, esto tuvo consecuencias catastróficas sobre el nivel de vida de buena parte de la población. Se puede pensar sin vacilar que una evolución más gradual, facilitada por una menor presión externa y que ya se había iniciado en la época de Kruchev, habría evitado esas catástrofes. George Kennan, antiguo embajador de EEUU en Moscú y arquitecto de la política de la “contención” (del comunismo soviético), declaró en 1992 que

“el efecto general del extremismo de la Guerra Fría ha sido el de retardar, en lugar de acelerar, los grandes cambios acontecidos en la Unión Soviética”⁴².

En las ex repúblicas soviéticas, la esperanza de vida ha descendido de forma espectacular, especialmente entre los hombres. En la Federación Rusa, la esperanza de vida de los hombres ha pasado de los 80 años a mediados de la década de 1980 a los 59 años hoy, siendo inferior a la de la India. Esta situación se debe especialmente al colapso económico, la degradación del sistema de previsión social y la prevalencia del alcoholismo y las enfermedades. Las afecciones no transmisibles, como las de origen cardiovascular y las heridas, son responsables de gran parte del aumento de muertes, aunque las enfermedades infecciosas son también recurrentes. Si esta tasa de mortalidad se mantiene estable, el 40% de los jóvenes que hoy tienen 15 años morirán en Rusia antes de alcanzar los 60 años.

Informe mundial sobre el desarrollo humano, 2005.

Publicado por el Programa de NN.UU. para el desarrollo (PNUD).

El mismo tipo de reflexión es válido para gran parte de los países descolonizados. Nadie puede decir qué habría sucedido con Argelia, Vietnam, China, Corea, Medio Oriente, si no hubiesen padecido guerras, el comercio forzado del opio, la ocupación de Palestina, los acuerdos Sykes-Picot, Suez, etc.⁴³ Son la violencia contrarrevolucionaria, la opresión permanente por parte de las clases dominantes tradicionales y las invasiones extranjeras las que preceden y engendran la violencia revolucionaria, no a la inversa⁴⁴.

Por otra parte, si como a menudo se argumenta es verdad que la mayoría de los regímenes socialistas acaban en dictadura, eso se debe en gran medida a que una dictadura es más difícil de derrocar o subvertir que una democracia. De esto deriva que los repetidos asaltos de las clases dirigentes occidentales contra cualquier tipo de régimen socialista haya conducido a una suerte de selección artificial que sólo permite la supervivencia de las dictaduras. Después de contribuir exitosamente al derrocamiento del régimen democrático de Mossadegh en Irán, el agente de la

CIA Kermit Roosevelt intentó repetir su hazaña en Siria, pero fracasó porque allí ya había una dictadura⁴⁵. Cuba ha sobrevivido hasta el presente, mucho después de la caída de Allende en Chile.

EL DERROCAMIENTO DE MOSSADEGH

En 1953, la CIA organizó un golpe de estado que logró derrocar al gobierno de M. Mossadegh, un nacionalista conservador que pretendía arrancar el control del petróleo iraní de las manos de las empresas anglo-estadounidenses para beneficiar así a su propio país. Celebrando el suceso, el *New York Times* escribía en su editorial del 6 de agosto de 1954: “Los países subdesarrollados ricos en recursos naturales tienen ante sus ojos una demostración del alto coste que ha tenido que pagar uno de los suyos por dejarse llevar por el fanatismo nacionalista. Quizás sea esperar demasiado que la experiencia de Irán prevenga la aparición de otros Mossadegh en otros países, pero esta experiencia al menos reforzará a los dirigentes más razonables”⁴⁶.

Por más que el socialismo no sea el tema sobre el que se discute aquí, se puede argumentar que lejos de haber “fracasado en todos los lugares donde se ensayó”, según afirman los liberales, en realidad no se ha ensayado en ningún sitio. En efecto, allí donde los cambios radicales han sido posibles, no se han dado sino en circunstancias tan violentas que toda posibilidad de socialismo ha sido inviable, al menos en el sentido que ese término era entendido por el movimiento socialista europeo del siglo XIX y hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914. Es decir, superar las injusticias del sistema capitalista mediante la apropiación colectiva de los medios de producción, preservando “todo lo valioso de la civilización existente” según palabras de Bertrand Russell, en especial la paz y la democracia. Una de las causas principales de las “tragedias del siglo XX” es que la guerra de 1914-1918 condujo al poder al sector socialista más inclinado a utilizar el arma de la dictadura, los bolcheviques, y marginó o envió a la muerte a los otros: Jean Jaurès, Karl Kautsky⁴⁷, Rosa Luxemburg, conduciendo a una polémica polarización entre comunistas y socialdemócratas que ahogó las voces de los intelectuales

más razonables, como Bertrand Russell. El papel de la guerra en la distorsión del socialismo es habitualmente ignorado por quienes hablan de los horrores del siglo XX, principalmente porque podría inspirar sentimientos pacifistas, exactamente lo opuesto a las “lecciones de la historia” que propugnan los defensores de las guerras preventivas para eliminar las dictaduras y difundir la democracia.

Tales consideraciones proporcionan argumentos a quienes defienden el intervencionismo occidental haciendo referencia a los crímenes del régimen de Pol Pot o a las masacres de Ruanda y Srebrenica. Esas tragedias, argumentan, habrían justificado intervenciones militares que desafortunadamente no se concretaron debido a la falta de valor o a las presiones de los movimientos antiimperialistas. Pero en realidad se puede demostrar que esas tres tragedias tuvieron en parte su origen en anteriores políticas intervencionistas. En Camboya, es poco probable que los Jemeres Rojos hubiesen accedido al poder si Estados Unidos no hubiese involucrado al país en la guerra, mediante sus bombardeos “secretos” pero masivos, y no hubiese derrocado al príncipe Sihanouk para reemplazarlo por un dictador de su elección⁴⁸. En lo relativo a Ruanda, primero el poder colonial alemán y después el belga utilizaron el principio de “dividir para reinar”, enfrentando a los tutsis y a los hutus entre sí. En el caso de Iraq, si estallase una guerra civil entre chiítas y sunitas o entre árabes y kurdos, podemos imaginar a los humanistas occidentales alzando sus brazos al cielo y denunciando la “barbarie” de esos pueblos encerrados en sus culturas religiosas y nacionalistas primitivas, olvidando todo lo que Estados Unidos ha hecho, deliberadamente o no, para que se enfrenten entre sí.

Curiosamente, hubo muchos menos llamamientos a la

intervención en el Congo oriental, donde acontecieron masacres al menos tan sangrientas, si no más, que la de Ruanda. La explicación puede ser que la hipotética solución en Ruanda habría sido una intervención estadounidense u occidental, que es el accionar que el discurso dominante pretende legitimar, mientras que en el Congo habría sido suficiente exigir la retirada de las tropas ruandesas y ugandeses para acabar con el conflicto. Semejante exigencia hubiese estado en absoluta conformidad con la legislación internacional, resaltando la eficacia de tal derecho en lugar de su “debilidad”. La Ruanda de Paul Kagame y su aliada Uganda no son precisamente superpotencias, pero son clientes favorecidos de Estados Unidos, a diferencia del primer gobierno de Kabila en el Congo que en ese entonces era visto por Occidente como excesivamente nacionalista. Eso explicaría por qué los crímenes y la destrucción en el Congo oriental en la década de 1990 no provocaron la indignación masiva de los medios de comunicación occidentales ni la de los luchadores humanitarios.

La masacre de Srebrenica se ha convertido en el argumento por excelencia a favor de la intervención unilateral y en el símbolo del supuesto fracaso de las Naciones Unidas. Mucho podría decirse al respecto. Pero aquí me limitaré a hacer una acotación respecto a los orígenes de la guerra en Bosnia, en el transcurso de la cual tuvo lugar esa masacre. Después de todo, si se trata de evitar las masacres cometidas durante las guerras, primero se debería encontrar la forma de evitar esas guerras. En *esa* ocasión, antes de que estallase el conflicto, se habían iniciado negociaciones —en Lisboa, por ejemplo— para alcanzar un acuerdo sobre la “cantonización” de Bosnia-Herzegovina. Como escribiera la periodista estadounidense Diana Johnstone, especializada en los Balcanes:

“El proyecto de cantonización fue firmado el 18 de

marzo de 1992 por Izetbegovic, Karadzic y Boban en nombre de las comunidades musulmana, serbia y croata, respectivamente. Los serbios y los croatas aceptaron el reconocimiento de una Bosnia-Herzegovina independiente dentro de las fronteras existentes, cosa que no deseaban, a cambio de la “cantonización”, que los musulmanes no deseaban. El compromiso no satisfizo a Izetbegovic porque (en palabras del embajador de EEUU en Yugoslavia, Warren Zimmermann) ‘le hubiese negado a él y a su partido musulmán un papel dominante en la república’. El embajador Zimmermann se apresuró a llamar a Izetbegovic a Sarajevo para discutir el acuerdo de Lisboa. ‘Me dijo que no le agradaba; le respondí que si no le agradaba por qué lo había firmado’, recordaba más tarde el embajador⁴⁹. Aparentemente dispuesto a exigir más, Izetbegovic retiró su apoyo al acuerdo de Lisboa.

Se podría especular sobre la verdadera intención de esa intervención del embajador de EEUU. Hay diversas opiniones. Lo que es cierto es que fue ese embajador quien prohibió al Ejército Popular de Yugoslavia mantener la unidad de la federación, mientras que luego alentó al partido de Izetbegovic para que mantuviese la unidad de Bosnia-Herzegovina. Tanto moral como prácticamente, esto era contradictorio. En términos prácticos no tenía sentido: el ejército yugoslavo, de no tener que oponerse a la OTAN, estaba en condiciones de mantener la unidad de la federación, obligando así a las partes antagonistas a buscar una solución pacífica. Por la otra banda, las fuerzas musulmanas de Izetbegovic, aun siendo menos débiles de lo que se decía, eran claramente incapaces de mantener a Bosnia-Herzegovina unida sin una considerable asistencia militar exterior”⁵⁰.

“Por ejemplo, sobre el acuerdo de Lisboa de febrero de 1992, el entonces embajador canadiense en Yugoslavia, James Bissett, escribió: ‘todo el cuerpo

diplomático estaba satisfecho porque se había evitado la guerra civil. excepto los estadounidenses. El embajador Zimmermann viajó inmediatamente a Sarajevo para convencer a Izetbegovic para que no firmase el acuerdo'. Posteriormente, Zimmermann admitió tal cosa, aunque inverosímilmente se justificó diciendo que pretendía ayudar a Izetbegovic a librarse de un acuerdo con el que éste no estaba satisfecho. No obstante, según 'un alto funcionario del Departamento de Estado que pidió no ser identificado' citado en el *New York Times*, 'La intención era alentar a Izetbegovic a frustrar el plan de partición. Pero eso no constaba en ningún sitio'. Esa era la postura de Bush padre. En lo que respecta a Clinton, en febrero de 1993 David Owen hizo estas declaraciones: Contra toda esperanza y aun contra lo que yo esperaba, más o menos habíamos logrado un acuerdo, pero había un problema. No queríamos incluir a los musulmanes. Y ese fue el fallo de Estados Unidos, pues los musulmanes no se hubiesen movido si contaban con que Washington en algún momento se pusiese de su lado ... Era el mejor acuerdo que se podía conseguir y es una amarga ironía que hayan sido los hombres de Clinton quienes lo bloquearon".

MICHAEL MANDEL, *How America Gets Away With Murder*,
Pluto Press, Londres.

La causa principal de la Guerra en Bosnia, así como en Croacia, fue que era duro para los serbios que allí vivían aceptar el derecho a la autodeterminación de esas repúblicas dentro de Yugoslavia, mientras que a ellos se les denegaba su propia autodeterminación dentro de esas entidades administrativas.

Sin embargo, la cuestión básica aquí no reside tanto en los detalles de esas tragedias, sobre los que mucho se puede discutir, sino en la lógica de ese tipo de argumentación. Sin duda, nadie puede reprocharle a Occidente su intervención en Ruanda para detener el genocidio, porque tal intervención no aconteció. El problema es que el discurso dominante utiliza la no-intervención en situaciones en que se podría llegar a justificar (quedaría por verse qué habría sucedido realmente si tal intervención se hubiese concretado), para preparar a la opinión pública ante otras intervenciones, que ya habían sucedido pero en circunstancias muy diferentes. Las "lecciones de la historia" son siempre las mismas: denunciar nuestra supuesta

indiferencia al sufrimiento y favorecer la ingerencia. Pero se podrían extraer otras lecciones; por ejemplo, que mejor hubiese sido no desestabilizar el régimen de Sihanouk en Camboya, o no alentar a Izetbegovic a rechazar el acuerdo de Lisboa. En pocas palabras: intervenir *menos*. Después de más de cuarenta años, Clinton se disculpó por la política de su país hacia Guatemala⁵¹, pero ni él ni otros dirigentes estadounidenses aprendieron la “lección de la historia” de que sería mejor para EEUU no intervenir en los asuntos internos de otros países. Esa asimetría en el discurso dominante no está fundada ni en los hechos ni en la lógica y simplemente refleja el deseo de los gobernantes de superar la reticencia de sus conciudadanos a involucrarse en aventuras en el extranjero.

4. Riesgos para el futuro

Finalmente, hay dos aspectos de las relaciones económicas “Norte-Sur” que deben mencionarse pues están directamente vinculadas con los problemas de dominación y con los potenciales conflictos militares. El primer problema está relacionado con nuestra dependencia del Tercer Mundo.

La expresión puede sorprender, porque estamos habituados a pensar que somos “nosotros” quienes “les” ayudamos. Además, toda una literatura post-colonial se ha esforzado en convencernos de que el colonialismo ha jugado un papel limitado dentro del desarrollo económico de Occidente. Discutiremos brevemente ese argumento en la siguiente sección, pero, aunque así fuera, hay que reconocer que la situación no deja de evolucionar hacia una dependencia cada vez mayor. Por una parte, el papel tradicional de las colonias, que es el de proporcionar materias primas, no hace más que aumentar. Nuestro modelo de desarrollo tiene como resultado que Europa y Estados Unidos sean crucialmente dependientes de las importaciones de petróleo. Por otra parte, una proporción

cada vez mayor de productos manufacturados proceden de ex colonias o de ex semi-colonias. Este problema es generalmente contemplado desde la perspectiva de las deslocalizaciones y la pérdida de puestos de trabajo en los países desarrollados, pero también puede ser visto como una forma de dependencia: ¿qué haríamos si dejáramos de tener esa provisión de bienes o se volviesen más caros? ¿O si el dinero acumulado mediante la venta de esos bienes acabase siendo utilizado para modificar las relaciones de fuerza, por ejemplo entre China y Estados Unidos? Evidentemente, se puede responder que la dependencia es recíproca: ellos proporcionan materias primas y mano de obra no cualificada y nosotros proveemos la alta tecnología. Pero el desarrollo científico y tecnológico de China y la India pone en duda esa afirmación⁵².

Sumado a todo esto está la transferencia de materia gris: nuestra tendencia a escatimar las inversiones en educación, conjuntamente con la banalización de una cultura del entretenimiento, implican una progresiva destrucción de nuestro sistema de enseñanza pública. Ese declive es más notorio en Estados Unidos que en Europa, pero estamos haciendo un esfuerzo para alcanzarles. Sin embargo, nuestras industrias, especialmente nuestra industria de armamentos, necesitan cerebros. Sólo basta con recorrer las universidades estadounidenses y los laboratorios europeos para constatar que, cada vez más, son los sistemas educativos de los países pobres los que cubren los déficits de los sistemas de los países industrializados.

Debido a la erosión constante de la enseñanza de ciencias, matemáticas e ingeniería en las escuelas secundarias de EEUU, nuestra generación de científicos de la guerra fría no está siendo renovada adecuadamente. En otras épocas, habíamos cubierto ese déficit con materia gris procedente de China, la India y otros países. Pero después del 11-S muchos de esos ingenieros extranjeros ya no vienen y, puesto que ahora el mundo está mucho más conectado, otros muchos pueden quedarse en su país e innovar sin tener que emigrar.

THOMAS L. FRIEDMAN, "Fly Me to the Moon",
The New York Times, 5 de diciembre de 2004.

Según el New York Times, el ejército estadounidense está pagando cientos de miles de dólares para enviar a científicos a Los Ángeles, a cursos de guionistas, con la intención de capacitarlos para producir películas y programas de televisión que ofrezcan una imagen favorable de los científicos. Esto ha sido presentado como una solución radical a uno de los problemas de seguridad más delicados para Estados Unidos: el drástico declive del número de estudiantes que se inscriben en las líneas de ciencias e ingeniería.

JAIME WILSON, "U.S. Military Sends Scientists to Film School",
The Guardian, 5 de agosto de 2005.

Dejando de lado el aspecto inmoral de la situación, cabría preguntarse qué tan estable es todo esto. ¿No es, por ejemplo, más eficaz a largo plazo la estrategia de acumulación de capital utilizada por China, que la estrategia estadounidense que consiste en financiar mediante déficits gigantescos la acumulación de armamentos? (Después de todo, la estrategia china es bastante similar a la que Estados Unidos utilizó en el siglo XIX). Hace más de un siglo, el economista John Hobson (citado más adelante) fue sorprendentemente premonitorio, salvo en un aspecto esencial: ni China ni la India pueden ser ya explotadas a voluntad. El siglo veinte, a través de sus guerras y revoluciones, fue testigo de un giro en las relaciones de fuerza que se habían generado entre Occidente y el Tercer Mundo en siglos anteriores. El colonialismo fue reemplazado por el neocolonialismo, y Europa por Estados Unidos, pero este sistema de dominación es mucho más débil que el precedente. Además, hace agua por todas partes: Asia, en gran medida, ha logrado una independencia real; es decir, se ha liberado del neocolonialismo, con las excepciones de Pakistán, Afganistán y ciertas regiones del Asia ex soviética⁵³. América Latina, después del período de dictaduras y la posterior etapa de desazón política, parece orientarse en dirección a una mayor independencia. El dominio occidental continúa en África y en el mundo árabe,

pero ¿por cuánto tiempo? Si la resistencia iraquí no acaba siendo sofocada, cosa que parece poco probable en este momento, podría llegar a inspirar otros movimientos anti-neocolonialistas en esa parte del mundo.

La potencia dominante en el siglo XIX fue Inglaterra. Estados Unidos le arrebató la hegemonía sin grandes conflictos entre ambos, pero mediante dos guerras mundiales contra la gran potencia emergente de esa época, Alemania. ¿Aceptará pacíficamente Estados Unidos perder su condición de superpotencia si el desarrollo de China y la India hacen inevitable esa situación? *That is the question*. En todo caso es cierto que la voluntad de los estrategas estadounidenses, desde Zbigniew Brzezinski hasta los neoconservadores, es la de evitar a toda costa ese escenario, aun recurriendo a la militarización del espacio exterior, fuente de incalculables nuevos peligros⁵⁴.

Otro problema es sencillamente el agotamiento de los recursos naturales, potencialmente más peligroso que la contaminación y el cambio climático, puesto que la lucha por recursos cada vez más escasos puede muy bien ser un desencadenante de conflictos bélicos. Occidente absorbe una cuota desproporcionada de los recursos naturales del planeta, a la vez que promueve su estilo de vida como el ejemplo a seguir.

Se puede esperar, evidentemente, que una innovación tecnológica, por ejemplo el dominio de la fusión nuclear, un incremento espectacular de la eficiencia en la captación de la energía solar, o algún otro avance radical proporcionen una solución milagrosa a este tipo de problemas. Pero sería irracional, en nuestro actual estado de conocimientos, comportarnos como si esa solución fuese a surgir *necesariamente*. La Naturaleza no tiene la obligación de ser amable con nosotros ni de satisfacer todos nuestros caprichos. Estamos en la situación de quienes suben por una

escalera y, cuando han llegado hasta el final, les dicen a los demás que les sigan al mismo tiempo que retiran la escalera. No deja de ser cómico el observar la inquietud que provoca en nuestros países el aumento de las necesidades energéticas de China, un incremento que es consecuencia inevitable del modelo de desarrollo que nosotros hemos seguido y del que tan orgullosos estamos.

Si analizamos los efectos directos e indirectos de nuestras estrategias de dominación y la violencia que ellas provocan, Occidente no podría continuar considerándose el depositario de valores admirables y universales, a los que pone en práctica mejor que cualquier otro, sino como una fuente sustancial de sufrimientos y de opresión.

EL GENOCIDIO SILENCIOSO

Las sanciones impuestas a Iraq entre 1990 y 2003, combinadas con los devastadores efectos de la Guerra del Golfo de 1991, en el transcurso de la cual las infraestructuras civiles fueron el blanco principal, tuvieron efectos catastróficos sobre la población civil. Cientos de miles de niños murieron debido a esas sanciones. El coordinador de las NNUU para la ayuda humanitaria en Iraq, Dennis Halliday, dimitió en 1998 declarando: “Estamos en proceso de destruir toda una sociedad. Es así de simple y de terrible. Es algo ilegal e inmoral.” Cuando le comentaron que los efectos de esas sanciones se debían a la indiferencia del régimen hacia su propia población, Halliday respondió: “Eso son fruslerías. El hecho es que (antes de las guerras contra Irán y Kuwait) se había invertido masivamente en infraestructuras civiles. Tenían un sistema educativo y de atención sanitaria que era la envidia de todos sus vecinos árabes. Iraq tenía un extenso sistema de distribución de alimentos antes de que nosotros interviniéramos”⁵⁵. El sucesor de Halliday, Hans von Sponeck, dimitió en febrero de 2000 por las mismas razones, y Jutta Burghardt, que dirigía el programa alimentario internacional para Iraq, lo hizo poco después. En un devastador informe sobre la política de sanciones, Marc Bossuyt escribió: “El régimen de sanciones contra Iraq tiene como objetivo evidente conducir a la población iraquí a unas condiciones de vida (carencia de alimentos, medicinas, etc.) que han sido calculadas para destruirla total o parcialmente. No importa que esa destrucción física deliberada tenga como objetivo la seguridad de la región. Había evidencias claras de que miles de civiles estaban muriendo y que cientos de miles morirían en el futuro si el Consejo de Seguridad continuaba con las sanciones; esos muertos no son un efecto colateral indeseado. El Consejo de Seguridad es responsable de todas las consecuencias conocidas de sus acciones. Los organismos que ejecutan esas

sanciones no pueden ser absueltos de ‘la intención de destruir’ al pueblo iraquí. La embajadora de EEUU ante Naciones Unidas (Madeleine Albright) lo ha admitido. Cuando se le preguntó si valían la pena medio millón de muertos, respondió: ‘pensamos que ese precio ha valido la pena’. Los Estados que imponen estas sanciones deberían responder a estos interrogantes según la convención sobre el genocidio”⁵⁶.

Además, aunque no sea del todo racional, uno no puede evitar sentir una especial repugnancia ante la visión de los poderosos atacando a los débiles: los israelíes estableciendo puestos de control y asentamientos en los territorios palestinos ocupados, o Estados Unidos bombardeando Indochina, destruyendo implacablemente la revolución sandinista, privando a Cuba de todo aquello que pueda contribuir a que ese país consiga sus objetivos en materia de salud pública y condenando a centenares de miles de iraquíes a una muerte lenta. Sin lugar a dudas, la posteridad no verá con buenos ojos la actual actitud de gran parte de la ciudadanía y de los intelectuales occidentales ante las políticas criminales hoy al uso, simbolizadas por el intervencionista “humanitario” Bernard Kouchner brindando apoyo moral al cinismo de Donald Rumsfeld.

HOBSON, EN 1902, SOBRE EL FUTURO DEL IMPERIALISMO

Una gran parte de Europa occidental podría entonces tomar la apariencia y el carácter que ya se percibe en ciertas zonas de esos países: el sur de Inglaterra, la Riviera, las regiones de Italia y Suiza más frecuentadas por los turistas y donde residen los ricos, reducidos núcleos de aristócratas adinerados que perciben sus dividendos y pensiones del Lejano Oriente, con un grupo algo más amplio de empleados profesionales y comerciantes y con un número aún más importante de trabajadores domésticos y de obreros del transporte y la industria aportando productos manufacturados. Las grandes ramas de la industria habrán desaparecido y buena parte de los productos alimenticios y semi elaborados provendrán de Asia y África como un tributo.

Esas son las posibilidades que nos ofrece una alianza mayor de estados occidentales, una federación europea de las grandes potencias: tal cosa, de promover una civilización universal, podría constituir un inmenso peligro de parasitismo occidental, un grupo de naciones industrializadas avanzadas cuyas clases altas recibirían un enorme tributo de Asia y África y que mantendría, merced a ese tributo, grandes masas de empleados y servidores no ya ocupados en la producción en masa de productos agrícolas e industriales, sino

mantenidos para realizar servicios personales o industriales menores bajo el control de esa nueva aristocracia financiera. Convendría que aquellos que se dispongan a rechazar esta teoría por considerarla descabellada analicen primero las actuales condiciones económicas y sociales de los distritos del sur de Inglaterra, reducidos ya a semejante condición. Que reflexionen sobre el vasto alcance que podría llegar a tener este sistema si China fuese sometida al control económico de los grupos financieros, de los detentadores del capital, de sus funcionarios políticos y de sus empleados del comercio y la industria, explotando la mayor reserva potencial de beneficios hasta ahora conocida, con la finalidad de consumirla en Europa. Sin duda la situación es muy compleja y el juego de fuerzas mundiales tan incalculable que dificulta determinar si esta u otra interpretación del futuro es probable, pero las influencias que actualmente rigen al imperialismo de Europa occidental se orientan en esa dirección y, de no encontrar resistencias o ser desviadas de rumbo, tenderán hacia la consecución de ese objetivo.

JOHN A. HOBSON. *El imperialismo. Un estudio.*

Anexo

LA LECCIÓN DE GUATEMALA⁵⁷

El 17 de junio de 1952 el Congreso guatemalteco adoptó una ley de reforma agraria, propuesta por el popular presidente Jacobo Arbenz, elegido en 1950. Esta ley fue saludada por la FAO (Organización de Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura) como un “modelo constructivo y democrático”. Las tierras no cultivadas en manos de los grandes terratenientes fueron expropiadas (con compensaciones) y distribuidas entre los pequeños campesinos, descendientes de los mayas que habían sido sometidos por los conquistadores españoles. Para facilitar el buen uso de la tierra por parte de esos nuevos pequeños agricultores, se instituyó un sistema de crédito agrario con tasas de bajo interés. Simultáneamente, se promovió la alfabetización de los campesinos. Finalmente, el gobierno patrocinó un programa de construcción de carreteras para quebrar el monopolio en el transporte y favorecer la comercialización de los productos por parte de los agricultores. Lejos de colectivizar la tierra a la manera

soviética, la reforma favorecía la consolidación de la pequeña propiedad privada familiar. Tendía a crear las condiciones para una moderna economía capitalista. Dos años después de introducir su reforma agraria, el 27 de junio de 1954, Arbenz fue derrocado mediante un golpe militar organizado por la CIA. En esa época, la CIA estaba dirigida por Allen Dulles, hermano de John Foster Dulles, el Secretario de Estado de la administración Eisenhower. Ambos hermanos Dulles tenían vínculos profesionales con la United Fruit Company, poseedora de vastas plantaciones en Guatemala. Pese a que las reformas de Arbenz no amenazaban directamente los intereses de la United Fruit, era un mal ejemplo para la región.

Se pertrechó una fuerza “de liberación” en la vecina Honduras. Ante la amenaza estadounidense, Arbenz fue abandonado a su suerte por su propio ejército. Sintiendo traicionado, Arbenz renunció con la esperanza de que su sacrificio reduciría las presiones y salvaría sus reformas. En efecto, Estados Unidos adujo que sólo se oponía al presidente “rojo” que “representaba una amenaza para la democracia en el hemisferio occidental” y no a las reformas. Pero, sin Arbenz, el país fue dejado en manos de los militares, que anularon las reformas y sumieron a Guatemala en varios decenios de pobreza y sangrienta dictadura, caracterizada por la masacre de decenas de miles de campesinos.

Esta tragedia es un ejemplo perfecto de la “defensa de la democracia” tal como es practicada por la superpotencia estadounidense en el mundo actual. Se caracteriza por:

- La paranoia de la que hace alarde la superpotencia ante el menor desafío a su orden establecido.
- La demonización de los adversarios. En aquellos años, era suficiente calificarlos de “comunistas”. Más tarde serían “terroristas”. En cualquiera de los casos, esa demonización

evita que se tome en consideración una interpretación diferente de los hechos.

- La ignorancia arrogante. Lo que Washington cree saber de los países extranjeros proviene de las grandes empresas con intereses en esas regiones (como la United Fruit) o los lobbies reaccionarios a ellas vinculados, incluyendo a las élites locales dispuestas a utilizar el poder de EEUU para proteger sus injustos privilegios. Las opiniones más escépticas de unos pocos diplomáticos lúcidos y hasta de algunos agentes de inteligencia casi nunca llegan a los despachos donde se toman las grandes decisiones.

- El conformismo mediático. Los medios de comunicación de Estados Unidos aceptan sin ningún tipo de investigación la versión oficial de los acontecimientos, considerando absurda toda otra interpretación.

- La unanimidad “bipartidista” de la clase dirigente. El presidente Truman, demócrata, había comenzado a planificar el golpe en Guatemala, que se materializó durante la presidencia del republicano Eisenhower.

- El absoluto menosprecio del derecho internacional, acompañado de amenazas hacia quienes pretendan aplicarlo. En junio de 1954, cuando Francia pretendió apoyar el llamamiento urgente de Guatemala al Consejo de Seguridad de NNUU para detener la agresión armada organizada por Estados Unidos desde Honduras y Nicaragua, la diplomacia estadounidense reaccionó furiosamente ante el “comportamiento mezquino” de los franceses. En respuesta a las amenazas de Washington, tanto Francia como Gran Bretaña acabaron absteniéndose. El entonces Secretario General de NNUU, Dag Hammarskjöld, calificó ese bloqueo estadounidense al problema de Guatemala como “el golpe más duro hasta ahora recibido por la organización”. Muchos más de esos golpes seguirían...

- El aplastamiento de las fuerzas más democráticas o

progresistas dentro de un determinado país con el pretexto de favorecer a una supuesta “tercera vía”, más democrática según el criterio occidental, pero que realmente no existe.

Debe admitirse que la hipocresía y el fanatismo coexisten sin problemas. Lo que puede resultar desconcertante es que el peculiar fanatismo estadounidense dice estar al servicio de la “moderación”; una moderación de los ricos y privilegiados que quieren continuar disfrutando de lo que han acaparado. En realidad, la dinámica del imperialismo estadounidense conduce a la agitación y a la transformación, pero no en el declarado sentido de difundir el “sueño americano” por todo el mundo, sino mediante desórdenes inimaginables y trágicos.

INTERROGANTES A LOS DEFENSORES DE LOS DERECHOS HUMANOS

Las ideas criticadas en este libro a menudo son planteadas de modo implícito, pero recientemente han comenzado a ser explícitamente expresadas por grupos que se autodefinen como liberales, demócratas y progresistas. Un ejemplo perfecto sería un libro aparecido en 2005, titulado *Una cuestión de principios (A Matter of Principle: Humanitarian Arguments for War in Iraq)*⁵⁸, una obra colectiva en la que sus autores argumentan a favor de la guerra en Iraq sobre la base de los derechos humanos. Los autores consideran que Estados Unidos no sólo tenía el derecho sino el deber de utilizar su poderío militar para intervenir y liberar al pueblo iraquí de la dictadura de Sadam Hussein. Ni la ausencia de armas de destrucción masiva en Iraq, ni el hecho de que tal intervención vulnera el derecho internacional les preocupa en lo más mínimo, convencidos como están de que los derechos humanos son un valor mucho más fundamental que el respeto a la legislación internacional. Muchos de ellos se sitúan en el centro o a la izquierda del espectro político y parte de sus argumentaciones consiste en denunciar al resto de la izquierda por vacilar a la hora de apoyar la guerra humanitaria. Asocian esas vacilaciones con la insuficiente hostilidad de la izquierda occidental hacia la Unión Soviética durante la Guerra Fría y con el error cometido por los países occidentales al no haber librado una guerra preventiva contra Hitler.

Similares argumentos pueden hallarse en una declaración conocida como “El Manifiesto de Euston” divulgada en la primavera de 2006 por un grupo de

laboristas británicos y firmado también por algunos estadounidenses, incluyendo a Marc Cooper de *The Nation* y Michael Walter, de la Universidad de Princeton y coeditor de *Dissent*. Su “declaración de principios” proporciona varios potenciales argumentos a favor de la guerra: derechos humanos para todos, oposición al antiamericanismo, un nuevo internacionalismo... Como es típico en casos así, se mencionan los “errores del pasado” para desacreditar el rechazo a las guerras libradas por países democráticos, al mismo tiempo que las mentiras que condujeron a la invasión de Iraq son desestimadas por irrelevantes.

“Basándonos en la desastrosa experiencia de las justificaciones de los crímenes del estalinismo y el maoísmo avaladas por la izquierda, así como en más recientes ejemplos de esta conducta (algunas reacciones a los crímenes del 11-S, la búsqueda de excusas para el terrorismo suicida, la reciente y vergonzosa colaboración entre el movimiento del “no a la guerra” y los teócratas dogmáticos), rechazamos la idea de que no puede haber enemigos en la izquierda. Del mismo modo, rechazamos la idea de que no pueden tenderse puentes a ideas y personas situadas a nuestra derecha. Los izquierdistas que hacen causa común con, o hallan excusas para, las fuerzas antidemocráticas deben ser criticados de la manera más clara y contundente

(...)

Los impulsores fundacionales de este manifiesto adoptaron posturas diferentes ante la intervención militar en Irak, unos a favor y otros en contra. Reconocemos que era posible disentir razonablemente de las justificaciones de dicha intervención, la manera en que fue llevada a cabo, la planificación (o falta de planificación) del período posterior y las posibilidades reales de una implementación exitosa del cambio democrático en ese país. No obstante, todos coincidimos en la valoración del carácter reaccionario, semifascista y asesino del régimen baasista iraquí, y reconocemos en su derrocamiento la liberación del pueblo iraquí. También nos reúne la opinión de que, desde ese día, la primordial preocupación de los auténticos progresistas e izquierdistas debió de ser la lucha por lograr la implantación en Iraq de un orden político democrático y la reconstrucción de las infraestructuras del país, así como la creación, después de décadas de la más brutal opresión, de un marco de vida para los iraquíes condigno con el que quienes viven en países democráticos dan por supuesto, en lugar de escarbar entre las ruinas de Irak en busca de argumentos sobre la intervención.”

El Manifiesto de Euston, 29 de marzo de 2006.⁵⁹

En síntesis, los errores del lejano pasado (por ejemplo, el

apoyo a la supuesta “patria del socialismo”) han de ser fuente de infinita vergüenza, mientras que los errores recientes —o mejor dicho, las mentiras recientes— no son siquiera dignas de mención. Esta ausencia de memoria oscurece convenientemente los orígenes de la guerra como una estrategia especialmente diseñada para derrocar al régimen iraquí, no por el bienestar del pueblo de Iraq, sino por lo que un determinado grupo de políticos neo-conservadores, autodenominados Proyecto para un Nuevo Siglo Americano, definieron como “nuestros intereses vitales”.

LOS ORÍGENES DE LA INVASIÓN A IRAQ

“La única estrategia aceptable es la que elimina la posibilidad de que Iraq sea capaz de utilizar o de amenazar con el uso de armas de destrucción masiva. En lo inmediato, esto implica la predisposición a emprender acciones militares dado que la vía diplomática está claramente fracasando. A largo plazo, significa desplazar del poder a Saddam Hussein y su régimen. Tal cosa debe centrar la actual política exterior estadounidense. Le instamos a que asuma esta tarea y que centre la atención de su Administración en diseñar una estrategia para arrebatar el poder al régimen de Saddam. Esto requerirá de una complementación de los esfuerzos diplomáticos, políticos y militares. Pese a que somos plenamente conscientes de los peligros y dificultades que la puesta en práctica de esta política puede traer aparejados, creemos que mucho mayores serán los peligros si no se toman estas medidas. Creemos que Estados Unidos tiene la autoridad, según las actuales resoluciones de Naciones Unidas, para dar los pasos necesarios, incluyendo los de carácter militar, para proteger nuestros intereses vitales en el Golfo. En cualquier caso, la política exterior estadounidense no puede seguir paralizada por una equivocada insistencia en la unanimidad dentro del Consejo de Seguridad de NNUU”.

Extracto de una carta enviada al presidente Clinton, el 28 de enero de 1998 y firmada por: Elliott Abrams, Richard L. Armitage, William J. Bennett, Jeffrey Bergner, John Bolton, Paula Dobriansky, Francis Fukuyama, Robert Kagan, Zalmay Khalilzad, William Kristol, Richard Perle, Peter W. Rodman, Donald Rumsfeld, William Schneider, Jr., Vin Weber, Paul Wolfowitz, R. James Woolsey, Robert B. Zoellick. Muchos de ellos en algún momento han ocupado puestos destacados en la administración Bush.⁶⁰

En Francia, donde poca gente se tomó en serio la amenaza de las armas de destrucción masiva, el argumento principal a favor de la guerra en Iraq —manifestado

claramente por Bernard Kouchner— fue la intervención humanitaria. Y actualmente, ¿qué otro argumento sino la defensa de los derechos humanos y de la democracia podría justificar retrospectivamente esta guerra, así como su continuación y la prosecución de la ocupación? Si se reconoce que la invasión fue ilegal y que los pretextos invocados eran falsos, ¿por qué no exigir simplemente la retirada de los estadounidenses? Hasta ahora, ningún gobierno occidental y prácticamente ningún movimiento político ha llegado a esa conclusión. ¿Por qué? Porque, se nos dice, ahora es necesario “estabilizar” Iraq, “construir una democracia” en el país, etc. Como resultado, aunque sea cierto que muchos intelectuales y organizaciones que defienden los derechos humanos inicialmente se opusieron a la guerra, posteriormente se han visto más o menos obligados a apoyar la ocupación hasta que la situación sea “estabilizada”.

Semejante razonamiento es la culminación de un proceso ideológico que se inició hace treinta años. Al finalizar la guerra de Vietnam, seguida por la desgracia de Nixon, el prestigio de Estados Unidos había caído en picado. El presidente Carter, cuya inocencia política contrastaba con el cinismo del tándem Kissinger-Nixon, fue capaz de presentar los derechos humanos como “el alma de la política exterior de EEUU”⁶¹. Fue este un enfoque bastante innovador, dado que hasta ese momento el objetivo proclamado por Estados Unidos era el de construir en el Tercer Mundo estados fuertes, con gobernantes ferozmente anticomunistas y escasa consideración por los derechos humanos. Había sido esta línea la que había llevado a los estadounidenses a apoyar o instalar diversos gobiernos en Vietnam del Sur, con resultados desastrosos. Esa retórica moralista, combinada con una práctica política perfectamente cínica (especialmente en Afganistán), fue

notablemente exitosa. En Europa, particularmente en Francia, donde las ilusiones revolucionarias se estaban desvaneciendo, la *intelligentsia* asumió la tarea de cambiar de rumbo, de la crítica sistemática del poder (asociada con Sartre y Foucault), a su no menos sistemática defensa (especialmente el poder de Estados Unidos), simbolizada por el surgimiento de los “nuevos filósofos” como estrellas mediáticas. La defensa de los derechos humanos se tornó el tema principal y el principal argumento de la nueva ofensiva política tanto contra el bloque de países socialistas como contra los países del Tercer Mundo que salían del colonialismo.

LOS ORÍGENES DE LA INTERVENCIÓN SOVIÉTICA EN AFGANISTÁN

Zbigniew Brzezinski: Según la versión oficial de la historia, el apoyo de la CIA a los muyahidines comenzó en 1980, después de que el ejército soviético invadiese Afganistán el 24 de diciembre de 1979. Pero la verdad, mantenida en secreto hasta ahora, es totalmente diferente: de hecho fue el 3 de julio de 1979 cuando el presidente Carter firmó la primera directriz sobre ayuda clandestina a los oponentes del régimen prosoviético de Kabul. Ese mismo día escribí una nota al presidente en la que le advertía que, según mi parecer, esa ayuda provocaría una intervención militar soviética.

Le Nouvel Observateur. Cuando los soviéticos justificaron su intervención afirmando que pretendían neutralizar una ingerencia secreta de Estados Unidos en Afganistán, nadie les creyó. Hoy ¿no se arrepiente usted de nada?

Zbigniew Brzezinski: ¿Arrepentirme de qué? La operación secreta fue una idea excelente. Tuvo como efecto llevar a los rusos a la trampa afgana ¿y usted pretende que me arrepienta? El día que los soviéticos cruzaron oficialmente la frontera le escribí al presidente Carter más o menos lo siguiente: “Ahora tenemos la ocasión de darle a la URSS su propia guerra de Vietnam”.

Entrevista con Zbigniew Brzezinski, publicada en *Le Nouvel Observateur*, París, 15-21 de enero de 1998.

La idea básica de esta escuela de pensamiento es bastante sencilla: puesto que la democracia y los derechos humanos son mucho más respetados en Occidente que en cualquier otro sitio, es nuestro derecho y hasta nuestro deber hacer todo lo necesario para extender esos derechos al resto de la humanidad. Más aún, esta obligación es prioritaria, los derechos humanos están antes que cualquier

otra cosa; son la precondition para todo el resto, el desarrollo por ejemplo.

El éxito de esa ideología en la transformación de la izquierda occidental ha sido notable. Los derechos humanos, cuya invocación por Estados Unidos en los años setenta fue un vehículo para restaurar su reputación después de la debacle de Vietnam, fueron asumidos por muchos movimientos progresistas como su principal, si no único, objetivo. Peor aún, gran parte de la izquierda intelectual piensa que su misión es criticar a los gobiernos occidentales por su excesiva timidez y cautela. Al escucharles, uno creería que el principal problema actual es que Occidente no se atreve a intervenir en suficientes regiones (Kosovo, Chechenia, Tíbet, Kurdistán, Sudán) ni con la fuerza suficiente como para promover y exportar sus genuinos valores: la democracia y los derechos humanos.

En la versión moderada de esta ideología sólo se nos incita a protestar, mediante manifestaciones o el envío de cartas, contra las violaciones de los derechos humanos cometidas en otros lugares. Las versiones más duras exigen sanciones económicas y diplomáticas y, de ser necesario, que Occidente recurra a la intervención militar.

El principal punto débil de la versión “dura”, la que propone la intervención militar, reside en la ambigüedad del “nosotros” en declaraciones del tipo “nosotros debemos intervenir para...”. Ese “nosotros” habitualmente no hace referencia a un grupo determinado al que la persona que hace tal declaración pertenece, como pudo ser el caso, por ejemplo, con los voluntarios que se incorporaron a las Brigadas Internacionales durante la Guerra Civil en España, sino a las fuerzas armadas de países suficientemente poderosos como para intervenir, especialmente las de Estados Unidos. Durante los conflictos de Bosnia y Kosovo, un cierto número de intelectuales occidentales creyeron

poder revivir la España de Malraux, Orwell y Hemingway. Pero, a diferencia de sus predecesores, ellos estaban, gran parte del tiempo, instalados confortablemente en sus oficinas parisinas o resguardados en un mismo hotel, mientras que las Brigadas Internacionales y el ejército republicano español habían sido sustituidos por la *U.S. Air Force*. Hoy, nada de la política exterior de EEUU indica la menor preocupación por los derechos humanos y la democracia. Convertirle en el agente privilegiado que ha de hacer cumplir esos valores es, como mínimo, paradójico. Peor aún, pretender que un *ejército* libre una *guerra* por los derechos humanos implica una visión angelical de la naturaleza de los ejércitos y de lo que hacen, y una creencia mágica en el mito de las guerras cortas, limpias y “quirúrgicas”. El ejemplo de Iraq nos demuestra que es posible saber cuándo comienza una guerra, pero no cuándo acaba y es totalmente utópico pretender que un ejército que se ve constantemente atacado por una guerrilla no vaya a recurrir a la tortura con tal de obtener información. Los franceses la utilizaron masivamente en Argelia. Los estadounidenses la utilizaron en Vietnam y ahora en Iraq. Pero tanto los torturadores franceses como los estadounidenses eran ciudadanos de “países democráticos, respetuosos de los derechos humanos”, eso sí, cuando estaban en casa y en períodos de relativa calma social.

KOUCHNER Y LA VERDAD

Diálogo entre Bernard Kouchner y Alia Izetbegovic, en presencia de Richard Holbrooke; es Kouchner quien comienza:

—¿Recuerda la visita del presidente Mitterrand?

—Permítame agradecerse una vez más.

—En el transcurso de la entrevista usted habló de la existencia de “campos de exterminio” en Bosnia. Después lo repitió ante los periodistas. Eso provocó una conmoción considerable en todo el mundo. François me envió a Omarska y abrimos otras prisiones. Eran sitios horribles, pero no se exterminaba allí de manera sistemática. ¿Sabía usted eso?

—Sí. Pensé que mis revelaciones podrían precipitar los bombardeos. Vi la

reacción de los franceses y de los demás... estaba equivocado.

—Usted comprendió en Helsinki que el presidente Bush (padre) no reaccionaría —añade Holbrooke.

—Sí, lo intenté, pero la afirmación era falsa. No había campos de exterminio, por más horrendos que fuesen esos lugares.

Kouchner concluye:

“La conversación ha sido magnífica, ese hombre al borde de la muerte no nos ocultaba nada de su histórico papel. Richard y yo le expresamos nuestra inmensa admiración...”

BERNARD KOUCHNER, *Les Guerriers de la Paix*,
París, Grasset, 2004.

Sin duda es un remarcable efecto indirecto de la ideología de los derechos humanos que la tortura en Iraq sea casi universalmente denunciada, pero no la ocupación. A pesar de que la tortura es el resultado de la ocupación. Esto quedó muy claro cuando la guerra de Francia en Argelia, cuando las revelaciones sobre las torturas por parte de militares franceses estimularon los llamamientos para poner fin al conflicto. Un ejército que se ha convertido en el blanco de una resistencia que se mueve como pez en el agua se ve inexorablemente forzado a utilizar la fuerza para obtener información. Si se apoya la intervención militar, se está apoyando la guerra y la ocupación y, en este caso, se está aceptando también la tortura.

Las personas de buenos sentimientos pueden afirmar que la tortura no funciona, pero desafortunadamente eso no es cierto. Sin lugar a dudas, la tortura permitió que los franceses dismantelaran el Frente de Liberación Nacional de Argelia, aunque no logró que Francia mantuviese el control de ese país. Tampoco debemos olvidar que muchas insurrecciones populares fueron aplastadas, por ejemplo las de América Latina después de la revolución cubana y muy frecuentemente la tortura jugó un papel esencial en esas derrotas.

En Washington los alarmistas equiparan Iraq con Vietnam, aunque otros dentro de la administración Bush

puedan pensar, con más optimismo, en El Salvador⁶². Pero ninguna persona seria es capaz de ver un futuro brillante para los derechos humanos.

“En la guerra contra las milicias, cada puerta que derriban las tropas estadounidenses, cada civil inocente alcanzado por los disparos —y habrá más — empeorará la situación, durante un cierto tiempo. No obstante, la primera tarea de la ocupación sigue siendo la primera tarea del gobierno: establecer un monopolio de la violencia”.

GEORGE WILL, “A War President’s Job”,
The Washington Post, 7 de abril de 2004.

Otro error fundamental de la versión dura de la ideología de los derechos humanos es el de no reconocer que una sociedad democrática en su vida política interna no necesariamente tendrá una actitud generosa hacia el resto del mundo. Para citar un ejemplo extremo, consideremos a Israel; no hay duda de que es un país democrático en lo que respecta a su propia ciudadanía, o al menos el sector judío de su ciudadanía. Pero lo menos que uno puede decir es que no se puede confiar en que el Estado de Israel vaya a proteger los derechos de los palestinos en los Territorios Ocupados, o los de los libaneses durante la ocupación de una parte de ese país por Israel. Igual cosa podría decirse de las poblaciones de los imperios coloniales. Las metrópolis eran países “democráticos, respetuosos de los derechos humanos”, que utilizaban la “defensa de los derechos humanos” para legitimar sus empresas coloniales. Los liberales imperialistas británicos descubrieron, a fines del siglo XIX, que presentar las intervenciones militares como cruzadas morales era especialmente efectivo para conseguir el apoyo popular en una democracia parlamentaria, con una prensa más que dispuesta a denunciar la villanía de los extranjeros. El rey Leopoldo II de Bélgica justificó su conquista del Congo presentándola como una lucha contra los traficantes árabes de esclavos. El trato que sus tropas dispensaron a los nativos congoleños difícilmente podría

definirse como respetuoso de los derechos humanos.

El hecho de que Estados Unidos sea un país democrático con una prensa libre no cambia demasiado la situación de las víctimas de las sanciones y los bombardeos. En verdad, la prensa “libre” es notoriamente uniforme cuando se trata de política exterior y el mismo hecho de ser libre la convierte en un efectivo vehículo de propaganda. Los ciudadanos de países donde la prensa es censurada por el gobierno acaban dándose cuenta y no creyendo nada de lo que dice. Es cierto que la prensa estadounidense acabó criticando la guerra de Vietnam, pero sólo después de muchos años y muchas muertes y, sobre todo, cuando después de la ofensiva del Tet vietnamita de 1968 las élites se convencieron de que esa guerra les estaba costando demasiado, tanto en pérdidas militares como por los desórdenes que suscitaba dentro del país. Pero no se oyó ninguna protesta similar en relación al embargo genocida impuesto al pueblo iraquí durante la década de 1990⁶³. En lo relativo a la guerra de 2003, todas las mentiras oficiales fueron diligentemente difundidas por la gran prensa estadounidense. Una vez más, fue sólo cuando la resistencia iraquí demostró su fortaleza que la prensa estadounidense comenzó a manifestar opiniones diversas sobre la guerra.

EL ESTUDIO DE *THE LANCET*

En noviembre de 2004, la revista británica *The Lancet*, una de las más prestigiosas del mundo, publicó los resultados de un estudio sobre la mortalidad provocada por la invasión de Iraq. El doctor Les Roberts, que dirigió la investigación, llegaba a estas conclusiones: “Ateniéndonos a hipótesis conservadoras, pensamos que se han producido más de 100.000 muertes sobre lo normal desde la invasión de Iraq en 2003. La violencia ha sido la responsable de la mayoría de esas muertes adicionales y los ataques aéreos de las fuerzas de la coalición han sido los responsables de la mayoría de muertes violentas”⁶⁴. Uno de los postulados conservadores del estudio fue el no tener en cuenta los datos procedentes de Faluya. El estudio fue ignorado o desacreditado en Estados Unidos y, en menor medida, en Gran Bretaña. Los medios no vacilaron en difundir un comentario hecho por un experto militar de Human Rights Watch, Marc E. Garlasco, que sugería que las cifras eran exageradas, pese a que

el mismo Garlasco admitió que no había leído el estudio de *The Lancet* cuando hizo tales declaraciones.

Les Roberts había utilizado los mismos criterios para estudiar el conflicto en el Congo oriental, llegando a una estimación de 1.700.000 muertes, cifra que no suscitó ningún escepticismo en los medios de comunicación ni entre los políticos occidentales. Todo lo contrario, Tony Blair y Colin Powell citaron sus conclusiones. Como destacara el Dr. Roberts, “es extraño que la lógica de la epidemiología, que es aceptada cotidianamente por la prensa en lo que concierne a los nuevos medicamentos o los riesgos para la salud, tienda a cambiar cuando son sus propias fuerzas armadas el mecanismo causante de la muerte”⁶⁵.

La objeción fundamental a la idea de utilizar al ejército estadounidense con fines humanitarios puede resumirse en pocas palabras: la finalidad de un ejército es, en el mejor de los casos, defender a su propio país o atacar a otros. Ninguna de esas funciones, por más que la primera pueda considerarse legítima, es altruista. Todo dentro de un ejército, su equipamiento, su entrenamiento y sobre todo su mentalidad (*esprit de corps* y patriotismo) está en función de servir a esos fines. Entonces, ¿por qué creer que un ejército puede ser utilizado con fines supuestamente altruistas?

Es cierto que los partidarios de la intervención humanitaria sostienen que el propósito de los ejércitos “modernos” ya no es simplemente defender su propio país, sino ayudar a otros y salvar a las poblaciones oprimidas. Esto implica librar una guerra sin demasiadas bajas en el bando de los “liberadores”. De otro modo, las familias de los soldados preguntarían en nombre de quién están muriendo sus hijos. Esto es lo que aconteció en el verano de 2005, la madre de un soldado muerto en Iraq, Cindy Sheehan, acampó en Crawford, Texas, delante del rancho donde Bush pasaba sus vacaciones. Quería hacerle una pregunta al presidente, cara a cara: “¿Cuál es la noble causa por la que ha muerto mi hijo?”⁶⁶ Para los partidarios de la guerra que le recriminaban su acción, ella tenía una respuesta sencilla: “El ejército está reclutando porque carece de efectivos, ¿por qué

no vais y os alistáis?” Ahora que el ejército recluta tanto mujeres como hombres y llama a reservistas mayores de cuarenta años, no es tan sencillo eludir el desafío. Habría que planteárselo a todos los partidarios de las guerras humanitarias, ahora que ya no son ni cortas ni divertidas.

Si hay algo que demuestra que el problema antes mencionado es reconocido, al menos implícitamente, por los apólogos de la guerra es debido a que utilizan un doble discurso. Para los intelectuales y la élite se trata del derecho de ingerencia, de intervenciones humanitarias, etc. Para el resto de la población el motivo es la “guerra contra el terrorismo” o las armas de destrucción masiva; es decir, se trata de amenazas y peligros de los que debemos defendernos. En efecto, la mayoría de la población tiene el suficiente buen sentido como para comprender que, si la idea es llevar a cabo actos altruistas, hay muchísimas otras cosas que hacer antes de librar una guerra. Más aún, ese sector de la población puede estar dispuesto a afrontar sacrificios con tal de defenderse. Desafortunadamente, con frecuencia carecen de los medios para obtener otra información que no sea la que brinda la televisión. Los intelectuales, en cambio, disponen de los medios para estar bien informados y a menudo son conscientes de que las amenazas esgrimidas por los gobiernos son exageradas. Por consiguiente, son principalmente ellos quienes inventan e interiorizan la ideología de la guerra humanitaria como un mecanismo de legitimación. Marx definió a la religión como el opio de los pueblos; el filósofo liberal francés Raymond Aron describió irónicamente al marxismo como “el opio de los intelectuales”. Haya sido o no cierto eso en un determinado momento, se puede afirmar que actualmente ese opio se ha convertido en la ideología de la intervención humanitaria.

Las versiones moderadas de la ideología de los derechos

humanos, aquellas que no necesariamente proponen la guerra pero que alientan la intervención, tenga el aspecto que tenga, en diversos países del Tercer Mundo o que denuncian constantemente lo que allí sucede, deberían igualmente ser motivo de crítica. Efectivamente, al insistir sobre ciertos aspectos e ignorar otros, crean una imagen distorsionada del mundo que favorece a la versión dura de la ideología de los derechos humanos y desdeña la oposición a las guerras imperiales.

Aun admitiendo que los derechos humanos son algo sumamente deseable y que son mucho más respetados en “nuestros” países que en cualquier otra parte, sigue habiendo tres problemas conceptuales fundamentales. El primero es el problema de la transición. ¿Cómo puede una sociedad pasar de una situación feudal o colonial, donde la idea misma de derechos humanos no está formulada, a una situación comparable a la que existe en nuestras actuales sociedades? ¿Tenemos algo que enseñarle al resto del mundo sobre este tema? El segundo problema surge de la inclusión, en la Declaración de 1948, de dos tipos de derechos: los derechos individuales y políticos por un lado y los derechos económicos y sociales por otro. ¿En qué medida son estos derechos compatibles entre sí? y si no lo son, ¿hay algunos que sean prioritarios? El tercer problema se refiere a los efectos y el valor moral que tienen las denuncias rituales de las violaciones de los derechos humanos en los países pobres, hechas por diversas organizaciones de los países ricos.

Poco después de que el huracán Katrina devastase Nueva Orleans, un cantante afroamericano, Kanye West, declaró durante una emisión “en directo” organizada para recaudar fondos para las víctimas: “Detesto la manera en que nos describen en los medios de comunicación. Ves una familia negra y dicen, ‘Están saqueando’. Ves una familia blanca y dicen, ‘Están buscando comida’. Ya ves, han sido cinco días (esperando la ayuda del gobierno federal) porque la mayoría de las víctimas son negros... A George Bush no le importan los negros.” Lo que es aún más revelador es la reacción de la cadena de televisión

NBC a tales declaraciones: “La emisión de esta noche ha sido transmitida en directo y ha estado marcada por la emoción. Kanye West se desmarcó de los comentarios que habían sido escritos para él y sus opiniones no reflejan en absoluto las de esta cadena”. Los comentarios de West fueron eliminados en las retransmisiones para la Costa Oeste.

¿Qué era lo que les reprochábamos a los medios de comunicación soviéticos?”⁶⁷

LA CUESTIÓN DE LA TRANSICIÓN O DEL DESARROLLO

Imaginaos a un padrino mafioso que, al envejecer, decide defender la ley y el orden y comienza a atacar a sus colegas menores, predicando el amor al prójimo y el carácter sagrado de la vida humana; todo esto sin renunciar a sus bienes ilegalmente adquiridos ni a las rentas que ellos le proporcionan. ¿Quién no denunciaría semejante hipocresía? Sin embargo, pocos parecen percibir el paralelismo con el papel asumido por Occidente como defensor de los derechos humanos, pese a que las similitudes son considerables.

Comencemos por preguntarnos cuál fue el proceso histórico mediante el cual llegamos al actual nivel de civilización del que tanto nos enorgullecemos. Sin duda no fue sólo por la democracia, el libre mercado o el respeto a los derechos humanos. Tampoco podemos atribuir nuestro éxito sólo a la caridad cristiana o a los filósofos de la Ilustración. Las guerras, el colonialismo, el trabajo infantil, la autocracia y el saqueo también son fundamentos de nuestra civilización actual. Es difícil de creer que los actos de Bismarck, la reina Victoria, los dos Napoleones, Leopoldo II de Bélgica y Theodore Roosevelt, por no mencionar a los conquistadores y a los tratantes de esclavos, no hayan contribuido a nuestro desarrollo. Lo que es cierto es que sus acciones estaban muy lejos de ser todas compatibles con los derechos humanos.

Me responderán, seguramente, que los derechos humanos son un valor universal y que nada —ninguna particularidad económica o cultural— puede justificar su violación. Pero ahí está el asunto. En principio, nuestro mañoso no estaría equivocado, intelectualmente hablando, al defender el respeto a la ley y el amor al prójimo. Pero sería

hipócrita. La misma crítica puede hacerse al discurso occidental sobre los derechos humanos, exactamente por las mismas razones. Una vez que reconocemos que los derechos humanos sólo lograron respetabilidad en nuestros países (al menos en lo concerniente a nuestros asuntos internos) después de un largo proceso histórico y, en particular, después de un prolongado proceso cultural, social y económico de desarrollo, debemos preguntarnos cómo los países que se encuentran en otro nivel de desarrollo socio-económico pueden acceder al que nosotros disfrutamos; y en particular, cómo podrán lograrlo adhiriéndose a las normas en materia de derechos humanos que nuestras propias sociedades no respetaron en absoluto cuando estaban en aquel nivel de desarrollo.

Una vez más me responderán que el respeto a los derechos humanos y el desarrollo no se oponen y que hasta son complementarios. Desafortunadamente, las cosas no son tan sencillas. Es fácil señalar diversos ejemplos de factores que incuestionablemente contribuyeron a nuestro desarrollo, pero de los cuales hoy no se pueden beneficiar los países del Tercer Mundo. Esos factores crean una asimetría entre nuestro pasado y su situación actual y además entran en contradicción con el modo en que entendemos a los derechos humanos.

El primero y más importante de esos factores es obviamente el *colonialismo*. ¿Cuál fue el impacto del colonialismo tanto en el desarrollo de Occidente como en el subdesarrollo de las sociedades no europeas? Es esta una cuestión que genera discusiones y parece no haber un modo específico para determinar su impacto con precisión. Allí está el problema: nadie sabe realmente qué hace que una sociedad se desarrolle económicamente. En especial, ¿cuál es el papel de los factores culturales? Por ejemplo, ¿cómo se puede medir el impacto sobre nuestro desarrollo del

sentimiento de superioridad racista que floreció en la época colonial y que infundió en los europeos una audacia arrolladora? ¿Es eso más o menos importante que el espíritu del protestantismo que enfatizara Max Weber? Estos interrogantes no son fáciles de responder y su sola mención da una idea de la infinidad de dificultades que implican.

Para hacernos una idea de lo difícil que es medir el impacto del colonialismo, intentemos imaginar un mundo similar al nuestro pero donde Europa es el único continente que ha emergido de los océanos. En ese mundo, no habría tráfico de esclavos, ni América, ni expansión colonial, ni mano de obra inmigrante barata, ni petróleo de Oriente Medio, ni gas siberiano... ¿Quién podría decir cómo sería nuestra sociedad? Y si no hay respuesta para esa pregunta, ¿qué sentido tiene decir que el colonialismo ha tenido poco impacto sobre nuestro desarrollo?

Otro de esos factores es la cuestión de la *emigración-inmigración*. En la época en que los europeos “tenían muchos niños”, era fácil enviarlos a poblar el resto del mundo. Algunos también veían esto como una forma de evitar los problemas sociales y las revoluciones, cuya represión hubiera representado una “violación de los derechos humanos” semejante a la que observamos hoy en numerosos países pobres. Pero cuando la explosión demográfica en el Tercer Mundo provoca crisis, ¿a dónde exportarán su exceso de población? A nuestros países, seguramente, pero sólo para realizar las tareas necesarias en el nivel más bajo de la escala social. Es esta una situación totalmente diferente a la de los blancos europeos que se establecieron en Rhodesia, expropiando tanta tierra como podían recorrer a caballo durante todo un día.

El periodista Stead recuerda que Cecil Rhodes, su íntimo amigo, le comentó en 1895, a propósito de sus ideas imperialistas: “Ayer estuve en el East End (barrio obrero de Londres) y participé en una reunión de desocupados. Escuché los discursos encendidos, que eran un grito pidiendo ¡pan! ¡pan!” y camino de

regreso a casa reflexionaba sobre lo que había presenciado y cada vez me convencía más de la importancia del imperialismo... La idea que abrigo es una solución para el problema social, veamos: para salvar de la guerra civil a los 40 millones de habitantes del Reino Unido, nosotros, los políticos coloniales, deberíamos adquirir nuevas tierras donde instalar el excedente de nuestra población, abriendo así nuevos mercados para los bienes producidos en las fabricas y las minas. El Imperio, como siempre he dicho, es una cuestión de estómago. Si queréis evitar la guerra civil, tenéis que ser imperialistas”.

Die Neue Zeit, 1898, 16° año, pág. 304. Citado por Lenin en *Imperialismo: el estado supremo del capitalismo*

Volviendo al presente, el derecho de abandonar el país propio para escapar de la persecución (garantizado por el artículo 14 de la Declaración Universal) es utilizado por Estados Unidos de forma extraordinariamente selectiva. Por ejemplo, entre los 24.000 haitianos interceptados por el Servicio de Guardacostas entre 1981 y 1990, sólo once lograron que se les concediese el derecho de asilo, comparados con los 75.000 cubanos de 75.000 en la misma situación. Para los cubanos, el asilo es automático⁶⁸. Es necesaria una alta dosis de ideas preconcebidas para entender que todos los primeros eran refugiados “económicos” mientras que todos los segundos lo eran por razones “políticas”. O consideremos el artículo 13 de la Declaración, que da derecho a abandonar el país de origen. Durante la última etapa de la Guerra Fría, Estados Unidos lo invocó apasionadamente para exigir que los judíos soviéticos pudiesen abandonar su país, principalmente para emigrar a Israel (una situación que provocó objeciones por parte de los soviéticos en lo concerniente al coste para el Estado de haber educado a los candidatos a la emigración). Pero el mismo artículo 13 también garantiza el derecho a regresar al país de origen. Al día siguiente de ratificarse la Declaración, las Naciones Unidas adoptaron la Resolución 194, que concedía a los palestinos expulsados de sus territorios el derecho a regresar a su país de origen (o de solicitar una compensación). Todos sabemos que ese regreso

jamás tendrá lugar si antes no hay un profundo cambio en las actuales relaciones de fuerza en la región. Por otra parte, los colonos israelíes que fueron obligados a abandonar sus asentamientos en la franja de Gaza, que habían ocupado ilegalmente, recibieron un promedio de medio millón de dólares por familia concepto de compensación⁶⁹.

UN PROFESOR DE LEYES OFRECE UNA SOLUCIÓN AL TERRORISMO

Israel debería anunciar un cese unilateral inmediato de sus represalias contra los ataques terroristas. Esta moratoria sería efectiva durante un corto período, digamos cuatro o cinco días, para brindar a los líderes palestinos la oportunidad de responder a esta nueva política. También dejaría claro ante todo el mundo que Israel está dando un paso importante para acabar con lo que se ha convertido en un círculo de violencia. Al acabar la moratoria, si el terrorismo palestino vuelve a la acción, Israel establecería la siguiente política: anunciaría explícitamente qué haría en respuesta a un nuevo acto de terrorismo. Por ejemplo, que el primer atentado posterior a la moratoria provocaría en represalia la destrucción de la aldea que hubiese servido de base para el operativo terrorista. A sus residentes se les concedería un plazo de 24 horas para abandonar la aldea y luego las tropas entrarían y derribarían todas las casas. La respuesta sería automática. Los terroristas habrían sido advertidos y por lo tanto no habría discreción. La intención es que los terroristas sean vistos como los responsables directos de la destrucción de la aldea, ya que habían sido advertidos por anticipado de las consecuencias específicas de su acción. Los soldados estarían actuando simplemente como medio para poner en práctica una política de represalia, previamente anunciada, contra un blanco determinado.

ALAN M. DERSHOWITZ, "New response to Palestinian terrorism", *The Jerusalem Post*, 11 de marzo de 2002. Dershowitz es profesor de derecho en Harvard.

Como último análisis, la verdad más cruel sobre la solemne declaración occidental a favor de la "libre circulación de personas" puede ilustrarse con una anécdota. Durante una visita a Estados Unidos en los años setenta, el líder chino Deng Xiao Ping, en respuesta a la demanda del presidente Carter para que China dejase salir a quienes lo deseasen, se dice que respondió: "por supuesto... ¿cuántos millones de chinos quiere usted?"

Otro factor de contraste entre los países desarrollados y los países en desarrollo es la construcción de *Estados*

nacionales poderosos y estables. Aún Estados Unidos, el actual gran defensor de liberar a la economía de la interferencia del Estado, apuntala su poderío económico gracias a un enorme apoyo gubernamental: protección de nuevas industrias, apoyo a los ferrocarriles y otras infraestructuras, control de la divisa y de la educación pública⁷⁰. Y el presupuesto para la “defensa” de Estados Unidos, que actualmente equivale a la mitad de los gastos militares conjuntos de todo el mundo, es al menos en parte una forma de keynesianismo militarista que permite los subsidios masivos a las industrias de alta tecnología⁷¹.

IMPERIALISMO Y FORMACIÓN DE LOS ESTADOS NACIONALES

Recordemos lo que cualquier nación libre puede hacer, siempre que sus recursos y el derecho internacional se lo permitan. Puede, por ejemplo, desarrollar armas de destrucción masiva, incluyendo armamento nuclear. Puede optar por no seguir adhiriéndose a los acuerdos de no proliferación, especialmente si una autoridad de ocupación imperial le había obligado a firmarlos. Un país libre puede desarrollar cualquier otro tipo de armamento, por ejemplo, modernos misiles antitanques y antiaéreos. Puede comprar y vender tales armas a nuestros enemigos, como nosotros se las vendemos a los enemigos de otras naciones. Puede constituir enormes ejércitos. Puede desarrollar sus capacidades para la guerra electrónica. Puede formar alianzas. Tal vez un Iraq libre y democrático podría aliarse con Irán, Pakistán, Corea del Norte, la actualmente radicalizada Turquía y hasta con China. Los derechos de esas naciones libres les autorizarían a lanzar satélites espías que orbitarían sobre Estados Unidos y, además, se equiparían con misiles nucleares de largo alcance. Por lo tanto un país libre, un país verdaderamente libre, podría no sólo dejar de satisfacer nuestras ansias de materias primas; también podría aliarse con otros países con el explícito objetivo de desafiar nuestra supremacía.

En otras palabras, lo indeciblemente estúpido en la propuesta de Ignatieff es la idea de que la genuina autodeterminación o “libertad” pueda ser el objetivo de un poder imperial. Construir una nación libre, si es posible, es peligroso; entonces ¿por qué no afrontar la mucho más sencilla tarea de construir un estado cliente esclavizado? Ignatieff sostiene que la oposición del imperialismo al “nacionalismo moderno” es un error. No lo es. Las potencias imperiales combatieron al nacionalismo moderno porque representaba una amenaza y porque puede ser derrotado, y a menudo lo es. Vietnam fue un caso excepcional debido a que tuvo un importante apoyo de Rusia y de China. Cuando ese apoyo no existe, el interés de todos los imperialismos —y el mismo Ignatieff admite que las potencias imperiales sólo buscan su propio interés— es

evitar la formación de estados nacionales, no de fomentarlos. Esa es la razón por la cual los imperialismos siempre han atacado a los verdaderos constructores de estados nacionales, hombres como Abd-el-Krim en Marruecos, Joshua Nkomo, Castro, Lumumba, Gandhi, Bose, Ben Bella y otros revolucionarios argelinos, Janio Cuadros en Brasil, Nasser, Sukarno en Indonesia, Arbenz en Guatemala, Mossadegh y Jomeini en Irán, Mao y Chou-en Lai. Todos los imperialismos deben oponerse a la formación de naciones libres que no se ajusten a un modelo de “democracia” domesticada como el que caracteriza a nuestro incondicional aliado, las Islas Marshall. Por todo esto, la formación de naciones verdaderamente libres, aun donde fuese posible, es algo que a Estados Unidos nunca le interesará favorecer.

MICHAEL NEUMANN, MICHAEL IGNATIEFF, Apostle of He-manitarianism,
Counterpunch, 8 de diciembre de 2003.

<http://www.counterpunch.org/neumannl2082003.html>

No hay nada idílico en el modo en que se constituyeron los poderosos estados nacionales occidentales: guerras externas, exterminio de las poblaciones indígenas y persecución despiadada de las fuerzas centrífugas internas, que a veces se prolongó durante varios siglos. Si los rusos hubiesen hecho con los chechenos lo que los estadounidenses blancos hicieron con los pueblos amerindios, hoy no habría conflicto en Chechenia (por supuesto, no estoy recomendando ese método para afrontar el problema, sino simplemente sugiriendo que los occidentales deberían ser un poco más modestos cuando hablan de ese conflicto). Si Yugoslavia o China hubieran disfrutado de un largo período de moderno desarrollo económico, permitiéndoles así alcanzar una posición dominante en el ámbito internacional, la situación de Kosovo o del Tíbet sería similar a la de Gran Bretaña o de Gales o, en el peor de los casos, a la de Córcega o del País Vasco.

Los flujos de dinero representan otro factor. Nuestros presupuestos para cooperación internacional son una fracción ínfima de nuestro PIB. Menos aún si les restamos la parte que va destinada a cooperación militar o a la promoción de nuestros propios intereses comerciales. Para

muchos países del Tercer Mundo, esa ayuda es una gota en el cubo si se la compara con los intereses usurarios que deben pagar, algo que eufemísticamente se denomina “servicio de la deuda” y que los tiene permanentemente maniatados. Más todavía, en muchos países, por ejemplo Argentina, Indonesia o Brasil, la deuda fue en gran parte heredada de anteriores gobiernos dictatoriales que accedieron al poder con el apoyo de las potencias acreedoras, especialmente Estados Unidos; la deuda era parte del acuerdo para conceder apoyo. Es un poco como si el Sr. X le reclamase al Sr. Y los intereses de una deuda contraída a sus espaldas y en su nombre por el Sr. Z, cuando el Sr. Z es de hecho cómplice del Sr. X.

Es cierto que este factor tiene más que ver con la posibilidad de los países pobres de respetar sus obligaciones en materia de derechos económicos y sociales que los derechos estrictamente políticos. Pero ambos están relacionados, como veremos más adelante. Sin embargo, ¿cómo preservar el mínimo de estabilidad necesaria para la realización de los derechos políticos cuando un Estado está arruinado y esa situación engendra insurrecciones, frecuentemente fomentadas desde el exterior? La tragedia yugoslava ilustra ese tipo de situación, aun cuando en ese caso el aspecto económico del problema fue casi completamente ignorado en beneficio de análisis que estigmatizaban el “nacionalismo”, especialmente el de los serbios; nótese que los serbios eran el único grupo nacional que carecía de “padrino” entre las grandes potencias occidentales, a diferencia de los croatas, que contaban con el respaldo de Alemania o de los musulmanes bosnios, cuya causa fue defendida por Estados Unidos⁷².

Si reflexionamos sobre todos estos aspectos del moderno desarrollo económico de diversos países, no deja de sorprendernos la cantidad de sufrimiento que ha traído

consigo y el hecho de que las primeras naciones que se embarcaron en esa aventura hayan tenido los medios para evitar que las que venían detrás pudiesen *realmente* seguir el mismo curso. La primera gran industrialización, la de Gran Bretaña, corrió pareja a la conquista de un vasto imperio que le proporcionaba materias primas, mercados y espacio para la expansión de su propia población. Las principales potencias europeas procedieron a explotar a sus colonias a medida que se industrializaban, causando indecibles sufrimientos a los pueblos conquistados⁷³. En la segunda gran ola de industrialización, Estados Unidos, Alemania y Japón practicaron el proteccionismo para lograr que sus industrias se consolidasen. Estados Unidos tuvo una ventaja extra, la de su enorme expansión territorial a expensas de la población indígena y que potenció con la Doctrina Monroe, que estableció una política de “puerta cerrada” en América Latina y de “puertas abiertas” en el resto del mundo, reforzando las ventajas del imperialismo más allá de sus colonias de entonces (Filipinas, Puerto Rico, Hawai). En lo que concierne a Alemania y Japón, sus intenciones de ponerse a la par de las potencias atlánticas mediante la construcción de sus propios imperios coloniales fueron un factor determinante que condujo a las dos guerras mundiales. La siguiente potencia que apostó por la industrialización fue la Unión Soviética. Allí, fueron las poblaciones interiores las que soportaron los horrores, en ausencia de colonias tropicales a las que explotar. Fue muy fácil para los intelectuales occidentales estigmatizar el desarrollo soviético comparando la situación con la de Francia o Inglaterra en esa misma época, en lugar de hacerlo con la situación reinante en sus colonias o con las condiciones que caracterizaron la primera etapa de su propia industrialización.

Cuando vemos que la principal recomendación que

hacen los organismos internacionales a los países del Tercer Mundo es que “sigan el ejemplo occidental”, uno se pregunta en qué ejemplo están pensando. ¿Pretenden que la India y Pakistán resuelvan el problema de Cachemira del modo en que Francia y Alemania resolvieron el problema de Alsacia-Lorena? El actual desarrollo de China, lejos de ser idílico, es en muchos aspectos una repetición a mayor escala de lo acontecido en la Inglaterra descrita por Dickens, con la vergonzosa explotación de los obreros, el trabajo infantil y la desestabilización del campesinado. Esta situación es frecuentemente denunciada en Occidente, pero ¿qué se supone que deberían hacer? ¿colonizarnos?

A fin de cuenta, los defensores del discurso dominante sobre los derechos humanos se enfrentan a un dilema de difícil solución. Por una parte, sostienen que hay una vía al desarrollo diferente a la seguida por Occidente, una que respetaría la democracia y los derechos humanos. Pero aunque dejásemos a un lado el problema antes mencionado del agotamiento de los recursos naturales, algo que hace extremadamente improbable que nuestro actual estilo de vida pueda extenderse a toda la humanidad, estaría bien que explicasen en qué consiste esa otra vía y no se limitasen a afirmar que existe.

La otra posibilidad sería declarar que el desarrollo no tiene importancia y que todo lo que cuenta son ciertos grandes principios. Pero la acusación de hipócritas, lanzada con frecuencia por diversos dirigentes del Tercer Mundo, no sería fácilmente refutable si no mostramos una predisposición a cambiar nuestro estándar de vida y a sacrificar una estabilidad política basada en siglos de violar esos mismos grandes principios. Ahora bien, lo menos que podemos decir es que difícilmente el abandono de esos estándares de vida sea algo prioritario para la mayoría de nuestros prominentes “defensores de los derechos

humanos”.

OTRA MIRADA A LOS DERECHOS HUMANOS

Masacrar a 100.000 personas porque sospechas que los derechos humanos de unos pocos están siendo violados es algo que parece una contradicción. Sin embargo, el fanatismo de los campeones de los derechos humanos ha llevado a que mucha más gente se viese privada de sus propios derechos y a menudo de sus vidas, que aquellos que fueron salvados. La gente cuyas manos están empapadas con la sangre de los inocentes, la sangre de iraquíes, afganos, panameños, nicaragüenses, chilenos, ecuatorianos; la gente que asesinó a los presidentes de Panamá, Chile, Ecuador; la gente que ignoró la legislación internacional y preparó golpes militares, invadiendo y asesinando a cientos de panameños para arrestar a Noriega y juzgarlo, no según las leyes de Panamá, sino las de su propio país, ¿tiene esa gente derecho a cuestionar los derechos humanos en nuestro país, a hacer cada año una lista que gradúa el respeto a los derechos humanos en todos los países del mundo, esa gente con las manos manchadas de sangre? Nunca han cuestionado los abusos a los derechos humanos en aquellos países a los que consideran aliados. En realidad, proporcionan los medios para que esos países se permitan abusar de los derechos humanos. Se abastece a Israel con armas, helicópteros militares, proyectiles cubiertos con uranio empobrecido, para que libre una guerra contra un pueblo que no tiene otra cosa para responder que no sean los atentados suicidas... Pero cuando los países no son amistosos con las grandes potencias, sus gobernantes sostienen que tienen derecho a gastar dinero para desestabilizar a aquellos gobiernos, para apoyar a las ONG que desean derrocar a sus gobernantes, para asegurarse de que sólo ganen los candidatos que les serán favorables... Así como muchas cosas equivocadas son hechas en nombre del Islam y de otras religiones, peores cosas se están haciendo en nombre de la democracia y de los derechos humanos.

Extractos del discurso pronunciado por MOHAMED MAHATIR, ex primer ministro de Malaysia, durante la Conferencia sobre Derechos Humanos realizada en Suhakam el 9 de septiembre de 2005 y que provocó la retirada de varios diplomáticos occidentales. Disponible en <http://information-clearinghouse.info/article10305-htm>.

Debo señalar que la crítica aquí esbozada va mucho más allá de la que habitualmente se limita a remarcar que Estados Unidos apoya a tal o cual dictadura y al mismo tiempo dice defender la democracia. Es *el modo* en que hemos llegado a la actual situación respecto a los derechos humanos lo que debería disuadirnos de dar lecciones al resto del mundo.

La cuestión de las prioridades entre tipos de derechos

La Declaración Universal de 1948 incluye, además de los derechos individuales y políticos, los derechos económicos y sociales, como el derecho a la salud, a la educación y a la seguridad social⁷⁴. Independientemente de lo que uno opine de esos derechos, el hecho es que forman parte de la Declaración y comprometen a su signatario como lo hacen los otros derechos. No obstante, cuando era embajadora de la administración Reagan ante Naciones Unidas, Jeane Kirkpatrick declaró que esos derechos eran “una carta a Papá Noel”⁷⁵ sin provocar excesivas reacciones. Me pregunto qué dirían nuestra prensa y nuestros intelectuales si algún dirigente del Tercer Mundo describiese los derechos individuales y políticos como “una carta a Papá Noel”.

Según el discurso dominante en Occidente, los derechos individuales y políticos son considerados como una prioridad absoluta. Los otros, los derechos económicos y sociales, se supone que llegarán con el desarrollo. Como ya hemos visto, nada en la historia de Occidente justifica tales expectativas. Pero este modo de establecer las prioridades se enfrenta a otras dificultades, que pueden ser ilustradas con el ejemplo de Cuba.

Después de un cierto tiempo, gran parte de la izquierda europea se ha hecho eco de la reivindicación de una democratización de Cuba. Admitamos, para facilitar la discusión, que el régimen cubano es tan “totalitario” como aseguran nuestros medios de comunicación. Sin embargo, está muy claro que en el resto de América Latina, donde el tipo de democracia que se le reclama a Cuba ya existe, tanto la atención sanitaria como la educación son de una calidad notablemente más baja y menos accesibles para la mayoría pobre de la población. Si la política sanitaria cubana fuese adoptada en toda América Latina, serían cientos de miles las

vidas que se salvarían anualmente. También hay que destacar que los esfuerzos cubanos por seguir ofreciendo a la población atención sanitaria y educación de alto nivel han continuado mucho después que la isla dejase de ser “subvencionada” por la Unión Soviética y a pesar de sufrir un severo embargo e innumerables actos de sabotaje auspiciados por la superpotencia estadounidense, que evidentemente fuerzan al gobierno cubano a destinar recursos suplementarios para la defensa, el contraespionaje, etc.

Esta situación plantea un serio dilema a la mayoría de la izquierda europea. Siempre se puede sostener que la democratización, en las condiciones concretas con que se ejerce en los países pobres bajo la influencia estadounidense y teniendo en cuenta el modo en que funciona la prensa y se financian las campañas electorales, no es incompatible con el acceso a la atención sanitaria. Pero si eso es así, ¿por qué no exigir que esos países latinoamericanos democráticos acometan las reformas necesarias para hacer realidad el acceso popular a la sanidad y por qué no hacerlo con el mismo fervor con que se exige la democratización de Cuba?

LAS ELECCIONES

“Se declaran ilegales las contribuciones, en dinero u otros objetos de valor, o la promesa explícita o implícita de hacer tal contribución, a un residente extranjero, sea directamente o a través de terceras personas,... en relación a elecciones de funcionarios políticos o elecciones primarias...

United States Code Amended, artículo 2, sección 441e (a).

Países en los que Estados Unidos ha intervenido para financiar a determinados partidos o candidatos ⁷⁶ :	
Italia. 1948	Jamaica, 1976
Filipinas, años 50	Panamá, 1984-1989
Líbano, años 50	Nicaragua, 1984; 1990
Indonesia, 1955	Haití, 1987-1988

Vietnam, 1955	Bulgaria, 1990
Guayana Británica, 1953-1964	Rusia, 1996
Japón, 1958-años 70	Mongolia, 1996
Nepal, 1959	Bosnia, 1998
Laos. 1960	Yugoslavia, 2000
Brasil, 1962	Nicaragua, 2001
República Dominicana, 1962	Bolivia, 2002
Guatemala, 1963	Eslovaquia, 2002
Bolivia, 1966	Georgia, 2003
Chile, 1964; 1970	El Salvador, 2004
Italia, 1960-años 80	Afganistán, 2004
Portugal, 1974-1975	Irak, 2004
Australia, 1972-1975	Ucrania, 2005

De admitirse la introducción de la democracia “realmente existente” en Cuba, el resultado sería la transformación capitalista de la economía, con la intervención del FMI, que desembocaría en la abolición de la atención sanitaria gratuita para todos. En consecuencia, al menos los países pobres, deberían tener que elegir entre salud pública gratuita y sistema pluripartidista. Cuando se observa la evolución de los antiguos países socialistas, se confirma que este riesgo no es imaginario. Pero entonces, ¿en nombre de qué principio debe hacerse la elección? Son un cierto número de prisioneros políticos y un cierto grado de censura y represión algo peor que miles de niños muriendo por falta de atención sanitaria? Y, lo más importante, ¿deben hacer tal elección aquellos que en gran medida disfrutaban los beneficios *tanto de* la salud pública *como de* las libertades democráticas, es decir, los

intelectuales europeos y los dirigentes de “Periodistas sin Fronteras”? ¿Qué escogerían los dos mil o tres mil millones de personas que sobreviven con uno o dos dólares por día? No pretendo tener una respuesta satisfactoria a estos interrogantes, pero se puede constatar que raramente son planteados y es fácil comprender por qué.

Es evidente que todos los derechos incluidos en la Declaración Universal son importantes. Pero no es más legítimo dejar de lado una parte de la Declaración —la de los derechos sociales y económicos— que hacerlo con la otra parte. Además, habrá quien piense que la existencia de derechos políticos conduce a los derechos sociales. Pero las cosas no son tan simples. Supongamos que existiese un planeta habitado por seres similares a nosotros, pero donde, como consecuencia de un largo proceso histórico en el que la fuerza bruta cumplió un papel esencial, un pequeño número de individuos posee toda la riqueza, los medios de producción y los medios de comunicación. El resto de la población vive en la más abyecta de las pobreza, sin acceso a la educación ni a la atención sanitaria, y trabaja duramente para satisfacer los deseos de aquellos pocos individuos ricos. Se celebran elecciones libres en el planeta y a unos pocos intelectuales críticos pero totalmente marginados se les permite expresarse libremente; a pesar de ello, nada cambia en lo relativo a la distribución de la riqueza. En efecto, el pequeño grupo de ricos, gracias a su control de los medios, puede lanzar repetidamente campañas de intimidación y descrédito contra quienes buscan un mayor grado de equidad, y su riqueza les permite comprar a los políticos y a buena parte de la *intelligentsia*. Sobre ese planeta, sin duda completamente diferente al nuestro, la parte de la Declaración relativa a los derechos individuales y políticos se cumple satisfactoriamente. Pero, ¿contribuye eso a que la situación sea justa o deseable?

Cabe reconocer que nuestro planeta no es exactamente idéntico al que acabamos de imaginar, a pesar de sus muchas semejanzas. Efectivamente, en nuestro planeta podría esperarse que los derechos políticos acaben haciendo posible la disminución de las desigualdades económicas (como hasta cierto punto se logró gracias al desarrollo de los sindicatos y de los partidos de izquierda en Europa). Pero esa esperanza es exactamente lo opuesto a la idea de anteponer los derechos políticos excluyendo cualquier otra consideración.

Antes del surgimiento de la ideología de los derechos humanos, esas observaciones eran admitidas por todos, al menos en la izquierda, independientemente de la tendencia, y aun por buena parte de la derecha. Hoy día eso ya no es tan seguro. Todo el mundo admitía que la supervivencia era lo prioritario, que esa posibilidad requería de una cierta organización social, aunque a veces incluyese la coerción, y que en todo caso los derechos políticos no podían existir realmente si no se cumplían determinadas condiciones económicas mínimas. En palabras de Bertol Brecht, “primero está la comida, después viene la moral”⁷⁷. Ni siquiera la corriente estalinista de la izquierda clásica rechazaba en principio los derechos individuales y políticos como una meta a alcanzar, aunque en la práctica eran postergados indefinidamente. Las únicas ideologías que estaban en conflicto con los derechos humanos, desde un principio y no simplemente respecto a qué debía hacerse para alcanzarlos, eran algunas de carácter religioso, aristocrático o comunitarista. El desacuerdo entre marxistas y liberales, independientemente de sus variantes respectivas, giraba en torno a los medios y a las prioridades, no sobre los fines.

Una anécdota ilustra la transformación radical de la izquierda respecto a la cuestión de los derechos humanos. En una visita a Túnez, el presidente Chirac provocó un alboroto cuando declaró que “los principales derechos

humanos son comer, ser atendido, recibir una educación y tener un hogar” y que en ese sentido, Túnez estaba “mucho más avanzado que otros países”, agregando que no tenía dudas de que “el carácter liberal, respetuoso de las libertades, se iba afirmando poco a poco” en Túnez. No quiero defender tal afirmación en el caso concreto de Túnez, sino señalar que las reacciones indignadas no se distinguían entre ese caso particular y el principio enunciado respecto a “los principales derechos humanos”⁷⁸. Supongamos que alguien dice “Brasil, al contrario que Cuba, es una democracia”. Ese tipo de afirmaciones generalmente no es considerado una apología de la situación social en Brasil y ninguna organización de derechos humanos declarará escandalizada que “los derechos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales son indivisibles” a pesar de que, manifiestamente, los derechos económicos y sociales en Brasil están lejos de ser satisfactorios. Pero una declaración como la de Chirac, o cualquiera similar, es tomada *ipso facto* como una apología de la situación política en Túnez y como una defensa de la dictadura. Esta diferencia de reacciones refleja la completa diferencia en el modo en que se abordan las dos partes de la Declaración. Durante aquella visita, hasta el Partido comunista francés se manifestó indignado por las declaraciones de Chirac, pese a que ellas resumían, aunque de forma moderada, la ideología del Partido Comunista en su época de gloria⁷⁹. La victoria de los nuevos filósofos no podía haber sido más absoluta.

LA CUESTIÓN DE LA RELACIÓN DE FUERZAS Y NUESTRA POSICIÓN EN EL MUNDO

Abordemos finalmente los efectos de la versión más suave de la ideología de los derechos humanos, la que nos pide que escribamos cartas o firmemos peticiones para

protestar contra las violaciones de esos derechos, cometidas en países del Tercer Mundo. Mi intención aquí no es rechazar esa forma de acción, que a menudo tiene efectos positivos, sino simplemente arrojar luz sobre algunos de sus presupuestos implícitos, que merecen una reflexión.

Consideremos el siguiente escenario: los ciudadanos de un país pobre de África organizan una protesta masiva contra, supongamos, las violaciones de los derechos humanos en China. Es manifiestamente improbable que algo así pueda ocurrir y la razón es obvia: los ciudadanos de esos países saben muy bien que los dirigentes chinos no prestarán atención a tales protestas, por dos razones: una mala y la otra menos: La mala razón es que un país pobre obviamente carece de los medios para ejercer presión sobre China. Una razón mejor, que los chinos pueden invocar, es que los ciudadanos de ese país africano deberían ocuparse de resolver sus propios problemas antes de preocuparse por los problemas de los demás.

Está claro que los ciudadanos de los países ricos de Occidente que protestan contra tal o tal otro crimen cometidos en algún país lejano piensan, al menos implícitamente, que aquellas dos objeciones no pueden aplicarse a sus acciones. Esto es cierto en parte, pero es también lo que genera grandes problemas. Primeramente, el hecho de que nuestras naciones sean ricas y poderosas, tanto diplomática como militarmente, es precisamente la condición que permite a la opinión pública de esos países ejercer presión. Pero esto también quiere decir que tal opinión pública, esencialmente, no ejerce su influencia de forma directa, por ejemplo, a través de contactos con los ciudadanos de los países contra los que protestan, sino indirectamente, mediante la acción de sus propios gobiernos, que pueden adoptar sanciones económicas o de otro tipo. Y es este poder gubernamental, que nada tiene de noble o

altruista, el que le da fuerza a nuestras protestas.

Por otra parte, estas protestas no son oídas principalmente en los países a los que se dirigen, China o Irán por ejemplo, sino en nuestro país y por nuestros propios dirigentes. Y si pretendemos evaluar el probable efecto de nuestras acciones, es en eso en lo que tendríamos que pensar en primer término. Cada protesta relativa a la violación de los derechos humanos en el extranjero refuerza, aunque sea involuntariamente, la buena conciencia occidental (“en nuestros países, al menos, esos derechos son respetados”).

Si analizamos la segunda respuesta que los chinos podrían dar a sus imaginarios detractores africanos, “primero resolved vuestros propios problemas”, casi todo el mundo en nuestros países está convencido de que semejante respuesta no nos la podrían dar a nosotros. Siempre y cuando se limite a la cuestión de los derechos humanos y la democracia, esa convicción puede ser defendida⁸⁰. Pero están todos los problemas antes mencionados, relativos a nuestro consumo desproporcionado de los recursos naturales, y la derivada y creciente dependencia que tenemos de aquellos países del Tercer Mundo cuyas prácticas denunciamos, por no hablar de nuestra contribución al calentamiento global. Los dirigentes chinos pueden muy bien decir que antes de darles lecciones de derechos humanos y democracia, haríamos bien en comenzar a reformar nuestros patrones de consumo, para darle al resto del mundo la posibilidad de acceder también, al menos en parte. Y la respuesta que los defensores del intervencionismo occidental podrían darles dista mucho de ser evidente.

LOS ARGUMENTOS DÉBILES Y FUERTES EN LA OPOSICIÓN A LA GUERRA

El militante antiapartheid Steve Biko acostumbraba a decir que el arma más poderosa en manos del opresor es el cerebro del oprimido. Se podría agregar que la fortaleza de un sistema ideológico se asienta en el grado en que sus postulados son compartidos por las mismas personas que se consideran sus críticos más radicales. Para permitir la construcción de una oposición más firme a las guerras actuales, hay que distinguir, entre los argumentos esgrimidos contra esas guerras, cuáles son sólidos y cuáles no lo son, y combatir la influencia que el discurso dominante ejerce sobre el discurso de la oposición. Los argumentos débiles son aquellos que se basan, al menos en parte, en los postulados del discurso dominante.

LOS ARGUMENTOS DÉBILES

Un amigo italiano me explicó que, cuando él era joven, pensaba que la revolución podía ser exportada. Hoy ya no piensa así, y tampoco cree que la democracia pueda ser exportada. Por consiguiente, se opone a la guerra en Iraq. Éste es un ejemplo típico de una línea de argumentación ampliamente extendida, que podría resumirse en dos palabras: “No funcionará”, dando a entender que la guerra no facilitará la implantación de la democracia. Obviamente, es mejor estar contra la guerra en estos términos que estar a favor de ella, pero es un argumento muy débil sobre el que basar la oposición. Intentemos trasladar este argumento a otras situaciones: imaginemos, para escoger un ejemplo extremo, que alguien hubiese dicho que estaba en contra de

las agresiones nazis porque no sirvieron para defender a Europa del bolchevismo. O, un caso tal vez menos extremo, que estaba contra las invasiones soviéticas de Checoslovaquia en 1968 y de Afganistán en 1981 porque no sirvieron para defender al socialismo. La debilidad de la argumentación se hace patente cuando se la traspone. Consiste en admitir desde un principio dos cosas que prácticamente nadie reconoce en los casos de los nazis o de los soviéticos: por una parte, que las razones proclamadas son las verdaderas razones para ir a la guerra y, por la otra, que el agente que declara pretender esos objetivos tiene derecho a obrar así. Es precisamente eso lo que hay que atreverse a cuestionar en el caso de las guerras de Estados Unidos.

Además de su cara moralmente dudosa, el argumento pragmático (“No funcionará”) tiene el inconveniente de que a veces sí funciona, al menos en parte. En tal caso, ¿qué pasa con los opositores? ¿qué dirán si los iraquíes se desmoralizan y abandonan su resistencia, y se instalase en Bagdad un gobierno proamericano estable? Después de todo, es más o menos lo que sucedió después de la guerra de Kosovo: los albanokosovares recibieron a la OTAN como liberadora y los serbios acabaron eligiendo un gobierno al gusto de sus agresores. Para citar otro ejemplo, las guerras estadounidenses en América Central, que costaron decenas de miles de vidas, también “funcionaron”, en el sentido de que las poblaciones acabaron eligiendo a los candidatos “buenos” y que los movimientos guerrilleros acabaron, más o menos, bajo control.

Evidentemente, se puede responder que los objetivos proclamados no son realmente alcanzados: por ejemplo, Kosovo es actualmente mucho menos multiétnico que antes de la guerra, cuando se suponía que uno de los objetivos era la preservación de esa característica. Pero a esto, los

partidarios de la intervención responderán que nada es perfecto y que es mejor hacer ciertas cosas a medias que no hacer nada.

Otro argumento frecuente, pero igualmente débil, consiste en decir que el precio de la guerra (en vidas humanas, por ejemplo) es muy alto. Pero, ¿qué dirán si una guerra de alta tecnología reduce el número de víctimas?

Consideremos tres ejemplos, dos reales y uno imaginario, que sugieren cómo responder a estos interrogantes. Primero, la invasión soviética a Checoslovaquia provocó muy pocas muertes; segundo, en 1938, la anexión por Hitler de la región de los Sudetes, en ese mismo país, fue bien recibida por sus habitantes⁸¹; y finalmente, imaginemos que los ataques del 11-S hubiesen sucedido en la India y que este país, una democracia, invadiese Afganistán e Iraq para “liberar” a sus poblaciones. En los dos casos reales, las circunstancias mencionadas no son suficientes para justificar ante nuestros ojos tales agresiones y no hay duda de que, si el caso imaginario hubiese acontecido realmente, la oposición occidental a esa “liberación” hubiera sido absoluta. Se puede, de hecho, citar un ejemplo real que es comparable: la intervención vietnamita en Camboya que derrocó al sanguinario régimen de Pol Pot y que fue masivamente condenada en Occidente. Además, en la India ha habido cierto número de atentados terroristas, y a nadie se le ha ocurrido sugerir que ello autoriza a ese país a librar una guerra infinita contra el terrorismo, incumpliendo la legislación internacional.

Estos ejemplos indican que la actitud adoptada ante una guerra o una agresión no depende exclusivamente de la situación particular en juego, sino de principios más generales. El primero de tales principios es la legislación internacional, tal como existe hoy, y que puede ser la base de argumentos fuertes contra las recientes guerras

estadounidenses. Efectivamente, ninguna de ellas se ajustaba al derecho internacional⁸². Además, cada vez se ataca más a la legislación internacional, entre otras cosas porque no ofrece suficientes oportunidades para la intervención unilateral.

Argumentos fuertes:

1. La defensa del derecho internacional

Como muy bien lo explica el jurista canadiense Michael Mandel, el derecho internacional contemporáneo tiene como finalidad, citando el preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas, “preservar a las futuras generaciones del flagelo de la guerra”. Y para conseguir tal cosa, el principio básico es que ningún país tenga el derecho de enviar sus tropas a otro país sin el consentimiento del gobierno de este último. Los nazis lo hicieron repetidamente, y el primer crimen por el que fueron condenados en Nuremberg fue por iniciar una guerra de agresión, que, según la Carta de Nuremberg de 1945, “es el crimen internacional supremo, distinguiéndose de los otros crímenes de guerra porque contiene y hace posibles a todos los demás”.

El “gobierno” cuyo consentimiento se requiere no necesita ser un “gobierno electo” o uno que “respeta los derechos humanos”, sino simplemente aquél que “controla efectivamente las fuerzas armadas”, pues este es el factor que determinará si el cruce de una frontera conducirá a la guerra. Es fácil cuestionar este principio básico, y los defensores de los derechos humanos, evidentemente, no se privan de hacerlo. Por una parte, es frecuente que las fronteras entre estados sean arbitrarias, habiendo surgido de procesos totalmente antidemocráticos que acontecieron en un pasado lejano, y que, por lo tanto, no sean consideradas satisfactorias por diversas minorías étnicas. Además, nada

asegura que los gobiernos sean democráticos o que estén mínimamente preocupados por el bienestar de sus poblaciones. Pero el derecho internacional nunca ha pretendido resolver todos los problemas. Como prácticamente toda ley, simplemente intenta ser un mal menor en relación a la ausencia de todo derecho. Y todos los que critican al derecho internacional harían muy bien en explicar por qué *principios* pretenden reemplazarlo. ¿Puede Irán ocupar al vecino Afganistán? ¿Puede Brasil, que es al menos tan democrático como Estados Unidos, invadir Iraq para instaurar una democracia? ¿Puede el Congo atacar a Ruanda para autodefenderse? ¿Puede Bangladesh intervenir en los asuntos internos de Estados Unidos con la intención de imponer una reducción de los gases de efecto invernadero, y así “prevenir” la devastación que lo amenaza debido al cambio climático? ¿Si el ataque “preventivo” de EEUU contra Iraq fue legítimo, por qué no lo fue el ataque iraquí contra Irán, o contra Kuwait? Peor aún, ¿por qué no fue el bombardeo japonés a Pearl Harbor un ataque preventivo legítimo⁸³? Cuando uno hace estas preguntas, rápidamente queda claro que la única alternativa realista a la legislación existente, si exceptuamos el caos generalizado, sería que el estado más poderoso del mundo pudiera intervenir donde quisiese, salvo cuando autorizase a intervenir a sus aliados.

Toda la reflexión liberal elaborada a partir del siglo XVII se basa en la idea de que existen esencialmente tres formas de vivir en sociedad:

- la guerra de todos contra todos,
- un soberano absoluto que impone la paz por la fuerza, o
- un orden legal democrático, como mal menor.

Los regímenes dictatoriales, denunciados por los

defensores de los derechos humanos, tienen las ventajas de la soberanía absoluta: la capacidad de mantener el orden y evitar la guerra de todos contra todos, como hoy lo ilustran los llamados “estados fracasados”. Pero los inconvenientes de semejante soberano son de sobras conocidos: actúa en función de sus propios intereses, su autoridad no es aceptada íntimamente por sus subordinados, y esto provoca un ciclo interminable de revueltas y de represión. Esta observación constituye la base misma del argumento a favor de la tercera solución. Todo lo anterior es considerado banal cuando se trata del orden interno de los estados democráticos. Pero vayamos al orden internacional. El soberano, si debiésemos abandonar los actuales principios del derecho internacional, sería inevitablemente Estados Unidos. Es el gran poder que, obviamente, actúa en función de sus propios intereses. Nótese que los defensores de la intervención humanitaria no siempre niegan este hecho, sino que sostienen, recurriendo a una lectura muy selectiva de la historia, que el resto de la humanidad obtiene con ello más beneficios que pérdidas. Ya he tratado de explicar por qué no comparto semejante conclusión, pero el resultado del ejercicio de tal poder absoluto es exactamente el que predijo el liberalismo clásico⁸⁴.

Es sencillo encontrar ejemplos. Osama Bin Laden es un producto del apoyo brindado a los muyaidines en Afganistán durante el período soviético. Al venderle armas a Iraq, involuntariamente Occidente proporcionó una preciosa ayuda a la actual resistencia iraquí.

En 1954 Estados Unidos derrocó al presidente Arbenz de Guatemala. Para Washington fue un esfuerzo leve y, aparentemente, no representó un gran riesgo. Sin embargo, al hacerlo, contribuyó a la educación política de un joven médico argentino que casualmente estaba allí y cuya imagen luce hoy en millones de camisetas por todo el mundo: el Che

Guevara. Después de la Primera Guerra Mundial, un joven vietnamita llegó a la Conferencia de Versalles para defender la causa de la autodeterminación de su pueblo ante Robert Lansing, Secretario de Estado del presidente que se consideraba a sí mismo como el campeón de la autodeterminación: Woodrow Wilson. Le ignoraron; después de todo, era inofensivo⁸⁵. Luego abandonó París y se fue a Moscú, donde completó su formación política y se hizo famoso. Su nombre era Ho Chi Minh.

¿Quién sabe a qué dará origen mañana el odio que hoy provocan las políticas de Estados Unidos e Israel?

En el orden internacional, la tercera solución, la solución liberal, consistiría en aportar más democracia a escala mundial, a través de las Naciones Unidas. Bertrand Russell dijo que hablar de las responsabilidades de la Primera Guerra Mundial era como discutir las responsabilidades de un accidente de coche en un país sin normas de tráfico. La toma de conciencia de que la legislación internacional debe ser respetada y que los conflictos entre estados deberían poder ser controlados por una instancia internacional, es en sí misma un progreso enorme en la historia humana, comparable a la abolición del poder de la monarquía y de la aristocracia, la abolición de la esclavitud, el desarrollo de la libertad de expresión, el reconocimiento de los derechos sindicales y los de las mujeres, o el concepto de seguridad social. Actualmente, quien se opone al fortalecimiento del derecho internacional es, obviamente, Estados Unidos, además de los que apoyan sus acciones en nombre de los derechos humanos. Y existen razones para temer que las reformas de las Naciones Unidas actualmente en debate puedan conducir a una mayor legitimación de las acciones unilaterales. El problema con la idea de utilizar los derechos humanos para socavar el derecho internacional es que, en cada reunión de los países no alineados, y en cada encuentro

de los países del sur, que representan al 70% de la humanidad, se condenan todas las formas de intervención unilateral, sean embargos, sanciones o guerras, y no solamente por las “dictaduras”. Lo mismo acontece durante las votaciones en la Asamblea General de NNUU, relativas al bloqueo estadounidense contra Cuba, por ejemplo. El argumento de la democracia, si eso significa tener en cuenta a la opinión pública mundial, se vuelca masivamente contra el derecho a la intervención unilateral. A fin de cuentas, los imperialistas liberales, es decir, la mayoría de los Demócratas estadounidenses y gran parte de la izquierda y de los verdes europeos —que defienden la democracia en el ámbito interno pero reclaman la intervención, o sea, la dictadura de un solo país o de un pequeño grupo de países a escala internacional— son perfectamente incoherentes.

El argumento escuchado con mayor frecuencia es que es escandaloso para las Naciones Unidas, y especialmente para su Comisión de Derechos Humanos, tratar a los países democráticos y no democráticos como iguales. Pero en democracia no hay un test de moralidad para votar y los derechos de los ciudadanos no dependen de la calidad de su vida familiar. Las naciones, como los individuos, pueden cambiar y mejorar su conducta, y necesitan tiempo y espacio para lograrlo, sin intromisiones violentas. Además, nada asegura que el estado más poderoso está mejor capacitado para juzgar las virtudes y vicios internos de los demás países, como intenta hacernos creer, otorgándose a sí mismo las mejores puntuaciones. El hecho mismo de que Estados Unidos pueda presentarse como el árbitro universal del respeto a los derechos humanos, al mismo tiempo que mantiene prisioneros en Guantánamo durante años, sin juicio ni cargos formales, demuestra que la actitud de un gobierno hacia los derechos humanos, en el contexto de la Comisión de Derechos Humanos, puede muy bien estar

desconectada de su propia práctica.

Los jefes de Estado y de gobierno reafirmaron el compromiso del movimiento para reforzar la cooperación internacional con la finalidad de resolver los problemas de carácter humanitario conforme a lo establecido en la Carta de Naciones Unidas y, en tal sentido, reiteraron el rechazo por parte del movimiento de países no alineados del llamado “derecho” a la intervención humanitaria, que no tiene fundamento ni en la Carta de Naciones Unidas ni en el derecho internacional.

Documento final de la 10ª Conferencia de Jefes de Estado y de Gobierno del Movimiento de Países No Alineados, Kuala Lumpur, 24-25 de febrero de 2003.
artículo 354.

Finalmente, cuando, como sucede con frecuencia, la gente se queja de la falta de efectividad de las Naciones Unidas, es necesario recordar todos los tratados y todos los acuerdos sobre desarme o sobre prohibición de armas de destrucción masiva a los cuales se ha opuesto Estados Unidos⁸⁶. Son las grandes potencias las más hostiles a la idea de que su última carta, el uso de la fuerza, pueda ser neutralizada por el derecho internacional. Pero, del mismo modo que en el ámbito interno nadie sugiere que la hostilidad de la Mafia hacia la ley sea un buen argumento a favor de la abolición de ésta, el sabotaje estadounidense contra las Naciones Unidas no es un argumento válido para desacreditar a esta organización internacional.

La administración Bush se ha retirado del Protocolo de Kyoto, se ha opuesto al Plan Internacional para la Energía Limpia, no participa en la Conferencia sobre el Racismo, rechazó unirse a otras 123 naciones que se han comprometido a prohibir el uso y la producción de bombas y minas antipersona, se ha opuesto al Acuerdo de NNUU para Reducir el Flujo Internacional de Pequeñas Armas Ilícitas, ha rechazado aceptar la Convención sobre Armas Biológicas y Tóxicas de 1972, no se ha adherido al Tribunal Internacional de Justicia, se ha retirado del Tratado sobre Misiles Antibalísticos de 1972 y ha rechazado el Tratado para la Prohibición de Pruebas Nucleares, entre muchos otros. Está desarrollando armas nucleares más refinadas, para usos más prácticos; está considerando instalar arsenales espaciales y ha anunciado su derecho a iniciar guerras preventivas si lo considera necesario.

EDWARD S. HERMAN, “Michael Ignatieff’s Pseudo-Hegelian Apologetics for Imperialism”,
Z Magazine, octubre de 2005⁸⁷.

Pero hay otro argumento a favor del derecho internacional, quizá más importante que los demás: es el escudo de papel que el Tercer Mundo creyó que le protegería de Occidente en la época de la descolonización. La gente que utiliza los derechos humanos para socavar el derecho internacional en nombre del “derecho a intervenir” olvida que, durante todo el período colonial, no había fronteras ni dictadores que impidiesen a Occidente poner en práctica los derechos humanos en los países que había subyugado. Si esa fue su intención, está claro que los pueblos colonizados no lo percibieron así. Probablemente sea esa la razón por la que los pueblos del sur rechazan tajantemente el derecho a intervenir.

TIMOR ORIENTAL Y LAS NACIONES UNIDAS

Cuando en diciembre de 1975 Indonesia invadió esta excolonia portuguesa que acababa de lograr su independencia, las Naciones Unidas se mostraron impotentes, algo por lo que en otros casos se les reprocha amargamente, en Bosnia por ejemplo. Pero, ¿por qué fueron ineficaces? El entonces embajador estadounidense ante NNUU, Patrick Moynihan, explica en sus memorias: “El Departamento de Estado deseaba que cualquier medida que adoptasen las Naciones Unidas fuera absolutamente ineficaz. Esa fue la tarea que se me encomendó y la llevé adelante con un éxito considerable”. Un poco más adelante, explica que la invasión fue responsable de la muerte del “10% de la población, en proporción, casi tantas como las sufridas por la Unión Soviética durante la Segunda Guerra Mundial”⁸⁸. Ese mismo año, Moynihan, que se jacta de haber colaborado en una masacre que él mismo compara con las provocadas por la agresión de Hitler, fue galardonado con la más alta distinción de la Liga Internacional para los Derechos Humanos. Más recientemente, en 2002, fue uno de los firmantes de una “Carta desde América: Las razones para el combate” que declaraba su apoyo a la invasión de Afganistán por considerarla una guerra justa⁸⁹.

ESTADOS UNIDOS Y LAS NACIONES UNIDAS

En 1983, con ocasión de la condena de NNUU a la invasión estadounidense de la pequeña isla caribeña de Granada, el presidente Reagan declaró: “Cien naciones de la ONU no están de acuerdo con nosotros en prácticamente ninguno de los puntos relativos a nuestra intervención y eso ni siquiera ha perturbado mi desayuno”.

Ejemplos de resoluciones de la Asamblea General de NNUU: las cifras indican el número de estados que votaron a favor y el de los que votaron en contra; a

estos últimos se los identifica entre paréntesis.

11 de diciembre de 1980: Respeto de los derechos humanos por parte de Israel dentro de los territorios ocupados: 118-2 (EEUU e Israel).

12 de diciembre de 1980: Declaración de no utilización de armas nucleares contra países no nuclearizados: 110-2 (EEUU y Albania).

28 de octubre de 1981: Antirracismo, condena del apartheid en Sudáfrica y Namibia. 145-1 (EEUU).

9 de diciembre de 1981: Creación de una zona desnuclearizada en Oriente Medio: 107-2 (EEUU e Israel).

14 de diciembre de 1981: Declaración del derecho a la educación, al trabajo, a la atención sanitaria, a una alimentación adecuada y al desarrollo económico como parte integrante de los derechos humanos: 135-1 (EEUU).

13 de diciembre de 1982: Necesidad de una convención sobre la prohibición de armas químicas y bacteriológicas: 95-1 (EEUU).

Finalmente, **cada año**, voto masivo a favor del levantamiento del bloqueo estadounidense contra Cuba; sólo EEUU e Israel han votado en contra, en algunas ocasiones con el apoyo de Albania, Paraguay o Uzbekistán.

Ver WILLIAM BLUM, *ROGUE STATE: A Guide to the World's Only Superpower*, Common Courage Press, Monroe (Maine), 2000; pág. 185-197 para muchos otros ejemplos similares.

2. Una perspectiva antiimperialista

Un amigo argentino me dijo un día que su país, sin la deuda externa, sería “un paraíso”. Tal vez exagerase, pero entonces le pregunté, “¿Y por qué continuáis pagándola?” En Argentina, todo el mundo sabe que la deuda es en gran medida ilegítima, al menos la parte heredada de la época de la dictadura. Él me respondió, “Es que ellos se reirían de nosotros”. El “ellos” designaba evidentemente a Estados Unidos y las instituciones financieras internacionales. Pero, ¿qué podían hacer estas instituciones?

Más generalmente, ¿qué sucedería si un país pusiera en práctica las ideas de los movimientos “altermundistas” o “por la justicia global”? No sólo medidas como la Tasa Tobin que, según cómo se la definiese, podría ser incorporada al sistema sin demasiados problemas, sino medidas más radicales, como un repudio generalizado de la deuda externa, la reapropiación de los recursos naturales, la

(re)construcción de servicios públicos fuertes, una tributación importante sobre los beneficios, etc. No veo razones para que la reacción sea muy diferente a la que hubo contra Allende, Castro, Mossadegh, Lumumba, Arbenz, Goulart y tantos otros. Esta reacción ocurriría en etapas: ante todo, un sabotaje económico más o menos espontáneo, en forma de fuga de capitales, suspensión de las inversiones, el crédito y la “ayuda”, etc. De no ser esto suficiente, habría una escalada de la subversión interna, provocada por grupos sociales, étnicos o religiosos con exigencias específicas difíciles de satisfacer. Toda represión de estos grupos, aunque sus actividades fueran ilegales y hubiesen sido igualmente reprimidas en cualquier otra parte, sería condenada en nombre de los derechos humanos. La complejidad económica y política de la situación sería ignorada. Todo esto acontecería bajo la permanente amenaza de un golpe militar, que podría llegar a ser bien recibido por una parte de la población, harta del “caos”. Y, si nada de esto sirviese, Estados Unidos o sus aliados podrían recurrir a la intervención militar directa. Es importante comprender que, aunque esta última medida no se toma cada vez que surge una crisis, siempre está presente como trasfondo del resto de medidas. Si las sanciones económicas o la desestabilización interna no son suficientes, nada impedirá que haya una nueva Bahía de los Cochinos, un nuevo Vietnam o nuevas *Contras*.

LA CONTRA Y LOS DEFENSORES DE LOS DERECHOS HUMANOS

En 1979, después de la victoria sandinista en Nicaragua, que derrocó a la dictadura pro-estadounidense de Somoza, los Estados Unidos decretaron un embargo contra ese país y organizaron una guerrilla, conocida como la *contra*. Ésta no tenía capacidad para obtener una victoria militar, pero podía debilitar al gobierno, especialmente en el plano económico. En 1990, los sandinistas perdieron las elecciones y esto motivó que EEUU levantara su embargo. En 1986, el Tribunal Internacional de Justicia había condenado a Estados Unidos por sus actividades de sabotaje. Pese a que la Asamblea General de NNUU le conminó al pago inmediato de reparaciones por tales actos, Estados Unidos siempre se negó a hacerlo.

No obstante, EEUU siempre ha podido contar con su propio *lobby* de intelectuales europeos. Veamos un extracto del anuncio de pago, publicado el 21 de marzo de 1985 en *Le Monde*, solicitando al Congreso de EEUU que apoyase a “todos los sectores de la oposición” nicaragüense, es decir, a la *contra* en especial, contra “un partido totalitario”: los sandinistas. La lista de firmantes es, tal vez, más importante que el texto. La ayuda solicitada, según el texto, era necesaria por razones estratégicas: “la Junta sandinista nunca había ocultado sus intenciones de integrar a toda América Central en una entidad marxista-leninista única”⁹⁰. En tal caso, Estados Unidos “se vería obligado a retirarse de uno de sus principales tratados de ultramar y éste es, precisamente, el objetivo buscado por la Unión Soviética: forzar a EEUU a retirarse de regiones de vital importancia tanto para los soviéticos como para el Mundo Libre...” Entre los alarmados signatarios del documento, se contaban diversas figuras importantes en los círculos intelectuales franceses como: Fernando Arrabal, dramaturgo; Bernard-Henri Lévy, filósofo; Eugene Ionesco, dramaturgo; Jean-François Revel, escritor; Olivier Todd, periodista, escritor, Emmanuel Le Roy-Ladurie, historiador; Vladimir Bukovsky, Simon Wiesenthal; etc. Además de su perspicacia estratégica, estos intelectuales tenían un argumento moral: “Occidente debe ser consecuente en su apoyo a aquellos que luchan en defensa de los derechos que vuestra propia Declaración de Independencia proclama como inalienables y que, por lo tanto, deberían serlo para todos...” Conviene recordar que los sandinistas habían derrocado a una dictadura, habían convocado las primeras elecciones democráticas en Nicaragua y, cuando perdieron las segundas elecciones, dejaron el poder. Como partido totalitario, daban miedo.

Opuestamente, un manual de “Operaciones Psicológicas” publicado en 1984 por la CIA y destinado a los “luchadores por la libertad”, que era como Reagan definía a la *contra*, incluía las siguientes recomendaciones: “Secuestrar a todos los funcionarios o agentes del gobierno sandinista...”

“Es posible neutralizar a objetivos escogidos cuidadosamente... jueces de tribunal, jueces de paz, funcionarios de la policía o de los cuerpos de seguridad, etc.”

“Es fácil denunciar a la policía a un sujeto que se resiste a unirse a la guerrilla. .. mediante una carta que contenga falsas acusaciones de ciudadanos no implicados en el movimiento”.

“De ser posible, se contratará a criminales profesionales para llevar a cabo ‘tarefas’ específicamente seleccionadas”.

Un manual más breve, en forma de cómic, recomendaba una serie de sabotajes útiles para acelerar la “liberación”:

“Embozar los váteres con esponjas... cortar cables de energía eléctrica... meter arena en los depósitos de gasolina... arrojar clavos en caminos y autopistas... telefonar para hacer falsas reservas en hoteles y falsas alarmas de incendios y crímenes... acaparar y robar alimentos del gobierno... dejar encendidas las

luces y abiertos los grifos... robar correspondencia de los buzones... destrozar libros... difundir rumores...⁹¹. Todo ello como parte de una original y democrática tentativa de transformación social, a la que Oxfam definió como “la amenaza del buen ejemplo”.

En realidad, el electorado, especialmente el electorado popular, comprende muy bien estas cosas. Esa es la razón por la que es más fácilmente seducido por líderes “providenciales” que por la izquierda política. En efecto, un demagogo populista puede conseguir mejorías temporales en el interior del sistema sin provocar la cólera de quienes detentan el poder a escala mundial. En los países del Tercer Mundo, una gran mayoría de la población estaría a favor de cambios fundamentales. Pero mientras la izquierda continúe sin ofrecer una explicación creíble de cómo superaría los obstáculos con que se encontraría si accediese al poder por la vía democrática, seguirá teniendo infinidad de problemas antes de llegar a eso. Para decirlo de otro modo, todas las elecciones están distorsionadas por un chantaje permanente e implícito: si votas por una izquierda auténtica, tendrás que asumir las consecuencias.

La clave de todo el sistema, la que asegura la efectividad de las intervenciones indirectas, a las que podríamos llamar intervenciones de baja intensidad, es el inmenso poderío militar de EEUU y de sus aliados. Además, son los únicos que arman y entrenan a numerosos ejércitos del Tercer Mundo, algo que a menudo pende como espada de Damocles sobre cualquier intento de transformación social. Por tal razón, el movimiento altermundista no puede renunciar a adoptar una firme postura antiintervencionista y antiimperialista. Si consideramos el proceso en marcha en Venezuela, vemos que ya ha tenido que afrontar el sabotaje económico, la desestabilización electoral y un intento de golpe de estado. Hasta ahora ha sobrevivido, pero no sabemos por cuánto tiempo más. En todo caso, Hugo Chávez comprende ciertamente el vínculo entre reformas sociales y

oposición al imperialismo, dado que ha organizado un tribunal antiimperialista durante el festival de la juventud y los estudiantes en Caracas, en agosto de 2005⁹².

RACISMO Y JERGA PSEUDOCIENTÍFICA

Los inventores de la teoría del caos eran poetas, precisamente porque fueron grandes matemáticos. A ellos les debemos la metáfora, que se ha hecho célebre, según la cual el aleteo de una mariposa en un lugar del mundo puede provocar un huracán en el otro extremo del planeta. Detrás de tan admirable comparación, lo concreto es que las causalidades complejas obran dentro de la naturaleza, en la que objetos aparentemente insignificantes pueden tener, por su propia fuerza y si están insertos en dispositivos fulminantes, efectos completamente desproporcionados en relación a su importancia inicial (...)

En América Latina, estamos actualmente en vísperas de una situación semejante, pero nos vienen a la mente metáforas menos poéticas y más brutales para expresar la misma teoría de las catástrofes, por ejemplo que el brusco castañeteo de la mandíbula de un primate puede provocar una erupción volcánica. El primate o el gorila, ya lo habréis reconocido, es el aprendiz de dictador de Venezuela, Chávez; y la erupción volcánica es evidentemente, por primera vez en la historia, un enfrentamiento generalizado en todo el continente, donde una posible consecuencia puede ser una nueva tensión sobre los mercados petroleros y de materias primas, y la otra, la intensificación de una tensión geopolítica sin precedentes entre China y Estados Unidos.

ALEXANDRE ADLER, "Les tentations de Chávez",
Le Figaro, 11 de mayo de 2005.

A fin de cuentas, la oposición a las guerras recientes puede basarse no sólo en la idea de que el derecho internacional es el único medio para evitar un estado de guerra generalizado o la dictadura de un solo país, sino también en que Estados Unidos es sistemáticamente hostil a todo progreso social serio en el Tercer Mundo, ya que tal progreso presupondría un debilitamiento de su poderío.

ILUSIONES Y MISTIFICACIONES

Desafortunadamente, no es sólo un problema de buenos y malos argumentos, sino también una cuestión de no-argumentos, es decir, de ideas repetidas frecuentemente cuyas consecuencias raras veces se enuncian explícitamente, pero que sin embargo producen un efecto desmovilizador dentro de los movimientos contra la guerra. Ante todo, se percibe un cierto número de ilusiones habituales dentro de los movimientos progresistas y, además, existen mecanismos de culpabilización de los “pacifistas”, que con demasiada frecuencia son interiorizados.

EL NUEVO ANTISEMITISMO

El movimiento antibelicista estadounidense, todavía endeble y en gestación, muestra signos de estar siendo secuestrado por uno de los más antiguos y oscuros prejuicios. Quizás era inevitable. El conflicto contra los islamofascistas obviamente conduce a la cuestión de Israel. El antisemitismo fanático, tan malo o aun peor que el de Hitler, es ahora una norma cultural en todo Medio Oriente. Es el acre pegamento que une a Sadam, Arafat, Al-Qaeda, Hezboláh, Irán y los saudíes.

ANDREW SULLIVAN, antiguo editor de la revista *New Republic*, citado por Anatol Lieven, *America Right or Wrong: An Anatomy of American Nationalism*, Oxford, Oxford University Press, 2004.

LOS FANTASMAS “ANTIFASCISTAS”

Cuando el Líbano fue invadido, en 1982, un iraelí opuesto a la guerra, Uri Avnery, escribió una carta abierta a Menahem Begin titulada: “Sr. Primer Ministro, Hitler está muerto”⁹³. Porque evidentemente Begin pretendía estar atacando al “nuevo Hitler”, es decir Arafat, atrincherado en Beirut. Después de la crisis del canal de Suez, en la que Nasser fue “el Hitler del Nilo”, todos los adversarios de Occidente, Sadam, Milosevic, los islamistas, son un “nuevo

Hitler”, “fascistas verdes”, etc. Podemos ver que cuando los antibelicistas hacen la comparación opuesta (Bush o Sharon igual a Hitler), torpemente, en mi opinión, son inmediatamente acusados de banalizar el nazismo. Evidentemente, antes de Hitler, cada nuevo enemigo, por ejemplo los alemanes durante la Primera Guerra Mundial, eran los nuevos hunos, conducidos por un nuevo Atila; ese tipo de retórica puede simplemente considerarse como propaganda de guerra de bajo nivel.

Sin embargo, más allá de esta retórica hay una visión de la Segunda Guerra Mundial que juega un papel importante en la legitimación de las intervenciones. La idea general es que Occidente, por cobardía o por indiferencia, demoró demasiado en librar una guerra preventiva contra Hitler, que podría haber salvado a los judíos. Este argumento es particularmente efectivo desde el punto de vista psicológico, y especialmente viciado, cuando se utiliza contra la generación que creció en la década de 1960 y que considera que los crímenes cometidos contra los judíos no fueron suficientemente reconocidos después de 1945.

Las nuevas guerras son siempre justificadas por analogía con esta situación: debemos salvar a los albanokosovares, a los kurdos (en Iraq, no en Turquía), a las mujeres afganas, etc. Durante la guerra de Kosovo, me opuse constantemente al argumento ¿pero no debimos declararle la guerra a Hitler en 1936? hasta por parte de militantes con una supuesta formación “marxista” y de los que se habría esperado algo más de lucidez. El de Kosovo es un ejemplo de cómo el uso de la analogía a menudo permite a la gente excusarse de haberse informado seriamente acerca de una situación determinada.

Podemos remarcar, de pasada, que para un liberal, en el sentido clásico del término, la guerra fortalece el poder del Estado y debe evitarse salvo en casos de extrema necesidad.

El comercio, la negociación y los intercambios culturales son preferibles a la guerra o los embargos. Toda la ideología de los “nuevos Hitler” va contra el credo liberal y por ello es aceptada con mayor frecuencia por ex revolucionarios que han renunciado a su pasado, conservando sólo una cierta simpatía antiliberal por los cambios violentos. Según esta ideología, el papel de los intelectuales es el de movilizar a la opinión pública “antes de que sea demasiado tarde”.

Existen dos respuestas a este argumento, una conceptual, la otra histórica. El aspecto conceptual, es decir, la defensa del derecho internacional contra los intentos de legitimar la guerra preventiva, constituye el aspecto principal de esta respuesta, pero ya lo hemos abordado. El aspecto histórico tiene relación con lo acontecido antes y durante la Segunda Guerra Mundial y merece ser recordado, dado que la utilización de aquellos acontecimientos para justificar una política intervencionista es síntoma de ignorancia o de una revisión radical de la historia. Aquí seremos breves, puesto que la intención de este libro no es ser un tratado de historia.

“Mejor Hitler que el Frente Popular” fue un eslogan que reflejaba la actitud no sólo de la burguesía francesa, sino también, *mutatis mutandis*, de una parte de la aristocracia inglesa, de la patronal estadounidense y de las clases dominantes de toda Europa. Si no hubo guerra contra Hitler antes, fue, entre otras cosas, porque los “logros sociales” del fascismo —eliminación de los partidos de izquierda y enrolamiento de los trabajadores bajo la batuta del corporativismo y del nacionalismo— se ganaron la admiración de las clases dominantes en todas partes, las mismas que hoy nos alientan a librar guerras preventivas contra los nuevos Hitler. El otro aspecto olvidado, el de una alianza defensiva contra Hitler, como la que ganó la Gran Guerra de 1914-1918, sólo que con la Unión Soviética

reemplazando a la Rusia zarista y capaz de evitar la Segunda Guerra Mundial mediante la disuasión, era totalmente imposible debido al anticomunismo de las clases dirigentes europeas. Más aún, evitar la guerra hubiese hecho posible la salvación de la mayoría de los judíos, puesto que fue durante la contienda que se les asesinó en masa. El apoyo de los gobiernos occidentales a la República Española, cuya victoria, de haberse producido, habría servido para calmar las ambiciones del fascismo, fue imposible por las mismas razones. Cabe señalar que tanto la formación de una alianza defensiva como el apoyo a un gobierno legal no violan el derecho internacional a diferencia de un ataque preventivo. Más aún, el acuerdo de Múnich que permitió a Hitler anexionar los Sudetes a Alemania no sólo fue una cuestión de cobardía, sino que también se debió a la hostilidad contra Checoslovaquia, el país europeo más favorable a una alianza con la Unión Soviética.

El discurso sobre los “nuevos Hitler” está acompañado, inevitablemente, de la identificación más o menos explícita de los pacifistas actuales con Daladier y Chamberlain. Pero además de la tergiversación de las motivaciones de los “apaciguadores”, la lección lógica de Múnich no es que debamos arrojarnos a la guerra de todos contra todos para defender a las minorías, que fue precisamente lo que Hitler decía estar haciendo. Pues Hitler intentó legitimar sus guerras como la única forma de proteger a las minorías, primero a los alemanes de los Sudetes checoslovacos y después a los alemanes de Danzig. Nótese además que al finalizar la Segunda Guerra Mundial, se estableció la Organización de las Naciones Unidas precisamente para evitar la “guerra preventiva”, una noción que Eisenhower, por ejemplo, consideraba esencialmente nazi.

Múnich nos enseña que la táctica de los grandes poderes, de utilizar a los descontentos dentro de las minorías

para desestabilizar a países más débiles, es extremadamente peligrosa. Lo es, al menos, para la paz mundial, por más que las minorías en cuestión den la bienvenida a la intervención de las grandes potencias, como lo hicieron los alemanes de los Sudetes en 1938 con los nazis y como volvieron a hacerlo los albaneses de Kosovo en 1999 con la OTAN. Lo seguro es que la “liberación” de los alemanes de los Sudetes envalentonó tanto a Hitler como la de los albanokosovares le concedió al imperialismo estadounidense una enorme dosis de legitimidad. La catástrofe de la victoria de Hitler sobre Francia en 1940 finalmente llevó a parte de los círculos dirigentes europeos a establecer una alianza con la URSS, pero demasiado tarde para evitar la guerra, demasiado tarde para evitar el sufrimiento padecido por las víctimas de la agresión y demasiado tarde para evitar pagar el precio político resultante del hecho de que la victoria sobre el fascismo fue debida principalmente al Ejército Rojo y a los sacrificios del pueblo soviético. Los visionarios que atacan a los “pacifistas” machacando sobre la década de 1930 harían muy bien en estudiar aquellos años con mayor detenimiento. Los defensores de la guerra humanitaria en Iraq destacan la incoherencia que implica no querer hacer una guerra semejante en aquel país mientras que aceptaron hacerla en Yugoslavia⁹⁴. Sin duda tienen razón en este punto, y por ello una de las razones principales de oponerse a la guerra de 1999 fue precisamente que, al aceptarla, se estaba legitimando *ipso facto* un número indefinido de otras guerras. La guerra infinita en la que actualmente estamos embarcados es en parte consecuencia de la euforia que produjo la fácil victoria sobre Yugoslavia en 1999.

Finalmente, si se quiere entrar en el juego de decir, una vez que se sabe cómo evolucionó la historia, “¡ah! Si en tal o cual momento hubiésemos hecho tal o tal otra cosa” (por ejemplo, librar una guerra contra Hitler en 1936), también

podríamos preguntarnos si no hubiese sido una buena idea evitar la *Primera* Guerra Mundial. En aquellos días no estaban ni Hitler, ni Stalin, ni Milosevic, ni Sadam. El mundo estaba dominado, como lo está hoy, por gobiernos que son imperialistas en su política exterior pero relativamente liberales en política interna. No obstante, tal liberalismo no evitó una acumulación de armamentos en todos los bandos, ni los tratados secretos, ni las guerras coloniales. Una chispa en Sarajevo y Europa se vio sumida en una guerra que arrastró tras de sí a todo el mundo, y cuyos resultados indirectos incluyeron el surgimiento tanto del bolchevismo como del nazismo. Aquellos que incesantemente lamentan las “tragedias del siglo XX” deberían reflexionar sobre los orígenes y las similitudes entre las políticas intervencionistas y la búsqueda de hegemonía que hoy defienden y las políticas que condujeron a la catástrofe del verano de 1914.

Se puede sugerir que si la Primera Guerra Mundial está olvidada no es sólo porque aconteció antes de la Segunda; efectivamente, a medida que pasa el tiempo, más importancia parece ganar esta última —en todo caso, presentada a través de la interpretación dominante discutida mis arriba (sesenta años después del fin de la Primera Guerra Mundial estábamos en ... 1978. ¿Quién en 1978 pensaba todavía en esa guerra?). La razón fundamental es, sin duda, que la Primera Guerra Mundial fue el epítome de la guerra absurda por excelencia: no hubo ninguna razón válida para declararla y la “victoria” no hizo más que generar nuevos problemas. El Tratado de Versalles, anhelado en gran medida por Francia para protegerse de Alemania aplastándola de una vez por todas, es un perfecto ejemplo de las pasiones humanas provocando el efecto opuesto al que se pretendía conseguir: Alemania implacablemente buscó la revancha y consiguió vencer a Francia en 1940, iniciándose

así el fin de su papel como potencia colonial. Por el contrario, gracias a la agresión unilateral de Hitler, la Segunda Guerra Mundial fue la más justificable de todas las guerras, al menos para los países que los nazis atacaron. Como resultado, la constante referencia a la Segunda Guerra Mundial es utilizada para reforzar el belicismo, mientras que una reflexión lúcida sobre la Primera incitaría más al pacifismo. Esto, de alguna manera, explica la diferencia de tratamiento que reciben las dos.

Más generalmente, existe una perniciosa tendencia en la psicología humana que consiste en querer “resolver” los problemas del pasado. Sesenta años después de la caída de Hitler, la “lucha contra el fascismo” y la “vigilancia” respecto a éste, ilustran muy bien esta tendencia. El deplorable resultado de esta actitud es que las atrocidades cometidas por EEUU en Iraq, por ejemplo la destrucción de la ciudad de Faluya, generan menos atención y protestas en Francia que cualquier “pequeña frase” pronunciada por Jean-Marie Le Pen.

La ilusión europea

Una de las ilusiones más peligrosas dentro de los movimientos pacifistas, ecologistas y progresistas consiste en creer que, si Europa pudiese fortalecer su “defensa” y unificarse, podría constituirse en un contrapeso de Estados Unidos. Para comenzar, convendría dejar de utilizar eufemismos como el de la “defensa”. Un reciente anuncio de reclutamiento difundido por el ejército belga explicaba mejor que cualquier discurso qué significa hoy esa palabra: mostraba soldados inspeccionando documentos de civiles afganos. La “defensa del territorio” se hace actualmente a miles de kilómetros del propio territorio. Si realmente se pretende hablar de *defensa*, y no de intervención

humanitaria, es necesario saber contra quiénes nos estamos defendiendo y qué escenario de ataque es concebible.

El otro problema es que Europa está jugando el mismo papel en relación al Tercer Mundo que el interpretado por EEUU inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial. A partir de 1945, los estadounidenses favorecieron la transición del colonialismo al neocolonialismo, lo que les permitió aparecer como “los chicos buenos”, en contraste con los malvados colonialistas europeos, por ejemplo durante la crisis del canal de Suez, en 1956. La tendencia “anti americana” de la actual clase dirigente europea sin duda aspira a recuperar su perdida influencia dándole vuelta al tablero una vez más. Esto naturalmente les lleva a recordarnos que *nosotros*, los europeos, al contrario que los estadounidenses, somos *realmente* civilizados y *realmente* respetamos los derechos humanos. Buena parte del discurso sobre la abolición de la pena de muerte cumple precisamente ese papel. Pero la estructura de nuestras sociedades europeas es muy similar a la de la sociedad estadounidense y nuestra dependencia del Tercer Mundo evoluciona de manera muy parecida a la suya, por lo que este tipo de consideraciones no deja de ser una nueva versión “mejorada” de los “derechos humanos” diseñada para justificar la hegemonía. Sin duda, en Estados Unidos existe un discurso análogo, que consiste en recordar el pasado nazi de Alemania e identificar a Francia con el régimen de Vichy.

Europa se enfrenta a un dilema. O unifica su política exterior, logrando lo que en gran medida fue el proyecto original de sus fundadores: evitar las guerras internas autodestructivas y recuperar su papel como potencia imperial, dejándole a Estados Unidos el liderazgo en asuntos internacionales y militares; tal fue la actitud de los círculos dirigentes británicos después de la pérdida de su imperio, y la de la clase dirigente alemana después de su derrota. O

bien se convierte realmente en una superpotencia y entonces deberá inevitablemente enfrentarse a Estados Unidos. Este es sin duda el sueño de una parte de las élites europeas, hartas de la arrogancia estadounidense. Pero es algo extremadamente difícil de lograr debido a la fuerte influencia política y mediática de EEUU en la mayoría de países europeos, sin mencionar la imbricación de sus industrias y fuerzas militares. Pero imaginemos que ese sueño se cumpliera. ¿Cuáles serían los beneficios? ¿Una nueva carrera armamentista, riesgo de conflictos armados, una nueva Guerra Fría? Lo que antes mencionáramos sobre la naturaleza de los ejércitos y la imposibilidad de utilizarlos con propósitos humanitarios es aplicable a todos los ejércitos, incluido el futuro ejército europeo.

Por otra parte, la oposición francesa a la invasión de Iraq en 2003 demostró que un país europeo, actuando independientemente de las estructuras políticas de la Unión Europea, puede perfectamente contribuir, si tiene la valentía, a brindar un apoyo simbólico a todos aquellos que se oponen al hegemonismo estadounidense, y sin disparar una sola bala.

EUROPA Y EL FALLIDO GOLPE DE ESTADO CONTRA CHÁVEZ

Entre el 11 y el 14 de abril de 2002, Venezuela fue escenario de uno de los más efímeros golpes de estado de la historia, rápidamente neutralizado por una ola de apoyo popular que expulsó a los golpistas y devolvió el poder a Hugo Chávez. Durante este fugaz golpe de estado, la presidencia española de la Unión Europea se apresuró a emitir una declaración, cuyas conclusiones dicen mucho sobre los sentimientos democráticos de muchos europeos: “Finalmente, la Unión Europea manifiesta su confianza en el gobierno de transición (refiriéndose a los golpistas) en lo que concierne al respeto de los valores y las instituciones democráticas, con la finalidad de que la actual crisis pueda ser superada en el marco de una concertación nacional y dentro del pleno respeto de los derechos y las libertades fundamentales”. Pocos días después, con el golpe fracasado, la Unión Europea adoptó un texto en el que se felicitaba por la “restauración de las instituciones democráticas” al tiempo que expresaba su “preocupación por las acciones emprendidas (por el gobierno de Chávez) contra los intereses económicos nacionales y extranjeros...” Textos disponibles en <http://www.mae.es/index2.jsp?URL=Buscar.jsp>.

La cuestión del internacionalismo

Los partidarios de la intervención se presentan a veces como los continuadores de la noble tradición del internacionalismo de izquierda, pero curados de la ceguera de los comunistas europeos en relación a la URSS, China, Cuba, etc. Existen sin embargo grandes diferencias entre el internacionalismo clásico y la ideología actual. En los movimientos sindicales, socialistas, comunistas o tercermundistas, el internacionalismo y la solidaridad eran formas de egoísmo bien entendido, siendo la idea que una comunidad como la de los trabajadores o la de los pueblos colonizados tenían intereses comunes y que debían unirse para defenderlos. Allí, al menos, el problema de la hipocresía no se daba. Por otra parte, había objetivos políticos que unificaban a tales movimientos, como el socialismo o la descolonización. Pero hoy, en términos de objetivos políticos, ¿qué tiene la izquierda en común con el Dalai Lama, el Ejército para la Liberación de Kosovo, los separatistas chechenos, Natan Sharansky y Vaclav Havel? La izquierda no puede tener mucho en común con los nacionalistas extremos, los místicos o los acérrimos defensores de Estados Unidos o de la colonización israelí. No obstante, en un momento u otro, esos individuos y movimientos han disfrutado de un fuerte apoyo por parte de la izquierda occidental.

VACLAV HAVEL

Havel, por ejemplo, no tiene problema en ignorar a las víctimas si los responsables de su suerte son sus amigos políticos. Poco después de que seis intelectuales salvadoreños comprometidos con la lucha no violenta (como lo había hecho él en Checoslovaquia) fueran asesinados por un ejército completamente dependiente de EEUU, declaró ante el Congreso estadounidense que ese país era el gran “defensor de la libertad”, palabras que, como era de esperar, fueron recibidas con un cálido aplauso.

NUESTROS “DISIDENTES” Y LOS DE ELLOS

“Si Lech Walesa hubiera estado realizando su trabajo de organización en El Salvador, rápidamente se habría contado entre los desaparecidos, por obra de

‘personas fuertemente armadas y vestidas de civil’ o habría volado en pedazos por un ataque con dinamita contra los locales de su sindicato. Si Alexander Dubcek hubiese sido un político de nuestro país, habría sido asesinado como lo fue Héctor Oquelli [el dirigente socialdemócrata asesinado en Guatemala por escuadrones de la muerte salvadoreños, según el gobierno guatemalteco]. Si Andrei Sajarov hubiese trabajado aquí a favor de los derechos humanos, habría corrido la misma suerte que Herbert Anaya (uno de los muchos dirigentes asesinados de la comisión salvadoreña para los derechos humanos, CDHES). Si Ota-Sik o Václav Havel hubiesen desarrollado su trabajo intelectual en El Salvador, habrían sido hallados, una siniestra mañana, tendidos en el patio del campus de una universidad, con sus cabezas destrozadas por los disparos de un batallón de élite del ejército”.

Extraído de *Proceso*, periódico de la Universidad Jesuita de El Salvador; citado por Noam Chomsky, *Detering Democracy*, Vintage Books, Nueva York.

Evidentemente, se pueden defender los derechos fundamentales, como la igualdad ante la ley, tanto de los adversarios políticos como de los amigos, pero esto no debe hacernos olvidar la diferencia entre ambos. Además, hay que reconocer que los movimientos que se dicen perseguidos, por ejemplo por gobiernos surgidos de la descolonización, no siempre buscan la igualdad de derechos sino a veces la restauración de antiguas desigualdades (el ejemplo típico de este fenómeno fue la secesión de Katanga después de la independencia del antiguo Congo Belga, en 1960). Este tipo de distinción, fue fundamental para el internacionalismo de izquierda, y la desaparición de esta distinción, es un grave signo de despolitización donde los buenos sentimientos pueden oponerse al interés bien entendido, no por altruismo sino simplemente por falta de lucidez.

El otro problema que plantea el asimilar la situación actual al antiguo internacionalismo es que, para la izquierda europea, toda referencia al interés nacional se ha convertido prácticamente en sinónimo de fascismo. Curiosamente, sólo las minorías tienen derecho a manifestar sentimientos nacionalistas. La estigmatización del “nacionalismo” es utilizada constantemente para condenar cualquier crítica seria a la dirección política adoptada por la UE, por ejemplo

durante el referéndum sobre la constitución europea de 2005 en Francia, cuando los votantes —especialmente de izquierda— desafiaron a sus dirigentes y a los medios al rechazar un texto que consideraban contrario a sus intereses. La negativa de los votantes a sacrificar sus duramente ganados derechos económicos y sociales fue condenada como un ejemplo de “nacionalismo”. Pero el “nacionalismo” de personas que intentan proteger las ventajas logradas después de décadas de lucha por el progreso, no es comparable al nacionalismo de una gran potencia que ejercita la intervención humanitaria al otro lado del planeta. Además, si es cierto que la soberanía nacional no necesariamente trae aparejada la democracia, también es cierto que no puede haber democracia sin ella.

Finalmente, ciertas formas radicales del internacionalismo contemporáneo ilustran el peligro que supone un mal uso de la utopía. Obviamente, un mundo sin fronteras es deseable, pero todos sabemos que no será logrado en un futuro previsible; y menos aún en un mundo en guerra. Ahora bien, en la medida que la actual ideología “intemacionalista” tiende a despreciar el principio de soberanía nacional, acaba favoreciendo las intervenciones en todos los sentidos y subestima los efectos negativos que éstas pueden provocar.

¿Firmar peticiones?

En 2004, dos peticiones políticas circularon a escala internacional: una exhortaba a los estadounidenses a votar a Kerry contra Bush y la otra pedía a los venezolanos que apoyaran a Chávez en el referéndum revocatorio que se haría en ese país. En ambos casos, me abstuve de firmar, porque ambos casos ilustraban una tendencia a suponer que la soberanía nacional ya había sido más o menos abolida,

algo que demasiados progresistas han dado por sentado de forma bastante irreflexiva y prematura.

Respecto a la petición a favor de Kerry, tenía aún más razones para no firmarla. Para comenzar, en términos de política exterior, no era tan obvio que Kerry fuese preferible a Bush. Su programa era al menos tan militarista como el de su oponente, con el agravante de ser un orador mucho más inteligente. Además, suponiendo que esta petición fuese leída dentro de EEUU, su efecto podía llegar a ser contraproducente; no hay nación en el mundo más “soberanista” que Estados Unidos, y cualquier intento de influir sobre sus votantes es visto como una interferencia intolerable. Más aún, uno de los argumentos de la propaganda republicana contra Kerry insistía en que él era demasiado “francés”; por lo tanto, pretender apoyarlo con una petición así, no servía de mucho. Este ejemplo demuestra, a quienes consideran que la soberanía nacional es algo del pasado, que esta no ha desaparecido del mundo contemporáneo, sino que se ha convertido en un privilegio de los países ricos.

No obstante, la razón principal para no firmar era que la actitud de esperar que Kerry fuese elegido me parecía errónea. Estados Unidos es un país soberano, y si sus ciudadanos optan por adoptar una política que les conducirá a un mayor empobrecimiento, tienen todo el derecho de hacerlo. El problema para el resto del mundo surge de la perpetua interferencia de EEUU en los asuntos internos de otros Estados. Lo que deberíamos hacer es construir, mediante las alianzas adecuadas, un sistema de relaciones internacionales que limite tal interferencia, y no pedirle a los estadounidenses que elijan a un príncipe bueno. Muchos europeos lamentan que el resto del mundo no pueda tomar parte en las elecciones estadounidenses, pero el carácter irrealista de ese deseo ilustra perfectamente el error de

quienes rechazan la soberanía nacional, puesto que la democracia, a la que tanto reverencian, presupone la existencia de soberanía. No nos corresponde votar en EEUU, como no les corresponde a ellos decidir cómo debe vivir el resto del mundo. Para ir un poco más lejos, se puede sugerir que la agitación a favor de Kerry tenía un propósito interno: movilizar en Europa a los partidarios de un imperialismo estadounidense “moderado y afianzar la idea de que existen unos “EEUU buenos”, encarnados por el Partido Demócrata, que acabará por acceder al poder uno de estos días. El caso de Chávez era completamente diferente: no votar por él hubiese sido una forma de capitulación, por parte de las mayorías pobres, a la presión interna y externa; un poco como aconteció con las elecciones en la que los sandinistas perdieron el poder en Nicaragua. Mi negativa a firmar provenía del hecho de que me hice la siguiente pregunta, sin lograr hallar una respuesta: ¿Quién soy yo para decirle a los venezolanos que no capitulen? Imaginemos, como siempre es posible (pensemos en Chile), que los estadounidenses logran derrocar a Chávez apoyando un golpe de estado, provocando una guerra civil o un conflicto armado con Colombia. Serán los venezolanos, no yo, quienes deberán cargar con las consecuencias. ¿En nombre de qué puedo yo aconsejarles asumir semejante riesgo? Por otra parte, si ellos decidieran capitular en las elecciones, como lo hicieron los nicaragüenses, o mediante “acuerdos de paz”, como los palestinos en Oslo, podemos estar seguros de que la mayoría de la izquierda occidental celebraría una “nueva victoria de la democracia”. Pero no contéis conmigo: la verdadera democracia presupone muchas cosas, entre otras, una soberanía real que es incompatible con las diversas formas de chantaje ejercidas sobre los electores (desde Nicaragua hasta Ucrania), principalmente por Estados Unidos y por los organismos financieros internacionales.

LOS LIBERALES ESTADOUNIDENSES COMO “IDIOTAS ÚTILES” DE BUSH

Aquello que distingue la visión del mundo de los liberales estadounidenses que apoyan a Bush de la de sus aliados neoconservadores, es que los primeros no ven la “guerra contra el terrorismo”, ni la guerra en Iraq, ni la del Líbano o un posible conflicto con Irán como meros ejercicios en serie para lograr el restablecimiento del dominio militar de EEUU. Las perciben como escaramuzas de una nueva confrontación global: una Lucha Buena, sin duda comparable con la de sus mayores contra el fascismo o como la Guerra Fría librada por sus padres contra el comunismo internacional. Una vez más, aseguran, las cosas están claras. El mundo está dividido ideológicamente y, como antes, debemos asumir nuestra responsabilidad ante los problemas actuales. Nostálgicos de las cómodas verdades de una época más simple, los intelectuales liberales contemporáneos han descubierto al fin cuál es su reto: librar una guerra contra el “islamofascismo”. Es así como Paul Berman, un asiduo colaborador de *Dissent*, *The New Yorker* y otras publicaciones liberales, y hasta ahora más conocido como comentarista de temas culturales estadounidenses, se ha reciclado en un experto sobre el fascismo islámico (un término que, de por sí, ya es artístico), publicando *Terror and Liberalism* en el preciso momento en que estalló la guerra de Iraq. Peter Beinart, antiguo editor de *New Republic*, le siguió poco después con *The Good Fight: Why Liberals —and Only Liberals— Can Win the War on Terror and Make America Great Again* (La buena lucha: Por qué los liberals —y solo los liberales— pueden ganar la guerra contra el terrorismo y engrandecer a EEUU una vez más), trazando los paralelismos entre la actual guerra contra el terrorismo y los primeros años de la Guerra Fría. Ninguno de estos autores estaba previamente familiarizado con el Medio Oriente, y mucho menos con las tradiciones wahhabi y sufí, sobre las que con tanta seguridad especulan.

Pero al igual que Christopher Hitchens y otros antiguos gurúes de la izquierda liberal que son ahora expertos en ‘islamofascismo’, Beinart y Berman están al corriente, y muy cómodos, de la nueva división del mundo según líneas ideológicas. En ciertos casos, hasta pueden recordar sus tiempos de jóvenes trotskistas, mientras buscan un modelo y una enciclopedia que justifique los históricos antagonismos mundiales. Para que la actual “lucha” (nótese el recuperado léxico leninista sobre conflictos, choques, luchas y guerras) tenga un sentido político, debe tener también un único enemigo universal cuyas ideas podamos estudiar, analizar y combatir; y la nueva confrontación debe poder reducirse, como su predecesora del siglo pasado, a una familiar yuxtaposición que elimine la complejidad y la confusión: Democracia versus Totalitarismo, Libertad versus Fascismo, Ellos versus Nosotros.

Seguramente los defensores liberales de Bush han visto defraudados sus esfuerzos sus expectativas. Todas las publicaciones que he mencionado y muchas otras han publicado editoriales criticando la política de Bush sobre los prisioneros de guerra, su uso de la tortura y, sobre todo, la cabal ineptitud del presidente para dirigir esta guerra. Pero aquí también la Guerra Fría ofrece una

analogía reveladora. Como admiradores occidentales de Stalin, que después de las revelaciones de Krushev criticaban al dictador, no tanto por sus crímenes sino por desacreditar su marxismo, los defensores intelectuales de la guerra en Iraq —entre ellos Michael Ignatieff, Loen Wieseltier, David Remnick y otras figuras prominentes del establishment liberal estadounidense— han centrado sus lamentaciones no en la catastrófica invasión en sí (a la que todos ellos apoyaron), sino en la forma incompetente en que se ejecutó. Están irritados con Bush porque le ha dado mala imagen a la “guerra preventiva”.

De manera similar, las voces que desde el centro ladraban con más insistencia pidiendo sangre en vísperas de la guerra de Iraq —el columnista del *New York Times*, Thomas Friedman, pedía que Francia fuese “expulsada de la isla” (es decir, del Consejo de Seguridad de NNUU) por su presunta oposición a la actitud belicista de EEUU— son hoy quienes con mayor suficiencia reivindican su monopolio ideológico sobre los asuntos internacionales. El mismo Friedman ahora se burla de los “activistas contra la guerra que no pensaron ni un ápice en la larga lucha en la que estamos inmersos” (*New York Times*, 16 de agosto de 2006). Para mayor seguridad, la devoción de Friedman, digna de un premio Pulitzer, está siempre acorde con la mediocridad de la escena política. Pero precisamente por esta razón no desentonan con la línea dominante entre los intelectuales estadounidense.

Friedman es secundado por Beinart, quien reconoce que “no había comprendido (!) lo negativas que pueden ser para ‘la lucha’ las acciones de EEUU”, pero continúa insistiendo en que todo aquél que no se oponga a la “Jihad global” no es un defensor sólido de los valores liberales. Jacob Weisberg, el editor de *Slate*, escribiendo en el *Financial Times*, acusaba a los Demócratas críticos con la guerra en Iraq de “no tomarse en serio la vasta batalla global contra el fanatismo islámico”. Todo indica que los únicos capacitados para hablar sobre este asunto son aquéllos que en un principio no lo habían entendido. (...)

Para ser justos, los belicosos intelectuales estadounidenses no están solos en esto. En Europa, Adam Michnik, el héroe de la resistencia intelectual polaca contra el comunismo, se ha convertido en un declarado admirador de la vergonzosamente islamofóbica Oriana Fallaci; Vaclav Havel se ha incorporado al Comité sobre el Peligro Actual (una recuperada organización que, desde Washington, durante la Guerra Fría, se dedicó a identificar comunistas y que ahora está comprometida en la lucha contra “la amenaza que suponen los movimientos islamistas radicales y del terrorismo fascista a escala mundial”): en París, André Glucksmann contribuye con encendidos ensayos en *Le Figaro*, en los que advierte sobre la “Yihad universal”, la “lujuria de poder” de los iraníes y la estrategia de “subversión verde” del Islam radical. Los tres apoyaron con entusiasmo la invasión de Iraq. (...)

Volviendo a casa, los intelectuales liberales de EEUU se están convirtiendo rápidamente en una clase de servicios, ajustando sus opiniones de acuerdo a sus fidelidades y calibrándolas para justificar fines políticos. Esto no es

ninguna novedad, estamos acostumbrados a los intelectuales que sólo hablan a favor de su propio país, clase, religión, raza, género u orientación sexual, y que adecúan sus opiniones a aquello que favorece a sus pares. Pero el rasgo distintivo de los intelectuales liberales del pasado era, precisamente, su búsqueda de la universalidad; característica no era una poco sofisticada y nada ingenua negación de los intereses sectoriales, sino un permanente esfuerzo por trascender estos intereses.

Por lo tanto, resulta bastante deprimente leer a alguno de los más conocidos y autoproclamados intelectuales “liberales” de la actualidad explotando su credibilidad profesional para tomar partido por una determinada causa. Jean Bethke Elshtain y Michael Walzer, dos figuras señeras del establishment filosófico del país (ella en el Divinity College de la Universidad de Chicago, él en el Princeton Institute) han escrito sendos trabajos intentando demostrar lo justas que son las guerras necesarias —ella en *Just War against Terror: The Burden of American Power in a Violent World*, una defensa preventiva de la guerra de Iraq. Walzer, justificando desvergonzadamente los bombardeos israelíes sobre la población civil del Líbano (“War Fair”, *New Republic*, 31 de julio de 2006). En los Estados Unidos de hoy, los neoconservadores diseñan políticas brutales, mientras que los liberales contribuyen confeccionando las hojas de parra con las que ocultar tales vergüenzas. Entre ellos, realmente, no hay otra diferencia.

TONY JUDT, Bush’s Useful Idiots, *London Review of Books*,
21 de septiembre de 2006.

EL ARMA DE LA CULPABILIZACIÓN

Uno de los mecanismos más perversos que refuerza la ideología intervencionista consiste en culpabilizar constantemente a quienes se oponen a las guerras recientes. Uno de los mejores ejemplos que ilustran la fuerza de los mecanismos de culpabilización es el de las mujeres afganas. ¿Quién se preocupa hoy por ellas? ¿Quién intenta informarse sobre su suerte, especialmente en las zonas rurales? Las mismas preguntas podrían haberse planteado en septiembre de 2001. Pero, a partir del momento en que Estados Unidos decidió declararle la guerra a Afganistán, era necesario encontrar una justificación “noble” para el ataque, sobre todo para aquellos que tenían poca simpatía por la “guerra contra el terrorismo” y menos simpatías aun por las aventuras imperiales de EEUU.

LA GUERRA COMO LABORATORIO

La guerra (en Afganistán) ha sido un laboratorio casi perfecto, según el analista militar Michael Vickers, del Centro de Asesoramientos Estratégicos y Presupuestarios, una organización de investigaciones para la defensa. Vickers, un antiguo oficial del ejército y funcionario de la CIA, afirmó que el éxito se debió a que la red de Al Qaeda y la capacidad de resistencia del gobierno talibán habían sido sobrevalorados.

“Cuando las grandes potencias libran guerras pequeñas”, declaró, “se puede experimentar más porque no existen dudas de que vas a ganar. Experimentas y logras un verdadero *feedback* (retroalimentación). Lograr tal cosa no es común en los asuntos militares”.

En Afganistán, Vickers puso en práctica una distinción entre la innovación técnica, como el desarrollo de la bomba termobárica, por ejemplo, y lo que él considera aún más importante, la innovación organizativa y táctica, como vincular a las tropas de tierra con los aviones bombarderos. “Era una nueva manera de hacer la guerra, un nuevo concepto organizacional. Fue una innovación significativa que nos permitió lograr un rápido cambio de régimen... Ese fue el método que habíamos diseñado para derrocar gobiernos”.

VERNON LOEB, “Afghan combat a lab for honing military technology”, *Washington Post*, 28 de marzo de 2002, <http://www.iht.com/arti-cles/52705.htm>.

Los horrores infligidos a las mujeres afganas por los talibanes dieron en el clavo. Muchos activistas, sin duda sinceros, súbitamente se declararon preocupados por la suerte de esas mujeres, aunque actualmente poca gente muestra igual preocupación. ¿Por qué? Porque todo el mundo sabe muy bien, hoy como ayer, que no somos capaces de resolver todos los problemas del mundo y, especialmente, que problemas como la opresión de las mujeres no se resuelven de la noche a la mañana. Pero la fuerza de la propaganda de guerra es tal que hasta los antibelicistas se sintieron obligados a manifestar su acuerdo con los objetivos que se habían proclamado para justificar esa guerra, en lugar de limitarse a denunciar la hipocresía de toda esa maniobra. Probablemente este sentimiento de obligación haya provenido del hecho de que la última cosa de la que querían ser acusados los antibelicistas era de “apoyar a los talibanes”. Esta noción de “apoyo” sin duda está en la raíz de los mecanismos de culpabilización; examinémosla.

LOS MEMORANDOS DE DOWNING STREET: LUCIDEZ Y CINISMO

El 1º de mayo de 2005, el *Sunday Times* de Londres publicó un memorando “secreto y estrictamente personal” para “ojos británicos, solamente”, dando cuenta de deliberaciones del más alto nivel en el despacho del Primer Ministro, el 23 de julio de 2002, relacionadas especialmente con la reacción británica ante la decisión estadounidense de declarar la guerra. Este y otros memorandos, relacionados con el mismo tema y fechados a partir de marzo de 2002 (o sea, mucho antes de todos los debates sobre la necesidad de desarmar a Iraq) están disponibles en <http://www.downings-treetmemo.com/memos.html>.

En el memorando del 23 de julio de 2002, se puede leer lo siguiente: “Bush quería sacar a Sadam mediante la acción militar, justificada por la conjunción de terrorismo y armas de destrucción masiva. Pero los hechos y las investigaciones están determinados por la política. El NSC (Consejo para la Seguridad Nacional) no tenía paciencia con la vía adoptada por NNUU y ningún entusiasmo por publicar los documentos sobre los actos del gobierno iraquí...”

“El Secretario de Defensa ha dicho que Estados Unidos ya ha iniciado ‘chispazos de actividad’ para ejercer presión sobre el régimen. “Estaba claro que Bush había optado por la acción militar, aunque el calendario no estaba

aun decidido. Existían tres posibles bases legales: autodefensa, intervención humanitaria o autorización del Consejo de Seguridad de NNUU. En este caso, las dos primeras posibilidades no eran válidas. Contar con la Resolución 1205 del Consejo de Seguridad, de tres años antes, podía ser difícil. Sin duda, la situación podía cambiar. “El Primer Ministro dijo que sería muy diferente, tanto política como legalmente, si Sadam se negaba a aceptar la inspección de Naciones Unidas”. En otro memo, fechado el 21 de julio de 2002, se puede leer (punto 14): “Es posible que pueda formularse un ultimátum cuyos términos Sadam rechazaría (porque no admite un acceso sin condiciones) y que podría ser considerado razonable por parte de la comunidad internacional. No obstante, de fallar esto (o de no existir un ataque iraquí) es poco probable que logremos conseguir una base legal para una acción militar en enero de 2003”.

Apoyar a X

Una caricatura anterior a la Primera Guerra Mundial mostraba, si se la miraba en un sentido, la cara del dirigente socialista francés Jean Jaurès, que se oponía fervientemente a la guerra, y si se hacía girar el dibujo, aparecía la cara del emperador de Alemania, Guillermo II.

Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht⁹⁵, Lenin, Bertrand Russell⁹⁶, Edmund Morel⁹⁷, Eugene Debs⁹⁸, todos quienes se opusieron, por una razón u otra, a las guerras o al militarismo de sus propios países han sido acusados de “apoyar” al enemigo. Este método de culpabilización ha sido evidentemente usado contra quienes se opusieron a la guerra de 2003. La acusación de antisemitismo juega un papel similar para silenciar las críticas a la forma en que Israel trata al pueblo palestino.

Para responder a las críticas de apoyo al enemigo, quizá convendría comenzar haciendo una distinción entre apoyo activo (u objetivo) y apoyo pasivo (o subjetivo). Un Estado, un movimiento o una persona Y apoyan activamente a X cuando las acciones de Y refuerzan la posición de X. Por el contrario, el apoyo pasivo, esperar la victoria de X, es análogo al apoyo que dan los seguidores a su equipo de fútbol cuando siguen un partido por televisión. Es

puramente sentimental, no tiene ningún efecto sobre el mundo real. Desde un punto de vista ético, sólo cuentan las consecuencias de nuestras acciones, pero se puede observar que, como los seguidores del fútbol, mucha gente puede discutir indefinidamente sobre qué actitud adoptar ante ciertos acontecimientos, por ejemplo el 11-S, aunque esta actitud no tenga ningún impacto sobre el mundo.

El movimiento antibelicista apoyó indudablemente a Sadam Hussein, en el sentido de un apoyo activo, porque si este movimiento hubiera logrado evitar la guerra, Sadam habría permanecido en el poder (dejemos de lado aquí la posibilidad de que Washington hubiese tomado la decisión de declarar la guerra mucho antes, en el verano de 2002, como muestran los “Memorandos de Downing Street”, y que el movimiento contra la guerra no hubiera tenido ocasión de evitarla). Antes de considerar esto como un argumento decisivo contra el movimiento, pensemos en otros apoyos activos: los pacifistas ingleses durante la guerra de 1914-1918, que buscaban una solución negociada a la guerra, “apoyaban objetivamente” al emperador alemán, pues una salida semejante le hubiese permitido conservar el trono (también podría haberle permitido a Alemania evitar el nazismo). Durante la Segunda Guerra mundial, los angloamericanos apoyaron objetivamente a Stalin (le proporcionaron armas, aunque en pequeñas cantidades) y, en ese caso, le apoyaron también subjetivamente (deseaban su victoria sobre Hitler).

Existen muchos ejemplos similares y cuando pensamos sobre ellos, vemos que los casos de “apoyo subjetivo” funcionan en diversos sentidos (las protestas contra la guerra de Iraq también “apoyaron objetivamente” a todos aquellos que murieron y a aquellos que morirán en esta guerra, que dista mucho de acabar, y también a aquellos que estarían vivos sin ella). El mundo es demasiado complicado

como para que podamos controlar todas las consecuencias indirectas de nuestras acciones. Nos encontramos ante una suerte de paradoja: las únicas cosas de las que somos moralmente responsables son las consecuencias de nuestras acciones, pero no controlamos esas consecuencias, al menos no todas; mientras que si controlamos perfectamente nuestros “apoyos pasivos”, pero estos no tienen ninguna consecuencia directa, salvo que nos impulsen a actuar, y por ende no tienen una importancia moral.

La única forma de salir de estos dilemas es no preocupándonos demasiado de la multitud de “apoyos objetivos” que nuestras acciones indirectamente implican, sino basar estas acciones en un análisis que vincule a cada situación concreta con los principios generales que puedan ser defendidos mediante el razonamiento filosófico e histórico: la igualdad entre los individuos, independientemente del poderío de la nación a la que pertenecen, la defensa del derecho internacional como medio para preservar la paz y una perspectiva antiimperialista.

Desafortunadamente, los esfuerzos para neutralizar a los movimientos contra la guerra haciéndoles sentir culpables no siempre suscitan este tipo de respuesta. Al contrario, provocan a menudo dos tipos de reacción, diametralmente opuestos, pero que tienen en común la capacidad de debilitar a estos movimientos: la que podríamos denominar la postura del “ni ni”, y la retórica del apoyo.

El “NI-NI”

Esta expresión hace referencia a un eslogan escuchado con frecuencia durante las manifestaciones contra las guerras recientes: “ni Milosevic, ni OTAN”, “ni Bush, ni Sadam”, etc. y en lo concerniente a Israel, hace referencia a

condenar *a la vez* la política de Ariel Sharon y la de Hamás y los kamikazes palestinos. Evidentemente, es el eslogan totalmente opuesto al que se escuchaba durante la guerra de Vietnam “el FLN vencerá” (coreado entonces por algunos de los mismos individuos que, treinta años después, han pasado al más prudente “ni-ni”). Aun cuando el apoyo al FLN pueda ser desechado como una retórica sentimental, que será discutida más adelante, los actuales eslóganes crean varias falsas simetrías. Ante todo, en todas las guerras recientes, ha habido un agresor y un agredido: no han sido ni Iraq ni Yugoslavia las que han bombardeado a Estados Unidos. Se necesita haber perdido toda noción de soberanía nacional y de derecho internacional para no ser capaz de percibir la diferencia⁹⁹. Además, el poderío y la capacidad de provocar daño de cada bando no son comparables. Son Estados Unidos y su poderío militar los pilares del orden mundial extremadamente injusto en el que vivimos. Independientemente de lo que pensemos sobre la situación en Iraq o en Yugoslavia, no es a estos países sino a Estados Unidos al que las fuerzas progresistas se oponen y continuarán oponiéndose en la mayoría de los conflictos. Cada guerra y cada éxito diplomático que fortalezca a EEUU debe percibirse, al menos en parte, como un retroceso para gran parte de las causas progresistas.

La postura del “ni-ni” da la impresión de que estamos por sobre todas las cosas, fuera del espacio y del tiempo, a pesar de que vivimos, trabajamos y pagamos los impuestos en los países agresores o sus aliados (en cambio, la posición “ni Bush, ni Sadam” tiene sentido para los iraquíes, que han tenido que soportar a ambos regímenes). Una reacción moral elemental consistiría en oponerse, en primer lugar, a las agresiones de las que nuestros propios gobiernos son responsables, o de lo contrario apoyarlas abiertamente, antes de cuestionar la responsabilidad de los otros.

Un argumento frecuente de los partidarios del “ni-ni” es que su posición gana en respetabilidad y, por consiguiente, en eficacia. Tal argumentación es a menudo acompañada de advertencias de no repetir los errores del pasado, relacionadas con el “apoyo” a Stalin o a Pol Pot. El “apoyo” a Pol Pot fue, en la poca medida que haya existido, de tipo puramente subjetivo, sin la más mínima influencia sobre los acontecimientos. En cuanto a Stalin, conviene destacar que la resistencia al nazismo obviamente no se basó en el eslogan “ni Hitler, ni Stalin”, sino que con frecuencia estuvo motivada por un verdadero culto por la Unión Soviética y su líder. Se piense lo que se piense, retrospectivamente, de tal culto, no cabe duda de que fue masivo y que sus efectos (alentar la resistencia) no fueron en absoluto negativos.

El argumento de la eficacia es, por lo tanto, el más fácil de refutar: comparemos simplemente la intensidad de las manifestaciones contra la guerra de Vietnam, en las que *nadie* decía “ni Johnson, ni Ho Chi Minh”, con aquellas contra la guerra de Kosovo y aun con la de Iraq. Sin duda, la oposición a esta última es más fuerte en los países musulmanes donde todo el mundo, hasta los peores adversarios de Sadam Hussein, admite que EEUU es el agresor y que Iraq es el agredido.

La cuestión de la respetabilidad es más delicada de discutir, porque no está claro *a ojos de quién* se establece tal respetabilidad. Si se entiende por “respetabilidad” el hecho de que la posición adoptada es moralmente defendible, el “ni-ni” no constituye en absoluto un verdadero posicionamiento, por las razones antes invocadas. Si, al contrario, respetabilidad significa ser aceptable ante los ojos de los medios y de los intelectuales dominantes, entonces una posición honestamente opuesta a la guerra no será nunca respetable y sería nefasto hacerse ilusiones al respecto. Queda la opinión pública; ser respetado por ella es

sin duda un fin muy loable, pero la tarea de un movimiento de oposición a la guerra consiste en mantener un combate ideológico contra la propaganda de guerra y contra las mistificaciones, incluso humanitarias, sobre las que esta propaganda se basa. Para llevar adelante este combate, ¿no conviene comenzar por aclarar las propias ideas y escoger eslóganes que reflejen esta claridad?

Aquello que es más pernicioso en la ideología del “ni-ni” es la idea, muy extendida hasta entre los más sinceros defensores de la paz, de que es necesario denunciar al adversario —Sadam, Milosevic, los fundamentalistas islámicos, etc.— para demostrar que uno no aplica el principio de “dos pesos, dos medidas”. Desafortunadamente, las cosas no son tan sencillas. Nadie puede dudar de que las caricaturas del emperador de Alemania publicadas durante la Primera Guerra mundial eran parte de la propaganda de guerra, propaganda que contribuyó a enviar a millones de jóvenes a la tumba. Pero pocos occidentales parecen comprender que las deshumanizantes caricaturas de Milosevic o de Mahoma cumplen el mismo propósito. Sin embargo, el principio fundamental es el mismo: las cosas que decimos y escribimos son escuchadas o leídas esencialmente en nuestro campo, es decir Occidente. Más allá de su veracidad, lo que importa desde un punto de vista ético es el efecto que producen *aquí*. En tiempos de guerra, denunciar los crímenes del adversario, aun suponiendo que estén sólidamente fundamentados, algo que con frecuencia no es así, acaba contribuyendo a estimular el odio que hace que la guerra sea aceptable.

Durante la Primera Guerra Mundial, cada bando se centró en detalles, algunos ciertos, otros falsos, para demostrar que estaba defendiendo a la civilización de la barbarie. Retrospectivamente, da la impresión de que tenían mucho en común, y la atrocidad básica era la guerra misma.

Todo lo antedicho sugiere que es necesaria una cierta prudencia con las denuncias, demasiado frecuentes y cuasi rituales, contra el Islam. No estamos (todavía) en guerra con el mundo musulmán, pero Estados Unidos (líder del “mundo libre”) está en guerra con dos países musulmanes y ahora amenaza a Irán y a Siria; Israel, por supuesto, es visto también como parte del “mundo libre”. Esto, más los atentados de Madrid y Londres, sugieren el peligro de un estallido que provoque un conflicto más global con el mundo arabomusulmán. De suceder tal cosa, las actuales denuncias contra el Islam podrían compararse con la propaganda nacionalista que precedió a la Primera Guerra mundial. A menudo se olvida que las campañas mediáticas contra nuevas “amenazas” y nuevos “enemigos” han precedido a cada gran conflagración, a veces inventando o exagerando atrocidades y actos de barbarie.

DENUNCIAR AL ISLAM EN NOMBRE DE LOS DERECHOS DE LAS MUJERES: UNA VIEJA HISTORIA

Fue principalmente contra los turcos que se habían convertido al Islam que nuestros monjes escribieron tantos libros, cuando no pudieron encontrar otra respuesta a los conquistadores de Constantinopla. Nuestros autores, que son mucho más numerosos que los jenízaros, hallaron sencillo poner a las mujeres de su parte. Las persuadieron de que Mahoma no las consideraba animales inteligentes, que eran todas esclavas según las leyes del Corán, que no tenían posesiones en este mundo y que en el otro a ellas no les correspondía acceder al paraíso. Todo esto era de una falsedad evidente, y todo esto fue creído firmemente. VOLTAIRE

Otro ejemplo de los efectos producidos por la idea de que estamos por encima de todo: después de la guerra de Vietnam, un cierto número de antibelicistas estadounidenses consideraron que su pasada oposición a la guerra les hacía responsables de todo lo malo que después sucedió, ya fuese el sufrimiento de la *boat people* vietnamita o las masacres en Camboya bajo el régimen de Pol Pot y que, por lo tanto, tenían la obligación de denunciar esos hechos¹⁰⁰. Esta actitud parece haberse extendido bastante en Francia, donde

contribuyó enormemente a la reconversión de la *intelligentsia*. Sin embargo, sus denuncias no resonaron en Indochina, sino en Occidente, donde inevitablemente contribuyeron al renacimiento de la ideología imperial. Tal cosa facilitó que los dirigentes estadounidenses rechazasen cualquier reparación por los crímenes que habían cometido en Indochina¹⁰¹, agravando el sufrimiento de los pueblos de la región, de los cuales el fenómeno de la *boat people* fue en gran medida un reflejo. Esto les permitió, por otra parte, prepararse para las guerras en América central y en Iraq, que costaron cientos de miles de vidas en total. Pero los mecanismos psicológicos que crean la buena conciencia no permiten que aquellos que contribuyeron a la reconstrucción de la ideología imperial sientan una “responsabilidad particular” por esos crímenes.

Aún así, el principal problema para los defensores del “ni-ni” está en otra parte: ahora que Sadam y Milosevic están en prisión o muertos, ¿qué sugieren hacer con la otra parte del “ni-ni”, Bush u OTAN? Algunos defensores de la guerra humanitaria en Iraq admiten que la política de Bremer fue desastrosa, que las empresas estadounidenses se comportaron como buitres¹⁰², que la tortura es escandalosa, que la destrucción de Faluya es inaceptable y que, por supuesto, su deber ahora es *denunciar* todo esto. Pero denunciar y detener son cosas muy distintas, y es aquí donde la enorme brecha de relaciones de fuerza entre EEUU y sus adversarios se hace patente. Esta brecha remarca una vez más la diferencia de actitud entre los defensores de los derechos humanos que alientan a las fuerzas armadas estadounidenses a atacar países distantes y, por ejemplo, los combatientes en las Brigadas Internacionales durante la guerra civil en España u otros revolucionarios. Lo esencial no es que estos últimos arriesgaran sus vidas, a diferencia de los primeros, sino que hasta cierto punto controlaban la

fuerza utilizada, pues ellos *eran* esa fuerza. Pero los defensores de los derechos humanos no tienen influencia, ni siquiera una influencia moderadora, sobre la fuerza que ellos alientan, es decir, el ejército de EEUU. Cualquier analista lúcido de la sociedad estadounidense y de la naturaleza de los ejércitos consideraría que el comportamiento de EEUU en Iraq era perfectamente previsible; he ahí el porqué los ejércitos son un pésimo instrumento para hacer avanzar los derechos humanos. A pesar de todas sus acusaciones de estalinismo y de su pretendida lucidez ante los abusos de poder, los defensores del derecho de intervención humanitaria se han convertido, sencillamente, en los “tontos útiles” de nuestra época.

SALMAN RUSHDIE Y LA GUERRA

Un ejemplo de la retórica que justifica las guerras imperiales, a la vez que uno mismo se asigna el buen papel desde el punto de vista moral, es el que nos ofrece Salman Rushdie. En un artículo fechado en 2002, defiende su apoyo a la guerra en Afganistán y sugiere que EEUU, después de haber derrocado a Saddam Hussein, ponga a Ahmed Chalabi al frente del nuevo gobierno, en vez de instaurar un nuevo poder militar: “Mi punto de vista es simple y claro. Si Estados Unidos se acuesta con cabrones, desde el punto de vista moral perdería su puesto de privilegio, y una vez lo haya perdido, también perdería la discusión”¹⁰³. Dado que no sería ninguna novedad que Estados Unidos “se acostase con cabrones”, ¿qué debería hacerse si esto volviese a ocurrir? Rushdie propone apelar a la opinión pública. Pero vistos el “patriotismo” y la indiferencia de ésta, ambos alimentados por los medios de comunicación, tal propuesta no es demasiado realista, por no decir otra cosa. ¿Acaso la opinión pública estadounidense se preocupa por la suerte de los serbios de Kosovo o por la situación protestaría contra la instauración de Chalabi (en el caso de que EEUU siguiera el consejo de Rushdie), dada su enorme impopularidad dentro de Iraq, donde mucha gente le considera precisamente un cabrón? Cuando mueren soldados estadounidenses, como sucede hoy en Iraq, la opinión pública comienza a tomar nota, pero resulta difícil pensar que el principal deseo de los defensores de la intervención humanitaria sea que muera el máximo de soldados.

El enfoque “ni-ni” es igualmente un síntoma de la deriva más general de la izquierda, después de la caída del comunismo, hacia una postura de absolutismo moral, cuasi religiosa. El discurso de la izquierda, especialmente el de la

extrema izquierda francesa, a menudo se limita hoy a un catálogo de buenas intenciones (abrir las fronteras y garantizar el pleno empleo), pero que no va acompañado de una estrategia política que permita alcanzar tales metas. Parece hacerse eco de lo que dijera Jesús: “mi reino no es de este mundo”. El fracaso del “socialismo científico” ha dado paso al regreso del socialismo utópico. Esta deriva se ve a menudo acompañada de la adopción de una postura moral irritante: ni esto ni aquello, pero ninguna alternativa concreta para el mundo real. Obviamente, si no hacemos nada que pueda tener un efecto sobre la realidad, no correremos ningún riesgo y no tendremos que preocuparnos de que nos acusen de apoyar a Stalin o a Pol Pot.

Pero entonces, ¿por qué seguir fingiendo que estamos comprometidos con una acción política? Esta actitud de distendida pureza moral es típica de una aversión, filosófica o religiosa, hacia el mundo real, o sea exactamente lo opuesto a la política. Proponer una forma de salir de semejante situación está más allá del objetivo de este libro. Sólo cabe resaltar que toda política efectiva tiene sus lados oscuros y sus inconvenientes, y que la política tiende a menudo a defender el mal menor, el derecho internacional por oposición al hegemonismo estadounidense, por ejemplo; algo que el absolutismo religioso se esmera en rechazar. Un síntoma de este purismo moral es la reluctancia general de la izquierda francesa a reconocer que el presidente Chirac, más allá de sus muchas limitaciones, al rechazar colaborar con la agresión estadounidense contra Iraq, tomó una decisión histórica que puede hacer mucho más a favor de la preservación de la paz entre Europa y el mundo árabe que todos los discursos y declaraciones de buenas intenciones, posibles o imaginables.

La retórica del “apoyo”

Finalmente, podemos añadir algunas palabras sobre la retórica del “apoyo” a las causas revolucionarias y a los movimientos de liberación del Tercer Mundo, retórica que está muy presente entre la pequeña minoría que en Occidente adopta posiciones antiimperialistas y que es lo opuesto al “ni-ni”, pero que igualmente comporta ciertos inconvenientes. Se supone que “nosotros” apoyamos a la resistencia palestina o iraquí o a Chávez o, en algún momento de pasado, a la Unión Soviética, China, Cuba, Vietnam, etc.

La que sigue no es en absoluto una crítica a aquellos militantes que están concretamente comprometidos con las luchas revolucionarias y que, como resultado, van más allá de la fase retórica, sino que se centra en los debates que han tenido lugar en Occidente y en las divisiones que han engendrado. Una buena parte de las discusiones en el seno de la extrema izquierda, entre “estalinistas” y “trotskistas”, por ejemplo, a propósito del apoyo a tal o cual tendencia, tienen su origen en que la noción de apoyo sobre la que se discute no ha sido definida con claridad y que, en particular, se ignora aquella distinción que hiciéramos entre apoyo activo y pasivo. La mayoría de nosotros no tiene ni armas ni secretos que entregar a alguna causa con la que simpatizamos. Nuestro “apoyo” es, en el mejor de los casos, sentimental, y cuesta trabajo pensar que debamos comportarnos como simpatizantes de un equipo de fútbol. Si el extremismo intervencionista es en gran medida un resabio de la mentalidad colonial, se puede considerar a la retórica del apoyo como una herencia directa de la Tercera Internacional, aun cuando algunos grupos trotskistas se hayan excedido en su práctica. La Internacional Comunista fue un movimiento poderoso y relativamente centralizado. Tenía un sentido apoyar, mediante partidos obedientes, a tal o cual movimiento o lucha dentro de un país determinado. Esto no

quiere decir que semejante método fuera necesariamente eficaz o adecuado, sino simplemente que tenía efectos políticos reales. Aquella época, sin embargo, pertenece al pasado, y no tiene utilidad seguir actuando como si existiera un centro revolucionario, en alguna parte, que escucharía y difundiría nuestras esclarecidas opiniones hasta el otro lado del mundo.

El más reciente avatar en torno al debate sobre el “apoyo” se refiere evidentemente a la resistencia iraquí. ¿Cómo se atreve alguien a defender a esos degolladores y enemigos de la democracia? A lo que otros responden, ¿acaso los pueblos no tienen derecho a defenderse? Señalemos, ante todo, que cuando la URSS invadió Afganistán, el consenso que en Occidente exigía su retirada en general no se presentaba como un “apoyo” a la resistencia afgana, un apoyo que hubiese generado serios interrogantes si se analizaba detenidamente la naturaleza de tal resistencia. Simplemente se consideraba que lo principal era poner fin a una invasión ilegítima. Lo mismo podría decirse de numerosas otras invasiones, la de Kuwait por Iraq, por ejemplo. Los pretextos esgrimidos por EEUU para justificar su invasión de Iraq fueron, como mínimo, demasiado inverosímiles para ser ciertos y no justifican que no hubiera oposición a la invasión ni se plantease el tema del apoyo.

El defecto principal de la retórica del apoyo es el de aceptar la lógica del adversario; ellos nos acusan de “apoyar” al otro bando. En lugar de justificar este apoyo, es mejor responder diciendo que lo que hacemos no es diferente de lo que ellos hacen en similares circunstancias.

Última observación: un mínimo de modestia debería hacernos comprender que, lejos de apoyar a una resistencia que no nos pide nada, es ella la que nos apoya a nosotros. Después de todo, esta resistencia es mucho más efectiva bloqueando el aparato militar estadounidense, al menos

temporalmente, que los millones de manifestantes que han marchado pacíficamente contra la guerra y que, desafortunadamente, no lograron detener ni a los soldados ni a las bombas. Sin la resistencia iraquí, hoy probablemente EEUU estaría atacando Damasco, Teherán, Caracas o La Habana. Si no pretendo “apoyar” a la resistencia iraquí, por lo que a veces he sido criticado, es, entre otras cosas, porque un insurgente iraquí podría preguntarme, emulando a Stalin y su comentario sobre el Papa, cuántas divisiones estoy en condiciones de enviar¹⁰⁴ .

Es cierto, como a menudo se responde ante la ocurrencia de Stalin, que las ideas tienen su efecto, y los combates de ideas, como los tribunales de opinión en la línea del tribunal mundial sobre Iraq o el Tribunal Russell II, pueden ser percibidos como un “apoyo” a la resistencia iraquí (y ser denunciados o aplaudidos por ello). Pero también pueden ser vistos como insertos en una perspectiva más amplia, que intentaremos esbozar en las páginas siguientes.

LA PRENSA BRITÁNICA ANTE LA RESISTENCIA, O LA EMBRIAGUEZ DE LA VICTORIA

“Para un hombre político, pocas terapias hay que puedan compararse con una victoria militar. Para un dirigente que ha hecho la guerra en ausencia de un solo aliado político que creyese en esa guerra tanto como él mismo. Iraq representa una inmensa justificación”.

HUGO YOUNG, *The Guardian*, 5 de abril de 2003

“No hay ninguna duda de que el deseo de hacer el bien, de aportar los valores estadounidenses al resto del mundo, y especialmente a Oriente Medio... está cada vez más vinculado al poderío militar”.

BBC1, *Panorama*, 13 de abril de 2003

“¡Han cubierto su cara (la estatua de Sadam Hussein) con las barras y estrellas! ¡Esto se pone mejor minuto a minuto... ha,ha, mejor minuto a minuto!

ITV, *Tonight with Trevor McDonald*, 11 de abril de 2003

“Sí, murió mucha gente en la guerra. Siempre muere demasiada gente en las guerras. La guerra es desagradable y brutal, pero al menos este conflicto ha sido afortunadamente breve. Miles han muerto en esta guerra, millones han muerto en manos de Sadam... No pienso que, en el espíritu del Sr. Blair, esta guerra haya sido principalmente debida a la amenaza que suponía Sadam...

Esos fueron argumentos esgrimidos para que el conflicto no afectase al derecho internacional. El Primer Ministro nunca fue muy convincente sobre la peligrosidad real de Sadam... Para el Sr. Blair, deshacerse de Sadam fue suficiente como justificación.”

ANDREW RANSLEY, “The voices of doom were so wrong”, *The Observer*, 13 de abril de 2003

“Nadie puede negar que la victoria se ha logrado. Este hecho existencial neutraliza todas las angustias previas... Nos hemos desembarazado de un enemigo despiadado de la humanidad. ¿Qué más podemos pretender? Todas esas angustias sobre los por qué y los para qué... Olvídalas”.

HUGO YOUNG, *The Guardian*, 15 de abril de 2003

BUSH COMO REVOLUCIONARIO LIBERAL-RADICAL

La gran ironía es que los dictadores baasistas y árabes se oponen a EEUU en Iraq porque, a diferencia de muchos izquierdistas, comprenden perfectamente de qué va esta guerra. Comprenden que el poderío estadounidense no está siendo utilizado en Iraq debido al petróleo, ni por imperialismo, ni para apuntalar un statu quo corrupto, como sucediera en Vietnam y en otros lugares del mundo árabe durante la Guerra Fría. Comprenden que es la guerra más liberal-radical revolucionaria que jamás haya emprendido Estados Unidos; una guerra decidida a instaurar una cuota de democracia en el corazón del mundo arabomusulmán.

THOMAS L. FRIEDMANN, “Bush’s radically liberal war in Iraq is no Vietnam”, *New York Times*, 31 de octubre de 2003.

PERSPECTIVAS, PELIGROS Y ESPERANZAS

Aun si aceptásemos el hecho de que los defensores de la intervención humanitaria carecen de respuestas satisfactorias a una serie de interrogantes —¿cuál es la naturaleza del agente que debe intervenir? ¿qué razón existe para que creamos en su sinceridad? ¿qué debe reemplazar al derecho internacional? ¿cómo conciliar intervención y democracia?— siempre queda la eterna pregunta: ¿qué hacer?

No pretendo tener una respuesta satisfactoria. Efectivamente, no es nada sencillo salir del estado de guerra en el que nos hallamos. Por otra parte, para salir serían necesarios cambios radicales en la mentalidad occidental, incluidos los círculos progresistas. Para comenzar, veremos qué sería necesario cambiar en la visión general que tenemos sobre nuestras relaciones con el resto del mundo. Luego, consideraremos cuáles deberían ser las prioridades de los movimientos pacifistas, la batalla de la información, y finalmente las razones para la esperanza.

Otra visión del mundo es posible

Todo lo que he escrito hasta aquí no intenta en absoluto ser un alegato a favor de permanecer en casa y “cultivar nuestro jardín”. Es perfectamente posible encontrar modos de actuar sin perder de vista los factores globales (la situación del mundo, la realidad de las relaciones Norte-Sur, etc.), las relaciones de fuerza que condicionan nuestras acciones y el espacio donde tienen lugar. Pero debemos comenzar por abandonar la pretensión de ser capaces de resolver todos los problemas del mundo. El colonialismo, al

igual que la Tercera International, pertenece al pasado. Esto implica que no deberíamos sentirnos responsables de todo lo que sucede.

Por otra parte, hay una serie de cosas que podemos hacer y que no exigen ninguna intervención, relativas a cuestiones por las que sí deberíamos sentir una responsabilidad, pero que parecen importarle muy poco a muy poca gente. En primera instancia, está todo el aspecto económico de las relaciones Norte-Sur: la deuda, los precios de las materias primas, el acceso a medicamentos baratos. Si tenemos tanto dinero para gastar en “guerras humanitarias”, ¿por qué no hay suficiente para acciones de inequívoco carácter humanitario? ¿Por qué la gente que critica que no hayamos intervenido en Ruanda, donde cerca de 8.000 personas murieron cada día durante cien días, no se siente responsable ante el hecho de que el mismo número de personas muere en África *cada día, todo el año*, debido a enfermedades que son relativamente fáciles de prevenir? Los ejemplos de Cuba y del estado indio de Kerala demuestran que la salud pública puede ser de buen nivel aun en países relativamente pobres. Es por esto que no podemos decir que la gente muere únicamente de pobreza. En relación a los costes, la “guerra por la democracia” en Iraq cuesta mucho más de lo que sería necesario para salvar cada día miles de vidas.

Hay un mundo de diferencia entre la intervención y la cooperación. Contrariamente a la intervención, la cooperación se hace mediante acuerdos con los gobiernos locales. Pocos gobiernos del Tercer Mundo rechazan la cooperación si ésta es sincera. Hay tanta miseria en el mundo que es difícil imaginar una situación donde la cooperación no pueda salvar vidas humanas, a un coste y con un esfuerzo no mayores que los de la intervención. Ni siquiera el ejemplo extremo de Ruanda refuta esta

sugerencia.

En consecuencia, contrariamente a lo que se pueda crecer, no existe conflicto entre el respeto estricto de la soberanía nacional y una defensa (no hipócrita) de los derechos humanos. Sería suficiente con derivar a la cooperación los recursos que supuestamente estamos tan dispuestos a gastar en intervenciones altruistas.

Además, es necesario que hagamos una “revolución cultural” en nuestras relaciones con “el otro”, con más modestia y menos arrogancia. Las tradiciones culinarias, musicales o artísticas del Tercer Mundo se han vuelto cada vez más populares y apreciadas en el transcurso de las últimas décadas. Pero lo que falta en Occidente es una actitud de modestia y de comprensión *política* de cara a los países del sur, tanto de sus movimientos como de sus dirigentes. Ante todo, es un problema de información. Tan pronto como nuestros medios de comunicación nos muestran atrocidades cometidas por un determinado movimiento o dirigente político del sur, la mayoría de los progresistas occidentales acepta la historia sin cuestionarla. Si las mentiras acerca de las vinculaciones entre Iraq y Al-Qaeda o sobre las armas de destrucción masiva iraquíes son relativamente bien conocidas, otros aspectos sistemáticos de la propaganda de guerra, por ejemplo lo que realmente pasaba en Kosovo antes de los bombardeos de la OTAN, o sobre la historia de las relaciones entre israelíes y palestinos, merecen ser mejor conocidos y comprendidos. Una reinterpretación de tales acontecimientos debería inspirar un escepticismo razonable respecto a futuros alegatos mediáticos, cuando se los usa para justificar nuevas guerras.

En particular, la guerra de Kosovo fue la culminación de una década de bombardeos mediáticos a favor de la “intervención humanitaria”, que nos debía liberar de la idea de soberanía nacional y, más generalmente, del derecho

internacional. Los defensores de tal intervención difundieron con celo todo tipo de propaganda interesada a favor de la guerra, a veces elaborada por protagonistas locales deseosos de tener a la OTAN luchando de su parte o utilizando a EEUU para inaugurar una serie de guerras “humanitarias” post Guerra Fría.

El resultado fue una visión maniquea de los conflictos yugoslavos, con Milosevic como villano principal. En este contexto, los medios occidentales y el público aceptaron sin vacilación la idea de que el ultimátum lanzado a los serbios en Ramhouillet era el resultado de “negociaciones”, que el fracaso se debía a la mala voluntad del presidente del país a bombardear y que los combates entre las fuerzas gubernamentales y los rebeldes armados (apoyados secretamente por EEUU y Alemania) eran una “limpieza étnica”. Una guerra declarada para obligar al presidente yugoslavo a entregar su país a las fuerzas de ocupación de la OTAN se convirtió, a medida que caían las bombas, en una guerra contra un “genocidio” que nunca existió¹⁰⁵. Cuando la guerra acabó y no se hallaron signos de “genocidio”, el público perdió interés. La posterior “limpieza étnica” de los no albaneses de Kosovo ha sido en gran medida ignorada por los medios, o considerada una “revancha” comprensible.

LOS CRÍMENES DE SADAM HUSSEIN

Downing Street ha admitido a *The Observer* que las repetidas afirmaciones de Tony Blair, según las cuales “se habían hallado 400.000 cuerpos en las fosas comunes iraquíes” eran falsas y que solamente se habían encontrado 5.000 cuerpos hasta ahora.

Las afirmaciones de Blair, hechas entre noviembre y diciembre del año pasado, fueron aceptadas como ciertas, citadas por los miembros del parlamento y ampliamente publicadas, incluso en la introducción a un panfleto del gobierno de EEUU sobre las fosas comunes iraquíes. En esa publicación, *Iraq's Legacy of Terror: Mass Graves* (El legado de terror de Iraq: Fosas comunes), se cita la declaración de Blair del 20 de noviembre del pasado año: ‘Hemos descubierto, hasta ahora, los restos de 400.000 personas en fosas comunes’.

El 14 de diciembre, a raíz de la detención de Saddam Hussein, Blair volvió a repetir esta aseveración en un documento publicado en el sitio web del partido

laborista: ‘Ya han sido hallados los restos de 400.000 seres humanos en las fosas comunes’. El sitio web de USAID, la agencia oficial para el desarrollo internacional, que cita la afirmación de Blair comenta: “Si estos datos son exactos, representan un crimen contra la humanidad sólo superado por el genocidio de Ruanda de 1994, los campos de la muerte camboyanos de Pol Pot y el holocausto nazi durante la Segunda Guerra mundial”.¹⁰⁶

METER BEAUMONT, “PM admits graves claim ‘untrue’”, *The Observer*, 18 de Julio de 2004.

Estas menciones ilustran la forma en que trabaja el sistema de propaganda occidental. Una afirmación perfectamente real (“ya se han encontrado los restos de 400.000 personas”) pero falsa (y deliberadamente, puesto que quienes la hacen son los que ordenaron las inhumaciones de las fosas comunes) es lanzada por un gobierno y repetida a gran escala (por el partido laborista británico, una agencia estadounidense, etc.) Es cierto que fue rectificada, pero sólo una vez y sin ninguna repercusión en el extranjero, especialmente en Estados Unidos. Por lo tanto, la mentira permanece en la conciencia popular y tiene un efecto: si alguien señala que la guerra le ha costado la vida a 100.000 civiles iraquíes, la respuesta inmediata es: “h, sí, pero encontraron 400.000 cuerpos en las fosas comunes de Sadam”.

Estos casos deberían fortalecer el escepticismo ante otras aseveraciones gubernamentales. Pero raramente sucede.

Finalmente, una reacción frecuente es decir que este tipo de desinformación no tiene importancia: de cualquier modo, “Sadam era un dictador asesino”. Pero esa no es la cuestión. ¿Cuál sería la reacción si un dirigente de un país del Tercer Mundo multiplicase por 80 el número de muertos en Sabra y Chatila (“160.000”) o durante la guerra de Vietnam (“240 millones”) o en la invasión a Iraq (“8 millones”). ¿Conservaría su credibilidad?

Debemos dejar de tener miedo al contacto directo con “el otro”. ¿Cuántos de nosotros intentamos conocer la opinión de ciudadanos árabes “ordinarios” durante la primera guerra del Golfo, o durante la segunda? ¿Cuántos estuvimos dispuestos a escuchar el punto de vista de serbios o griegos durante la guerra de Kosovo? ¿Cuántos están dispuestos a discutir abierta y francamente con intelectuales que hoy son tratados de “islamistas”? ¿Por qué ha sido necesario esperar los trabajos de los nuevos historiadores israelíes para tomar en consideración cosas que en el mundo árabe cualquiera conoce (lo acontecido en Palestina en 1948)? ¿Acaso el verdadero internacionalismo no consiste en cuestionar nuestro sentimiento de superioridad moral (y no

sólo cultural) y, precisamente, escuchar y discutir con quienes nuestros medios y nuestros gobiernos más se encarnizan? ¿Logrará el movimiento altermundista establecer los canales que permitan los debates abiertos y directos entre poblaciones, canales que reemplacen a la curiosa forma de “solidaridad” que hoy consiste en hacer llamamientos a los gobiernos occidentales para que intervengan, aún más de lo que ya lo hacen, en los asuntos internos de otros países?

En Estados Unidos, el sindicato AFL-CIO ha adoptado, hecho único en su historia, una posición crítica respecto a la política exterior de su país al reclamar el regreso de las tropas de Iraq. Pero esta iniciativa surgió del hecho de que un grupo de sindicalistas iraquíes fueron a hablar con sus colegas estadounidenses, para explicarles directamente la situación real en su país. Probablemente sea mediante la organización de semejantes intercambios directos, en especial entre movimientos pacifistas, que la opinión pública de EEUU y de Gran Bretaña pueda llegar a cambiar radicalmente¹⁰⁷. Pero este tipo de intercambio requiere que existan los interlocutores políticos adecuados y que los gobiernos occidentales accedan a extender los visados necesarios¹⁰⁸.

Esto nos trae al ejemplo más chocante que ilustra aquello que debería cambiar: estamos mentalmente *lejos de Iraq*, para recuperar el título de una película de 1967 sobre Vietnam. Faluya fue una Guernica sin Picasso. Una ciudad de 300.000 almas privadas de agua» electricidad y alimentos, de la que gran parte de sus habitantes debió huir para acabar en campos de desplazados. Luego comenzó el bombardeo metódico, para recapturar la ciudad, barrio por barrio. Guando los soldados ocuparon un hospital, el *New York Times* justificó la acción diciendo que el hospital servía como centro de propaganda del enemigo al exagerar la cifra de

víctimas¹⁰⁹. Entonces, ¿cuántas eran las víctimas? Nadie lo sabe, no existe el *body count* para los iraquíes. Cuando se publican estimaciones, aunque sean hechas por revistas científicas de renombre, son denunciadas por exageradas. Finalmente, los habitantes pudieron regresar a su devastada ciudad, a través de *check points*, y comenzaron a reconstruirla desde los escombros, bajo la atenta mirada de los soldados y de controles biométricos.

LA LEGITIMACIÓN DE LA OCUPACIÓN DESDE LA IZQUIERDA

Las fuerzas de ocupación, conscientes de la presencia de los medios internacionales, nunca cometerán los mismos crímenes que el régimen perpetrara. Más allá de los arrestos arbitrarios, los casos de tortura denunciados por Amnistía Internacional y las restricciones impuestas a la prensa, no es posible equiparar los abusos de los ocupantes con la conducta brutal de un ejército en campaña...

En este contexto, los lentos progresos de las fuerzas de ocupación tienen un impacto desproporcionado. Pero sus muchos errores, algunos dramáticos, como la disolución del ejército, tienen repercusiones atenuadas. Es cierto, han sido arrestados destacados dignatarios religiosos, así como eminentes jefes tribales. Las torpezas continúan. Ocasionalmente, los pasajeros de un coche son aplastados por un blindado, pero nada parece desencadenar revueltas considerables ni manifestaciones que superen unos pocos miles de participantes.

DAVID BARAN, "Iraq: The fear of chaos", *Le Monde Diplomatique*, diciembre de 2003.

El artículo fue publicado antes de las revelaciones sobre Abu Graib y el ataque contra Faluya, pero el tono perentorio ("nunca", "nada") refleja perfectamente las certidumbres occidentales en lo concerniente a nuestra benevolencia, comparada con la de los demás.

Ante todo esto, ¿cuántas protestas hubo? ¿cuántas manifestaciones ante las embajadas estadounidenses? ¿cuántas peticiones solicitando a nuestros gobiernos que exigiesen a EEUU que parase? ¿qué organizaciones populares se han preocupado de estas víctimas con la misma intensidad que con las del huracán Katrina? ¿cuántas notas editoriales en los periódicos denunciaron estos crímenes?

¿Quién, entre los partidarios de la "sociedad civil" y de la no violencia, recuerda que la tragedia de Faluya comenzó

poco después de la invasión, cuando sus habitantes se manifestaron pacíficamente y los soldados estadounidenses dispararon contra la multitud, matando a 16 personas? Y no es sólo Faluya. También están Najaf, Al Kaim, Haditha, Samarra, Bakuba, Hit, Bouhriz, Tal Afar...

El *Tribunal Russell II* recibe con frecuencia informes sobre desapariciones y asesinatos en Iraq. Las víctimas no son fanáticos islamistas o malvados sadamistas, sino intelectuales tan “occidentales” como los que aquí se inventan excusas (Sadam, Islam) para desinteresarse por su suerte. En Iraq, la “opción El Salvador” está en plena vigencia¹¹⁰. Pero, ¿a quiénes retransmitir esta información? ¿A quién le importa?

Hemos retrocedido a la situación que existía a comienzos de la guerra de Vietnam, entre 1962 y 1967, cuando mostrar interés por la suerte de los campesinos vietnamitas bombardeados por la U.S. Air Force era visto por la *intelligentsia* liberal estadounidense como una forma de hacerles el juego a los comunistas. Hoy, los “islamistas” han reemplazado a los comunistas. La gran diferencia era que, en esa época, fuera de EEUU, había un movimiento comunista relativamente fuerte que podía, hasta cierto punto, oponerse al discurso dominante. Hoy, sin embargo, la ideología liberal estadounidense ha conquistado todo el mundo occidental, incluyendo buena parte de lo que queda de los partidos comunistas.

LAS IDEAS DE LOS ESTRATEGAS

Atacar directamente a la población no sólo puede ser contraproducente y generar una oleada de protestas aquí y en el extranjero, sino que además incrementaría demasiado el riesgo de desencadenar la guerra con China y la URSS. La destrucción de diques, al contrario, si está bien hecha, puede ser prometedora. Habría que estudiar la cuestión. Una destrucción así no mata ni ahoga a la gente. Pero la inundación de los arrozales podría provocar una hambruna generalizada (¿más de un millón?), a menos que nosotros proveyésemos los alimentos; algo que podríamos proponer en la mesa de conferencia.

JOHN McNAUGHTON, analista de la CIA; texto extraído de los *Pentagon Papers* y citado por Noam Chomsky en *Four Reasons of State*, Nueva York, The New Press, 2003.

¿Qué dicen las ONG sobre todo esto, y especialmente los defensores de los derechos humanos? Como muy acertadamente señala el jurista canadiense Michael Mandel, cuando comenzó la guerra, Human Rights Watch, Amnistía Internacional y otras organizaciones lanzaron un firme llamamiento a los “beligerantes” (un término lo más neutral posible) para que respetasen las leyes de la guerra. Pero no se decía una sola palabra sobre la ilegalidad de la guerra en sí misma, o sobre el crimen supremo, según el derecho internacional, cometido por aquellos que la habían declarado¹¹¹. Estas organizaciones están en la misma tesitura que aquellos que recomendarían a los violadores utilizar preservativos. Su actitud puede ser mejor que nada, pero a fin de cuentas y considerando la relación de fuerzas, ni siquiera se utilizan los preservativos. La ideología de la intervención en nombre de los derechos humanos ha sido el instrumento perfecto para destruir a los movimientos pacifistas y a los movimientos antiimperialistas. Pero, una vez que la intervención se produce a gran escala, los derechos humanos y las convenciones de Ginebra son masivamente violados.

AMNISTÍA INTERNACIONAL Y LA CONSTITUCIÓN IRAQUÍ

En 2005, el Tribunal Russell II recibió una carta escrita por un activista de los derechos humanos de Bagdad, reaccionando ante la campaña de AI a favor de una constitución iraquí basada en los derechos humanos. Esta carta ilustra a la perfección el hecho de que solicitar que la constitución respete los derechos humanos, en las actuales circunstancias, equivaldría a legitimar la ocupación. Esto es una elección política, pero no está explícitamente reconocida como tal por Amnistía Internacional.

‘Tengo entendido que AI está haciendo campaña a favor de los derechos humanos en la nueva constitución. Es magnífico que se ocupen de nuestros derechos humanos en el futuro... pero, ¿qué sucede ahora? ¿Por qué no hace AI campañas, o al menos dice algo, acerca de los cientos de miles de iraquíes inocentes que son encerrados durante meses o años en las cárceles de los

estadounidenses, sin el más mínimo derecho? ¿Por qué no habla de las cárceles conocidas y las secretas, dentro y fuera de Iraq? ¿Por qué no hace algo sobre los cientos de iraquíes cuyos cuerpos aparecen todos los días entre la basura, con claras evidencias de haber sido horriblemente torturados, después de haber estado desaparecidos durante varios días? ¿Qué hay de la miserable vida que el gobierno iraquí le hace soportar a sus ciudadanos, en todos los aspectos? ¿Considera AI la reescritura de la constitución como un proceso legal? Evidentemente sí, pero ¿sobre qué bases? La guerra y la ocupación de Iraq son ilegales (hasta Kofi Annán lo ha dicho). ¿Quién ha escrito el borrador? Un miembro del comité encargado de hacerlo ha admitido que el borrador fue enviado desde EEUU, por lo tanto, ¿qué legalidad puede tener?

Yo le preguntaría a AI lo siguiente: ¿por qué es necesario escribir una nueva constitución ahora? Todos los partidos políticos, el gobierno, la Asamblea Nacional, los medios... todos llevan meses preocupándose por los puntos controvertidos que en ella encuentran, y así seguirán durante meses. Mientras tanto, el país está lleno de problemas: la seguridad, los servicios, la economía, el medio ambiente, la corrupción, el comportamiento del gobierno en materia de derechos humanos... Por poner sólo un ejemplo: hace un par de días fui a un complejo odontológico, uno de los mayores de Bagdad, en el que trabajan más de 50 dentistas. No pudieron quitarme un diente porque no tenían anestesia; un problema bastante frecuente en los hospitales iraquíes durante los últimos meses. Algo malo para mi diente, pero imaginaos la misma situación en casos de emergencia. En Tallafar, las familias no reciben alimentos desde comienzos de año. En muchas aldeas, en la mayoría de ellas, no existe autoridad, ni ley, ni policía, ni cortes; sólo las milicias armadas y sus partidos políticos. La limpieza étnica ha comenzado en diversas zonas del país. El gobierno, bien parapetado en la fortificada Zona Verde, está atareado elaborando la constitución. Durante el último ataque a Haditha, que duró dos semanas, todos los noticiarios, los debates, los foros, estaban centrados en la nueva constitución, mientras en una de las grandes ciudades del país se desarrollaba una carnicería. Nadie habló de ello, como si estuviese sucediendo en la luna. ¿Creen ustedes que fue sólo una coincidencia? Por otra parte, sucedió y sigue sucediendo, continuamente, en muchos otros lugares. Existen hoy en Iraq tantos problemas... tantos crímenes cometidos diariamente, en los que gente inocente es asesinada, arrestada, torturada... ¿Por qué es tan importante ignorar todos estos crímenes y ocuparse de la constitución? ¿Por qué es esto tan urgente?

Sadam no escribió la constitución iraquí, y si durante estos últimos treinta años hubo cambios o se agregaron resoluciones, podrían haber sido anuladas, simplemente. Podríamos mantener esta constitución hasta que tengamos un gobierno y una Asamblea Nacional adecuados. Después de haber resuelto nuestros problemas más urgentes, podríamos sentarnos a redactar la constitución más humanitaria y progresista del mundo. En este momento, tal vez sea contraproducente plantear la reescritura de la constitución, pues contribuiría a profundizar las diferencias entre los iraquíes y les acercaría aún

más a la guerra civil; ya ha sucedido que a algunos sectores se les habían dado garantías de que participarían en el proceso político, que en un principio habían rechazado, y cuando al fin aceptaron participar, comprobaron que esas garantías no eran reales. Ahora estos grupos sostienen que han sido engañados y rechazan el borrador presentado a la Asamblea Nacional. ¿Para qué sirven todos estos problemas? ¿Para qué Bush se vanaglorie de su éxito en Iraq, para concederle mayor crédito diplomático?

Si para celebrar elecciones tuvieron que morir miles de personas y la ciudad de Faluya acabó completamente destruida, ¿qué será necesario para imponer una constitución? ¿una guerra civil?

¿No veis que es un juego? Los partidos políticos y los grupos étnicos sectarios buscan el modo de imponer una constitución que favorezca a sus intereses y los de sus amos, no a los intereses de Iraq. No digo esto desde mis propios prejuicios, no, son ellos quienes lo admiten abiertamente. Por todo esto, se está dando una atmósfera nada objetiva y poco saludable para redactar una nueva constitución, algo que era de esperar debido a la actual situación. Pero no es esta la forma adecuada de redactar una constitución. Sé muy bien quiénes son los amigos y quiénes los enemigos de Iraq y de su pueblo. No tengo nada en contra de ninguna organización internacional. Al contrario, yo, personalmente, estoy buscando el apoyo de una organización internacional para que colabore con mi campaña a favor de los desaparecidos. Desearía que alguna organización internacional viniese aquí para trabajar sobre las violaciones que la ocupación ha provocado y sigue provocando en Iraq. Es importante que vean qué está ocultando la ocupación con el pretexto de reescribir la constitución.

SABAH ALI¹¹²

Finalmente, ¿qué deberían hacer los movimientos contra la guerra? Antes de responder a esta pregunta, hay otro problema que abordar, relativo a la posición real de estos movimientos sobre el tablero político de las relaciones de fuerza.

Salir del idealismo

La palabra “idealismo” puede tener varios significados. Aquí deberá entenderse como una expresión de buenas intenciones, expresión que no va acompañada de un análisis adecuado de las relaciones de fuerza y de la posición que en tales relaciones ocupa la persona que expresa tales intenciones.

Desafortunadamente, entendido en este sentido, el idealismo origina considerable confusión dentro de los movimientos progresistas. El sentimiento de responsabilidad sobre acontecimientos que uno no puede controlar, a veces hace que algunos opositores a la guerra, completamente impotentes, se identifiquen con el poder estadounidense hasta el punto de intentar imaginar “qué deberíamos hacer” para corregir el desaguisado que EEUU ha provocado, en lugar de simplemente exigirle que retire sus tropas.

Este género de preocupaciones refleja el fracaso a la hora de plantear un par de preguntas clave, que tienden a ser respondidas sin ningún tipo de discusión previa: ¿Tiene EEUU el *derecho*, la *competencia* y hasta el *deber* de prevenir una guerra civil en Iraq? ¿Tienen los movimientos que se oponen a la guerra la obligación de proponer soluciones alternativas al desastre iraquí?

Comencemos por el primer interrogante.

Respecto al *derecho*, volvemos simplemente a la cuestión del derecho internacional. Una vez que se acepta que cualquier país puede intervenir en los asuntos internos de otro, en el que se supone que existe riesgo de guerra civil, rápidamente llegaremos a la guerra de todos contra todos. Y si uno considera que la invasión a Iraq fue ilegítima, entonces invocar el riesgo de guerra civil para justificar la ocupación no tiene más sentido del que habría tenido, por ejemplo, invocar el mismo riesgo para justificar la ocupación soviética de Afganistán.

En lo concerniente a la *competencia*, hay una cierta tendencia de la izquierda idealista oponerse a la guerra porque es inmoral, aun cuando Estados Unidos pueda ganarla con facilidad. Noam Chomsky ilustra este punto de vista, combinando una enérgica desaprobación moral con una sobrevaloración extrema del poderío estadounidense, por ejemplo cuando declara: “Debo decir que lo que ha

pasado (en Iraq) ha sido muy sorprendente. Debería haber sido una de las ocupaciones militares más sencillas de la historia. Ante todo, pensé que la guerra habría acabado en un par de días y que la ocupación se daría de inmediato... Imagino que los ingenieros del MIT podrían tener ya en funcionamiento la red eléctrica de Iraq. Es difícil imaginar el grado de incompetencia y de fracaso, y en parte se debe a cómo están tratando a la gente. Han estado tratando a la gente de tal modo que sólo fomentan la resistencia, el odio y el temor. Pero me resulta difícil imaginar que no puedan aplastar una resistencia de tipo guerrillero”.¹¹³

Pero esto deja de lado el hecho de que el racismo, la ignorancia y la arrogancia están profundamente arraigadas en la sociedad estadounidense, que los ingenieros del MIT, que sin duda son capaces también de reforzar los diques de Nueva Orleans, no son más que una pequeña minoría de esta sociedad; que no necesariamente están deseando ir a trabajar a Iraq, y que la resistencia iraquí no es sólo el resultado del odio provocado por la ocupación, sino que ya había sido minuciosamente preparada por el régimen anterior.

Tanto la actual gestión de la ocupación como la del desastre provocado por el huracán Katrina sugieren que EEUU dista mucho de ser todopoderoso. El que posea tecnología avanzada que permite el bombardeo a larga distancia y con mínimo riesgo no es, afortunadamente, la clave para el dominio mundial. Aunque la comparación no resulte del agrado de muchos, el mundo arabomusulmán, que se opuso masivamente a la ocupación de Iraq por EEUU, se encuentra por el momento en la posición de David contra Goliat, pero, como es bien sabido, la victoria de Goliat no está asegurada.

ELEMENTAL, MI QUERIDO WATSON

“La defensa menos convincente que podría presentar —una que utilizan

muchos defensores de la guerra al mismo tiempo que dan marcha atrás violentamente— es que continuo apoyando el principio de invasión, sin dejar de reconocer que la administración Bush lo ha hecho fatal. Pero, como me espetó una amiga antibelicista cuando esgrimí este argumento: ‘Sí, ¿quién hubiese pensado que apoyar a George Bush en la invasión ilegal de un país árabe iba a ir tan mal?’ Tiene razón, la verdad es que no hubo un ideal platónico puro, de la Invasión Perfecta, a la que apoyar; ninguna idea abstracta a la que respaldar con nuestra firma. Sólo estaba Bush, con sus bombas de fragmentación, su uranio empobrecido, su modelo económico ‘à la FMI’, sus falsos razonamientos y un inconfundible hedor a petróleo, ofreciéndonos su guerra, a su manera. (Esperar que Tony Blair utilizase su influencia fue, ahora está claro, una ilusión, puesto que ni siquiera se atreve a condenar el campo de torturas que EEUU ha establecido en Guantánamo).

“Debí percibir la evidencia desde un principio: la administración Bush sólo podía producir un desastre. Repasemos los principales errores/crímenes. ¿Quién hubiese imaginado que aplicarían la tortura generalizada, con más de 10.000 personas desaparecidas en las prisiones secretas de Iraq, sin juicio previo? Cualquier persona que investigara el historial de esa misma gente — desde Rumsfeld a Negroponte— en la América Central de la década de 1980. ¿Quién hubiese pensado que utilizarían armas químicas? Cualquiera que analizase la postura de Bush ante los tratados de armas químicas (los utiliza como papel de váter) o que revisase el historial de Rumsfeld y su costumbre de azotar con ellas a los tiranos. ¿Quién hubiese anticipado que impondrían la terapia de choque de las privatizaciones masivas, enviando al paro al 60% de los trabajadores y favoreciendo así las disputas étnicas? Cualquiera que revisase el historial de EEUU respecto a Rusia, Argentina y Asia oriental. ¿Quién habría anticipado que cancelarían todos los fondos para la reconstrucción, cuando el suministro de electricidad y de agua está peor de lo que estaba con Sadam? Cualquiera que echase una mirada a su política interior.

JOHANN HARI, “After three years, after 150.000 dead, why I was wrong about Iraq. A melancholic mea culpa”, *The Independent*, 18 de marzo de 2006.

En su propio sitio web, Hari escribe humildemente que “Johann ha sido atacado mediante letra impresa por el *Daily Telegraph*, John Pilger, Peter Osborne, *Private Eye*, el *Socialist Worker*, Cristina Odone, el *Spectator*, Andrew Neil, Mark Steyn, el British National Party, *Medialens*, al Muhajaroun y Richard Littlejohn”. El príncipe Turku Al-Faisal, embajador saudí en el Reino Unido, ha acusado a Johann de “librar una jihad privada contra la Casa de Saud”. (Tiene razón). Johann ha sido llamado “estalinista” y alguien que ni siquiera merece mi desprecio” por Noam Chomsky, “el horrible Hari” por Niall Ferguson, “mariconcillo engreído” por Bruce Anderson, “drogadicto” por George Galloway, “gordo” por el Dalai Lama y “cabrón” por Busted. Ahora, él mismo, se define como un ingenuo.

Hace un tiempo, un amigo estadounidense me

comentaba sobre la situación en Iraq: “Lo que ahora es necesario ya no tiene que ver con el tema de apoyar o no la guerra en sus comienzos. Ahora que el daño está hecho, nadie sabe cómo repararlo. Dejar indefinidamente a las tropas de EEUU en Iraq no es, obviamente, una buena idea (desde un punto de vista progresista), pero es difícil saber cuál sería la mejor alternativa. Aun dentro del movimiento pacifista, la gente teme que una simple retirada de los estadounidenses, sin nada que poner en su lugar, conduciría a la guerra civil .

Pues bien, desde entonces los estadounidenses han continuado allí, y el país cada vez está más cerca de una guerra civil.

Finalmente, la cuestión de si EEUU tiene un deber de estabilizar la situación en Iraq es la más sencilla de responder. Dado que les resulta claramente imposible lograrlo, ¿qué sentido tiene esperar que su permanencia vaya a reparar el daño que han causado en Iraq? Más aún, la experiencia de Iraq y de otros lugares demuestra que la intervención extranjera tiende a fomentar los conflictos internos y hasta la guerra civil, en la medida en que los ocupantes buscan ganar el apoyo local favoreciendo a un grupo o facción contra los demás.

LA OPOSICIÓN DEMÓCRATA

“Tener el ejército más poderoso del mundo es una primera etapa, pero también debemos comprometernos a utilizar este poderío militar de forma inteligente, para reforzar la paz, la estabilidad y la seguridad en todo el mundo”.

HILLARY CLINTON

“La fuerza será utilizada —sin pedirle permiso a nadie— cuando las circunstancias lo exijan”.

JOSEPH BIDEN, principal miembro demócrata en el Comité para Asuntos Extranjeros del Senado de EEUU.¹¹⁴

Holbrooke, a quien un analista político definiera como “la cosa más parecida a un Kissinger que haya tenido el partido demócrata”, se situó a la derecha de Bush cuando, en febrero de 2003, afirmó que no invadir Iraq hubiese puesto en peligro el derecho internacional.¹¹⁵

Veamos el segundo interrogante, ¿corresponde a los movimientos contra la guerra proponer soluciones a la dramática situación en Iraq? Una respuesta positiva a tal pregunta no es nada simple, porque haría falta saber qué papel jugarían las supuestas “soluciones”. Aquello que caracteriza al idealismo en política es suponer que el mundo está lleno de gente con buenas intenciones, sentada en torno a una mesa e intentando hallar las soluciones a un problema intelectualmente complicado. Aunque los problemas políticos, por lo general, no son intelectualmente complicados. Tomemos el ejemplo de Palestina: se podría simplemente exigir que se cumplan todas las resoluciones de Naciones Unidas, lo que sería sin duda la solución más justa y que, en todo caso, no demandaría ningún ejercicio intelectual especial. Por supuesto, es imposible de lograr, pero debido a una relación de fuerza, y es precisamente ahí donde reside el problema.

La gente que carece de poder político y que propone “planes de paz”, como el acuerdo de Ginebra sobre Palestina, rara vez se pregunta cómo establecer una relación de fuerza que permita poner en marcha sus planes. Peor aún, el hecho mismo de proponer este tipo de planes “en el vacío”, es decir, sin que sean apoyados por una fuerza política y permitiendo que los medios informen sobre ellos del modo que más les plazca, puede tener un efecto desmovilizador al hacer creer a la opinión pública que el problema está en vías de ser resuelto, efecto que va directamente contra su posible solución.

En el caso de Iraq, cualquier “propuesta” que pudieran hacer los movimientos de oposición, por ejemplo un reemplazo de las fuerzas de EEUU por los cascos azules de NNUU, o cualquier otra forma de internacionalización de la guerra, tendría los mismos inconvenientes que los “planes de paz” al estilo del acuerdo de Ginebra sobre Palestina. Al

carecer de medios para imponer las soluciones propuestas, el simple hecho de proponerlas sería una forma sutil de ayuda a la ocupación, pues daría prioridad a la búsqueda intelectual de soluciones, en lugar de construir un movimiento de masas que presione a los gobiernos de la coalición para que se retiren.

El propósito de los movimientos por la paz no puede ser el de proporcionar tal ayuda, bajo el pretexto de que esa sería la mejor solución para los iraquíes. Es cierto que nadie sabe qué sucedería si los estadounidenses abandonaran Iraq. Pero tampoco sabemos en qué estado estará Iraq si se marchan dentro de diez o quince años. En cualquier caso, es difícil imaginar cómo podrían permanecer allí indefinidamente; los franceses estuvieron 130 años en Argelia, los belgas ochenta años en el Congo, EEUU una decena de años en Vietnam y los israelíes veinte años en el Líbano. Pero finalmente todos ellos acabaron siendo expulsados.

La idea de “proponer soluciones” es también el reflejo, dentro de los movimientos de oposición, de la confianza en el poderío occidental, con la diferencia de que estos movimientos se consideran a sí mismos mucho más inteligentes que la administración Bush. Sería mucho más realista admitir que no tenemos las soluciones a los problemas de los demás y que, en consecuencia, lo mejor que podríamos hacer es no inmiscuirnos en sus asuntos.

Contrariamente a las tendencias idealistas de la izquierda, hay gente, a la que podríamos llamar conservadores, que están preocupados¹¹⁶: preocupados por el déficit presupuestario que la guerra agudiza, preocupados por el odio que generan las políticas de EEUU, preocupados por la desmoralización de las tropas, preocupados por la pérdida de vidas estadounidenses. Están preocupados también por la situación interna: polarización social, bajo

nivel educativo, desplazamiento masivo de empresas al extranjero y compra de empresas por extranjeros, desaparición de los servicios públicos, creciente concentración de los medios que provoca una información cada vez más uniformizada, etcétera. Por todas estas razones, esa parte de la población preferiría “cultivar su propio jardín” y ver que el gobierno de EEUU da prioridad al bienestar de su propia población en lugar de “construir la democracia en Iraq”. Es en estos sectores de la población donde se pueden escuchar incómodos argumentos como: “vayámonos a casa, lo hemos intentado todo para llevarles la democracia”. Como si invadir un país y matar a decenas de miles de sus habitantes, haciendo gala de las actitudes y prácticas más típicas del colonialismo, fuese la forma más adecuada para establecer la democracia.

Sin embargo, si el conflicto en Iraq continúa, o si otros países son atacados, tendrá que haber una alianza, al menos objetiva, entre la izquierda y ese sector de la derecha conservadora. Por otra parte, las fuerzas a las que estos dos grupos se enfrentan —es decir, los neoconservadores que dominan el Partido Republicano y los imperialistas humanitarios que dominan el Partido Demócrata, los sionistas que tienen influencia dentro de ambos partidos y diversos lobbies militares e industriales— son más formidables que las fuerzas que ambos podrían movilizar aunque se uniesen.

En los próximos años es probable que el debate político se centre en cuestiones como el imperialismo, el intervencionismo y las relaciones con el mundo musulmán, y que las líneas de confrontación no se corresponderán con la tradicional división entre izquierda y derecha. Sin duda, el “centro” intervencionista intentará desacreditar a sus críticos mediante sus argucias habituales, llamándoles “extremistas”, “totalitarios”, “antisemitas”, etc., pero tal cosa

no silenciará el debate.

La actitud que deberían adoptar los movimientos por la paz es la de situarse de manera realista dentro de una perspectiva global. En efecto, no pueden garantizar una solución feliz al conflicto de Iraq, porque nadie lo puede hacer. Tampoco podían los anticolonialistas británicos garantizar que el final del Imperio de las Indias no tendría consecuencias trágicas. ¿Habría sido esa una razón para insistir en que Inglaterra ocupase la India indefinidamente? Por otra parte, estos movimientos pueden luchar dentro de las sociedades occidentales para lograr que adopten una actitud radicalmente diferente respecto al Tercer Mundo; una actitud basada, esencialmente, en las demandas de los países del sur, es decir, cooperación pacífica, no ingerencia, respeto a la soberanía nacional y resolución de los conflictos mediante la intermediación de Naciones Unidas. La retirada de Iraq sería un primer paso en esta dirección.

¿CORTAR Y CORRER?

En medio del negro humo y de las cenizas de aquel aciago día, América permaneció firme, unida y decidida. Después de minuciosas deliberaciones, decidimos responder. Hemos derrocado a los talibanes de Afganistán, el país donde se entrenaba Al Qaeda.

SENADOR BILL FRIST. Comunicado de prensa: Frist Denounces Democrats' Plan to Cut and Run, 30 de junio de 2006.

El líder de la mayoría en el Senado, Bill Frist, declaró el lunes que la guerra de guerrillas en Afganistán jamás podría ganarse por la vía militar y propuso intensificar los esfuerzos para integrar a los talibanes y sus partidarios en el gobierno del país. El senador Republicano por Tennessee afirmó que los informes le habían convencido de que los talibanes eran demasiado numerosos y que contaban con un gran apoyo popular, razón por la que veía difícil vencerles por medios militares. El líder de la mayoría en el Senado pide un esfuerzo para integrar a los talibanes en el gobierno, Associated Press, 2 de octubre de 2006.

Disponible en <http://billmon.org/archives/002767.html>.

No hay razón para creer que tales demandas sean más utópicas que la idea de una estabilidad mundial bajo el hegemonismo de EEUU, ni que, habiendo seguido

sistemáticamente esta última política durante los pasados cincuenta años, los derechos humanos no serían más respetados de lo que ahora lo son.

Consideremos una de las áreas principales en las que debería desarrollarse el combate por una política alternativa: el de la información y, más ampliamente, el de nuestra representación del mundo.

Observatorio del imperialismo

Durante estos últimos decenios, ha habido una proliferación de organizaciones, esencialmente basadas en los países ricos, observando y denunciando las violaciones a los derechos humanos en los países pobres. Cuando me ha tocado discutir con los representantes de estas organizaciones y les he preguntado por qué no denunciaban las agresiones militares, en Iraq por ejemplo, la respuesta habitual ha sido que esa no era su área y que no podían encargarse de todo. Ellos se ocupan de los derechos humanos, nada más. Semejante respuesta sería defendible si el discurso que estas organizaciones tienen no hubiese devenido hegemónico hasta el punto de que cualquier otro aspecto, por ejemplo la defensa de la soberanía nacional, no merezca consideración. Además, llevan esta lógica hasta el punto de ser absolutamente neutrales respecto a las guerras de agresión, al tiempo que denuncian las violaciones de los derechos humanos que estas guerras provocan; es decir, actúan como si no hubiera, necesariamente, algún tipo de vínculo entre ambas cosas. Después de todo, estas organizaciones no se abstienen de denunciar a los responsables de las violaciones de los derechos humanos; entonces, ¿por qué no incluyen en esta denuncia a quienes inician las guerras?

HUMAN RIGHTS WATCH Y LA GUERRA

“Con el fin de preservar su neutralidad en la evaluación del respeto al derecho

de guerra dentro del conflicto iraquí, Human Rights Watch no se ha posicionado sobre la cuestión de saber si la guerra en sí estaba justificada o era legal”.

“Las fuerzas de la Coalición han intentado generalmente evitar matar a los iraquíes que no tomaban parte en el combate”, declaró Kenneth Roth, director ejecutivo de HRW. “Pero, de todos modos, la muerte de centenares de civiles podría haberse evitado”¹¹⁷.

“Los ataques aéreos sobre dirigentes, como los practicados en Iraq, no deberían realizarse hasta que los errores de inteligencia y de focalización hayan sido corregidos. Los ataques contra dirigentes no deberían realizarse sin una estimación adecuada de los daños colaterales...”¹¹⁸. Este género de críticas es perfectamente funcional. Para afirmar nuestra neutralidad, comenzamos por señalar los errores de nuestro propio bando, lamentando la muerte de un número (considerablemente subestimado) de civiles muertos (ha habido decenas de miles), que parecen relativamente pocos si se los compara con otros genocidios o guerras. Luego, la “neutralidad” respecto a la guerra llega a aceptar el asesinato de dirigentes del bando contrario, siempre y cuando se corrijan los datos de los servicios de inteligencia y los daños colaterales se evalúen adecuadamente. (¿Por quién? ¿Cómo? ¿Sobre qué base?).

AMNISTÍA INTERNACIONAL Y LA GUERRA

AI también investigó si se habían tomado las precauciones requeridas para proteger a los civiles y reclamó que se investigasen las muertes acaecidas, como las del puesto de control de Karbala y el tiroteo de manifestantes en Faluya. Pero ni una sola vez Amnistía Internacional... mencionó la razón fundamental por la que ninguno de estos incidentes merecía ser investigado: que todas estas muertes y esta destrucción pesaban legal y moralmente sobre las cabezas de los invasores, por más precauciones que declararan haber tomado, dado que tenían su origen en una guerra ilegal, una guerra de agresión. Cada una de esas muertes fue un crimen por el que los líderes de la coalición invasora son personalmente responsables.

MICHAEL MANDEL, *How America Gets Away With Murder*, Londres, Pluto Press, 2004, pág. 8; citado por PAUL DE ROOIJ, “Amnesty International: A False Beacon?”, *Counterpunch*, 13 de octubre de 2004, Disponible en <http://www.counterpunch.org/rooij> 10132004.html

Aquello que el mundo necesita hoy, paralelamente a estas organizaciones, es alguna clase de “Imperialism Watch” (Observatorio del imperialismo), cuya tarea sería denunciar no sólo las guerras y la propaganda bélica, sino todas las presiones económicas y diversas otras maniobras gracias a las cuales la injusticia prospera y se perpetúa en el mundo. Este observatorio podría igualmente intentar

contrarrestar la desinformación masiva y reescribir la historia que condiciona la forma en que los occidentales percibimos nuestras relaciones con el resto del mundo.

Hasta un cierto punto, esta es la tarea asumida por Al Yazira y por la que a veces es llamada “Al Bolívar”, es decir, la nueva emisora latinoamericana de televisión *Telesur*. Estos medios son una especie de prolongación del llamamiento a favor de aquel *nuevo orden internacional de la información* que en la década de 1980 propusieran la UNESCO y los países del sur¹¹⁹. Es interesante observar las reacciones occidentales ante la aparición de Al Yazira. En un principio, dieron la bienvenida a la aparición en el mundo árabe de una cadena “profesional” que siguiese las normas “occidentales” de objetividad, ajena al control estatal y expresándose libremente, sin estereotipos. Pero luego fue quedando claro que esta cadena era, específicamente, *árabe*. Es decir, que no necesariamente presentaba a las víctimas israelíes y palestinas del modo en que nuestros medios lo hacen, que daba la palabra a todos los sectores participantes en un conflicto, incluido Bin Laden, y que tendía a presentar a la resistencia iraquí por lo que es, o sea, una resistencia nacional en lugar de terroristas. Abruptamente, la luna de miel entre Occidente y Al Yazira se interrumpió.

Esta luna de miel interrumpida ilustra un fenómeno más general: la democracia en el mundo árabe, que los occidentales pretenden amar tanto, sería la peor catástrofe que les podría suceder, porque lo que la gente de la región desea es un precio mejor para su petróleo, una gestión más económica de sus recursos y una solidaridad más activa con la causa palestina. Esto, de ninguna manera, es lo que Occidente quiere y, en lo relativo al petróleo, no hay duda de que nuestras extravagantes economías y las instituciones que de ellas dependen no sobrevivirían mucho tiempo si los países productores ejercieran un verdadero control sobre

este recurso.

El 2 de septiembre de 1945, después de la derrota del invasor japonés y antes del intento francés de reconquistar Indochina, el presidente Ho Chi Minh proclamó la siguiente Declaración de Independencia de la República Democrática de Vietnam:

Todos los hombres son creados iguales. Han sido dotados por su Creador con ciertos derechos inalienables, entre ellos la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.

Esta inmortal afirmación fue incluida en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América en 1776. En un sentido más amplio, esto significa: Todos los pueblos de la Tierra son iguales desde su nacimiento, todos los pueblos tienen derecho a vivir, a ser felices y libres.

La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de la Revolución Francesa de 1791 proclama igualmente: “Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos”. Son estas verdades innegables.

Sin embargo, durante más de ochenta años, los imperialistas franceses, abusando de la bandera de la libertad, la igualdad y la fraternidad, han violado nuestra tierra y oprimido a nuestros compatriotas. Sus actos son lo opuesto a los ideales de humanidad y justicia.

En el campo de la política, nos privaron de todas las libertades. Nos impusieron leyes inhumanas. Constituyeron tres regímenes políticos diferentes en el norte, el centro y el sur de Vietnam para destruir nuestra unidad nacional y evitar la unión de nuestro pueblo.

Construyeron más prisiones que escuelas. Castigaron sin piedad a nuestros compatriotas. Ahogaron nuestras revoluciones en ríos de sangre. Pusieron grilletes a nuestra opinión pública y practicaron una política de oscurantismo. Nos impusieron el uso del opio y del alcohol para debilitar nuestra raza. En el campo económico, nos han explotado hasta la médula, hundiendo a nuestro pueblo en la más negra de las miserias y saqueando despiadadamente a nuestro país.

Han expoliado nuestros arrozales, nuestras minas, nuestros bosques, nuestras materias primas. Han monopolizado la emisión de papel moneda y el comercio exterior. Han inventado numerosos impuestos injustificables, reduciendo a nuestro pueblo, especialmente a los campesinos, a un estado extremo de pobreza. Han evitado que nuestra burguesía nacional prosperase. Han explotado a nuestros obreros de la manera más bárbara. (...) Por estas razones, nosotros, miembros del Gobierno Provisional de la República Democrática de Vietnam, declaramos solemnemente al mundo que: Vietnam tiene el derecho de ser un país libre e independiente, y de hecho ya lo es. Todo el pueblo vietnamita está decidido a movilizar sus fuerzas físicas y mentales, a sacrificar su vida y su prosperidad con tal de salvaguardar su independencia y su libertad.

¿Y LA ESPERANZA?

Todos los pueblos colonizados han podido, al menos retóricamente, revertir contra sus opresores los mismos principios que éstos reivindicaban. Y, por supuesto, los iraquíes podrían tener hoy propósitos semejantes a los de los vietnamitas (hasta ciertos detalles, como el de “establecer tres regímenes políticos diferentes en el norte, el centro y el sur”). Los israelíes y sus partidarios han invocado frecuentemente las violaciones de los derechos humanos en los países árabes, con la intención de desviar la atención del derecho internacional o de las resoluciones de NNUU, puesto que estos puntos no les favorecen. Pero la ocupación de los territorios palestinos crea un ciclo de violencia y represión que es estructuralmente incompatible con el respeto de los derechos humanos. La constante referencia a los derechos humanos acaba por volverse en su contra.

Vemos un fenómeno similar con la justicia internacional: ésta ha sido concebida como un arma contra los dirigentes de los países débiles, pero recalcitrantes (Milosevic por ejemplo) y como un medio para legitimar la intervención y hasta la guerra¹²⁰. Pero el carácter intrínsecamente universal de la justicia hace que este arma acabe por volverse, al menos a nivel de discurso, contra los estados poderosos y contra gente como Olmert, Bush y Blair.

Por consiguiente, para funcionar como herramienta de dominación, la ideología de los derechos humanos debe estar acompañada por una reescritura de la historia, de indignaciones selectivas y de una determinación arbitraria de las prioridades. La paradoja es que, cuanto más avanza la ética hacia una genuina universalidad, y la ideología de los derechos humanos constituye uno de estos avances en relación a las ideologías anteriores, más hipócritas se vuelven los poderes dominantes. Los actuales poderes

dominantes tienen un discurso más universalista que, digamos, Gengis Khan; por lo tanto, necesitan ser más hipócritas.

Pero esto implica también que la denuncia de la hipocresía y el final del engaño juegan un papel político cada vez más importante, especialmente la crítica a los medios y a los intelectuales dominantes. El primer signo de esperanza es que, contrariamente a lo que intentan hacernos creer, no son tan poderosos. En Francia, los medios y los intelectuales dominantes apoyaron masivamente el “sí” en el referéndum de mayo de 2005 sobre la Constitución europea, y aun así el “no” obtuvo una clara victoria. En Venezuela, la prensa está casi totalmente en manos y a favor de la oposición, pero Chávez gana una elección tras otra. Aun en Estados Unidos, donde ninguna voz “autorizada”, sean medios o partidos políticos, se opone a la guerra, una mayoría de la población parece estar harta de la guerra en Iraq.

Por otro lado, en 1991, después de la caída de la URSS, el dominio mundial estadounidense, así como la victoria del capitalismo más salvaje, parecían inexorables. Sin embargo, la esperanza está en camino de cambiar de campo. Después de las masivas manifestaciones de febrero de 2003 contra la guerra, el *New York Times* sugería que existían, después de todo, dos superpotencias: Estados Unidos y la opinión pública mundial¹²¹.

El arma de la crítica está volviendo a emerger contra la fuerza de las armas, y nadie puede predecir hacia dónde nos conducirá. En América Latina, las ilusiones neoliberales se han visto desacreditadas y el sistema neocolonial está siendo cuestionado en todas partes. En Iraq, la resistencia hace que se tambaleen las certidumbres de la parte del mundo que se cree civilizada.

Desafortunadamente, existe una especie de carrera entre estas “dos superpotencias”, Estados Unidos y la opinión pública mundial. La cuestión ya no es saber si EEUU puede imponer su hegemonía al resto del mundo. Desde 1945, el dominio estadounidense se ha ido debilitando, no sólo económicamente, sino también diplomática y militarmente. Basta con comparar la facilidad con la que EEUU derrocó a Mosadegh o a Arbenz en los años cincuenta y las dificultades que tuvo para derrocar a Sadam Hussein (dos guerras y trece años de embargo), por no hablar del régimen iraní o de Hugo Chávez. La sumisión europea persiste, pero en una especie de inercia ambigua. Cuando Jacques Chirac habló de un mundo multipolar en 2003, el presidente francés parecía el único hombre político occidental que aún conservaba un cerebro. Lejos de expresar nostalgia por la pasada gloria de Francia, Chirac simplemente estaba reconociendo los inevitables límites del poder. Al pretender dominar el mundo, EEUU está sobrepasando esos límites. El futuro es incierto, pero es muy posible que la guerra de Iraq, lejos de afirmar la supremacía de EEUU, sea el canto del cisne del imperialismo estadounidense.

El principal problema es cómo reaccionarán los estadounidenses ante la inevitable pérdida de su hegemonía: con un aterrizaje suave o con un estallido de violencia. Si fuera esto último, no podemos excluir el uso de armas nucleares. Después de todo, las estrategias más recientes del Pentágono preconizan el uso de tales armas, incluidos los enemigos que no las poseen¹²². A menudo, los imperios crean las condiciones que contribuyen a su inevitable y catastrófica caída. El miedo a tal catástrofe es uno de los factores que les conduce hacia ella. La gente que ha estado treinta años invocando los derechos humanos para halagar al superpoder estadounidense corre el riesgo de convertirse, aun contra su propia voluntad, en “aliada objetiva” de

empresas monstruosas¹²³. En cualquier caso, la cuestión del “aterrizaje suave” es el principal problema de nuestra época, y el gran desafío que deberán afrontar los movimientos progresistas, pacifistas y altermundistas.

Pero miremos la historia a largo plazo. A comienzos del siglo XX, toda África y parte de Asia estaban en manos de las potencias europeas. El imperio ruso, el chino y el otomano no pudieron resistir ante el intervencionismo occidental. América Latina estaba más estrechamente controlada de lo que ahora está. Sin duda, no todo ha cambiado, pero con la excepción de Palestina, el colonialismo ha sido relegado al baúl de la historia, a un coste de millones de muertes. Esto constituye el mayor progreso social de la humanidad en el siglo XX. Quienes pretenden hacer renacer el sistema colonial en Iraq, aunque tan solo sea, como la describiera Lord Curzon en la época de la monarquía controlada por los británicos, una “fachada árabe”, están soñando¹²⁴. El siglo XXI será el de las luchas contra el neocolonialismo, del mismo modo que el siglo XX ha sido el de las luchas contra el colonialismo.

Dado que el progreso de la mayoría de la humanidad está relacionado con las derrotas europeas en los conflictos coloniales, un punto de vista estrechamente eurocéntrico nos lleva a percibir la evolución del mundo en términos de decadencia, algo que sin duda fomenta el pesimismo que hoy caracteriza a tantos intelectuales occidentales. Pero otra visión es posible: durante todo el período colonial, nosotros, los europeos, pensamos que podíamos dominar el mundo mediante el terror y la fuerza. Nuestro absurdo sentimiento de superioridad y nuestra voluntad de hegemonía acabaron conduciéndonos a matarnos entre nosotros, junto con buena parte del resto de la humanidad, durante dos guerras mundiales. Todos aquellos que prefieren la paz antes que el poder y la felicidad antes que la gloria, deberían estar

agradecidos a los pueblos colonizados por su misión civilizadora: al liberarse de su yugo, han hecho a los europeos más modestos, menos racistas y más humanos. Esperemos que el proceso continúe y que EEUU se vea forzado a seguir la misma vía. Cuando nuestra causa es injusta, la derrota puede ser liberadora.

BIBLIOGRAFÍA

- Ali, Tariq, *El choque de los fundamentalismos. Cruzadas, yihads y modernidad*, Ed. Alianza, Madrid, 2002.
- , *Bush in Babylon. The Recolonization of Iraq*, Londres, Verso, 2003
- Arnone, Anthony, *Iraq. The Logic of Withdrawal*, The New Press, Nueva York, 2006.
- Blum, William, *El estado agresor. La Guerra de Washington contra el mundo*, Ed. La esfera de los libros, Madrid, 2006.
- Blum, William, *Killing Hope: U.S. Military and CIA Interventions Since World War II* Monroe (Maine), Common Courage Press, 2005.
- Chandler, David, *From Kosovo to Kabul. Human Rights and International Intervention* Londres, Pluto Press, 2002.
- , (ed.) *Rethinking Human Rights: Critical Approaches to International Politics*, Houndmills (Reino Unido), Palgrave Macmillan, 2002.
- Chomsky, Noam, Edward S. Herman, *The Washington Connection and Third World Fascism*, Boston, South End Press, 1980.
- , *After the Cataclysm, Postwar Indochina and the Reconstruction of Imperial Ideology*, Boston, South End Press, 1979.
- Chomsky, Noam, *American Power and the New Mandarins*, Nueva York, The New Press, 2002 (primera edición: Nueva York, Pantheon Books, 1969)
- , *Por razones de Estado*, Ed. Ariel, 1975.
- , *'Human Rights' and American Foreign Policy*, Nottingham, Spokesman Books, 1978.
- , *Language and Politics*, ed. Carlos P. Otero, Montréal, Black Rose Books, 1988.
- , *El miedo a la democracia*, Ed. Crítica, Barcelona, 1992.
- , *Estados canallas. El imperio de la fuerza en los asuntos mundiales*, Ed. Paidós, Barcelona, 2007.
- , *Hegemonía o supervivencia. La estrategia imperialista de EEUU*, Ediciones B, Barcelona, 2004.
- Cockburn, Alexander, *The Golden Age Is In Us*, Londres, Verso, 1995.
- Cushman, Thomas (ed.), *A Matter of Principle. Humanitarian Arguments for War in Iraq*. Berkeley, University of California Press, 2005.
- Davis Mike. *Los holocaustos de la época Vitoriana. El Niño, las hambrunas y la formación del Tercer Mundo*, Universidad de Valencia, Servicio de publicaciones, 2006.
- Delorca, Frédéric (ed.), *Atlas alternatif*, París, Le Temps des Cerises, 2005. Dreze, Jean y Amartya Sen, *Hunger and Public Action*, Oxford, Clarendon Press, 1989.

- DuBoff, Richard B., *Accumulation and Power: An Economic History of the United States*. Nueva York, M.EM Sharpe, 1989.
- Evans Tony (ed.), *Human Rights Fifty Years On. A Reappraisal*, Nueva York, St. Martins Press, 1998.
- Finkelstein, Norman, *Imagen y realidad del conflicto palestino-israelí*, Ed. Akal, Madrid, 2003.
- George, Alexander (ed.), *Western State Terrorism*, Cambridge, Polity Press, 1991.
- Gleijeses, Piero, *Shattered Hope. The Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954*, Princeton, Princeton University Press, 1991.
- Halimi, Serge, *Le grand bond en amere. Comment l'ordre libéral s'est imposé au monde*, París, Fayard, 2004.
- Herman, Edward S., *The Real Terror Network. Terrorism in Fact and Propaganda*, Boston, South End Press, 1982.
- Herman, Edward S., Chomsky, Noam, *Los guardianes de la libertad. Propaganda, desinformación y consenso en los medios de comunicación*, Ed. Crítica, Barcelona, 2003.
- Hobson, John A., *Estudio del imperialismo*, Ed. Alianza, Madrid, 1981.
- Hochschild, Adam, *El fantasma del rey Leopoldo. Una historia de codicia, terror y heroísmo en el África colonial*, Ed. Península, Barcelona, 2007.
- Johnson, Chalmers, *Blowback. Costes y consecuencias del imperio Americano*, Ed. Laetoli, Pamplona, 2004.
- Johnstone, Diana, *Fool's Crusade. Yugoslavia, NATO and Western Delusions*, Londres, Pluto, 2002.
- Kolko, Gabriel, *Confronting the Third World. United States Foreign Policy, 1945-1980*, Nueva York, Pantheon Books, 1988.
- L'Autre Amérique: les Américains contre l'état de guerre*, WAA, París, Textuel, 2002.
- Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2007.
- Lieven, Anatol, *America Right or Wrong: An Anatomy of American Nationalism*, Oxford, Oxford University Press, 2004.
- Magdoff, Harry, *Imperialism Without Colonies*, Nueva York, Monthly Review Press, 2003.
- Mandel, Michael, *How America Gets Away with Murder. Illegal Wars, Collateral Damage and Crimes against Humanity*, Londres, Pluto Press, 2004.
- Mayer, Arno, J., *The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*, Princeton, Princeton University Press, 2000.
- Pauwels, Jacques, *El mito de la guerra buena. EEUU en la Segunda Guerra Mundial*, Ed. Hiru, Hondarribia, 2002.
- Pelletière, Stephen, *Iraq and the International Oil System. Why America Went to War in the Gulf*, Washington, Maisonneuve Press, 2004.
- Perrault, Gilles, Jean Ziegler et al., *El libro negro del capitalismo*, Ed. Txalaparta,

Tafalla, 2004.

Petras, James, Henry Veltmeyer, *Globalization Unmasked. Imperialism in the 21st Century*, Londres, Zed Books, 2001.

Petras, James, Henry Veltmeyer, *Empire with Imperialism*, Londres, Zed Books, 2005.

Petras, James, *The Power of Israel in the United States*, Adanta, Clarity Press, 2006.

Preston Jr, William, Edward S. Herman, Herbert I. Schiller, *Hope and Folly: The United States and Unesco, 1945-1985*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1989.

Russell, Bertrand, *Teoría y práctica del bolchevismo*, Ed. Ariel, Barcelona, 1969. (primera edición, Londres, Alien and Unwin, 1934).

Said, Edward W., *The End of the Peace Process. Oslo and After*, Nueva York, Vintage Books, 2001.

Simons, Geoff, *Targeting Iraq. Sanctions and Bombing in US Policy*, Londres, Saqi books, 2002.

Tras el fin de la Guerra Fría, la idea “Derechos Humanos” ha sido utilizada como justificación por parte de los poderes militares y económicos —singularmente por parte de Estados Unidos— para tomar el control de otros países, mediante una “intervención humanitaria”. Los criterios utilizados para llevar a cabo esa intervención son arbitrarios, pero en cualquier caso conducen con frecuencia a un escenario en el que las víctimas, en lugar de disminuir, aumentan. Así ha sucedido en Yugoslavia, y más recientemente en Kosovo, en Afganistán e Iraq, por citar casos que están en la mente de todos. La “ideología de la intervención” ha sido compartida ampliamente por la izquierda, ciega ante el hecho de que los nuevos modos del imperialismo hoy se enmascaran bajo la defensa de los Derechos Humanos. Poniéndolo de manifiesto, JEAN BRICMONT establece el verdadero papel que cumple la ideología intervencionista en la expansión del imperialismo, y describe el papel que juega Estados Unidos, secundado por la OTAN y la Unión Europea, en un incremento de las acciones bélicas que pueden calificarse ya de guerra global.

Notas

[←1]

Thomas Friedman, jefe de la corresponsalía diplomática del *New York Times*, citando a un alto funcionario gubernamental, 12 de enero de 1992.

[←2]

Para más información sobre este tema y las fuentes, ver mi *New Military Humanism* (Common Courage, 1999).

[←3]

Boston Review (febrero de 1994).

[←4]

Para un examen detallado del papel asignado a China en “la virulencia y la penetración del globalismo visionario norteamericano que sustenta la política estratégica de Washington” en Asia, ver James Peck, *Washington’s China* (University of Massachusetts Press, 2006).

[←5]

McSherry, *Predatory States* (Rowman & Littlefield, 2005).

[←6]

Simes, "If the Cold War Is Over, Then What?", *New York Times*, 27 de diciembre de 1988.

[←7]

Bad Samaritans (Random House, 2007).

[←8]

Glosado por los periodistas; Stephen Kurkjian y Adam Pertman, *Boston Globe*, 5 de enero de 1990.

[←9]

Von Sponeck, *A Different Kind of War* (Berghahn, 2006); *Spokesman* 96, 2007. Sobre el fraude del programa de petróleo por alimentos, ver mi *Failed States* (Metropolitan, 2006).

[←10]

Para una reseña del lamentable desenlace, ver mi *A New Generation Draws the Line* (Verso, 2000).

[←11]

Ver Peter Hallward, *Damming the Flood* (Verso 2007) para un estudio muy versado y agudo de lo que sucedió a continuación con el golpe militar del 2004 que derrocó de nuevo al gobierno electo, con el respaldo de los torturadores tradicionales: Francia y los Estados Unidos; y la fortaleza del pueblo haitiano que intentó levantarse otra vez de las ruinas.

[←12]

A New Generation Draws the Line. Sobre lo que se supo de inmediato, ver mi *New Military Humanism*.

[←13]

Robertson, *New Generation*, 106-7. Cook, House of Commons Session 1999-2000, Defence Committee Publications, Parte II, 35.

[←14]

Wheeler, *Saving Strangers: Humanitarian Intervention and International Society* (Oxford, 2000). Hayden, entrevista a Doug Henwood. WBAI, Nueva York, reproducida en Henwood, *Left Business Observer* #89, 27 de abril de 1999.

[←15]

Bacevich, *American Empire* (Harvard 2003); Lind, *National Interest* (mayo-junio del 2007).

[←16]

Norris, *Collision Course* (Praeger, 2005).

[←17]

La Alianza de las potencias triunfantes: Rusia, Prusia, Austria y Gran Bretaña que, después de la caída de Napoleón, proclamaron un “derecho de intervención” que permitía suprimir las aspiraciones nacionales y las insurrecciones de los pueblos de Europa.

[←18]

Serge Halimi ofrece un excelente análisis de esa evolución en su libro *Le grand bond en arrière. Comment l'ordre libéral s'est imposé au monde*, Paris, Fayard, 2004.

[←19]

Para una crítica de ciertas formas de relativismo, ver: Alan Sokal, Jean Bricmont, *Fashionable Nonsense: Postmodern intellectuals' Abuse of Science*, Picador, Nueva York, 1997; y Régis Debray, Jean Bricmont, *À l'ombre des Lumières*, París, Odile Jacob, 2003.

[←20]

Para un buen análisis de la filosofía neoconservadora, ver Shadia B. Drury, *Leo Strauss and the American Right*, St. Martins Press, Nueva York, 1999.

[←21]

Mi texto “Why we still need to be anti-imperialists” (Por qué necesitamos aún ser antiimperialistas) está disponible en la publicación electrónica del CEIMSA, *La Publication des Actes du Colloque des 11-12 janvier 2002*, capítulo 25, que puede consultarse bajo el encabezamiento “Colloques” en el sitio: <<http://dimension.ucsd.edu/CEIMSA-IN-EXILE/>>. También disponible en: <http://www.zmag.org/content/TerrorWar/bricmontimperial.cfm>.

[←22]

Bertrand Russell, *The Practice and Theory of Bolchevism*, Alien and Unwin, Londres, 1920. Durante la Primera Guerra Mundial, la Entente estaba constituida por Inglaterra, Francia y (hasta la revolución de octubre) Rusia, en oposición a los imperios centrales, el alemán y el austro-húngaro.

[←23]

Y habiendo participado también en el Tribunal de Bruselas (<http://www.brusselstribunal.org>), una sección del Tribunal Mundial sobre Iraq (<http://www.worldtribunal.org>) formado por un grupo de tribunales de opinión establecidos para juzgar los crímenes cometidos por EEUU y sus aliados en Iraq.

[←24]

The National Defense Strategy of the United States of America, Department of Defense, marzo de 2005, disponible en <http://www.stormingmedia.us/4l/4121/A412134.html>, o en http://www.globalsecurity.org/military/library/policy/dod/nds-usa_mar2005.htm.

[←25]

Especialmente, Pascal Bruckner, *The Tears of the White Man: Compassion as Contempt*, MacMillan. Nueva York, 1986; y Bernard-Henri Levy, *La barbarie à visage humain*. Grasset, París, 1977. Conviene destacar que este último libro no es, como se ha asumido alguna vez, una simple crítica del estalinismo, sino más bien un ataque abierto contra la idea misma de progreso.

[←26]

Economista reformista británico que escribió las primeras obras críticas sobre el imperialismo; John A. Hobson, *Imperialism, A Study*, James Pott and Co., Nueva York, 1902. Su obra tuvo una gran influencia sobre Lenin.

[←27]

Si los periodistas del *Wall Street Journal* se sorprenden por las reacciones ante el 11-S en el mundo árabe, puede que sea porque comparten con los marxistas la idea de que el enriquecimiento personal es “el fin natural de la acción política del hombre”.

[←28]

Bertrand Russell. *Freedom and Organization; 1814-1914*, Routledge, Londres, 2001 (primera edición: Allen and Unwin, Londres, 1934), páginas 45 y 473.

[←29]

The New York Times, 6 de febrero de 1966.

[←30]

William V. Shannon, *The New York Times*, 28 de septiembre de 1974. Citado por Noam Chomsky en *“Human Rights” and American Foreign Policy*, Spokesman Books, Nottingham, 1978, pág. 2-3. Disponible en <http://book-case.kroupnov.ru/pages/library/HumanRights/>

[←31]

Para utilizar una expresión acuñada por Isaiah Berlin (“The Bent Twig”, *Foreign Affairs*, octubre de 1977) que, en ese caso, se refería a la *intelligentsia* comunista de los países socialistas.

[←32]

http://members.aol.com/Bblum6/American_holocaust.htm

[←33]

Sin duda hay otros líderes en el Tercer Mundo, menos admirables que los arriba citados, a los que también se opone Occidente; esa cuestión la trataremos en el punto tres.

[←34]

Ver Jean Drèze y Amartya Sen, *Hunger and Public Action*, Clarendon Press, Oxford, 1989, págs. 214-215.

[←35]

La mortalidad infantil se calcula a partir de cuántos niños de cada millar mueren en los primeros cinco años de vida. Para Cuba y América Latina las cifras respectivas son 9 y 34 (Informe sobre Desarrollo Humano 2004). La cifra de niños que podrían haber sido salvados se calcula en base a la diferencia entre la tasa de mortalidad multiplicada por la tasa de natalidad (22 por mil) y la cantidad de habitantes (518,9 millones).

[←36]

Targets, agosto de 2000, pág. 5. En toda América Latina, se estima que hay unos veinte millones de niños y niñas trabajadores. *Dial*, 31 de marzo de 1998.

[←37]

Datos de UNICEF, citados en *Dial* 31 de marzo de 1998.

[←38]

De Financieel en Economische Tijd, 4 de marzo de 1998.

[←39]

Conferencia realizada en Bandung (Indonesia) en 1955, que reunió a una Treintena de países recientemente independizados de Asia y África. Entre los participantes se contaban Nehru de India, Nasser de Egipto y Zhou Enlai de China. Señaló el nacimiento del Tercer Mundo como entidad política. Los participantes se declararon a favor de la descolonización, la cooperación pacífica, el no alineamiento y el respeto por la soberanía nacional.

Ver Arno J. Mayer, *The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*, Princeton University Press, Princeton, 2000. Mayer cita las “cifras aproximadas” que da Robert Conquest en su libro *The Harvest of Sorrow; Soviet Collectivization and the Terror Famine*, Oxford University Press, Nueva York, 1986: dos millones de muertos en la Primera Guerra Mundial; un millón en la primera fase de la guerra civil; dos millones en las guerras campesinas; tres millones de muertos por enfermedad y cinco millones por hambre. Rusia fue el único de los principales países beligerantes que perdió más civiles que soldados en la Primera Gran Guerra. Durante la Segunda Guerra Mundial, se calcula que los soviéticos muertos superaron los veinte millones.

[←41]

Tratado firmado en junio de 1919 que formalmente puso fin a la Primera Guerra Mundial. Impuso sobre Alemania la plena responsabilidad por la guerra, la pérdida de territorios y de sus colonias, la desmilitarización parcial y cuantiosos pagos en concepto de reparación. También determinó la desaparición de los imperios Austrohúngaro y Otomano.

[←42]

International Herald Tribune, 29 de octubre de 1992, citado por William Blum en *Killing Hope. U.S. Military and CIA Interventions Since World War II*; Common Courage Press, Monroe, 1995.

[←43]

En 1916, el acuerdo secreto Sykes-Picot entre Gran Bretaña y Francia estableció de qué manera esos dos países se repartirían el Cercano Oriente después de la caída del Imperio Otomano. Dicho acuerdo traicionó las promesas hechas a los líderes árabes (para lograr que luchasen contra los turcos otomanos) y fue revelado por los bolcheviques después de la Revolución Rusa. En 1956, en un intento para detener la nacionalización del Canal de Suez por parte del presidente Nasser, Francia, Gran Bretaña e Israel atacaron a Egipto, pero Estados Unidos y la Unión Soviética les obligaron a retirarse.

[←44]

Algunos ejemplos son la Comuna de París de 1871, que se inició como un movimiento de defensa contra la ocupación prusiana, la Revolución Comunista China, un movimiento defensivo ante la invasión japonesa y la violencia de los Jemeres Rojos, una reacción a los bombardeos clandestinos efectuados por EEUU sobre territorio de Camboya.

[←45]

Ver William Blum, *Killing Hope. US Military and CIA Interventions Since World War II*, Common Courage Press, Monroe, 1995; capítulo 9, sobre el derrocamiento de Mossadegh y capítulo 12, sobre el fallido intento de derrocar al régimen sirio.

[←46]

Citado por Noam Chomsky en *Human Rights and American Foreign Policy*, Spokesman Books, Nottingham, 1978, pág. 18.

[←47]

Kautsky, un teórico de la socialdemocracia alemana, es más conocido por el epíteto “renegado”, que le atribuyó Lenin. Pero su libro *Terrorismo y comunismo* (al que Trotsky replicó con una obra con el mismo título), aunque cae en las habituales ilusiones optimistas de la Segunda Internacional, contiene una interesante crítica de las ideas bolcheviques, especialmente de la dictadura.

[←48]

Estados Unidos consideraba al popular príncipe de Camboya demasiado neutral respecto a la guerra de Vietnam. En 1970, el príncipe Sihanouk fue derrocado por el general Lon Noi con el apoyo de EEUU. El brutal e impopular régimen de Lon Nol contribuyó a la victoria de los Jemeres Rojos en 1975.

[←49]

Entrevista a Zimmermann realizada por David Binder, “U.S. policymakers on Bosnia admit errors in opposing partition in 1992”, *New York Times*, 29 de agosto de 1993.

[←50]

Diana Johnstone, *Pools' Crusade. Yugoslavia, NATO and Western Delusions*, Monthly Review Press, Nueva York; Pluto Press, Londres, 2002.

[←51]

Ver por ejemplo el *Washington Post*, 11 de marzo de 1999, pág. A I,
<http://washingtonpostcom:wpsrv/inatl/larcg99/ckubtibI 1 .htm>.

[←52]

El sitio <http://www.economyincrisis.org/> ofrece numerosa información sobre la creciente dependencia estadounidense de Asia (endeudamiento, venta de empresas, pérdida de competitividad, etc.).

[←53]

Es significativo que la Organización de Shanghai para la Cooperación, integrada por China, Rusia y cuatro ex repúblicas soviéticas, en el verano de 2005 solicitase a Estados Unidos que fijara un calendario para la retirada de sus tropas de Asia Central. Ver por ejemplo, Siddarth Varadarajan» “China and Russia get Central Asians to say ‘Yankees Out!’”, *The Hindu*, 7 de julio de 2005.

“La defensa antimisiles no está pensada realmente para defender a Estados Unidos. Es una herramienta para el dominio mundial. No es para la defensa, sino para el ataque y es por eso que la necesitamos.” Proporcionará a Estados Unidos “la absoluta libertad para utilizar la fuerza o para amenazar con su utilización en las relaciones internacionales”. Servirá para “afianzar la hegemonía de EEUU y convertirá a los estadounidenses en los ‘amos del mundo’”. Lawrence F. Kaplan, “Offensive line”, *New Republic*, vol. 224, n° 11, 12 de marzo de 2001; citado por Noam Chomsky en *Hegemonía o supervivencia. La estrategia imperialista de Estados Unidos*, Ediciones B, Barcelona, 2005.

[←55]

Ver <http://www.casi.org.uk/halliday/quotes.html>

[←56]

Informe de Marc Bossuyt, “The Adverse Consequences of Economic Sanctions on the Enjoyment of Human Rights”, para la Comisión de NN.UU. para los Derechos Humanos, 21 de junio de 2000. Disponible en: <http://www.globalpolicy.org/secuiriry/sanction/unre-ports/bossuyt.htm>.

[←57]

Ver Piero Gleijeses, *Shattered Hope. The Guatemala» Revolution and the United States, 1944-1954*, Princeton University Press, Princeton, 1991; y Edward S. Herman, "From Guatemala to Iraq. How the pitbull manages his poodles", *Z Magazine*, enero de 2003, disponible en <http://zmagsite.zmag.org/jan2003/herman0103.html>.

[←58]

A matter of principle: Humanitarian arguments for war in Iraq, coordinado por Thomas Cushman, University of California Press, Berkeley, 2005. Entre los colaboradores se cuentan Tony Blair, Christopher Hitchens, Adam Michnik (conocido por ser uno de los ideólogos del movimiento Solidarnosc, de Polonia), y José Ramos Horta, Premio Nobel de la Paz en 1996 por su compromiso a favor de la independencia de Timor Oriental.

[←59]

En <http://www.eustonmanifesto.org/>

[←60]

En <http://www.newamericancentury.org>

“Los derechos humanos son el alma de nuestra política exterior. Y lo digo con convicción, puesto que los derechos humanos son el alma de nuestro sentimiento como nación... Caso único, la nuestra es una nación fundada sobre el ideario de los derechos humanos”. En “The U.S. commitment: Human rights and foreign policy”. Palabras pronunciadas por el presidente Carter en un encuentro en la Casa Blanca, durante el que se celebraban los treinta años de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, en diciembre de 1978; disponible en <http://usinfo.state.gov/products/pubs/hrintro/carter.htm>.

Presidente de Estados Unidos entre 1977 y 1980, Carter, un cristiano aparentemente sincero con poca experiencia en asuntos internacionales antes de su elección, fue sin duda uno de los presidentes estadounidenses más simpáticos, especialmente por lo que realizase después de abandonar el cargo, y también uno de los presidentes menos populares en su propio país. En Francia, los medios de comunicación y la clase política preferían la *Realpolitik*, supuestamente más mundana, de Kissinger. A pesar de sus buenas intenciones, acabó siendo el “idiota útil” de la Comisión Trilateral y de David Rockefeller y Zbigniew Brzezinski, contribuyendo a que Vietnam fuese olvidado gracias a sus discursos moralizadores, antes de volver a los negocios de siempre durante la presidencia de Ronald Reagan.

[←62]

Sobre la aplicación de la “Opción El Salvador” en Iraq, es decir, la utilización de escuadrones de la muerte para eliminar a la resistencia civil, ver Mussab Al-Khairall, “U.N. raises alarm of death squads and torture in Iraq”, Reuters, 8 de septiembre de 2005; para un análisis detallado, ver Max Fuller, “For Iraq, ‘The Salvador option’ becomes reality”, disponible en <http://globalresearch.ca/articles/FUL506A.html>.

[←63]

Ver Edward S. Herman y Noam Chomsky, *Los guardianes de la libertad: propaganda, desinformación y consenso en los medios de comunicación de masas*, Barcelona, Ed. Crítica, 2003 (primera edición en inglés, 1988), para un análisis detallado de las distorsiones mediáticas en una sociedad libre.

[←64]

Les Roberts et al., “Mortality before and after the 2003 invasion of Iraq: cluster simple survey”, *The Lancet*, 364, 20 de noviembre de 2004. Un nuevo estudio, publicado cuando la traducción al inglés de este libro ya estaba hecha, habla de más de 600.000 muertos; ver http://web.mit.edu/CIS/pdf/Human_Cost_of_War.pdf.

[←65]

Para apreciar el tratamiento que los medios dieron al estudio, ver medialens: http://www.medialens.org/alerts/archive_2005.php.

[←66]

Ver la página de las familias que se han comprometido con la defensa de la paz después de haber perdido a un miembro en la guerra:
<http://www.gsfp.org/>.

[←67]

www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2005/09/03/AR2005090300165.html

[←68]

Amy Wilentz, *New Republic*, 9 de marzo de 1992. Ver Noam Chomsky, *Estados canallas: el imperio de la fuerza en los asuntos mundiales*, Barcelona, Paidós, 2007; capítulo 10.

[←69]

http://news.bbc.co.uk/2/hi/middle_east/4151742.stm.

[←70]

Ver Richard B. DuBoff, *Accumulation & Power: An Economic History of the United States*, ME. Sharpe, Armonk (Nueva York) y Londres, 1989.

[←71]

Para una enumeración detallada del presupuesto military de Estados Unidos, ver Winslow T. Wheeler, “Just How Big is the Defense Budger? A Tutorial on How to Find the Real Numbers”, *Counterpunch*, 19 de enero de 2006: “Si se cuentan todos estos gastos, el total es de 669.800 millones de dólares. Esta suma supera con creces al resto del mundo. De hecho, si se cuentan sólo los gastos de Defensa Nacional, esos 538.000 millones superan en 29.000 millones a los presupuestos de defensa del resto de los países del mundo”. <http://www.counterpunch.org/wheeler01192006.html>.

[←72]

Para conocer la historia completa sobre el desmantelamiento de Yugoslavia, ver: Diana Johnstone. *Fool's Crusade: Yugoslavia, NATO and Western Delusions*, Monthly Review Press, Nueva York; Pluto Press, Londres, 2002.

[←73]

Para un excelente análisis de los efectos indirectos del colonialismo clásico del siglo XIX, mucho peores que los efectos directos, ver Mike Davis, *Late Victorian Holocaust: El Niño, Famines and the Making of the Third World*, Verso, Londres y Nueva York, 2001.

[←74]

Por ejemplo, el Artículo 22 de la Declaración establece que: “Toda persona, como miembro de la sociedad, tiene derecho a la seguridad social, y a obtener, mediante el esfuerzo nacional y la cooperación internacional, habida cuenta de la organización y los recursos de cada Estado, la satisfacción de los derechos económicos, sociales y culturales, indispensables a su dignidad y al libre desarrollo de su personalidad”.

Tales declaraciones sobre los “derechos” humanos adquieren el carácter de “una carta a Papá Noel”, como apuntaban Orwin y Prangle. Se pueden multiplicar indefinidamente puesto que “no se sustentan sobre criterios claros, ni son el resultado de una reflexión profunda. Por cada meta que se han fijado los seres humanos, hay en nuestra época un “derecho”. Ni la naturaleza, ni la experiencia, ni la probabilidad sustentan esta lista de “beneficios”, que no están sujetos a otros límites que no sean los fijados por sus autores. El hecho de que tales “beneficios” puedan ser inalcanzables no implica que carezcan de consecuencias”. En: “Establishing a Viable Human Rights Policy”. Artículo presentado por Jeane J. Kirkpatrick, Embajadora de Estados Unidos ante Naciones Unidas, en una conferencia sobre derechos humanos en el Kenyon College, el 4 de abril de 1981. El artículo es un ataque a la “política de derechos humanos” de la administración Carter, desde un punto de vista “reaganiano”.

[←76]

Para más detalles, ver William Blue, *Rogue State: A Guide to the World's Only Superpower*, Common Courage Press, Monroe (Maine), 2005; págs. 168-178.

[←77]

“Erst kommt das fressen, dann kommt die Moral”. Brecht, *Drei Groschen Oper*.

[←78]

Por ejemplo, la Federación Internacional de Ligas por los Derechos Humanos (FIDH) y la Liga Francesa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano (LDH) emitieron una declaración en la que afirmaban que “los derechos civiles, políticos, económicos y sociales son indivisibles, la democracia, el desarrollo y los derechos humanos son interdependientes. La experiencia de las prácticas atribuidas al gobierno tunecino demuestran que un gran desarrollo económico no comporta un mayor respeto por los derechos civiles y políticos, sino que, al contrario, sirve de pretexto para legitimar su violación”. No obstante, en el caso de Occidente, sin duda fue el “desarrollo económico” el que precedió al “mayor respeto por los derechos civiles y políticos”.

[←79]

Se dice que, en su juventud, Chirac vendía el periódico comunista *L'Humanité* en las esquinas. Quizás, de los dos, sea él quien ha cambiado menos.

[←80]

Sin embargo, como un ejemplo de “ojo por ojo”, se puede consultar el informe chino sobre las violaciones de los derechos humanos en Estados Unidos y durante el transcurso de las guerras libradas por este país: http://english.people.com.cn/200503/03/eng20050303_175406.html.

[←81]

En septiembre de 1938, Hitler, Mussolini, Chamberlain (por Gran Bretaña) y Daladier (por Francia) firmaron el acuerdo de Múnich, que permitía a Alemania anexionarse una parte de Checoslovaquia, la región de los Sudetes, habitada mayoritariamente por alemanes que se consideraban perseguidos por los checos y que acogieron favorablemente a las tropas alemanas. Debilitada por esta anexión, Checoslovaquia fue íntegramente anexionada a Alemania en marzo de 1939.

[←82]

Para una argumentación detallada sobre esta cuestión, ver Michael Mandel!, *Hoto America Gets Away with Murder: Illegal Wars, Collateral Damage and Crimes against Humanity*, Pluto Press. Londres, 2004.

En 1940, un año antes de Pearl Harbor, el general Chennault, de la Fuerza Aérea de EEUU, recomendó utilizar fortalezas volantes para “incendiar el corazón industrial del Imperio (nipón)” mediante el lanzamiento de bombas incendiarias sobre “los rebosantes hormigueros de bambú” de Japón, una propuesta que “encantó” a Roosevelt. Saddam Hussein nunca manifestó semejantes intenciones bélicas contra Estados Unidos. Ver Michael Sherry, *The Rise of American Airpower*, Yale University Press, New Haven, 1987, capítulo 4; y Noam Chomsky, “The Manipulation of Fear”, *Tehelka*, 16 de Julio de 2005, disponible en <http://www.chomsky.info/articles/20050716.htm>.

[←84]

Ver Chalmers Johnson, *Blowbarck: The Cost and Consequences of American Empire*, Metropolitan Books, Nueva York, 2000, para una advertencia, anterior al 11-S, de alguien que había trabajado como asesor de la CIA, sobre los riesgos, para los propios EEUU, de su política imperial.

[←85]

The Washington Post, 14 de septiembre de 1969, pág. A25, citado por William Blum en *Killing Hope*.

[←86]

Ver William Blum, *Rogue State*, por numerosos ejemplos. Ver también Stephen Zunes, *Tinderbox: U.S. Foreign Policy and the Roots of Terrorism*, Common Courage Press, Monroe (Maine), 2002, para una descripción de cómo José Bustani, que dirigía la Organización para la prohibición de las armas químicas, fue despedido, debido a la presión estadounidense, cuando propuso inspeccionar tanto los lugares de EEUU como los de Iraq, algo que hubiese tenido el inconveniente de permitir quizás una solución pacífica al conflicto.

[←87]

Ver también Richard Du Boff, “Mirror Mirror on the Wall; Who’s the Biggest Rogue of All?” para una lista más completa y detallada de los tratados y acuerdos rechazados por EEUU. Disponible en <http://www.zmag.org/content/ForeignPolicy/boffroguebig.cfm>.

[←88]

Daniel P. Moynihan, S. Weaver, *A Dangerous Place*, Secker and Warburg, Londres, 1979.

Disponible en <http://www.americanvalues.org/html/wwff.html>. Una respuesta, titulada “Carta de ciudadanos estadounidenses a sus amigos de Europa”, firmada por 140 intelectuales, remarcaba que “La falacia central de aquellos que hacen la apología de la guerra es que confunden los ‘valores americanos’, tal como son entendidos dentro del país, con los efectos del ejercicio del poder económico y, sobre todo, militar de Estados Unidos en el extranjero”. Esta carta fue reproducida en diversos periódicos europeos, incluyendo *Le Monde*, *Frankfurter Rundschau* y *Süddeutsche Zeitung*. Ha sido incluida en *L’Autre Amérique: Les Américains contre l’état de guerre*, Textuel, París, 2002.

[←90]

Esto es una absoluta fantasía, los sandinistas jamás sostuvieron tal cosa.

[←91]

Citado por William Blum, *Rogue State*, pág. 47.

[←92]

Ver, por ejemplo, Stuart Munckton, “Imperialism will be defeated”, en <http://www.zmag.org/content/showarticle.cfm?SectionID=45&ItemID=8557>.

[←93]

Ver Robert Fisk, “The Wartime Deceptions: Saddam is Hitler and It’s Not About Oil”, *The Independent*, 27 de enero de 2003.

[←94]

Ver, por ejemplo, Thomas Cushman (ed.), *A Matter of Principle: Humanitarian Arguments for War in Iraq*, University of California Press, Berkeley, 2005.

[←95]

Jaurès fue asesinado el 31 de julio de 1914, en vísperas del estallido de la Primera Guerra mundial. Liebknecht y Luxemburg, socialdemócratas alemanes opuestos a la guerra, fueron asesinados en 1919.

Cuando Bertrand Russell intentó convencer a Estados Unidos para que intentase alcanzar un compromiso en Europa, en lugar de entrar en la guerra, su colega Alfred North Whitehead, con quien había escrito su obra principal, los *Principia Mathematica*, le envió informes sobre las víctimas de las atrocidades cometidas por Alemania, con el comentario de que aquellos que pretendían que EEUU permaneciese neutral eran responsables de la suerte de las víctimas y preguntándole ¿qué haces *tú* para ayudar a esa gente? (Ray Monk, Bertrand Russell, *The Spirit of Solitude*, Random House, Vintage, Londres, 1997).

[←97]

Periodista anglofrancés y figura política que denunció las extorsiones de Leopoldo II en el Congo Belga y se opuso a la Primera Guerra mundial. Fue encarcelado en Inglaterra por haber enviado literatura pacifista a Romain Rolland a Suiza, un país neutral, acto que violaba ciertas disposiciones adoptadas en tiempo de guerra.

[←98]

Dirigente sindical y cofundador del Partido Socialista de EEUU, sentenciado en 1918 a diez años de prisión por antimilitarismo.

Esta distinción es deliberadamente velada cuando se trata de genuinos conflictos civiles dentro de un mismo país y se los presenta como “agresiones externas” (sería el caso de Yugoslavia), para justificar una verdadera intervención extranjera. Ver Diana Johnstone, *Fool’s Crusade*, pág. 169: “el rápido reconocimiento de Croacia y Eslovenia tuvo como motivación *no la prevención* del conflicto militar —como sostuvo oficialmente el gobierno alemán— sino *su internacionalización*, para poder justificar la intervención militar extranjera con participación alemana...” El mismo ardid volvió a utilizarse cuando el intento, por parte de Yugoslavia, de detener la secesión albanesa en Kosovo fue presentado como una “invasión” serbia... de su propio territorio.

[←100]

Ver Noam Chomsky, *Language and Politics*, C.P. Otero (ed.) Black Rose Books, Montréal, 1988, pág. 204-208, para una discusión en profundidad.

Además de negarse a contribuir “a curar las heridas de la guerra” (como sutilmente planteaban los vietnamitas), en 1977 EEUU intentó evitar que la India enviase un centenar de búfalos a Vietnam (cuyo ganado había sido diezmado por los bombardeos estadounidenses) y también trató de prohibir a sus propios mennonitas (una congregación anabaptista) que enviasen lápices a Camboya y palas a Laos. Ver *The Chomsky Reader*, James Peck (ed.), Pantheon Books, Nueva York. 1987.

[←102]

Ver Naomi Klein, “Baghdad Year Zero”, *Harper’s Magazine*, septiembre de 2004 (disponible en <http://harpers.org/BaghdadYearZero.html>) para una descripción sarcástica de ese comportamiento, que acabó en una fuga generalizada cuando la resistencia iraquí y el caos del país hicieron más difícil el saqueo.

[←103]

Salman Rushdie, “How to fight and lose the moral high ground”, *The Guardian*, 23 de marzo de 2002.

[←104]

En 1935, cuando el Primer Ministro francés Pierre Laval le pidió a Stalin que restableciera las buenas relaciones con el Vaticano, se dice que Stalin respondió “¿El Papa? ¿cuántas divisiones tiene ?”

Estas verdades fueron desveladas por un general alemán retirado, que había servido en la OSCE (Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa) durante la crisis yugoslava: Heinz Loquai, *Der Kosovo-Konflikt - Wege in eine vermeidbaren Krieg*, Nomos Verlagsgesellschaft, Baden-Baden, 2000. Sobre los antecedentes de la guerra de Kosovo, ver Diana Johnstone, *Fools' Crusade: Yugoslavia, NATO and Western Delusions*, Monthly Review Press, Nueva York, y Pluto Press, Londres, 2002.

[←106]

Apuntemos, de pasada, que olvidaron mencionar la guerra de Vietnam, en la que los muertos se contaron por millones, no por cientos de miles.

[←107]

Ver <http://uslaboragainstwar.org/article.php?id=8626>

[←108]

Por ejemplo, a mediados de septiembre de 2005, el Ministerio del Interior de Italia rechazó concederle visados a un grupo de representantes de movimientos y asociaciones opuestos al gobierno iraquí y a la ocupación, que estaban invitados a participar en una conferencia de apoyo a la resistencia iraquí. Ver *Il Manifesto*, 14 de septiembre de 2005.

Un artículo en primera página del *New York Times* informaba que “pacientes y personal del hospital fueron sacados de las habitaciones por soldados armados y obligados a sentarse o acostarse en el suelo mientras los soldados les ataban las manos a la espalda”. Una fotografía mostraba la escena. Esto era presentado por el periódico como un logro meritorio. “La ofensiva también cerró lo que los oficiales describieron como un arma de propaganda para las milicias: el Hospital general de Faluya, con su sarta de informes sobre víctimas civiles”.

Sencillamente, semejante arma de propaganda es un blanco legítimo, especialmente cuando “cifras exageradas de civiles muertos” —exageradas porque así lo dicen nuestros dirigentes— habían “enfervorizado a la opinión pública de todo el país, elevando así los costes políticos del conflicto”. La palabra “conflicto” es un eufemismo habitual para describir una agresión estadounidense, como cuando en las mismas páginas leemos que ahora EEUU deberá reconstruir “lo que el conflicto ha destruido”: sólo “el conflicto”, sin un agente, como un huracán”. Noam Chomsky, *Estados fallidos: el abuso del poder y el ataque a la democracia*, Ediciones B, 2007.

[←110]

Ver <http://www.brusselltribunal.org/>

[←111]

Michael Mandel, *How America Gets Away with Murder. Illegal Wars, Collateral Damage and Crimes against Humanity*, Pluto Press, Londres, 2004.

[←112]

“Open Letter to Amnesty International on the Iraqi Constitution”,
publicada por el Tribunal Russell II (www.brussells Tribunal.org).

[←113]

Noam Chomsky, “On the War in Iraq”, entrevista con David McNeill, *ZNet*, 31 de enero de 2005.

[←114]

Rick Klein, “Democrats embrace tough military stance”, *Boston Globe*, 14 de agosto de 2005. Disponible en http://www.boston.com/news/nation/washington/articles/2005/-08/14/democrats_embrace_tough_military_stance/?page=1

[←115]

Ari Berman, “The strategic class”, *The Nation*, 29 de agosto de 2005.

[←116]

Un buen ejemplo de esta actitud es el de Paul Craig Roberts, antiguo Vicesecretario del Tesoro durante la administración Reagan, antiguo Editor Asociado de la página de editoriales del Wall Street Journal y antiguo Editor Colaborador de la *National Review*. Ver <http://lewrockwell.com/roberts/roberts-arch.html>

[←117]

Comunicado de prensa de Human Rights Watch, Nueva York, 12 de diciembre de 2003. Uno se pregunta cómo sabe Roth las intenciones de las fuerzas de la coalición. El mismo tipo de problemas se dio durante la guerra del Líbano en 2006, ver Jonathan Cook, “Human Rights Watch: Still Missing the Point”, disponible en <http://www.counter-punch.org/cook09252006.html>.

[←118]

Resumen y recomendaciones de: “Off Target. The Conduct of the War and Civilain Casualties in Iraq”, *Human Rights Watch*. Disponible en <http://hrw.org/reports/2003/usal203/>.

[←119]

Ver William Preston, Jr., Edward S. Herman, Herbert I. Schiller, *Hope & Folly: The United States and UNESCO 1945-1985*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1989.

Sobre la naturaleza de la justicia internacional y la ideología intervencionista, ver David Chandler, *From Kosovo to Kabul. Human Rights and International Intervention*, Pluto Press, Londres, 2002; Diana Johnstone. *Fools' Crusade: Yugoslavia, NATO and Western Delusions*, Monthly Review Press, Nueva York, y Pluto Press, Londres, 2002; y Michael Mandel, *How America Gets Away with Murder. Illegal Wars, Collateral Damage and Crimes against Humanity*. Pluto Press, Londres, 2004.

[←121]

Patrick Tyler, *New York Times*, 17 de febrero de 2003.

[←122]

Ver: “U.S. Nuke Arms Plan Pre-Emption”, *Associated Press*, 11 de septiembre de 2005.

[←123]

Para una opinión similar, ver Tony Judt, “Bush’s useful idiots”, *London Review of Books*, 21 de septiembre de 2006.

“(Necesitamos) una fachada árabe gobernada y administrada, con una orientación británica, por un musulmán nativo y, de ser posible, con personal árabe... No habría una incorporación real del territorio conquistado dentro de los dominios del conquistador, pero la absorción puede ser disimulada mediante ficciones constitucionales, definiéndoselo como un protectorado, una estera de influencia, un estado tapón o similar”. Memorando de Lord Curzon, “German and Turkish Territories Captured in the War”, 12 de diciembre de 1917, CAB 24/4. Citado por William Stivers, *Supremacy and Oil: Iraq, Turkey, and the Anglo-American World Order, 1918-1930*, Cornell University Press, Ithaca, 1982.

Índice

INDICE	4
PRÓLOGO Noam Chomsky	5
PREFACIO A LA EDICIÓN FRANCESA	52
PREFACIO A LA EDICIÓN INGLESA	55
Reconocimientos	65
INTRODUCCIÓN	67
PODER E IDEOLOGÍA	79
El control ideológico en las sociedades democráticas	81
EL TERCER MUNDO Y OCCIDENTE	86
Anexo	110
INTERROGANTES A LOS DEFENSORES DE LOS DERECHOS HUMANOS	114
LA CUESTIÓN DE LA TRANSICIÓN O DEL DESARROLLO	128
La cuestión de las prioridades entre tipos de derechos	139
LA CUESTIÓN DE LA RELACIÓN DE FUERZAS Y NUESTRA POSICIÓN EN EL MUNDO	144
LOS ARGUMENTOS DÉBILES Y FUERTES EN LA OPOSICIÓN A LA GUERRA	147
LOS ARGUMENTOS DÉBILES	147
Argumentos fuertes:	150
ILUSIONES Y MISTIFICACIONES	162
LOS FANTASMAS “ANTIFASCISTAS”	162
La ilusión europea	168
La cuestión del internacionalismo	171

¿Firmar peticiones?	173
EL ARMA DE LA CULPABILIZACIÓN	179
Apoyar a X	181
El “NI-NI”	183
La retórica del “apoyo”	190
PERSPECTIVAS, PELIGROS Y ESPERANZAS	195
Otra visión del mundo es posible	195
Salir del idealismo	205
Observatorio del imperialismo	214
¿Y LA ESPERANZA?	218
BIBLIOGRAFÍA	223
Notas	227